

PRODIGIO SCOPIO

JOSÉ FERNÁNDEZ GUERRA

Jamás ningún médico tuvo tan
extraordinario poder en sus manos.

Lectulandia

Sevilla, 1986: Mientras pasea por el mercadillo de la Alameda de Hércules, Diego Galván, estudiante de sexto de Medicina, adquiere un antiguo estetoscopio de madera. Movidó por la curiosidad, decide usarlo en sus primeras prácticas médicas en el Hospital Universitario, advirtiendo con estupor que el rudimentario artilugio esconde un secreto poder. Diego iniciará una investigación que le llevará por distintos escenarios sevillanos, donde conocerá a sor Lucía, una joven hermana de la Caridad que, junto con su profesor de Historia de la Medicina, el doctor Martín Hidalgo, serán fundamentales para desvelar la historia del estetoscopio.

José Fernández Guerra es doctor en Medicina y Cirugía por la Universidad de Sevilla. Ha publicado varias obras, la primera el ensayo *Medicina y literatura*, a la que siguió la compilación de cuentos *El paciente virtual*. «Prodigioscopio» es su primera novela.

Lectulandia

José Fernández Guerra

Prodigioscopio

ePub r1.0

FLeCos 25.07.2017

Título original: *Prodigioscopio*
José Fernández Guerra, 2013

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Agradecimientos

Esta novela pertenece a numerosas personas que, de alguna manera, me han ayudado en su idea y redacción. Aunque sería imposible nombrarlas a todas, debo hacer honor, al menos, a las más cercanas. Perdonadme si mi poroso cerebro se olvida de alguien.

Gracias a vosotros, Lola y Alejandro. Ninguna de estas páginas hubiera sido escrita sin vuestro apoyo y ayuda, sin vuestro beneplácito (léase paciencia) para que pudiera encerrarme hora tras hora en nuestra habitación de estudio, como la llamamos, a fantasear con mis personajes. Sería desconsiderado si además no explicara que una parte importante de la trama fue concebida por las neuronas de Lola, así como algún que otro personaje, más real que ficticio. Os quiero.

El personaje de sor Lucía está inspirado en Carmen Bazarra, hermana de la Caridad que se prestó a ofrecerme detalles sobre su vida de entrega a los demás. Durante la redacción de la novela, en 2010, Carmen ayudó a las víctimas del terremoto de Haití. Así que no le quedó demasiado tiempo para la lectura de la misma. Pido desde aquí perdón si he cometido, sin intención, algún error en los datos relacionados con la vida de San Vicente de Paúl. Gracias Carmen, tú sí que eres una heroína, y no las de las novelas.

Gracias a Elena Mora por su lectura de menos a más: empezó lenta pero la acabó en un tiempo record (que no se me entienda mal, quiero decir que se enganchó), a la vez que me animaba a seguir adelante con el proyecto de su publicación.

A Cristina Martínez debo su acierto en la valoración de los ambientes sevillanos; no en vano, estudió Medicina en la facultad de dicha ciudad y, como yo, quedó prendada de la capital andaluza. Una gran parte de sus inestimables sugerencias fueron incorporadas al texto inicial.

A José María García, Chema, que aunque se reconoce mal lector y más aficionado al séptimo arte, también ha dejado una impronta con su lectura, sobre todo en las notas de cine. Como los cacharros viejos (no me lo tomes a mal), de vez en cuando necesita un cosqui (léase, golpe en la cabeza con los nudillos) para comenzar a funcionar.

Gracias, Paco Páez, por tus reflexiones sobre la ciencia y la religión. Ateo, comunista, y sin embargo, estudioso de la teología. ¡Tú sí que eres un singular personaje para una novela!

A Marian Castilla, por emocionarse hasta el final, y por dejarse ayudar a recordar momentos de «aquellos maravillosos años». No dejes de recorrer Sevilla al detalle.

A mi colega Gregorio Soto, que me facilitó con deleite los datos del Sanatorio de Santa Rosalía de Jerez.

Al doctor y catedrático de Historia de la Medicina, don Luis Montiel Llorente, por ofrecerse una vez más a dedicar una inestimable parte de su tiempo en la lectura de la novela, y por sus sentidos elogios.

Mi agradecimiento eterno a Rosana, a sus aleccionadoras correcciones, que me sirven para seguir aprendiendo a escribir. Sobra decirte que la impronta de tus manos se encuentra inserta en la novela.

Gracias, Miguel Marcos, por alentarme y animarme en mis gestiones para conseguir que el libro viera la luz.

A Miguel Collado, el tito Miguel, por su sapiencia en el campo de las vidas de santos. Guarda bien la reliquia, Miguel (como buen creyente, sabrás hacer muy buen uso de ella).

Y gracias también al doctor Rafael León García-Donas y a su interesante recuerdo histórico sobre el Hospital El Tomillar.

A todos aquellos y aquellas (mis padres, Pepe y Antonia, mis hermanos Antonio y Miguel Ángel, Manolo Feria, Lola de Lucas, Tere Hinestrosa, Ana Escribano, Pilar Cuéllar, Alba Vergaz, Andrés Baena... la lista es más amplia) que, con sus palabras de ánimo, consiguieron que esta peculiar historia del estetoscopio cerrara su círculo.

Y como no, a Sevilla, la ciudad mágica que me dejó prendado cuando tuve la enorme suerte de estudiar Medicina en su facultad. Siempre criticada y sin embargo... tan añorada, tan jonda.



Un fonendo como Dios manda

Sobresaliente *cum laude*: uno de los días más felices de mi vida; la exitosa lectura de mi tesis doctoral. ¿Acaso puedo alcanzar mayor dicha académica?

Ahí está mi director, sonriendo ufano, casi complaciente ante la demostración infalible de una hipótesis de trabajo que no es la que él hubiera deseado plantar sobre la mesa de esta aula magistral hispalense, donde otros tantos doctorandos han derramado sus lágrimas. Detrás de mi director, mis amigos, mis contados amigos, que han venido sobre todo a disfrutar del cervecero que degustaremos dentro de un rato. En la primera fila (no querían perderse ni un detalle), mis padres, que se han ausentado por escaso tiempo de su querido pueblo para comprobar con sus propios ojos cómo su hijo se convierte en doctor. Mi madre me besa, llorando, cuatro o cinco veces, como a un niño chico, deseando volver a Guadalcanal para contarle a las amigas y vecinas de su calle que su hijo es doctor de verdad, y les explicará que no todos los médicos son doctores, aunque se les llame así, porque solo son doctores los que leen la tesis. Mi padre, el fuerte abrazo de mi padre, hombre recio de campo, a quien a lo mejor debería haber hecho caso con sus sabios consejos: «A veces, Diego, es mejor dejar correr la liebre». Y ese sillón vacío, esa presencia invisible, continua, un fantasma al que he dirigido mis ojos durante mi disertación, a hurtadillas del tribunal, receloso de no recibir el anhelado *cum laude*.

Dejar correr la liebre... ¿no era eso lo que yo tenía que haber hecho cuando comenzó todo aquel domingo en la Alameda?

—Te lo dejo por tres talegos, coleguita.

—No tengo tanto. ¡Uno! —repliqué.

—Ni *pa* ti ni *pa* mí, dos y va que chuta —fue la tentadora oferta del pintoresco vendedor, mostrándome con su sonrisa los escasos dientes negros que aún le bailaban en su boca.

Contuve la risa: dos talegos, dos mil pelás. No soy un experto en antigüedades, pero diría que aquel delicado instrumento que entonces reposaba en las palmas de mis manos debía de costar, a buen seguro, varios miles más. Y sin embargo, dos talegos para un estudiante de Medicina en 1986 no era un fácil desembolso. Recordé que había visto antes de salir de casa, dentro de mi cartera, la cara de don Benito Pérez Galdós impresa en un billete; sopesé las pelás que podía llevar mi amigo Rafa, quien me acompañaba, y lancé mi precio definitivo:

—Talego y medio —aseveré rotundo, apretando contra mi pecho lo que ya me

pertenecía.

Fue Rafa Montero, mi compañero de piso, quien propuso pasear por el mercadillo de la Alameda de Hércules en Sevilla. No era habitual que me hiciera esa proposición, sobre todo porque los domingos, como buen tuno (o mal tuno, según se mire), no daba señales de vida hasta después del almuerzo. Era entonces cuando se levantaba resacoso, tambaleante, los ojos entrecerrados, como dos puñaladas en un cartón y, aún sin quitarse el pijama, se lanzaba de cabeza sobre el sofá del salón, sin reparar en quién pudiera estar de visita en ese momento. Recuerdo que en una ocasión se llevó a la boca con ansia un trozo de *pizza* que había quedado huérfano en el centro de la mesa y, antes de comenzar el segundo bocado, las náuseas le empujaron corriendo al baño, donde largó hasta los cubitos de hielo de los cubatas de la noche anterior.

Aquel segundo sábado de enero, las niñas sevillanas no habían requerido la galantería de la tuna de Medicina, vamos, que se quedaron sin ronda, motivo por el que Rafa se había levantado tan despejado como el día que transcurría. «*Illo*, Diego, ¿por qué no damos un garbeo por la Alameda, a ver si encontramos algún casete de flamenco o de música sudaca?», había sido su propuesta.

Todos los sevillanos sabían que cualquier objeto, por inusual que fuera, se podía encontrar en el mercadillo. A espaldas de las estatuas de Hércules y Julio César, presidiendo desde lo alto de sendas columnas romanas la entrada al zoco de la Alameda, se encontraba el albero repleto de mantas cubiertas con los objetos más dispares: libros antiguos y descatalogados, cómics, discos de vinilo de Raphael cuando empezaba a cantar, en pantalones cortos; ruedas de coche o tapacubos, destornilladores, alicates, un gramófono, un ventilador del año catapún, floreros cristalinos de todos los estilos, formas y colores, transistores con las tripas fuera, tulipas de lámparas desaparejadas, candelabros decimonónicos, la cabeza de una muñeca Nancy, una botella de sifón La Juncal, la pesa de una olla Magefesa, el cabezal de una botella de butano... Sobre las mantas y sábanas que cubrían el albero, alternaban los puestos de objetos antiguos de colección, a veces de dudoso origen, con porquerías de segunda mano, restos de un naufragio que provocaban el asombro de los paseantes. Incluso, en alguna ocasión, se podía descubrir el radiocasete o la caja de herramientas que te habían robado unos meses atrás de tu coche. Y los médicos encontraban también aquí su bata o el pijama de quirófano de su propio hospital.

Apostaría lo que fuera a que el mellado buhonero no tenía ni idea de lo que me acababa de vender. En mi primera ojeada al destartalado escaparate no me percaté de su presencia, distraído con la escena del vendedor tocándole las palmas por bulerías a otro colega que rasgaba su guitarra sentado sobre una vieja maleta. Segundos después, rememoré la imagen grabada en mi subconsciente (seguro que Rafa podría explicar con detalle todo el proceso, que para eso estudiaba Psicología) y caí en la

cuenta de que no era la primera vez que veía aquel cilindro de madera. ¿Dónde había sido...?, ¿en un libro? ¿O quizás en una diapositiva en clase? No lo recordaba. Lo único que podía asegurar es que me encontraba ante un estetoscopio antiguo. O una buena imitación, que también era posible. El objeto en cuestión, de color ámbar (ni idea del tipo de madera), mediría unos treinta centímetros de longitud por cuatro o cinco de diámetro. Estaba compuesto por dos piezas separadas y simétricas que se unían, formando una estructura cilíndrica; en un extremo se insertaba una tercera pieza, parecida a un tapón o embudo pequeño que obturaba el conducto central, mientras que el extremo contrario mostraba un pequeño orificio. Al tenerlo entre mis manos, Rafa me preguntó si aquello era un catalejo y pensé que no iba mal desencaminado en el parecido, con la salvedad de que el instrumento en cuestión carecía de lentes.

—Me debes quinientas pelillas, tío. No zé, pero a mí me parece que eze trasto es tela de viejo, lo digo por los churretes de roña de la madera —dijo Rafa, enarcando las cejas sobre sus ojos claros de torero—. Ahora que, por un poco más, te podías haber *compra*o un fonendo como Dios manda.

—Ya tengo el fonendoscopio más moderno que hay en el mercado, Rafa —repliqué—. Estaba deseando tener algún instrumental médico antiguo, para cuando monte mi consulta. ¿Qué iluso, no?

—No te desanimes, hombre, que tan zolo te quedan unos meses para ser matazanos. Que la cosa está chungu ya lo *zabemos*, mucha gente con carrera trabajando de camarero. Pero tú eres un tío listo, hombre, y te colocarás de médico.

—Bueno, Felipe González dijo que iba a crear ochocientos mil puestos de trabajo.

—No, pánfilo, no dijo ochocientos mil; dijo ochocientos o mil, y ya ha *colocao* a zu primo, a zu zobrino... —sonrió Rafa, extrayendo de su cazadora de ante un paquete de Ducados.

Recorrimos la Alameda reconfortándonos con el inusual día de invierno. Rafa se compró la cinta *Castillo de arena* de Camarón y otra de Los Panchos, en cuya carátula aparecían jovencitos. Rematamos la mañana tapeando al sol, sofisticados lagartos en la terraza de un concurrido bar. El ambiente cambiaría al atardecer y atraería a la otra Sevilla, dispuesta a ver una película menos comercial en el multicines o a pasar un buen ratito en las casas de prostitución y en los bares morunos de las calles colindantes.

Mi vida no se habría complicado sobremanera si hubiera guardado el estetoscopio entre algodones, a salvo, hasta disponer de mi propio despacho médico, donde podría exhibirlo en una ostentosa vitrina: una especie de antigualla de mis antepasados, vana ilusión, puesto que yo iba a convertirme en el primer médico de mi familia. Otra oportunidad para dejar correr la liebre.

Contra todo pronóstico, al día siguiente me llevé mi «nuevo» estetoscopio a las prácticas de Medicina; no por necesidad, más bien por simple curiosidad científica. Mientras conducía mi Seat 124 por la Ronda de Capuchinos, me preguntaba cómo se

percibirían los sonidos del cuerpo humano en aquel rudimentario instrumento. Aquel lunes de enero de 1986 no solo me embargaba la ilusión por hacer las prácticas de Medicina (seis años esperando para tener unas míseras horas de contacto directo con los pacientes), también me apremiaba la inquietud de comparar el sonido del cilindro de madera con mi moderno estetoscopio Littmann americano.

En la planta de Medicina Interna del Hospital Universitario me incorporé al grupo de mis compañeros de clase, patitos recién salidos del cascarón que perseguían al doctor Arroyo, uno de los escasos médicos no docentes que nos permitía acompañarlo en su quehacer diario. La situación de nuestras prácticas médicas pasaba por un momento conflictivo, ya que un gran porcentaje de los médicos que hasta entonces las impartían se habían negado a seguir sirviendo de profesores honorarios.

Caminando de una a otra habitación, no sin cierta prisa, el doctor nos explicó por qué se marcaba la huella de nuestro dedo presionando en los tobillos de un paciente con insuficiencia cardiaca, el denominado edema maleolar; en qué consistía el aleteo o asterixis de la palma de las manos en la encefalopatía hepática; percibimos el signo de la oleada en la barriga a rebosar de líquido de una enferma con ascitis; incluso asistimos a la realización de una punción lumbar a través del ínfimo espacio entre dos vértebras (¡menuda estocada!) para diagnosticar una meningitis.

Qué diferente era comprobar *in situ* (como diría un cátedro) los signos de las enfermedades que los profesores se esmeraban en explicar con miles de palabras en los libros de texto. Quedaba demostrado que el estudio, clavando codos sobre los apuntes, era obligatorio para aprobar y obtener el título, pero la práctica sobre el propio terreno, a pie de cama, era imprescindible para plantarse ante el enfermo con el sano propósito de desentrañar la naturaleza de sus males en un futuro no lejano.

Como me avergonzaba usar el fonendoscopio antiguo ante mis compañeros (y no digamos delante del doctor Arroyo), dejé que transcurriera el pase de sala, de forma que cuando me encontré a solas, volví en busca de mi bolsa de deporte y extraje el cilindro de madera. Lo guardé en la bata y, debido a sus dimensiones, no pude evitar que sobresaliera la mitad por encima del bolsillo. Durante la mañana me había enternecido una anciana con neumonía que agonizaba en su habitación. Me recordó a mi abuela, la pobre, que en paz descanse, con su pelo de plata recogido en un moño; según había pronosticado el doctor Arroyo, padecía una estenosis severa de la válvula aórtica cardiaca, por lo que no viviría más de dos días. Me dirigí de nuevo a la habitación y con el fin de que sus familiares no me vieran trastear con mi rudimentario fonendo, les invité, haciendo gala de mi simpatía, a que salieran durante unos minutos. Al fondo, cerca de la ventana, dormitaba la paciente, ajena a mi presencia. Cuando mi bata ya rozaba las sábanas de su cama pude oír, brotando de su pecho, un ruido similar al de una olla hirviendo, signo inequívoco de que se encontraba en edema pulmonar, «con los pulmones encharcados», explicarían los médicos a sus familiares. A pesar de que se le administraba oxígeno a través de una cánula nasal, tanto sus labios como las orejas y las puntas de los dedos se exhibían

azulados. Cada treinta o cuarenta segundos la respiración se enlentecía, para reanudarse poco después, simulando un motor que entrara en ralentí de forma periódica.

Me situé de espaldas a sus dos compañeras de habitación y extraje el cilindro de madera de mi bolsillo. Retiré el obturador y coloqué el extremo ligeramente cóncavo sobre la parte alta del torso, no cubierta por el ajado pijama de hospital; apliqué mi oído al extremo opuesto del estetoscopio y me dejé llevar... Lo primero que percibí fueron unos ruidos de chapoteo o gorgoteo de líquido, sobre todo cuando la enferma exhalaba. Me pareció que los sonidos llegaban menos intensos en comparación con la experiencia acústica de mi Littmann moderno cuando la exploré acompañado del profesor. Cerré los ojos, en un intento de evitar desconcentrarme con la claridad de la habitación. Aún hoy, me resulta difícil explicar lo que ocurrió en ese momento, a pesar de que más tarde experimentaría de nuevo esa sensación. El color rojizo que yo percibía a través de mis párpados cerrados se fue transformando en un tono verdoso y poco a poco asistí a una visión misteriosa, donde no solo veía, también oía sonidos ajenos al cuerpo humano. Era como si estuviera asistiendo a una función de cine, como si frente a mis ojos me hubieran colocado una enorme pantalla. Pude ver la forma difuminada de una cabeza humana, sin edad definida, de rasgos imperceptibles; tenía el cabello largo, a juzgar por los contornos ondulados que caían sobre lo que probablemente serían los hombros. Una voz grave, pero al mismo tiempo reconfortante, asexuada, me habló con parsimonia de esta manera: «Eh, eh, águila, ¿por qué te duermes en tus conocimientos? ¡Libérate de tus dudas! Debes conocer... ¡Levántate y bebe!». A pesar de la experiencia fantástica, en ningún momento pasé miedo, pues mientras aquel espectro luminoso me hablaba, me sentía lleno de paz. Poco después, la imagen se desvaneció, retornando a mis oídos el sonido crepitante del líquido pulmonar.

Abrí los ojos, desconcertado. Para mi sorpresa, nada había cambiado en la habitación. La enferma, ajena a mi experiencia, seguía agonizando mientras sus compañeras dormían, supuse que bajo los efectos de algún somnífero.

¿Qué me había pasado? Según había estudiado en psiquiatría, y aunque yo nunca había tomado drogas (puede que suene raro, pero ni siquiera le había pegado una simple calada a un porro), la visión se asemejaba a una alucinación, ¡parecía tan real...! Tras unos minutos de turbación, mirando a través de la ventana el denso tráfico que circulaba por la avenida Doctor Fedriani, se me ocurrió realizar una nueva auscultación. Retomé el cilindro con la mano derecha, temblorosa, y procedí de idéntica manera. Allí seguían los borbotos de líquido en el pulmón. Cerré los ojos y me concentré en el color rojo de fondo, pero nada nuevo ocurrió. A los dos o tres minutos sentí que me palmeaban el hombro izquierdo:

—Oiga, perdone, ¿tardará usted mucho? Es que ha venido mi familia de Cádiz para estar con mi madre —dijo su hija, que me miraba con cara indulgente.

Me disculpé, consciente de que le estaba robando el poco tiempo de vida que le

quedaba junto a ella. Al guardar el cilindro de madera en mi bata, la afectada hija me miró con expresión extraña, preguntándose qué era aquel objeto de madera que yo había puesto sobre el pecho de su madre, en nada parecido al clásico estetoscopio de gomas negras. Sentí su mirada en mi cogote al abandonar la habitación, donde un coro de plañideras se abrió a mi paso como las aguas del mar Rojo ante Moisés.

La tarde transcurrió despacio, eterna, inmóvil. Intenté concentrarme estudiando, fue imposible; no paraba de darle vueltas al asunto. Experimentar una visión con un instrumento destinado a oír, no a ver, ya era fantástico, pero más lo era que la visión me hablara. Si al menos me hubiera dicho algo coherente. No hacía más que intentar descifrar aquella frase. ¿Qué significaba? Me llamaba águila, me invitaba a disipar mis dudas y me impulsaba a levantarme y beber. ¿Qué me quería decir? ¿Quizás que tenía que dedicar más tiempo al aprendizaje y al estudio? Sentí ganas de contarle lo ocurrido a Rafa, pero ya lo veía diciéndome que me estaba quedando *abombao* de tanto estudiar. Me engañé a mí mismo argumentándome que todo había sido una ilusión pasajera y no merecía la pena concederle más importancia a lo ocurrido.

Volví a mi sesión de prácticas de Medicina Interna a la mañana siguiente, deseoso de conocer el desenlace de la abuelita del moño. Cuando entramos en su habitación, guardando las espaldas del doctor Arroyo, me quedé atónito ante la escena: la enferma nos contemplaba extrañada por encima de sus gafas de pasta, sentada en la cama, al tiempo que intentaba llevarse con torpeza una cuchara llena de sopa a la boca, que se estrellaba contra su mentón. El doctor nos dirigió una mirada recriminatoria, como si nosotros, unos simples estudiantes de Medicina, fuéramos los culpables del renacer de la paciente. Cualquiera diría que le había contrariado la mejoría, pero claro, su pronóstico del día anterior había quedado a la altura de la suela de una alpargata. El maestro alzó el estetoscopio de sus hombros por encima de su cabeza medio calva, realizó una auscultación pormenorizada del tórax, arriba y abajo, comparando un hemitórax con el contrario, enarcando las cejas en señal de desconcierto. Después, sin mediar palabra, con la palma de su mano señalando a la enferma, nos invitó a auscultarla. A través de las patillas de mi Littmann escuché perfectamente el murmullo vesicular, el suave sonido del aire entrando y saliendo sin interferencias de sus bronquios y alvéolos. Por supuesto, no quedaba ni una gota de líquido en los pulmones, la evolución clínica fue prodigiosa. Todos los familiares congregados en la puerta de la habitación saltaban de alegría, repartiendo besos y abrazos, cuando el internista les anunció que la abuela se salvaría. «Para que luego digan que la Medicina es una ciencia exacta», farfulló con cara de perros ya de camino a la siguiente visita. Quise suponer que al final, contra todo pronóstico, los diuréticos que se le habían administrado a la enferma para forzar la orina lograron su efecto y consiguieron salvarla. Después de todo, nosotros solo éramos médicos, profesionales con estudios avanzados en biología humana que nos conferían un mayor grado de información acerca del desenlace de las enfermedades, aunque no una predicción segura: hombres del tiempo con bata y fonendo.

Al final de la mañana, cuando mis compañeros y el profesor se habían marchado a casa, se me ocurrió la idea de volver sobre mis pasos y probar de nuevo el estetoscopio de madera en un varón de treinta años con neumonía leve. El médico de guardia lo ingresó con buen criterio porque vomitaba todo lo que ingería, incluyendo los antibióticos, así que la única manera de administrarlos era a través de una vía intravenosa en el brazo. Estuve a punto de no tocar el estetoscopio cuando descorrí la cremallera de mi bolsa de deportes, pero una fuerza irracional me impulsaba a tomarlo entre mis manos.

Para que el chico, quien se mostró sorprendido al verme de nuevo, no observara cómo le aplicaba el cilindro, le animé a que se sentara en la cama y se levantara el pijama, lo que me permitió auscultarle la espalda. Al igual que con el Littmann con el que lo había examinado una hora antes, percibí al momento un ruido de crepitar que se correspondía con la neumonía, algo más seco que en el edema de la anciana. Cerré los ojos, la luz rojiza de mis párpados se fue oscureciendo y esperé la tonalidad verde. De pronto todo era negro, de un negro infinito como jamás había percibido. Empecé a sudar y a sentirme inquieto. Poco a poco, en la negrura de mi pantalla, aparecieron unas sombras grisáceas, nubes cargadas de tormenta, que giraban y formaban algo parecido a un remolino. Entonces lo oí: eran gritos de personas, hombres, mujeres, niños, que crecían en intensidad, al unísono, gritos desgarrados que parecían clamar amparo. En pocos segundos los alaridos me provocaron un enorme dolor punzante en el oído, chillé y el cilindro resbaló de mis manos. «¿Te encuentras bien?», me preguntó el paciente. Durante un momento no supe cómo reaccionar. Estaba asustado, tembloroso, el sudor me empapaba de arriba abajo. «No es nada. Es que... tengo una otitis, estoy con fiebre y me he dañado el oído al colocarme el fonendo», argumenté con precipitación, esperando que no me hiciera más preguntas.

Guardé el cilindro en la bata y salí pitando de allí. No sabía qué hacer, ni si debía acudir a alguien, pero ¿quién me iba a creer? Recordaba haber sentido un pánico similar cuando asistí años atrás al estreno en el cine de *Aquella casa al lado del cementerio*. Me encerré en un aseo público, me senté encima de la tapa del inodoro y allí estuve con la mirada perdida en la pared unos veinte minutos, hasta que las risotadas de dos médicos que hablaban de lo buena que estaba una enfermera me sacaron de mi aturdimiento.

Por la forma en que me recibió Rafa cuando llegué al piso, debió notar que algo no iba bien: «*Illo*, Diego, tienes más mala cara que los pollos de Simago. ¿Qué te ha *dao*?». Le mentí, le conté la trola de que había cogido un virus en el hospital y le dejé tirado el plato de habas con choco al que me invitaba y que con esmero había preparado su madre en Huelva. Lo único que me apetecía era encerrarme en mi cuarto y no pensar demasiado. Conseguí quedarme dormido después de innumerables vueltas en la cama, para despertarme empapado en sudor, dejando atrás la peor pesadilla de mi vida. En ella, yo intentaba reanimar de una parada cardiorrespiratoria al joven de la neumonía que yacía sobre la mesa del aula magna de la facultad, donde

cientos de miradas de estudiantes me observaban desde sus butacas. Después de un largo periodo de infructuosos golpes en su pecho e insuflaciones con mi boca en sus labios, el chico fallecía, y los profesores que me rodeaban y asistían al desafortunado espectáculo me daban la espalda, abandonando el hemiciclo.

Estuve dos días sin aparecer por el hospital, pero el viernes decidí que ya era hora de enfrentarme a mis miedos. En la planta de Medicina Interna me dirigí a la habitación del paciente con neumonía: no se encontraba allí. Una simpática enfermera me informó de que había empeorado el miércoles anterior y lo habían trasladado a la uci, donde por desgracia moría el jueves. «Ha sido una tragedia para los padres», afirmó.

Mi pesadilla se había confirmado. Las preguntas se agolparon en mi cabeza: ¿Qué poder mágico escondía el estetoscopio de madera? ¿Por qué parecía predecir el desenlace de los pacientes? ¿Quién había fabricado aquel artilugio tan poderoso? Y, ¿cómo había llegado hasta aquel mercadillo sevillano?

Casa okupada

Me pasé el fin de semana intentando aclarar el misterio del cilindro, pero no encontré ninguna respuesta satisfactoria; me sentía pequeño ante el problema, desvalido, inútil. En el momento de mayor desazón, pensé otra vez en pedir ayuda, pero... ¿a quién iba a contar que poseía un estetoscopio de madera, que hacía las veces de bola de cristal, sin que me tomara por loco? «Seguro que existe una explicación lógica para este embrollo», me decía, pero la solución se me antojaba tan difícil como la resolución del cubo de Rubik, rompecabezas de colores que nunca llegué a completar.

Tan preocupado estaba que ni siquiera disfruté del estreno en Televisión Española, el viernes de madrugada y tras la carta de ajuste, de un hito del cine erótico: *El imperio de los sentidos*, del japonés Nagisa Oshima. Era la primera vez que se emitía en España una película con escenas de sexo sin cortes de censura. Le arruiné la noche de presunta lujuria a Rafa, que había invitado a dos amigas a ver la peli en nuestro maravilloso televisor en blanco y negro, pero con la pantalla más grande del mercado:

—Hemos quedado como dos pardillos, tío —me amonestó Rafa mientras enrollaba una boquilla de cartón para prepararse un porro—. Mira qué era fácil que cayeran estas dos, las teníamos a huevo. ¿No te fijaste que, cuando la china ze escarranchaba encima del nota, la Zilvia ze relamía? Yo creo que lo estaba deseando, tío. *Zolo* tenías que haberte ligado a zu amiga, la Toñi, que es más paraíta, para que tirara de la otra. Podías haber estado algo más zimpático, hombre. —Me miró con cara de perros—. Y ahora qué, ¿a mano?

—Tú lo ves muy fácil, pero yo no tengo tu físico, Lorenzo Lamas. La culpa no ha sido mía —dije para disimular—. Yo creo que se han espantado cuando han visto a la japonesa con el pene de su amante corriendo por las calles. Era japonesa, no china.

—¡Qué más da, china o japonesa, yo no las distingo! Todas tienen los ojos *estiraos*, parece que estén estreñidas.

—La escena no puede ser más repugnante, hasta me ha dolido, imaginándome que me hicieran algo parecido —comenté mientras me levantaba del sofá.

—Bueno, tío, la cuestión es que esta noche tampoco mojamós. Y tú ya llevas unos pocos meses de zequía —aseveró Rafa, a quien dejé en el comedor envuelto en una nube de hachís.

Por si no tuviera bastantes preocupaciones, mi compañero de piso tuvo la sensibilidad de un cactus recordándome mi ruptura con Laura un año atrás. Entonces yo vivía en un piso de la barriada El Cerezo, a dos pasos de la facultad, que compartía con otros dos estudiantes: Antonio Lineros, del que conservo un gran recuerdo, y

Adolfo León, el mamón que pillé acostado con Laura un domingo por la mañana que se me ocurrió regresar antes de mi pueblo. Una semana después leía en los tablones de la facultad de Medicina el anuncio de un estudiante que buscaba compañero. Rafa Montero, que estudiaba Psicología de rebote (no pudo entrar en Medicina porque no obtuvo la nota suficiente, conformándose con pertenecer a su real, pontificia, ilustre, andariega y muy terapéutica tuna), vivía en un piso, que compraron sus padres como inversión, en el ostentoso barrio de Los Remedios, destinando las doce mil pesetas que yo le iba a pagar cada mes a partir de entonces a sus gastos personales.

Bien, creo que lo mejor será guardar el estetoscopio de madera en el fondo de un cajón y dejarlo allí hasta que me convenza de que solo he tenido un mal sueño, pensé. Fue entonces cuando, al disponerme a extraer el instrumento de mi bolsa de deporte, reparé en los detalles del estuche que lo contenía. Era de piel marrón oscura, ajada, de unos treinta y cinco centímetros de longitud; en un lateral, a ambos lados del asa, disponía de dos cierres metálicos cromados. Al levantar la tapa, su interior estaba recubierto de terciopelo burdeos con tres hendiduras donde se situaban las partes del fonendo; sin embargo, la cavidad donde se alojaba el obturador era más larga que la pieza en sí. Recorriendo la cubierta de lado a lado, se podía observar otra más estrecha que las anteriores, que se encontraba vacía. Parecía como si aquella caja no estuviera destinada a contener el fonendo, sino más bien un instrumento musical. *En el surco de la tapadera podría encajarse la varilla para limpiar una flauta, pensé.* Si aquel estuche no se diseñó para contener el estetoscopio, ¿qué más sorpresas podría ocultar? Mi intuición me llevó a levantar el molde recubierto de terciopelo de la parte inferior, donde encontré una cartulina blanca similar a una tarjeta de visita, escrita a pluma y con tinta azul, en la que pude leer la siguiente dedicatoria:

*Para mi gran colega Ana Acevedo, esperando que hagas de él un buen uso.
Dios te bendiga.*

D. Eduardo Sanz.

Le di la vuelta a la tarjeta, deseando encontrar algún otro dato, pero no contenía inscripción ni fecha alguna. Deduje que el doctor don Eduardo Sanz entregó el estetoscopio a su colega doña Ana Acevedo y, al desearle que lo usara para hacer el bien, de forma tácita me informaba de que no solo era consciente del maravilloso poder del mismo sino que, mal empleado, podía convertirse en un arma nefasta para los enfermos. Pero entonces, ¿por qué el cilindro fue a parar al cementerio de elefantes que representaba el mercadillo de la Alameda? ¿Qué llevó a la doctora Acevedo a desprenderse de él? Incluso, aunque no tuviera ningún poder implícito, aquella talla de madera era toda una obra de arte digna de exhibirse tras los pulcros cristales de la vitrina de un gran museo. No me quedaba otro remedio que averiguar quién era y dónde vivía la doctora Ana Acevedo. Por un momento, mientras guardaba la tarjeta en mi billetera, sentí que abarcaba entre mis manos el plano de la isla del

tesoro. De momento, el estuche con su maravilloso artilugio no podía ser relegado al fondo del cajón: la investigación debía seguir su curso.

Mientras me afeitaba el lunes, preparándome para ir a la facultad, y me organizaba el día en mi cabeza, me estremecí al oír en la radio la noticia de la muerte de Enrique Tierno Galván, el alcalde de Madrid, con el que compartía algunas reflexiones morales y filosóficas, además de su segundo apellido. El «viejo profesor» era de esos hombres honestos, fiel a sus ideas socialistas, alineado con los más desfavorecidos. Fuera del color de sus siglas políticas, todos los madrileños le profesaban una gran admiración por su entrega al pueblo, por su sencillez, por su saber estar. Era, por otro lado, un sabio en el sentido estricto de la palabra. Unos pocos años atrás, cuando comenzaba mi carrera y aún me preguntaba en mis clases de anatomía si aquellos despojos amorfos con los que aprendíamos conservarían algún resto de su alma, me abrió los ojos con la lectura de su libro *Qué es ser agnóstico*; más tarde comprendí que la vida era finita y que resultaba imposible demostrar que existiera algo más allá de la muerte.

A media mañana falté a la tercera clase, y mientras me tomaba un café en el bar Los Varales, hojeé la guía telefónica hasta encontrar el número del Colegio de Médicos. Supuse que allí me podrían facilitar los datos de la doctora Acevedo, siempre y cuando estuviera colegiada en Sevilla, que por otro lado parecía lo evidente. Poco después, con los duros que me dieron de vuelta del café, telefoneaba desde la cabina de la esquina del Instituto Anatómico Forense, frente a cuyas puertas se asentaba una legión de gitanos compungidos; sobre el césped aún quedaban restos de la hoguera de la noche anterior. *Otra muerte a navajazos*, pensé.

—¿Sí, dígame? —me preguntó una cálida voz femenina al otro lado del auricular.

—Hola, buenos días. —Engolé la voz—. Llamaba para ver si me podían facilitar la dirección de la doctora Ana Acevedo.

—¿Me podría decir quién es usted y para qué desea dicha dirección?

Por un momento, pensé que no iba a ser tarea fácil, puesto que aquella secretaria habría recibido la orden de no facilitar los datos de ningún colegiado a cualquier persona; improvisé como pude.

—Verá, soy estudiante de sexto de Medicina, casi médico, vaya. Me llamo Diego Galván y estoy haciendo mi tesis doctoral sobre un tema en el que la doctora Acevedo es una experta. He leído algunos de sus libros y necesito resolver algunas cuestiones que me han surgido.

Mentí y di por supuesto que mi interlocutora no tenía por qué saber nada del currículo de la doctora Acevedo, y menos sobre si había publicado tal o cual libro, de lo contrario se iría todo al garete.

—Muy bien, espere un momento, por favor; debo mirarlo en nuestros archivos.

Suspiré aliviado comprobando que había colado mi trola. De la puerta del Instituto Anatómico salían llorando dos almas enlutadas: una gitana mayor y un gitano que la abrazaba, ataviado con sombrero de fieltro de ala ancha y vara colgada

del brazo; supuse que sería el patriarca. Los que esperaban sentados se levantaron de golpe y se dirigieron hacia ellos, arrojándolos.

—Tome nota, por favor —me respondió la secretaria un minuto después—. Como ya sabrá, la doctora Acevedo trabaja en el hospital El Tomillar. Vive en el número veintisiete de la calle Marqués de Nervión. Me dijo usted que era el doctor...

—Mi nombre es Diego Galván, soy estudiante de sexto de Medicina.

—Perdone, me había parecido oírle decir que era usted médico —replicó con tono resignado—. En ese caso, como comprenderá, el teléfono personal no puedo facilitárselo; son las normas —añadió con retintín.

Le di las gracias por duplicado. El resto de la mañana se me hizo interminable: intenté atender en clase, pero mi mente se debatía entre visitar a la doctora Acevedo en su domicilio y hablarle del estetoscopio o dejar las cosas como estaban, y eso que la clase de Medicina Legal transcurría de lo más animada, con cientos de estudiantes atestando los pasillos; tenía más morbo asistir a una conferencia del doctor Frontela que a la proyección de cualquier película de terror macabra. Don Eduardo se había acreditado como uno de los forenses españoles de mayor reputación y no pasaba una semana en que su nombre no figurara en los titulares de los periódicos protagonizando algún caso escabroso. La gente de la calle lo conocía, sobre todo, por sus investigaciones del múltiple asesinato de «Los Galindos» en 1975, aunque también por su opinión contraria a la causa del llamado «síndrome del aceite de colza». Se trataba de una intoxicación masiva que había tenido lugar en España en 1981 y que causó la muerte de medio millar de personas. La versión oficial promulgaba que la causa era la ingesta de un aceite desnaturalizado procedente de Francia para uso industrial, destinado finalmente a uso doméstico; Frontela, sin embargo, defendía que el origen era un pesticida organofosforado. Pero para nosotros, los estudiantes de Medicina sevillanos, el doctor era un tipo extravagante; los nuevos licenciados comentaban que parecía sentirse importante haciendo que todos sus alumnos estuvieran pendientes de la nota final de la asignatura que publicaba en el tablón de madrugada, cuando ya se conocían de sobra las notas del resto de materias. Se contaban por centenas los estudiantes que se quedaban colgados con Medicina Legal en el último año de la carrera y pedían convocatorias de gracia para una asignatura que en otras facultades era una maría. En esta ocasión la lección versaba sobre la muerte por estrangulamiento, y la primera diapositiva proyectada en la pantalla, la imagen de un joven colgando del cuello por una cuerda, arrancó el murmullo general habitual entre los asistentes. A continuación, el profesor nos explicó cómo podía determinarse el objeto utilizado como arma del crimen según la forma, profundidad y extensión de las diversas señales que provocaba en el cuello. Si los productores norteamericanos hubieran sabido de la existencia del macabro profesor, con las cajas de diapositivas que atesoraba, podrían haber filmado la mejor serie negra de la televisión.

Almorcé en el bar Pablo, cerca de la facultad, donde te llenaban el estómago por

un módico precio, y poco después me dirigí en mi Seat 124 hacia el barrio de Nervión. A la media hora, me encontraba aparcando delante de la fachada de preferencia del estadio Ramón Sánchez Pizjuán; mientras cerraba mi coche, me quedé contemplando el maravilloso mosaico inaugurado cuatro años atrás, con motivo del Mundial de fútbol, con el enorme símbolo del Sevilla Fútbol Club en el centro, rodeado de numerosos escudos de equipos andaluces, españoles e internacionales: los planetas alrededor del sol. En el momento en que subía por la calle Padre Coloma comenzó a llover, no muy fuerte, pero con la suficiente intensidad como para que deseara no haber olvidado el paraguas en casa. No sé quién dijo aquello de «la lluvia en Sevilla es una maravilla» cuando la auténtica realidad es que la lluvia en Sevilla cala como en Castilla.

Apresuré el paso y en unas pocas zancadas me planté delante del número veintisiete de la calle Marqués de Nervión, en el centro del barrio cuadrangular levantado en los terrenos del susodicho marqués en 1911, a imitación del estilo de la ciudad jardín que por entonces se construía en Inglaterra. Era una casa de dos plantas con fachada de ladrillo visto, de las primeras que se hacían; delante de la misma se disponía un jardín abandonado, a juzgar por la maleza que crecía sin control, privado a su pesar de las buganvillas y del aroma de la dama de noche en las cálidas noches de verano. Una pequeña cancela de hierro, con la pintura negra desconchada, daba paso al mismo; de las cristaleras de ambas ventanas de la planta baja tan solo quedaban algunos cuchillos de cristal adheridos al marco. Antes de que se me empañaran mis gafas de pasta marrón, aún pude distinguir en la fachada tres balcones con ventanas de madera pintadas en aguamarina en el piso superior, una cenefa color albero por encima de las mismas de lado a lado de la casa y una azotea cuya barandilla adornaban cuatro jarrones añiles de loza.

Como la lluvia apremiaba y la verja se encontraba abierta, atravesé el jardín hasta la puerta de madera de la casa, para mi sorpresa también entreabierta. Pulsé el timbre varias veces, sin que yo pudiera escucharlo, no sé si porque no funcionaba o por el repiqueteo de la lluvia en el zaguán. Tras dos o tres minutos de espera, nadie acudió a mi encuentro. En otras circunstancias esto hubiera bastado para volver sobre mis pasos, pero con el aguacero que caía me pareció que lo mejor era acceder al interior. «¡Hola, hola! ¡Doctora Acevedo! ¿Hay alguien?», grité desde el recibidor.

No había luz alguna encendida, lo que, unido al tormentoso día que se había presentado, confería cierto aspecto siniestro a la casa. Me quité las gafas y las sequé con un pañuelo de papel de un paquete que compré a un parado en un semáforo a «cuatro por veinte duros»; tras ponérmelas, pegué un pequeño respingo al verme reflejado en el espejo de un mueble paraguero: el pelo castaño empapado, sin señal de la raya que solía perfilarme a la izquierda, la cara delgaducha y la piel blanca como un queso fresco, me conferían un aspecto poco atractivo.

En la penumbra, y por intuición, avancé a través del recibidor, dejando a los lados dos puertas blancas cubiertas de arañazos que supuse comunicarían con sendas

habitaciones. El suelo crujía a mi paso, como si pisara hojas secas, olía a mohó, a rata muerta y a comida descompuesta; se escuchaba música al final del pasillo central, una guitarra eléctrica estridente por encima de la cual sobresalía la voz afeminada y chillona de un solista, *rock* duro sin duda, quizás Iron Maiden, y de pronto pensé que no era la música que más armonizaba con la inquilina de la casa. Entornando los ojos, apenas divisé a unos tres o cuatro metros, en lo que parecía el salón, una larga mesa rectangular cuyo color era imposible de precisar por el polvo acumulado. Mi corazón se puso a ritmo de fibrilación auricular, a paso de legionario. Sigiloso, me acerqué hacia el centro de la habitación y cuando me disponía a vociferar por segunda vez el nombre de la doctora, rápido como un felino, hube de taparme la boca con la mano ante la inesperada visión: desparramada en un roído sofá de escay, una joven pareja jugaba con la amapola de la muerte. Un chico de largos y descuidados cabellos, el antebrazo izquierdo extendido, gomilla presionando en el brazo, la mirada concentrada en la flexura del codo, se disponía a inyectarse un pico con una jeringuilla de cristal; la chica agitanada recostada a su lado, la cabeza apoyada sobre el respaldo y la mirada perdida en el techo, volaba ya lejos de allí. Su cara me resultaba conocida. ¿No la había visto acompañando al mellado buhonero en el mercadillo de la Alameda...? Me delató el tintineo de mi inoportuna patada a una botella de cerveza.

—¡Eh, qué pasa, qué pasa, colega! ¿Quién te ha *invitao* a esta fiesta? —gritó el drogadicto con los ojos entornados.

—¿Qué disse canijo? ¿Qué fiesta ni fiesta? —preguntó la yonqui, despertando de su letargo.

De pronto, el toxicómano se levantó raudo de su asiento, tirando al pegajoso suelo el radiocasete colocado sobre el respaldo del sofá y, aún con la jeringuilla insertada en su vena, intentó agredirme tambaleante con una navaja automática que apareció de la nada en su mano derecha. Con la torta que llevaba encima, el navajero no habría sido capaz ni de pegar un puntazo a una rueda de tractor, pero no me apetecía comprobar su puntería. Salí corriendo por patas, escuchando tras de mí los improperios de la pareja de yonquis, y en un instante estaba otra vez empapándome en la acera; miré hacia atrás, pero el toxicómano no me perseguía, probablemente en su tambaleante carrera habría ido a parar con su escurrido cuerpo a las mugrientas baldosas.

—¡Oye, muchacho, muchacho! —me increpó una voz de mujer.

Una señora de unos cincuenta y tantos años, algo entradita en carnes, con gafas de culo de botella y bata de *boatiné* me llamaba desde la puerta de la casa contigua.

—¿Es a mí? —pregunté por preguntar, en la acera no había nadie más.

—Sí, a ti, a ti. ¿Buscas a alguien? Te he visto salir de la casa, bueno, te observé antes cuando entrabas, porque... tú sabes, en esa casa entra mucha gente, pero cuando te he visto, he pensado: este muchacho no va mal vestido, no es como los otros, y como mirabas la casa como si nunca hubieras estado... seguramente sea

porque estás buscando a alguien.

—Buscaba a la doctora Acevedo, doña Ana Acevedo. ¿La conoce usted?

—Anita, claro que la conozco. Pero ya no vive ahí. La casa está abandonada desde que se la llevaron; después empezaron a entrar los golfos esos para drogarse, salen gritando y como borrachos. Están todo el santo día ahí. Las jeringuillas ya llegan hasta la calle, las tiran en cualquier sitio. Algún día se va a pinchar alguna criaturita. Ya hemos llamado a la policía, pero...

—Ya, comprendo. —Tuve que interrumpirla porque parecía que le habían dado cuerda—. ¿Sabe usted dónde vive ahora la doctora Acevedo?

—Pues ya te lo he dicho, se la llevaron y desde entonces esto no hay quien lo aguante, porque la policía no hace nada, ya la hemos llamado, vienen, los echan, clavan unas tablas en la puerta, pero es lo mismo; luego vienen ellos con unos ganchos y las quitan y, hala, para dentro otra vez. La culpa la tiene el gobierno que no hace nada. ¡Tanta libertad!... antes estábamos mejor. ¡Ay, señor, no sé adónde vamos a llegar! Yo paso un miedo que *pa* qué...

—Ya, pero ¿le importaría decirme adónde se llevaron a la doctora?

—Pues adónde va a ser, al manicomio. Se volvió loca, la pobre, ¿no se lo he dicho ya? *Pa* mí que se lo había dicho.

Me desperté sintiendo un frío paralizante en las piernas: estaba tumbado en el suelo, vestido con mi esquiama azul marino. Tardé algunos segundos en percatarme de que me había caído de la cama. Mientras me levantaba, entumecido, empezaba a recordar algunas imágenes del último sueño: blandiendo jeringuillas como cuchillos, una docena de yonquis similares a zombis me perseguían sobre la arena del ruedo de la Maestranza. Una mezcla entre la escena de la ducha de la película *Psicosis* y el vídeo de *Thriller* de Michael Jackson; lo peor era que mientras corría, mirando de reojo, veía cómo mis brazos y mi torso ya estaban saeteados por decenas de jeringuillas, igual que san Sebastián, mártir. En mi huida, saltaba por encima de un burladero para caer en el callejón y es entonces cuando fui a parar al enlosado de mi dormitorio.

El descascarillado despertador de cuerda bronceo, que había interrumpido el sueño de mi padre tantos años para reanudar las pesadas tareas del campo, marcaba las seis de la mañana. La cháchara lejana del locutor que se afanaba por entretener a los insomnes me recordaba que Rafa aún seguía dormido al otro lado de la pared. No sé si se dejaba la radio encendida o bien la utilizaba de nana, pero lo cierto es que no paraba de sonar hasta que mi amigo se levantaba del catre. Me calcé las babuchas de cuadros, me abrigué con mi bata marrón y me fui a la cocina con intención de prepararme un café. De vuelta a mi habitación con la taza humeante, me senté en la mesa camilla, cubriéndome las piernas con la reconfortante falda, encendí el flexo de aluminio y saqué de mi carpeta los apuntes de radiología. Me encantaba estudiar en el silencio de la madrugada, cuando «aún no habían puesto Sevilla», como me balbuceaba Rafa tambaleándose después de una noche eterna de copas.

«La corriente alterna circula hacia el cátodo y desde este en el circuito del filamento, mientras que una corriente continua pulsátil va al cátodo, pasa al ánodo y sale de él sin eliminar el vacío...» Ánodos, cátodos, electrones que van y vienen. No conseguía enterarme de nada, ni concentrarme en lo que estaba estudiando.

Sin desearlo, se me ponía por delante esa cotilla de Nervión que esperó agazapada a que yo saliera de la casa de la doctora Acevedo para chismorrearme que estaba internada en el manicomio. Qué mal suena esta palabra. A pesar de los esfuerzos de la nueva psiquiatría por denominar a esta institución el Hospital Psiquiátrico de Miraflores, para muchos seguía siendo el manicomio de toda la vida, donde no se rehabilitaba a los enfermos mentales: se encerraba a los locos. Ahora me tocaba a mí averiguar por qué la doctora Acevedo había sido invitada a vivir en tan notable institución. Quizás había llegado el momento de demostrar por qué me habían calificado con un sobresaliente en la asignatura de psiquiatría el curso anterior. ¡Pobre

mujer! Lo más probable es que ni siquiera estuviera al tanto de que su vivienda estaba siendo ocupada por una pandilla de drogadictos que no solo entraban y salían sin traba alguna por su casa, sino que además la estaban expoliando poco a poco; de ahí que yo dispusiese de su estetoscopio. Mi conciencia me decía que debía devolvérselo, seguro que se alegraría al verlo.

La verdad es que estudiar, lo que se dice estudiar, estudié poco. A media mañana ya me encontraba saliendo con mi coche de la avenida Miraflores y enfilando la avenida San Juan de la Salle en dirección a Valdezorras. Mis amigos se reían de mi Seat 124 blanco pasado de moda, con sus ocho añitos a cuestas, pero a mí me hacía el apaño y era mi tabla de salvación para ir y venir de Guadalcanal, mi pueblo serrano, cuyas comunicaciones en transporte público con la capital de Andalucía eran de pena.

Tras dejar el polígono industrial Store a la derecha, abandoné la general para internarme en una carretera a la izquierda que moría en el sanatorio. El enorme complejo se encontraba en las afueras de Sevilla, rodeado de cortijos y campos sembrados: no podía encuadrarse en mejor sitio, alejado de la ajetreada ciudad (un eufemismo para evitar decir que estaba en la quinta puñeta para aislar a los locos de los cuerdos).

Aparqué el coche en una explanada y me dirigí, portando mi bolsa de deporte con el estetoscopio de madera, al primer edificio que encontré, una construcción de dos plantas en ladrillo visto que supuse sería el centro de recepción. Atravesé un vestíbulo flanqueado por columnas recubiertas de azulejos con rombos de color fucsia de lo más hortera; en el mostrador de la entrada me dirigí a un celador.

—¡Hola, buenos días! Mire, soy estudiante de sexto de Medicina y vengo a visitar a la doctora Ana Acevedo, que se encuentra internada en este centro —le solté con mi mejor sonrisa.

—¿Es usted familiar suyo? —me preguntó el orondo celador que apagaba su cigarrillo en un cenicero de cristal.

—No, familiar, no...

—¿Amigo?

No sabía qué responder. Por un momento pensé que no me iban a dejar visitarla. Opté por la sinceridad.

—No, tampoco soy su amigo. Debo devolverle algo que le pertenece. Es muy importante para ella.

—¿Cómo me ha dicho que se llama?

—¡Ah! No lo he dicho, soy Diego Galván.

—Me refería a la interna. —Mantuvo mi mirada con cara chulesca.

—Perdone, no le había entendido. La paciente se llama Ana Acevedo, es doctora ¿sabe?

—Espere un momento.

El celador se levantó de su asiento, se alzó el pantalón del pijama blanco, no sin antes mostrarme el final de la espalda, y desapareció por una puerta al fondo. Unos

minutos después retomaba la conversación.

—Si es usted tan amable, la subdirectora doña Elena Iglesias le informará en su despacho. Tiene que coger este pasillo de la izquierda, pasar por delante del salón de actos y después torcer a la derecha. Es el penúltimo despacho, lo pone en la puerta —dijo llevándose otro pitillo apagado a los labios.

La subdirectora quería recibirme en su despacho. Me pareció algo extraño, no pensé que fueran necesarios tantos requisitos para visitar a un enfermo, máxime cuando en las clases de psiquiatría nos habían explicado que en aquel centro practicaban una terapia en régimen de puertas abiertas, como la que ahora tenía delante. Golpeé con los nudillos y una voz femenina me invitó a pasar. Al fondo de la estancia, sentada detrás de una mesa metálica repleta de papeles, la subdirectora me sonreía. Aparentaba más de cuarenta años, la cara regordeta, la nariz chata y el pelo castaño pulverizado con un kilo de laca; vestía una camisa blanca de cuello prominente sobre la que lucía una fina rebeca burdeos.

—Hola, siéntese, Diego, por favor. Así que casi médico, ¿no? Somos ya medio colegas. Vaya, vaya. ¿No debería usted estar encerrado en el decanato de la facultad con sus compañeros de sexto? —me espetó con mirada inquisidora.

—¿Cómo dice?

—Viene en el *ABC*, ¿no está informado? «Continúa el encierro que desde la semana pasada llevan a cabo los alumnos de sexto en el decanato de la facultad» —me leyó—. Al parecer protestan ustedes por la progresiva disminución de las prácticas. ¿No es eso?

En realidad, yo debía haberme solidarizado con mis compañeros para protestar por el recorte de las prácticas médicas, pidiendo más convenios y la contratación de profesores colaboradores, pero ahora tenía otro problema más importante que resolver.

—Sí, lleva razón. Cada vez tenemos menos horas de prácticas. Como sigamos así no sé quién va a querer ponerse en nuestras manos cuando acabemos —añadí, queriendo mostrarme simpático.

—¿Y cuál es el asunto tan importante que le hace venir hasta este sitio tan apartado y le exime de cumplir con sus obligaciones?

Mi casi colega juntó las palmas de sus manos delante de su rostro, aquello parecía un confesionario, pero la sacerdotisa no me inspiraba demasiada confianza.

—Debo entregar un objeto personal a la doctora Ana Acevedo.

—Me ha dicho el celador que usted no es ni familiar ni amigo de la doctora. No entiendo muy bien su interés en verla. ¿Me lo puede explicar?

Me sentí inquieto; no entendía el motivo de aquel interrogatorio al que me estaba sometiendo. Algo no me encajaba. De todas formas, si quería conocer a la doctora Acevedo, no veía otra opción salvo sincerarme. Descorrí la cremallera de mi bolsa de deporte, extraje el estuche del viejo estetoscopio, levanté la tapa y le mostré su interior.

—Vengo a entregarle este objeto, le pertenece.

Doña Elena Iglesias levantó los párpados y su faz adoptó una expresión cérea. Pareciera que estuviera ante el cáliz de Cristo.

—¿Puedo cogerlo? —me preguntó. Era una niña pidiendo una golosina.

Le adelanté el estuche, lo asió entre sus manos, se levantó del sillón de piel negra y se situó frente a la ventana del despacho, dándome la espalda. Durante un minuto se sumió en silencio.

—¿Puedo preguntarle cómo ha llegado hasta usted este espléndido fonendoscopio de madera?

—Lo compré en el mercadillo de la Alameda. Dentro del estuche figuraba una tarjeta con el nombre de la doctora Acevedo.

—Escuche —me dijo desde la ventana, encarándome—, la doctora Acevedo no se encuentra en condiciones para recibir visitas. En estos momentos está pasando un brote psicótico y no se la puede molestar; pero yo misma puedo encargarme de hacerle llegar este instrumento, si a usted no le importa. —Me mostró sus dientes al sonreír; sin embargo, sus ojos delataron que me estaba mintiendo.

—Ya comprendo. No tengo ninguna prisa y tampoco creo que la doctora Acevedo esté echando en falta su instrumental médico. Volveré en otra ocasión. ¿Le importaría devolvérmelo? —Le ofrecí la palma de mi mano hacia arriba—. Gracias por todo.

Le costó extender los brazos, como si se le hubieran quedado agarrotados. Al poco, sin perderlo de vista ni un solo momento, me entregaba el estuche. Lo cerré y lo devolví a mi bolsa. Cuando ya empezaba a levantarme me interrumpió:

—¡Espere un momento, por favor! Veré qué puedo hacer.

No sé qué le hizo cambiar de opinión ni por qué se mostró tan misteriosa, lo cierto es que descolgó el teléfono gris e hizo girar la rueda de los números.

—Oye, Manolo, va para allá un estudiante de Medicina que se llama Diego, está buscando a una paciente. A ver si puedes ayudarle... Gracias. —Colgó el auricular con un golpe seco—. Le esperan en el hospital de residentes. Debe salir al jardín, coger el corredor central que atraviesa todo el sanatorio y bordear la capilla; después verá un patio octogonal con dos palmeras en el centro y cuando lo cruce llegará al hospital. Está al final, al lado de los campos de fútbol. No tiene pérdida.

Tras agradecer su atención, salí del despacho, sin ni siquiera atreverme a mirar atrás para no encontrarme el fuego abrasador de sus ojos.

¿Dónde me he metido?, me pregunté tras una inspiración profunda en el jardín. Vaya mala pipa que tenía mi colega. Si aún ejercía su profesión de médico, lo cual ponía en duda, no sé si trataba a los pacientes con la misma falta de empatía que a mí; la verdad es que intimidaba más que la señorita Rottenmeier de los dibujos de *Heidi*.

Los jardines del sanatorio eran inabarcables, con el césped tan verde que entraban ganas de echar a rodar un balón de fútbol. Me detuve un momento a contemplar el ambiente: docenas de enfermos transitaban por todas partes, solos o acompañados de monjas uniformadas con su hábito blanco de enfermeras.

«¡Me han pegado y me han quitado el dinero! ¡Me han pegado y me han quitado el dinero!», chillaba una enferma que me abordó de súbito, la mirada espantada, con un cigarrillo casi consumido que no sé cómo no le quemaba los dedos. No supe cómo reaccionar. «¿Me das veinte duros?», demandó. Cuando me disponía a meterme la mano en el bolsillo, una auxiliar joven me pidió disculpas. «No le haga caso, hombre, le pide dinero a todo el mundo. Va diciendo que le robamos, pero ¡qué le vamos a robar, si la pobre no tiene dónde caerse muerta! ¡Anda, Loli, deja a este chiquillo tranquilo!» La agarró del brazo y se la llevó consigo.

Reanudé mi marcha a través del corredor central. A la derecha divisé la capilla de estilo contemporáneo, las paredes pintadas en color canela; detrás de la misma vi un huerto y sin detener la marcha divisé en él varias higueras, naranjos, tomateras y un vivero cubierto de un techo de plástico. El extenso corredor estaba sembrado de pacientes que me lanzaban ojeadas según iba pasando, la mayoría sentados en los bancos de cemento, apenas sin moverse, como estatuas; otros descansaban recostados en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Este miraba a no sé dónde, dibujando en su rostro una sonrisa enigmática difícil de descifrar. Aquel golpeaba con sus manos las suelas de sus zapatos entre sí, como si con ellas palmeara.

Intentando evadirme de los pensamientos que anidarían en aquellos cerebros enfermos, después de atravesar la plaza octogonal y recorrer, según mis cálculos, casi medio kilómetro, llegué al edificio principal del complejo: el hospital de residentes, una construcción de cuatro plantas del mismo estilo en ladrillo visto que el resto de dependencias del complejo de Miraflores. La única nota de color la ofrecía una galería con arcos de medio punto pintados de blanco que rodeaban la planta baja de la clínica.

Entré, pregunté por Manolo en la recepción y le expliqué que buscaba a la doctora Acevedo.

—Ya sé que busca a la doctora Acevedo, pero no está en su habitación, tiene la costumbre de pasear acompañada de una monjita, sor Lucía. Yo las he visto muchas veces a esta hora en la placita octogonal. Debe de haberse cruzado con ellas al venir para acá.

—Sí, creo que sé dónde está la plaza, pero ¿cómo voy a reconocerlas? —pregunté desconcertado.

—Mire, fíjese en las monjas que pasean carritos de ruedas; la doctora Acevedo va en uno de ellos. Sor Lucía es joven, así como de su edad, con los ojos azules. —Se pasó la lengua por los labios—. No sé qué le habrá entrado a esa niña para ordenarse monja, pero —y en este punto, miró a uno y otro lado—, y qué Dios me perdone, es un bellezón.

Quedé sorprendido por la camaradería del celador, que parecía contar confidencias a un amigo en la barra de un bar, amén de su forma de hablar tan irrespetuosa de la monja. Al menos a mí, al margen de mis convicciones religiosas, mis padres me habían enseñado a hablar con respeto de los miembros del clero. Volví

sobre mis pasos y retrocedí hasta la plaza octogonal, embellecida con sus dos palmeras centrales. De un vistazo localicé cuatro monjas acompañando a pacientes: dos de ellas a hombres, y de las otras dos, solo una enferma transitaba en silla de ruedas.

Cuando me acerqué, al momento supe que eran ellas. El celador no había exagerado lo más mínimo; a pesar de la ausencia de maquillaje, jamás había visto una monja tan guapa: era un serafín. Doy por supuesto que las monjas pueden ser guapas, como cualquier ser humano, pero por lo general, no sé si por el hábito o bien porque no pierden el tiempo en cuidados faciales, su belleza suele pasar desapercibida, todo lo contrario que le ocurría a sor Lucía. Debajo de la toca, sobre su sien, asomaba subrepticamente un pequeño mechón de pelo rubio. Le conferían cierto aire travieso unas tenues pecas que estrellaban sus mejillas. La monja se me quedó mirando recelosa, esperando al menos un saludo por mi parte.

—Hola, ¿busca usted a alguien? —me interpeló simpática, clavándome sus ojos azul turquesa.

—Perdone, hermana, ando un poco despistado. ¿Por casualidad es usted sor Lucía?

—Sí, soy yo. ¿Nos conocemos?

—Bueno, en realidad buscaba a la doctora Acevedo. Manolo, el celador del hospital de residentes, me ha dicho que estaba con usted. —Por un momento, la presencia de sor Lucía eclipsó el motivo principal de mi visita—. Me llamo Diego Galván y soy estudiante de Medicina, de sexto, casi médico. —Dirigí la mirada hacia la enferma sentada en el carrito.

—Pues sí, señor, aquí tenemos a esta señorita tan elegante, a la mejor paciente del mundo, ¿verdad, Ana? —dijo tomando la mano de su protegida.

Allí estaba la persona que me ofrecería las respuestas al enigma del viejo estetoscopio. Más tarde supe que aquella mujer, o más bien, para ser exactos, su ángel de la guarda, sor Lucía, solo iba a mostrarme el comienzo de la entrada a un enrevesado laberinto.

Una gran doctora

La doctora Acevedo parecía ajena a nuestra conversación, la mirada perdida en algún punto o momento lejano, mentalmente en otro lugar. No se me da muy bien calcular las edades, pero tenía aspecto de haber pasado los cuarenta y cinco, el cabello castaño oscuro, fúlgido, peinado con la raya a la derecha y un enorme tupé a modo de visera. Me la esperaba con el pelo alborotado, sucio y descuidado, recordando la imagen de los enfermos mentales que había visto en las películas (poco después, la hermana me informaría que en el sanatorio, que era como una ciudad en pequeño, disponían de peluqueros). Pendientes de perlas blancas adornaban los lóbulos de sus orejas y sus labios brillaban, escarlatas; sus ojos eran de color miel, aunque tristes, a la par que descoloridos, como la mantita de cuadros con que cubría sus piernas.

—Ana, guapa, mira qué sorpresa. Ha venido a verte Diego. Dile algo, ¿no? —le animó sor Lucía.

La doctora giró muy despacio su cabeza, parecía tener una rueda dentada en su cuello; me miró sin centrar su vista en mis ojos y me lanzó un lacónico «Hola», devolviendo después su mirada al vacío.

Dudé entre darle un apretón de manos o un beso, no hice ni lo uno ni lo otro: me quede quieto, como un pasmarote. Saqué un sobresaliente en psiquiatría, pero no me enseñaron cómo saludar a un enfermo mental.

—Hoy no está en uno de sus mejores días —dijo sor Lucía, disculpándola—. ¿Hace mucho que no la ve?

—En realidad es la primera vez que la veo —respondí bajando la mirada.

—¡Ah! Por un momento pensé que era usted un amigo, la pobre recibe tan pocas visitas... Entonces, ¿por qué deseaba verla?

Le conté mi descubrimiento del estetoscopio en el mercadillo de la Alameda, incluyendo la tarjeta donde figuraba el nombre de la doctora. Sor Lucía me invitó a sentarme a su lado en el duro banco de hormigón, un asiento diseñado para perdurar en el tiempo.

—Creí que debía entregárselo y que le alegraría verlo de nuevo. Lo traigo aquí —dije señalando la bolsa de deporte—. Estoy seguro de que se lo robaron de su casa, donde estuve ayer. Creo que desconoce que se ha convertido en un nido de drogadictos. ¿Es que no tiene ningún familiar que se la mantenga limpia y en condiciones? —pregunté.

—Vaya, no tenía ni idea. Ana es hija única, soltera, y según tengo entendido sus padres ya no viven. Así que la única familia que tiene somos nosotros..., los trabajadores del sanatorio. Por eso permanece aún en este centro. Con la nueva

reforma psiquiátrica la mayoría de los pacientes han vuelto a sus casas, al cuidado de sus familias. Hace tres años residían aquí unos mil cuatrocientos enfermos, ahora quedan setecientos, incluyendo a nuestra querida Ana, ¿eh, Ana? ¿Qué vas a hacer tú por ahí sin nosotros? —Sor Lucía se levantó y le estampó un sonoro beso en la mejilla. La doctora apenas se estremeció.

—En la facultad nos explicaron algo sobre la reforma, aunque sin muchos detalles; ya sabe, esos aspectos burocráticos no interesan a los estudiantes. Perdóneme si me meto donde no me llaman, hermana, pero... ¿qué enfermedad padece?

—Esquizofrenia —dijo bajando la voz, como si quisiera que Ana no se percatara de lo que hablábamos—. Ahora, con las pastillas, se encuentra bastante bien, pero durante los brotes psicóticos incluso necesitó sesiones de electroshock. Es lo único que la devolvía a la realidad.

Hice un repaso mental del tema de la esquizofrenia, enfermedad compleja que estudié el curso pasado. El profesor Giner puso especial énfasis en enseñarnos que, aunque puede presentar una gran variedad de manifestaciones clínicas, la principal característica de la esquizofrenia es la pérdida de contacto con la realidad, la ruptura del paciente con su entorno y la inmersión del mismo en su propio mundo, lo que conlleva graves trastornos del pensamiento, la percepción, las emociones y la conducta. Es cierto que en la depresión los pacientes también se cierran en su propio mundo, pero son capaces de distinguir entre la realidad y su enfermedad. Sin embargo, los esquizofrénicos asumen como real toda su experiencia sensorial. Un esquizofrénico no se inventa cosas, cree a pie juntillas en su propio mundo. Si, por ejemplo, tiene alucinaciones visuales en las que habla con un enviado de Dios, no se inventa al emisario: cree con todas sus fuerzas que está allí, frente a él, hablándole.

Para la mayoría de la gente de la calle, la esquizofrenia es un problema de desdoblamiento de la personalidad, una buena y otra mala, como ocurría en la película *Doctor Jekyll y mister Hyde* o bien en *Psicosis*. El trastorno de personalidad múltiple, que así se llama, no es sinónimo de esquizofrenia, como tampoco lo es que sean enfermos agresivos y peligrosos.

—¿Y qué tipo de esquizofrenia padece? —pregunté.

—Paranoide.

—¿Con alucinaciones?

—Claro, cómo si no. —Sor Lucía me miró desconcertada y con cierta suspicacia sobre mis conocimientos médicos, como si la pregunta la hubiera lanzado un camionero—. Alucinaciones auditivas sobre todo. Cuando se encuentra en pleno brote, vive experiencias horribles, se tapa los oídos para no escuchar las voces de su interior, pero claro, esto no le sirve de nada; grita despavorida, aterrada, da pena verla —susurró—. Una vez le contó al psiquiatra que oía gritos de dolor, de personas adultas y hasta de niños, como si se estuvieran quemando en el infierno. Y ella sufría porque no podía ayudarlas.

Aquello que me estaba contando sor Lucía se parecía bastante a lo que yo percibí

con el estetoscopio en el enfermo de neumonía. Me quedé sin saber qué decir.

—¿Le pasa algo? —preguntó la monja—. Parece que hubiera visto un fantasma.

—¿Cómo? No, no es nada. Es solo que dormí mal anoche y desayuné muy temprano.

—¿Le apetece tomar algún aperitivo? Si quiere, puedo invitarle en la cafetería del hospital. Ya es hora de que acompañemos a esta señorita a su habitación.

Sor Lucía recolocó la manta, que ya rodaba rodillas abajo camino de los tobillos, y comenzó a empujar el carrito hacia el edificio de residentes. Me situé a su derecha. Caí en la cuenta de que éramos casi de la misma estatura, aunque mis ojos quedaban dos dedos por encima de los suyos.

—¿Cuánto tiempo lleva Ana en el manicomio? —pregunté, reanudando mi interrogatorio.

—Lleva casi dos años en el psiquiátrico.

La hermana dijo la frase despacio, recreándose en la última palabra, para que yo la recordara en toda su plenitud: «psiquiátrico». De reojo percibí que su expresión se había tornado seria. Caí en la cuenta de que había metido la pata al llamar manicomio a aquel centro, pero no era fácil quitarse la palabrita de la cabeza, estaba muy arraigada; incluso en los periódicos, cuando informaban del psiquiátrico, la escribían tal y como yo la había pronunciado.

Deduje que si Ana llevaba dos años ingresada en Miraflores y andaba por los cuarenta y muchos, significaba que el primer brote psicótico lo tuvo ya de adulta. Según mis apuntes de psiquiatría, la edad más frecuente de debut se situaba antes, entre los quince y los treinta y cinco años.

—¿Se tienen datos sobre la causa de la esquizofrenia de Ana?

—Al parecer todo comenzó después de la muerte del doctor Eduardo Sanz, el antiguo director del hospital El Tomillar. Ana lo quería como a un familiar, para ella era como su segundo padre.

—Perdone, ¿ha dicho Eduardo Sanz? —pregunté parándome en el acto.

—Sí, eso he dicho. ¿Le conoce? —Sor Lucía detuvo el carrito y se quedó mirándome.

—La tarjeta que encontré en el estuche del estetoscopio estaba firmada por él, por lo que he supuesto que le donó el estetoscopio a Ana.

—¿Y tenía alguna fecha?

—No, no constaba ninguna.

—Lo que sí le puedo decir es que Ana debutó con una depresión justo después de la muerte del doctor Sanz. Como ya le he dicho, lo quería con toda su alma. Ella misma inició un tratamiento antidepresivo por su cuenta, que al parecer le fue bastante bien. Esto es lo que consta en su historial —dijo la monja justificándose—. Lo raro del asunto es que pocos meses después presentó su primer brote psicótico. Así que en ella coinciden dos enfermedades: la depresión y la esquizofrenia.

Sor Lucía estaba en lo cierto. Para ser enfermera dominaba mejor que yo las

patologías mentales. Su aptitud corroboraba que la práctica en las profesiones sanitarias lo era todo o casi todo y explicaba por qué algunas enfermeras sabían diagnosticar y manejar los tratamientos de los pacientes mejor que la mayoría de los médicos jóvenes.

Rodeamos el edificio principal de residentes y, tras ayudar a sor Lucía con el carrito a sortear los cuatro tramos de escaleras, atravesamos la puerta de entrada. *No estaría mal que a alguien se le ocurriera poner una rampa de acceso para las sillas de ruedas, pensé.*

La cafetería estaba muy concurrida, sobre todo por sanitarios del centro y familiares. Una nube de humo confería cierto ambiente londinense al local. Rompían el blanco de las paredes numerosos carteles de cofradías sevillanas. Sorteando comensales, tuvimos la suerte de encontrar una mesa vacía. Al disponerme a sentarme, me topé de frente con la fotografía de un Cristo crucificado que nos daba la espalda, alejándose en su paso procesional. Por encima de la mesa contigua, el palio de la Esperanza Macarena avanzaba entorpecido por cientos de devotos y curiosos, casi a punto de ser arrollados en plena bulla. A pesar del barullo del local, el camarero fue raudo en traernos la comanda.

—Aunque ya le he bombardeado a preguntas, me gustaría plantearle algunas más, si no le importa —proseguí.

—Siempre que me deje que yo le haga alguna al menos —respondió sor Lucía removiendo con la cucharilla su café—. ¿Es usted extremeño? Lo digo por el deje con el que hace las preguntas, como los mexicanos, aunque su forma de pronunciar la ese es más propia de los andaluces. La verdad, no le ubico.

—Casi extremeño, pero no, soy sevillano, de Guadalcanal. Mi pueblo está en la sierra norte de Sevilla, a unos diez kilómetros de la provincia de Badajoz. De ahí viene el acento, además de que Guadalcanal dependió de Extremadura hasta mediados del siglo XIX. Y lo que ha dicho del parecido entre el acento mexicano y el extremeño no es nada extraño. Tenga en cuenta que la mayoría de los navegantes que viajaron con Hernán Cortés y después repoblaron México eran extremeños. Digo yo que algo se les pegaría. Por cierto, ¿ha estado alguna vez en Guadalcanal?

—No, no he ido nunca, me suena, aunque no sé de qué. —Entornó los ojos, intentando recordar.

—Posiblemente del famoso repetidor de televisión. ¿Ha visto la imagen rallada y el letrerito con la palabra Guadalcanal que sale en la tele cada vez que se estropea y se pierde la señal? Pues ese es mi pueblo.

—Claro, de eso me suena, del repetidor. —Al sonreír Lucía me mostró que no solo sus ojos eran preciosos, sus dientes harían pasar hambre a cualquier dentista—. Qué coraje, ¿no? Quiero decir, que su pueblo sea conocido por una antena de televisión.

—Bueno, la antena es un icono, pero mi pueblo ha trascendido allende los mares. ¿Ha escuchado hablar de la isla de Guadalcanal, esa que sale en las películas de la

Segunda Guerra Mundial?

—Apenas tengo tiempo de ver la televisión, y menos de ir al cine —dijo tímida.

—Pues esa isla del Pacífico, la mayor de las Islas Salomón, fue descubierta por un paisano mío, el Gran Maestre don Pedro de Ortega Valencia, quien mandaba un bergantín a las órdenes de don Álvaro de Mendaña, navegante que en tiempos de Felipe II organizó una expedición en busca de la legendaria Terra Australis Incognita: Australia. Y don Pedro, para honor de todos los guadalcanalenses, tuvo la valentía y la gallardía de ponerle el nombre de nuestro pueblo. Con los años, la isla se hizo famosa por la violenta batalla llamada «de Guadalcanal». —Lucía frunció el ceño—. Le cuento: el ejército japonés se había apoderado de la isla por ser un lugar estratégico del Pacífico situado en la ruta de suministro entre Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda. Así que los americanos desembarcaron en ella para recuperarla en el verano del cuarenta y dos y capturaron un aeródromo vital. Después los japoneses enviaron refuerzos y mantuvieron una lucha sangrienta en el mar y en la jungla durante seis meses, hasta que los americanos consiguieron hacerse con el mando de la misma. A mí particularmente, de todas las películas que han rodado sobre esta guerra, me encanta *Guadalcanal*, la de Anthony Quinn, que se rodó meses después de finalizar la batalla. La escena escabrosa en la que un marine americano pregunta aquello de «¿Y contra estos monos luchamos?», aludiendo a los japoneses enclenques y bajitos, no tiene desperdicio.

Mientras me sonreía de mi feliz ocurrencia, un mal chiste apenas divertido para sor Lucía, miré de reojo a Ana Acevedo, que aparentaba seguir ajena a nuestra charla, quizás más cerca de la isla con el nombre de mi pueblo que de nosotros mismos.

—Hermana, perdone que insista con mis preguntas sobre Ana, si le molesta me lo dice, ¿de acuerdo? —Respiré profundo antes de continuar—. Me gustaría saber si ha tenido algún intento de suicidio, lo digo por lo de su depresión.

—Como ya le he dicho, Ana no tiene familiares, así que no se preocupe, nadie va a molestarse por su inusitado interés. —Sor Lucía me regaló otra magnífica sonrisa—. A pesar de que debutó con una depresión reactiva, en Ana siempre han dominado los síntomas de esquizofrenia, como los delirios.

—¿Puede darme más detalles?

—Aseguraba que era capaz de pronosticar la vida y la muerte de cualquier persona, sin fisuras. Según he oído decir, era una doctora muy competente en su trabajo, se preocupaba mucho por sus enfermos; pero se le fue la cabeza. Sus propios compañeros del hospital El Tomillar fueron los primeros que comenzaron a detectar conductas inapropiadas con ciertos pacientes.

—¿A qué se refiere?

—A que a algunos, cuando ingresaban, no les aplicaba tratamiento, porque decía que se iban a morir igualmente, hiciera lo que hiciera. En varias ocasiones confesó a sus colegas que el mismo Dios le revelaba en sueños lo que iba a ocurrir. ¿Para qué quería entonces pautar medicamentos o hacer pruebas diagnósticas si no iban a

modificar el transcurso de la enfermedad? Como comprenderá, esta práctica era del todo negligente. No se le puede achacar a Dios la culpa de todo. Más bien, Él puede ayudarnos en nuestro trabajo, iluminarnos en nuestros actos, si le rezamos con fe. Una cosa es evitar el sufrimiento innecesario, y otra muy distinta, como usted bien sabe, asistir a la muerte de los enfermos sin poner remedio alguno. La conducta de Ana incluso trajo como consecuencia varias denuncias de familiares.

Aquella revelación fue decisiva. Sugería que la doctora había tenido acceso al poder oculto del estetoscopio y, por consiguiente, su personalidad había sufrido una grave transformación bajo su influencia. Al igual que yo, mediante el estetoscopio de madera contempló la visión terrorífica que permitía saber qué paciente moriría. Me reconfortó saber que yo no había padecido una alucinación: el cilindro, sin duda alguna, confería el poder de predecir la muerte. Entonces, las palabras del doctor Sanz escritas en la tarjeta («esperando que hagas de él un buen uso»), alcanzaron su pleno significado.

—¿Usted ha asegurado que Ana tenía otros delirios, no?

—También sufría de manía persecutoria. No solo refería que todos estaban en contra de ella sino que además la perseguían; según sus propias palabras «querían robarle su poder». Con frecuencia la encontrábamos chillando: «Ahí están, vienen a por mí», decía. Cuando está más habladora, no como hoy, que está apagada —lo dijo con retintín para que Ana la oyera—, me advierte que no debo levantar la voz, no sea que nos escuchen «los que van detrás de ella». Como puede apreciar, síntomas típicos de esquizofrenia paranoide.

—Hermana, debo saber más sobre las relaciones profesionales de Ana Acevedo con el doctor Sanz. Quizás decida pasarme por el hospital El Tomillar. ¿Conoce a alguien allí?

Sor Lucía dudó un momento antes de responder.

—Puede preguntar por la superiora, la hermana María Teresa Segura. He coincidido con ella en varios retiros espirituales. No creo que exista nadie que conozca mejor la historia de El Tomillar. Dígale que va de mi parte, le tratará como a un amigo.

—Bueno, creo que ha llegado la hora de irme. Gracias por todo, me ha sido de gran utilidad. ¿Cree que querrá hablar conmigo? —Hice un gesto con la cabeza señalando hacia Ana.

—¿Por qué no lo intenta? —La monja giró la silla de ruedas, enfrentando la mirada de la doctora Acevedo a la mía; yo no tenía escapatoria.

—Ana, soy Diego, estudiante de Medicina, de sexto. ¿Usted también estudió en Sevilla?

Mantuve impasible su mirada. Cuando ya creía que mi pregunta había caído en saco roto, la escuché hablar.

—Daba clases de Medicina Legal un profesor amable, siempre muy repeinado, que montó una clínica famosa, cómo se llamaba... Guija, sí, el profesor Guija. ¿Sigue

allí todavía?

Su voz era lánguida, pero al mismo tiempo dulce, suave, de hada madrina.

—No sé de quién me habla, Ana, lo siento. A lo mejor ya se jubiló.

—Hijo, has escogido una carrera muy bonita, te dará enormes satisfacciones. — Me sorprendí ante su momento de lucidez—. No dejes que nadie te impida hacer bien tu trabajo. Si no, acabarás como yo, en un manicomio.

—No diga esas barbaridades, Ana —la reprendió sor Lucía—, usted fue y siempre será una gran doctora.

—Ana —continuó—, en realidad yo solo vengo a traerle algo que le pertenece y que encontré por casualidad en un mercadillo. A lo mejor, cuando lo vea, se anima y me ayuda en mis prácticas de médico.

Extraje el estuche de piel de mi bolsa, lo situé sobre la mesa de la cafetería, lo abrí con cuidado, ensamblé las piezas y tomé entre mis manos el cilindro de madera, que ofrecí a Ana como un pastor ofrecería sus mejores presentes en el portal de Belén.

—¿Puedo tocarlo? —preguntó sor Lucía.

Hice un gesto con la cabeza, en señal de confirmación. Lucía pasó las yemas de sus dedos índice y corazón por encima, casi rozándolo, a lo peor temiendo que se deteriorara (qué paradoja) tras su delicado tacto.

—Nunca imaginé un estetoscopio de madera, pensaba que todos eran de metal y caucho. Es una verdadera delicia —comentó, esperando la reacción de Ana.

La doctora Acevedo bajó la mirada despacio, sin mover el cuello y, tras unos segundos durante los cuales no me atrevo a conjeturar qué se removería en su cerebro, levantó con desmesura los párpados, arrugó el ceño, movió los músculos de sus labios en un rictus de dolor y lanzó un grito despavorido, largo, interminable, rasgando el murmullo de la cafetería. No supe cómo reaccionar. La doctora siguió chillando, incontrolable, mesándose los cabellos, moviendo la cabeza de un lado a otro. En un momento nos vimos rodeados de curiosos, que más que ayudar, entorpecían.

—Lo siento, Diego, tenemos que irnos —dijo sor Lucía, alzando la voz. Se levantó presurosa, asió la silla de ruedas y salió del café rauda, como si llevara entre las manos el manillar de su bicicleta.

Las vi alejarse por la puerta principal, esquivando a la bulla como el palio de la Macarena, quienes, después de asistir atónitos a la huida, concentraban sus miradas en el contenido de mis manos: el viejo cilindro de madera aún seguía en mi poder.

El respeto al pudor inventó el estetoscopio

La visita al psiquiátrico de Miraflores me había permitido reconocer el maléfico poder que ocultaba el cilindro de madera, porque... ¿cómo si no podía explicarse el lamentable estado en el que había culminado la vida de doña Ana Acevedo? No albergaba ninguna duda al respecto: la esquizofrenia de la doctora guardaba íntima relación con el estetoscopio que le entregó el doctor Sanz. Aquel instrumento tan extraordinario en cuanto a su capacidad para descifrar o profetizar el futuro de los pacientes, aquella mágica bola de cristal, podía llevar a la locura.

Tumbado en la cama, con la mirada perdida en el techo de mi habitación, me sentí mal por el daño colateral que con mi visita causé a la doctora. Aún resonaban en mis oídos los gritos de la crisis de pánico que le provoqué, por supuesto sin intención, al mostrarle el cilindro de madera. Y ahora, mientras yo arrugaba la colcha de la cama, la doctora estaría siendo sometida a una nueva sesión de electroshock. Y a saber lo que podría estar pensando de mí la hermana Lucía, que con tanto cariño la cuidaba. Seguro que la próxima vez que me dejara caer por el complejo hospitalario saldría corriendo en otra dirección.

El viejo estetoscopio, en apariencia inofensivo, permanecía sobre la mesa de mi cuarto. Me preguntaba cómo debía actuar a partir de ahora y si no hubiera sido mejor mantener mi rutina habitual, asistiendo a las clases de Medicina. En realidad, tal y como me amonestó la directora del psiquiátrico, yo debería haberme solidarizado con mis compañeros de carrera, que se encontraban encerrados en el decanato, protestando por la falta de prácticas.

Decidido a reanudar mis clases, repasé la agenda para recordar las asignaturas próximas: Medicina Legal, Historia de la Medicina... Historia de la Medicina, con el profesor Martín Hidalgo, ¡claro, cómo no se me había ocurrido antes! Si alguien podía orientarme sobre la antigüedad del estetoscopio y sobre su autenticidad, ese era mi profesor de Historia de la Medicina. Por primera vez me regociqué de cursar una asignatura a la que hasta ahora no había atribuido utilidad alguna.

A la mañana siguiente, tras finalizar las clases, me planté ante la puerta del despacho del profesor, situado en la segunda planta del Instituto Anatómico Forense. Nunca antes había visitado aquella zona y es probable que yo fuera uno de los pocos estudiantes que alguna vez se habían extraviado por allí. Por un momento, me sentí un Orellana inmerso en el desconocido Amazonas. Al igual que el resto de mis compañeros, yo era de los que opinaba que la asignatura de Historia de la Medicina no era más que un relleno para completar el programa de sexto curso. Porque, vamos a ver, para qué iban a servir sus eruditas enseñanzas a los casi médicos; qué sentido

tenía quedarse colgado en el último año de carrera con esta asignatura por desconocer cuál fue la aportación de Cajal que le reportó el premio Nobel. Habría sido más acertado que el contenido de la asignatura, que más bien formaría parte del acerbo cultural de los futuros médicos, se impartiera en primero de Medicina, para que los novatos comprendieran los ladrillos que habían construido la profesión más noble de la humanidad antes de que ellos se matricularan en la facultad. Desde luego, nadie osaría comparar el cuerpo de doctrina de una asignatura clásica como la Anatomía, por ejemplo, con aquel engendro de disciplina que para mí significaba la Historia de la Medicina. No hay color.

La puerta del despacho estaba entreabierta; pasé a su interior sin llamar. En el fondo de la amplia y rancia estancia, el profesor ojeaba un libro que había tomado de una estantería colmada hasta el techo de volúmenes. Por el color desvaído de los lomos, gran parte de ellos encuadernados en piel con nervios y letras doradas, deduje que no habían sido impresos en este siglo. El Profesor Bacterio, ajeno al mote con el que le denominábamos, no se percató de mi presencia. En honor a la verdad, diré que el mote le venía de perillas: con su calva reluciente, la nariz aguileña y las barbas pobladas, algo descuidadas y carbonosas, era la viva imagen del loco inventor de los cómics de *Mortadelo y Filemón*.

—Buenas tardes, profesor —saludé.

—¡Eh! Hola, joven, qué alegría verlo por aquí. —El profesor Martín Hidalgo levantó la vista del grueso tomo que, no sin esfuerzo, soportaba entre sus brazos; por su tono ufano deduje que no recibía demasiadas visitas—. Pase, pase y dígame en qué puedo ayudarle.

—Soy Diego Galván, estudiante de...

—Sí, Galván, claro, lo reconozco.

Me sorprendió que me hubiera identificado, a fin de cuentas hasta ahora solo había asistido a un examen parcial de la asignatura en el que saqué un notable, ni siquiera una nota digna de recordar por un catedrático como él.

—Verá, profesor, hace unos días compré en el mercadillo de la Alameda un estetoscopio de madera. No sé qué antigüedad tendrá. Me gustaría que usted me diera su opinión, si no le robo demasiado su tiempo.

El profesor cerró con brusquedad el tomo que ojeaba, dejando escapar una tenue nube de polvo; lo devolvió a la estantería, se sacudió las manos y se aproximó hasta mí.

—Por supuesto, joven, será un placer ayudarle. Si es usted tan amable de enseñarme esa magnífica pieza.

Extraje el estuche de mi bolsa, en un gesto que ya se estaba convirtiendo en un clásico, lo abrí y lo situé enfrente del profesor. La sonrisa de Martín Hidalgo se esfumó de su cara, se quedó embobado, concentrado en el instrumento médico.

—¿Puedo cogerlo? —preguntó dubitativo.

—Por supuesto. ¿Qué opina?

Martín Hidalgo extrajo las piezas del estuche y las ensambló con el cuidado que un relojero pondría en la reparación del mejor reloj suizo. Después, miró con parsimonia el cilindro, a lo largo y a lo ancho, aunque lo que más me sorprendió fue que se llevara la madera a la nariz para olfatearla. Despacio, depositó el estetoscopio sobre la mesa de su despacho, se sentó en su sillón de piel negra y, sin despegar la vista del artilugio, me contó la siguiente historia:

—En 1816, un médico francés fue consultado por una joven que presentaba síntomas generales de enfermedad del corazón, en la cual la aplicación de la mano y la percusión, técnicas de exploración habituales entonces, daban poco resultado a causa de su obesidad. Puesto que la edad y el sexo de la enferma le vedaban el recurso a la auscultación inmediata, que era lo que se hacía hasta entonces, aplicando la oreja directamente sobre el tórax, vino a su memoria un fenómeno acústico muy común: si se aplicaba el oído en el extremo de una viga, se podía oír con claridad un golpe de alfiler producido en el otro extremo. Imaginó que se podía sacar partido de esta propiedad de los cuerpos. De modo que tomó un cuaderno de papel, formó con él un rollo apretado, aplicó una extremidad sobre la región precordial y, poniendo el oído en el otro extremo, quedó tan sorprendido como satisfecho oyendo los latidos del corazón de una manera más neta y clara que las veces que había aplicado su oído directamente sobre el paciente.

»Desde entonces, presumió que este procedimiento podía llegar a ser un método útil, y no solo aplicable al estudio de los latidos del corazón, sino también al de todos los movimientos que pueden producir ruido en la cavidad del pecho y, por consiguiente, a la exploración de la respiración, de la voz, del líquido burbujeante en el pulmón, es decir, del estertor e incluso de la fluctuación de un fluido derramado en las pleuras o en el pericardio.

»El primer instrumento que usó a partir de entonces en sus exploraciones fue un cilindro o rollo formado con tres cuadernos de papel pegados, bien apretados, mantenidos por papel engomado y limado en sus dos extremos. De este modo, a pesar de lo compacto de semejante rollo, siempre quedaba en el centro un conducto, debido a que los cuadernos que lo componían no podían enrollarse por completo sobre sí mismos. Esta circunstancia fortuita le dio la ocasión de comprobar que el conducto central era indispensable para la exploración de la voz.

Más adelante, convencido de que un cilindro de estas características era lo ideal para la auscultación mediata, probó con otros materiales. El vidrio y los metales transmitían peor que otros cuerpos menos densos los latidos del corazón y las sensaciones que producía la respiración; además de los inconvenientes de su peso y la sensación de frío que producen en invierno. Incluso mandó fabricar un cilindro de tripa en forma de tubo, que se llenaba de aire por medio de una llave, cuyo conducto central era sostenido por un tubo de cartón y que desechó porque la intensidad del sonido que percibía era menor.

»Por último, el médico mandó construir un cilindro de madera perforado en su

centro, descubriendo que era el mejor instrumento para la exploración de la respiración y del estertor, y, tapando el orificio central con un obturador, de los latidos cardiacos. Lo llamó estetoscopio, palabra que procede del griego y que significa, en sentido literal, “miro dentro del pecho”.

»Podríamos afirmar que el estetoscopio nació gracias al respeto por el pudor del prójimo de un joven médico. Aquel galeno francés se llamaba René Teófilo Hipólito Jacinto Laennec.

El profesor Hidalgo tomó el cilindro de madera entre sus manos y, con la satisfacción y el orgullo reflejados en su rostro, me espetó:

—Sospecho, mi querido alumno, que nos encontramos ante una réplica exacta del estetoscopio inventado por Laennec.

Tras aquel anticipo de clase de Historia de la Medicina con el que el profesor me había obsequiado en primicia, caí en la cuenta de que ya había visto una fotografía similar a mi estetoscopio en el *Compendio de Historia de la Medicina* del mismo profesor Hidalgo que compré al inicio del curso y del que, para ser sincero, debo admitir que solo abrí en un par de ocasiones.

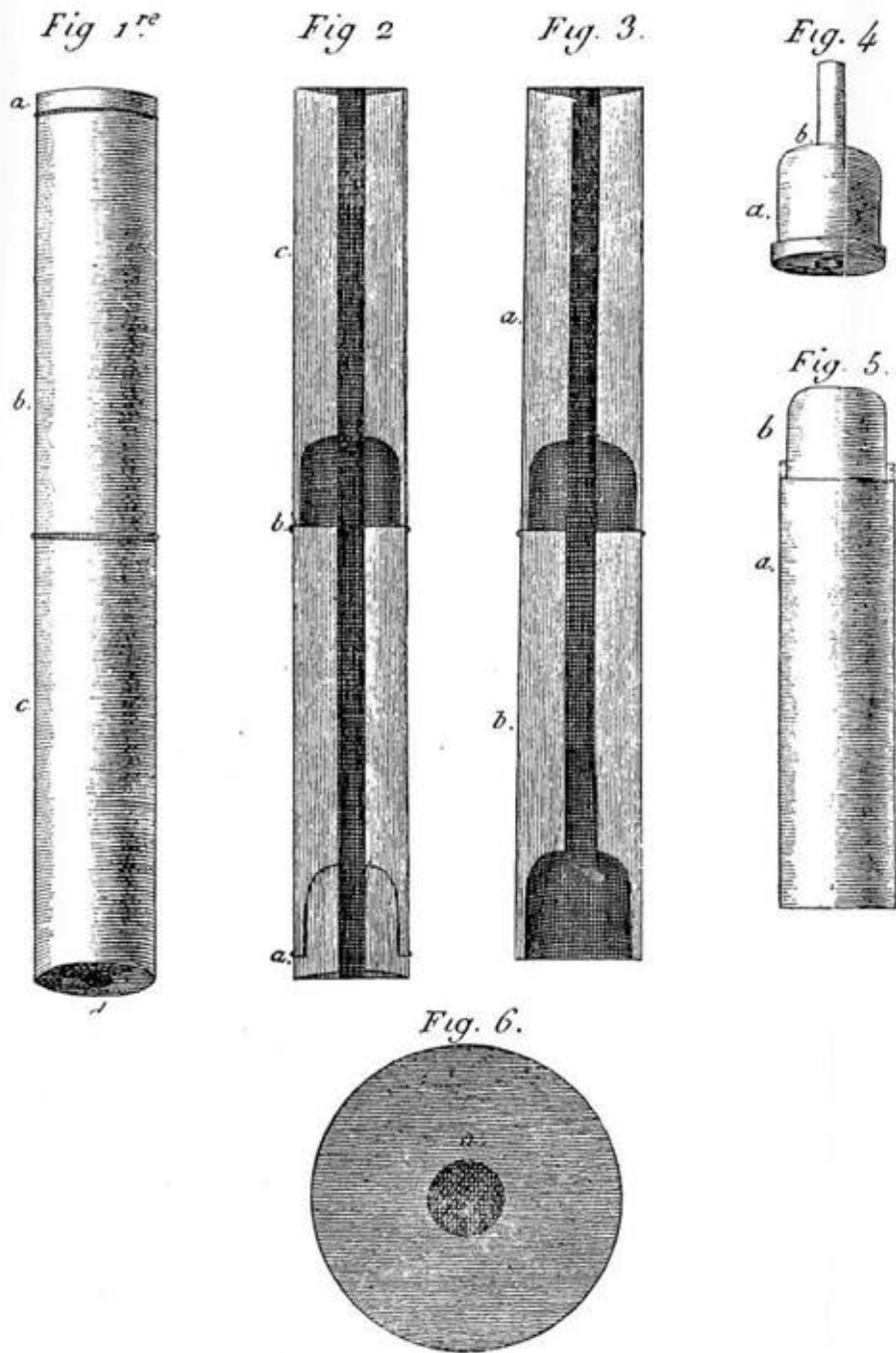
—Es una historia del todo curiosa, profesor, pero ¿cómo puede usted estar tan seguro de su afirmación?

—Lo estoy, no le quepa la menor duda, joven —dijo en tono serio—. Ya habrá visto usted la fotografía contenida en mi compendio, cedida con gentileza por mi director de tesis de la Facultad de Medicina de Salamanca. Atesoraba como oro en paño un estetoscopio atribuido al entorno de Laennec. En cualquier caso, siempre podemos recurrir a las fuentes originales. Le animo a que complete esta información, si le interesa, leyendo el *Tratado de la auscultación mediata*, que se publicó en 1819.

El profesor se aproximó a una de las estanterías y tras una inspección de arriba abajo, acariciándose en similar movimiento la barba, extrajo un voluminoso libro de color sepia.

—Aquí tiene una edición antigua, la tercera si no me equivoco. —Me lo aproximó—. Está en francés, no se asuste: no pretendo que lo traduzca. Solo quiero que examine el dibujo que realizó el propio Laennec de su artilugio.

Martín Hidalgo situó el tocho sobre su mesa y comenzó a pasar, nervioso, las páginas, hasta que encontró la lámina donde se plasmaba la estructura del estetoscopio en seis figuras dibujadas a tinta china.



En las tres primeras aparecía el cilindro con las piezas ensambladas, en un corte longitudinal que mostraba su interior en la segunda y la tercera; la cuarta figura representaba el obturador visto de perfil; la quinta era un dibujo de una de las piezas principales; y la sexta mostraba una imagen circular con otra circunferencia más pequeña en su interior que se correspondía con la parte del obturador que se situaba sobre la piel. «Como puede observar es idéntico en las formas al que usted aporta», añadió. Y acto seguido situó mi cilindro ensamblado junto al dibujo, sobre el mismo libro, para que yo pudiera comprobar la similitud. El profesor estaba en lo cierto: eran dos formas calcadas, las dos piezas y el obturador eran idénticas. El dibujo del libro parecía un plano del objeto situado sobre él.

—Solo existe un curioso detalle que los hace diferentes —comentó, dibujando en sus casi invisibles labios una enigmática sonrisa, sin que yo llegara a comprender el motivo de aquel gesto—. Observe bien su pieza, joven.

Durante los primeros segundos no detecté ninguna diferencia, pero de pronto caí en la cuenta de la solución al acertijo que me proponía. En el extremo del cilindro, destinado a la función de auricular, existía una especie de incrustación amarillenta, redondeada, algo menor al tamaño de una lenteja, que al estar algo sucia, no contrastaba con nitidez sobre la madera.

—¿Qué es esto? —pregunté desconcertado señalando con mi índice.

—Tengo una intuición —aclaró el profesor—. Si usted me permite limpiarlo...

Antes de que me diera tiempo de responder, Martín Hidalgo extrajo del bolsillo de su pantalón un pañuelo de tela plegado, formando un perfecto cuadrado; tomó el cilindro de madera con su mano izquierda, lo acercó a su boca, exhaló sobre él y frotó el extremo con su pañuelo, esperando como Aladino que obrara el efecto mágico. Entonces, el círculo diminuto se perfiló con total claridad sobre la madera.

—Efectivamente, como había intuido, se trata de una pequeña incrustación de marfil, un adorno muy común en los muebles y objetos de madera de la época. No obstante, no deja de ser sorprendente, puesto que en su tratado Laennec no hace ninguna mención al respecto —comentó suspicaz el profesor—. Aunque, por otro lado, tampoco estaba obligado a reseñarlo, a fin de cuentas tan solo se trata de un adorno.

—¿Y era habitual adornar con marfil los instrumentos médicos?

—Una pregunta muy oportuna, querido alumno. Debo decirle que el marfil como material para el instrumental médico lo puso de moda otro galeno contemporáneo de Laennec, me refiero a Piorry, que también cursó sus estudios en París. De hecho, entusiasmado con el invento de Laennec, y casi emulándolo, Piorry desarrolló un método de percusión mediata que publicó en 1828, dos años después de la muerte de Laennec. Hasta entonces la percusión se hacía directamente con los dedos sobre la piel, pero Piorry inventó el plexímetro: una pequeña placa que se interponía entre la piel y los dedos que, como usted sabe, no se usa en la actualidad.

—Le preguntaba por las incrustaciones de marfil, profesor —le interrumpí, comprobando que se escapaba por los mares de sus conocimientos.

—En efecto, señor Galván, no crea que no he entendido la pregunta. Lo que trataba de explicarle es que en el tratado de la percusión mediata de Piorry podemos ver una ilustración de su propio modelo de estetoscopio, fabricado en madera de cedro y marfil, en forma de trompeta y con una extensión adaptable. De modo que esta forma en trompeta fue la que se puso de moda a partir de 1830. Incluso más tarde hizo otras versiones en ébano y marfil; sin embargo, el marfil, más que como adorno, se utilizó para confeccionar los extremos del estetoscopio. Le voy a enseñar alguna fotografía. —El profesor se acercó de nuevo a sus estanterías y extrajo un voluminoso álbum de fotos—. Esta la tomé en el museo de Historia de la Medicina

que tienen mis colegas en Valencia. Es un estetoscopio fabricado por el inglés Hope en 1839, en madera de cerezo y marfil. Como ve, este último elemento se utilizó tanto para elaborar el fragmento curvo que permitía una mejor adaptación al oído, como para la parte que entraba en contacto con la piel. Estos estetoscopios monoaurales fueron los más usados hasta finales del siglo XIX; tras la invención de la campana, el diafragma y el uso de materiales como el acero y el caucho, se pusieron de moda los binaurales, más parecidos a los que usamos hoy. Pero incluso en estos binaurales, el marfil se usó para fabricar la pieza que se introducía en ambos oídos.

El profesor se situó detrás de su mesa, se sentó en su sillón, se cruzó de brazos y lanzó su veredicto.

—En resumidas cuentas: yo me inclino a pensar que el estetoscopio que usted ha tenido la gentileza de mostrarme, y vaya por delante mi agradecimiento por hacerme partícipe de tan inmerecido honor, no parece que se trate del original, sobre todo por la incrustación de marfil que lo adorna. Por su gran parecido con el descrito por Laennec y por el desgaste y textura de la madera, me atrevería a afirmar que se podría haber fabricado en el primer cuarto del siglo XIX. Quizás fuera tallado antes de que se implantara la moda de los estetoscopios de la línea de Piorry e incluso perteneciera a algún discípulo o aprendiz del médico francés. Una pieza exclusiva, no obstante, de un coleccionista o del mejor museo.

La afirmación no podía haber sido más tajante. Es decir, que si el estudioso profesor no se equivocaba, y por su semblante parecía muy seguro de su dictamen, la Alameda de Hércules sevillana había puesto en mis manos un instrumento con más de ciento cincuenta años de antigüedad, una pieza única. Eso, además, sin contar con el poder profético que ocultaba el artilugio, el cual no me atrevía a desvelar al profesor.

—Por cierto, joven, debe de haberle costado un fortuna.

—Eso es lo más gracioso del caso, que casi me lo regalan. No me atrevo ni a decirle lo que me han cobrado. Está claro que el vendedor no tenía ni idea de lo que ofrecía.

—Y, ¿sabe usted cómo fue a parar esta maravillosa obra de arte a tan singular mercadillo? —me preguntó.

—En la última semana no he hecho otra cosa que averiguar datos sobre su anterior dueño. Al parecer, perteneció al antiguo director del hospital El Tomillar, quien se lo regaló a una colega antes de morir. Esta doctora, doña Ana Acevedo, permanece ingresada en el psiquiátrico de Miraflores desde hace años. Su casa ha sido objeto de varios robos y así fue como el estetoscopio acabó en el mercadillo de la Alameda —resumí.

—Pero supongo que habrá podido usted hablar con la doctora, ¿no?

—Lo intenté, pero cuando le enseñé el cilindro sufrió algo parecido a un ataque de pánico y se la llevaron tan rápido que no pude entregárselo.

—Interesante, muy interesante. Quizás deba usted visitarla en otra ocasión. ¿Se

ha planteado acercarse al hospital El Tomillar? Podría usted obtener alguna información relevante acerca del doctor Sanz.

—Estaba convencido de que usted me sería de gran ayuda. Es el siguiente paso que pienso dar.

—Pues delo, querido alumno. «Caminante no hay camino, se hace camino al andar», dijo el poeta. Y si no es mucho pedir, manténgame informado, por si puedo serle de ayuda. No lo dude: está usted ante un hito prodigioso.

No sabe usted hasta qué punto, pensé mientras me disponía a abandonar su despacho.

El Tomillar estaba, como diría mi amigo Rafa, «donde Cristo perdió el mechero». Situado en medio del campo, a mitad de camino entre Utrera y Dos Hermanas, y sin el humo de los coches que cada vez oscurecía más la ciudad de Sevilla, nadie podría negar que sus enfermos respiraban un aire puro. Recordando el emplazamiento del psiquiátrico de Miraflores, me dio por pensar en el desprecio con el que siempre se había tratado, a lo largo de la historia, a locos, tísicos, leprosos, apestados y demás enfermos, apartados en lazaretos, leproserías y otros guetos a los que denominaban hospitales; marginados de la sociedad.

A pesar de mi desazón por lo retirado que estaba el edificio de la gran urbe y porque casi me pierdo con mi Seat 124 buscando el idílico hospital (al margen de que, a finales de mes, apenas me quedaban unos duros para gasolina), cuando me bajé del coche a media mañana y respiré profundo, tuve que admitir que allí se respiraba paz, una paz respaldada por el magnífico día soleado que se había levantado.

Como desconocía si en el centro hospitalario había alguna explanada habilitada para aparcar, dejé el coche a un lado de la carretera, justo a unos escasos metros de la portada con azulejos sevillanos que daba acceso al recinto, cuya parte superior rezaba en letras en añil: «Hospital El Tomillar».

Tras atravesarla, aparecí en una avenida que conducía al edificio principal, flanqueado por frondosos jardines poblados por árboles desnudos en su mayoría, entre los que reconocí palmeras, cipreses, cedros y algunas otras coníferas. Un poco más adelante me encontré con dos pajareras: la de la izquierda grande y cuadrangular; la de la derecha más reducida y con forma de farol gigante. *En primavera, dejándose llevar por el trino de los pájaros y bajo la sombra de este vergel, los enfermos se sentirán como en un pequeño paraíso, pensé.*

El edificio principal, el llamado pabellón Central, a unos cien metros de la portada, era sobrio, con sus paredes encaladas, sobre las que destacaba el amarillo albero del alféizar de las ventanas; apenas contaba con tres plantas, aunque tenía capacidad, según me enteré más tarde, para doscientas camas.

Subí las escaleras de la fachada, atravesé el soportal y me dirigí al mostrador de admisión. Pregunté a un administrativo por la hermana María Teresa Segura y, tras explicarle que yo era estudiante de Medicina, me aconsejó que pasara a la zona de habitaciones de la planta baja, donde a esas horas estaría atendiendo a los pacientes. «Allí me colé», al igual que decía la canción de Mecano, y la busqué por las habitaciones. Como no tenía ni idea de su aspecto físico, ya que sor Lucía no me la describió, le pregunté a la primera monja con la que me topé de frente en un pasillo,

una hermana bajita y regordeta que portaba un palo de suero.

—A estas horas la hermana María Teresa suele rezar el ángelus en la capilla, ¿sabe dónde está? —Me encogí de hombros—. Salga del edificio a los jardines, en dirección a la portada de entrada, y cuando vea las dos estatuas de los leones, cruce entre ellas y siga el camino.

No sabía muy bien si darle las gracias o contestarle un «señor, sí, señor», pero para cuando quise abrir la boca la hermana sargento ya desfilaba pasillo arriba, haciendo tintinear su frasco de suero.

Seguí sus instrucciones y, volviendo sobre mis pasos, hacia la mitad de la avenida principal, en el margen izquierdo, localicé los dos leones tallados en piedra con sus enormes fauces abiertas, rugiendo, sosteniendo un escudo entre sus garras. Tomé el sendero al que daban paso, flanqueado por palmeras datileras, y al final desemboqué en la capilla.

Al entrar, sobre la pared izquierda del vestíbulo, dos faroles custodiaban un cuadro con la imagen de la Virgen de los Reyes, la patrona de Sevilla, de estilo gótico, sentada sonriente sobre un trono con el niño Jesús sobre sus rodillas, más ufano aún que la madre. El interior de la capilla, de una sola nave, me resultó amplio para tratarse del lugar de culto religioso de un centro sanitario. Pero, sobre todo, llamaba la atención su sencillez: sobre las claras paredes semidesnudas resaltaba un crucificado tallado en madera, majestuoso tras el altar. Y a sus pies, de hinojos sobre el respaldo de la primera fila de bancos, una hermana tocada de un blanco fulgurante se empapaba del silencio de la estancia.

Me pareció inoportuno interferir en su recogimiento, por lo que me senté en un banco, contiguo al pasillo central, dispuesto a fingir un encuentro casual cuando despertara de su letargo. Todavía tardaría al menos unos veinte minutos en persignarse y levantarse para salir, tiempo en que me dediqué a repasar los acontecimientos ocurridos. La abordé cuando llegó a mi altura.

—Perdone, hermana, ¿es usted María Teresa Segura?

Se detuvo en seco, reuló unos centímetros y me miró sin pestañear por encima de sus gafas negras de pasta, antes de responder.

—Sí, soy yo, ¿eres familiar de algún paciente?

—No, no, ¡qué va! Vengo de parte de la hermana Lucía. Me dijo que preguntara por usted.

La hermana María Teresa giró su cabeza y me miró medio de reojo, desconcertada, arrugando el bozo. Comprendí que no había sido demasiado explícito.

—Perdone, hermana, no me he explicado muy bien. —Sonreí para romper el hielo—. Sor Lucía, una monja de mi edad muy agradable que trabaja en el psiquiátrico de Miraflores.

Tardó unos segundos en responder, mientras jugaba con la cruz plateada que brillaba sobre su pecho, haciendo memoria.

—Ah, claro, Lucía Rojas, qué memoria la mía. —Se dio una palmada en la

recortada frente—. Perdona, hijo, la edad, que no pasa en balde. Un encanto de chiquilla y muy buena persona. ¿Cómo está? Debería haber entrado a formar parte de nuestra orden, las Hermanas de la Caridad de Santa Ana —sonrió—. No me hagas caso, hijo, es una broma, a fin de cuentas todas somos hijas de Dios. ¿De qué la conoces?

—La he conocido por casualidad, hace pocos días. Fui al psiquiátrico a visitar a una enferma que está allí ingresada, la doctora Acevedo.

Lo lancé así, de sopetón. Quería ver la reacción de la hermana María Teresa al escuchar el nombre de mi colega. La sonrisa desapareció del rostro de la monja, bajó la cabeza, compungida y fijó la mirada perdida en las losas del suelo. De pronto se dejó caer sobre el banco más cercano, como si hubiera sentido un súbito mareo.

—Ana Acevedo, mi querida Ana. —Suspiró mirándome a los ojos, balanceando la cabeza—. Sigue aún allí, ¿verdad? Fue una de nuestras mejores doctoras, lástima que las circunstancias la llevaran a la locura. El Señor nos pone pruebas difíciles de superar. Después de su ingreso en Miraflores me prometí que iría a visitarla con más frecuencia, pero mi labor aquí me deja poco tiempo libre. ¿Es pariente tuya? Pensaba que no tenía familiares.

—No tenemos ningún parentesco. A la doctora Acevedo también la he conocido este año. —Me senté frente a la hermana María Teresa dejando el pasillo central entre ambos—. En una situación que no viene ahora al caso, encontré un objeto de gran valor que le pertenece —no me atrevía aún a desvelar los detalles— y me desplazé a Miraflores para entregárselo; pero fue inútil, porque ese mismo día sufrió una crisis de pánico. Después, sentí la necesidad de conocer más aspectos de su vida, de cómo pudo llegar a ese estado, qué pudo ocurrirle para acabar así. Entonces sor Lucía me aconsejó que hablara con usted. Se me olvidaba decirle que soy estudiante de Medicina, de sexto; tal vez esto justifique mi interés.

—Así que eres casi médico, pues haberlo dicho antes, hombre. Debería haberte llamado de usted. —La alegría volvió a su rostro—. Perdona mi atrevimiento.

—No tiene que disculparse, hermana.

—¿Habías estado aquí antes, en El Tomillar? —Se levantó del asiento como por resorte.

—No, es la primera vez que vengo.

—Este sanatorio fue muy importante en el pasado en la lucha contra la tuberculosis. Tiene una historia fabulosa, sobre todo para un casi médico como tú. Ahora se ha modernizado, ingresan pacientes con enfermedades muy diversas; pero hasta hace unos quince años, solo atendíamos a enfermos de tuberculosis. Si no tienes prisa, te invito a dar un paseo por las instalaciones, te gustará.

—Estaré encantado, no tengo nada mejor que hacer —acepté.

Salimos de la capilla y nos adentramos en los jardines. La temperatura era agradable bajo el sol, pero fresca a la sombra de las palmeras.

La hermana María Teresa se abrochó la rebeca blanca de lana antes de iniciar su

relato.

—Ana era una doctora muy buena en su trabajo, como profesional y como persona. Se entregaba a sus enfermos sin reservas, y estos le profesaban un gran respeto, sobre todo por su ojo clínico. Sabes a qué me refiero, ¿no? Ese don especial que tienen algunos médicos de dar con el diagnóstico solo con ver al paciente.

Entendí que la hermana María Teresa se refería a la habilidad o experiencia que adquirió la doctora a lo largo de sus años; sin embargo, al momento pensé en las propiedades extraordinarias del cilindro.

Pasamos entre los leones de piedra.

—Mira, estos gatos con garras fueron traídos del parque de María Luisa, así que son paisanos de los del Congreso, que dicen los entendidos que fueron fundidos en bronce en la Maestranza de Sevilla —dijo señalando, casi metiendo la mano en las fauces del felino—. No sé por qué se volvió loca, pero un día, en una guardia, un colega la encontró casi inconsciente en su habitación: había intentado suicidarse con una sobredosis de benzodiacepinas. En el hospital se rumoreaba que no había podido asimilar la muerte del director; para él, era como una hija.

—El doctor Sanz —la interrumpí; me miró sorprendida.

—Don Eduardo Sanz, sí. Para no haber venido nunca por aquí estás muy bien informado. —Me pareció que lo decía con segundas.

—Sor Lucía me puso en antecedentes, pero no crea, no sé nada más sobre don Eduardo.

—Él y yo llegamos casi al mismo tiempo a este centro, que para nosotros ha sido como nuestra casa. —Nos detuvimos en la avenida principal de la entrada, la hermana María Teresa levantó su brazo derecho, señalando hacia el pabellón Central—. Ese que ves ahí es el edificio más importante de este complejo. Se inauguró hace casi cuarenta años, en 1947, el mismo año en que fue contratado don Eduardo para dirigir lo que entonces era el Sanatorio El Tomillar. Contaba con unas doscientas cincuenta camas. —Seguimos avanzando por los jardines del lado opuesto a la capilla—. Yo llegué dos años después, con otras once compañeras, éramos casi unas niñas —dijo melancólica—. Don Eduardo nos cayó muy bien, era un médico muy piadoso. Él fue quien sugirió al cardenal Segura que nuestro papel en el sanatorio podía ser de gran relevancia porque se había deteriorado la moral. Teníamos que cortar el mal que había en el ambiente.

—No comprendo.

—Bueno, lo que ocurría era lo habitual en otros sanatorios similares; los enfermos ingresados eran en su mayoría jóvenes con estancias prolongadas, a veces incluso de años enteros... En fin, ya sabes a qué me refiero, tú también eres joven.

Bajé la mirada ruborizado; debió notarlo porque durante un trecho guardó silencio. Nos paramos delante de un enorme mosaico de azulejos con una larga inscripción.

—Es la plegaria del árbol, ¿la conoces? —Negué con la cabeza—. Léela, nunca

volverás a leer una oración dedicada a los árboles tan bonita.

¡Visitante!

*Yo soy la talla de tu cuna, la madera de tu barca,
la tabla de tu mesa, la puerta de tu casa.*

Yo soy el mango de tu herramienta, el bastón de tu vejez.

*Yo soy el fruto que te regala y te nutre,
la sombra bienhechora que te cobija en los ardores del estío,
el refugio bondadoso de los pájaros que alegran con su canto tus horas
y que limpian los campos de insectos.*

*Yo soy la hermosura del paisaje, el encanto de la huerta,
la señal de la montaña, el lindero del camino.*

*Yo soy la leña que te calienta en los días invernales,
el perfume que te regala y embalsama tu aire a todas horas,
la salud del cuerpo y la alegría del alma.*

Y, por último, ¡yo soy la madera de tu ataúd!...

*Por todo eso, tú que me miras en este instante,
tú que me plantaste por tu mano y puedes llamarme hijo,
que me has mirado y templado tantas veces...
óyeme, mírame bien y no me hagas daño.*

La plegaria del árbol me pareció aleccionadora; debería figurar en todos los jardines de las ciudades para que los bárbaros se lo pensarán dos veces antes de infligir daño a estos seres vivos tan desprotegidos. Seguimos el paseo bajo la arboleda, entre cuyas ramas se filtraban los rayos de sol.

—Hace un momento dijo usted que el doctor Sanz era un médico muy piadoso.

—Desde luego que sí. Llevo demasiados años aquí y he visto cómo piensan y actúan los médicos, qué esperan de su vida y de su trabajo. Y no nos engañemos: no todos tienen la misma fe en el Señor. Tú sabes igual que yo que el laicismo, e incluso el ateísmo, es común entre los doctores; no comprenden cómo puede existir un Dios tan bondadoso que permita que las personas enfermen y mueran. —Hizo una pausa, como sopesando si yo pertenecería a este grupo de médicos—. Pero don Eduardo no era así. Al contrario, era un hombre religioso, se notaba que tenía en cuenta a Dios en todo lo que hacía, tanto en su vida personal como profesional. La capilla donde nos hemos conocido se construyó a finales de los cincuenta gracias a su tesón.

—¿Dónde escuchaban misa hasta entonces? —pregunté.

—Los actos religiosos para enfermos y familiares se oficiaban en una habitación en la primera planta del pabellón Central. Así que ya puedes hacerte una idea de nuestro gozo el día que asistimos a la primera misa en la capilla. Don Eduardo contactó, dos años después, con los cofrades de una hermandad del pueblo de Dos Hermanas y consiguió que durante cuatro años, la Virgen del Amor y Sacrificio

peregrinara cada Domingo de Ramos hasta nuestra capilla.

—¿Quiere usted decir que los costaleros traían el palio hasta aquí? ¿Menuda paliza, no?

—¿Te gusta la Semana Santa, Diego? ¿Eres cofrade?

—Verá, hermana, no sé cómo explicar lo que me pasa. No soy cristiano practicante, no voy a misa los domingos, tampoco soy ateo... más bien agnóstico. Pero, cuando llega la Semana Santa, me desvivo por ver un palio o un paso de Cristo por las calles. Debe de ser porque en mi pueblo se vive con fervor la semana de Pasión.

—¿En Extremadura también salen pasos a la calle?

—No soy extremeño, hermana, pero casi. Soy de Guadalcanal, el último pueblo de la provincia de Sevilla en la Sierra Norte, pegaditos a la provincia de Badajoz. En el acento nos parecemos a los belloteros, pero en la manera de celebrar la Semana Santa, no podemos ser más sevillanos. Debería conocerla.

—Ojalá pudiera aceptar tu invitación, seguro que me vendría muy bien el aire fresco de los montes.

Nos paramos ante un edificio situado a la izquierda del principal, peculiar por su forma arquitectónica, un auténtico pabellón. Tendría no más de diez metros de anchura por unos setenta y cinco de longitud. En su fachada disponía de una galería con barandillas de hierro forjado y una veintena de columnas rectangulares que daban soporte al tejado de dos vertientes. En la pared del costado frente al que nos encontrábamos, una placa de azulejos conmemorativa agradecía a la excelentísima señora doña Regla Manjón, condesa de Lebrija, sus esfuerzos para lograr la construcción del sanatorio.

—Este que ves aquí es el edificio más antiguo de todo el recinto, el pabellón Doctor Blanco Rodríguez. Se empezó a construir en 1920 y alojó a sus primeros enfermos cuatro años después. Los terrenos, que luego fueron vendidos al Real Patronato de Instituciones Tuberculosas, pertenecieron a la condesa de Lebrija; pero el dinero para la construcción del pabellón se obtuvo de las mesas petitorias que la Junta de Damas instalaba en toda la provincia.

Al ver mi cara de sorpresa me explicó en qué consistía aquella junta que sonaba tan aristocrática; la hermana María Teresa disfrutaba contando la historia del centro donde había cuidado enfermos casi toda su vida.

—Era una asociación altruista de mujeres de la alta sociedad cuya misión consistía en la recaudación de fondos para luchar contra la tuberculosis. La primera presidenta fue su majestad la reina doña Victoria Eugenia de Battenberg, la esposa del rey Alfonso XIII.

Asentí con la cabeza y guardé silencio; no quería que se me notaran mis limitados conocimientos sobre la historia de España. Para mí, Alfonso XIII no era más que el nombre de un lujoso hotel sevillano, en el que, por cierto, nunca había tenido el placer de hospedarme.

—Cuando se inauguró el sanatorio —prosiguió—, la única cura que existía para la tuberculosis era la tranquilidad, la respiración de aire puro y una alimentación variada y copiosa. Los pacientes hacían sus curas de reposo la mayor parte de la jornada en las terrazas de la galería, recostados sobre sus *chaise longues*, respirando el aire limpio del campo. Unos aprovechaban para leer, otros para jugar a las cartas o simplemente para dormir. Nosotras, las hermanas, los invitábamos a rezar el rosario, pero nuestro consejo no siempre era bien avenido. Las curas de reposo eran obligatorias, incluso en invierno; entonces se tumbaban bien arropados con varias mantas. Algunos tenían suerte y sanaban, pero por desgracia, la mayoría moría de un acceso de tos, asfixiados con la sangre de su propio pulmón. Cuando se construyó el amplio pabellón Central, este edificio se dedicó solo al cuidado del clero. —La hermana María Teresa se adelantó unos pasos y después giró su cabeza por encima del hombro hacia mí—. Míralo bien, Diego, porque sus paredes esconden bellas historias... y también demasiado sufrimiento.

Me sorprendió que la hermana María Teresa describiera de una forma tan dura el pronóstico de la tuberculosis. En la facultad habíamos estudiado que la enfermedad, provocada por el bacilo de Koch, se curaba con una combinación de comprimidos de rifampicina, isoniacida y pirazinamida en seis meses, pero nada nos habían contado de su tratamiento a principios de siglo. Recordé entonces mi lectura el año anterior de la novela de Kafka, *La metamorfosis*; en la introducción se hacía referencia a la muerte del autor a los cuarenta y tres años aquejado de esta terrible enfermedad, justo el mismo año en que se inauguraba en España el sanatorio que yo ahora visitaba.

Continuamos el recorrido en dirección sur, pasando frente a la fachada posterior del pabellón Central, donde llamaban la atención las enormes terrazas.

—Hermana, ¿puedo preguntarle de qué murió el doctor Sanz?

—Don Eduardo murió hace tres años de tuberculosis. ¿Qué paradoja, no? Dedicó su vida a tratar la enfermedad que al final le mataría.

—Pero ¿cómo es posible, con la eficacia de los tratamientos actuales?

—En realidad fue una complicación final de otra enfermedad más grave. —Tardó unos segundos en responder, como meditando lo oportuno de la respuesta—. Contrajo el sida. Fue uno de los primeros casos detectados en España. Entonces ni siquiera se sabía que la causa era un virus. Su muerte fue durísima; no solo porque fuera un hombre muy querido... Se dijeron calumnias terribles sobre su persona, que no merecía. Como tú sabes, los primeros casos de sida se dieron entre homosexuales y drogadictos; puedes imaginarte la de blasfemias que tuvimos que escuchar sobre don Eduardo por los pasillos del hospital, incluso en boca de sus propios compañeros. Ahora sabemos que la enfermedad también se puede contraer después de una transfusión de sangre de un donante infectado. Por fortuna desde el año pasado y para evitar este tipo de transmisión, es obligatorio determinar el virus en la sangre de los donantes. Pero don Eduardo no tuvo esa suerte. —Bajó la mirada, compungida—. A finales de los setenta sufrió un accidente de tráfico y le transfundieron sangre en

varias ocasiones, así que ese fue el origen de su infección.

A decir verdad, como esta enfermedad estaba empezando, yo apenas había estudiado nada sobre ella; en las clases tan solo la habían nombrado de pasada. Empecé a dudar de mis conocimientos médicos, lo cual jugaba en mi contra, teniendo en cuenta que me quedaban pocos meses para poder ejercer.

Hicimos un alto en el camino delante de la talla de un Sagrado Corazón, elevado por encima de nuestras cabezas sobre una columna de ladrillo; me recordó al que preside la ciudad de Río de Janeiro (lo había visto en fotos), pero en pequeño.

—Esta escultura —explicó la hermana— la realizó un artista de Triana hace unos veinticinco años. Y este edificio de la derecha —señaló con su mano— es un escenario que mandó construir don Eduardo en el cincuenta y cinco: otro ejemplo de su generosidad. Como era habitual que los enfermos se aburrieran durante sus largas estancias aquí, el escenario permitió alegrar sus horas de tedio; aquí se representaron obras de teatro, se dieron conciertos, actuaron cantantes famosos y hasta se proyectaron películas.

—Me cuesta hacerme a la idea de la necesidad de tener que pasar meses aquí ingresado —comenté—. No digo que el lugar no sea agradable, sino que es como estar encerrado al aire libre.

—Tienes razón, Diego, aunque el encierro, como tú lo llamas, tenía una doble justificación. Primero, porque era la única cura que se conocía. Bueno, esto al principio, porque en la época en la que se construyó el escenario ya había medicamentos que empezaban a ser útiles y también algunas intervenciones quirúrgicas para los casos rebeldes. Pero el segundo motivo para aislarlos era que se evitaba el contagio de las personas que vivían o entraban en contacto con el enfermo. Era la única forma de cortar la cadena de transmisión de la enfermedad. —La hermana dedicó un saludo al familiar de un paciente que se cruzó en nuestro camino—. ¿Sabes que incluso tuvimos una emisora de radio? ¿A que no te imaginas quién la dirigía? —preguntó, socarrona—. Sí, señor, yo misma en persona. Y no creas que nos pasábamos todo el santo día rezando a través de las ondas o leyendo pasajes de la Biblia, que también lo hacíamos. Emitíamos programas muy variados: entrevistas, humor, leíamos noticias, hasta tuvimos un concurso literario y retransmitíamos las obras ganadoras.

—¿No había televisión entonces?

—La primera televisión la compramos en los sesenta, le costó a la Junta de Damas veinticuatro mil pesetas; fíjate lo que valía entonces una tele, ¡y en blanco y negro! —exclamó, levantando sus brazos, escandalizada—. Y no creas que no trajo problemas, no. El señor arzobispo recelaba de la utilidad del aparatito, veía con malos ojos los programas que ponían. Menos mal que el doctor Sanz intervino en el asunto, incluso consiguió que varios años después llegáramos a tener hasta cuatro televisores. Un éxito entre los enfermos.

—Cómo ha cambiado todo, hermana. Ahora tenemos hasta emisión matutina. Yo

tengo un compañero de piso que está empezando a engancharse y le da pereza ir a clase.

—Qué te puedo decir, hijo, yo apenas la veo, mi cargo de superiora no me deja tiempo. Bueno, te voy a confesar un secretillo: algunas tardes veo Curro Jiménez —dijo bajando la voz.

—¿Una serie de bandoleros? —pregunté sonriendo.

—Es que es muy bondadoso, aunque no lo parezca; le roba a los ricos para dárselo a los pobres. Es como un Robin Hood español.

Me sentía satisfecho de mi visita al hospital El Tomillar y sobre todo de haber conocido a aquella curiosa monja; me estaba haciendo pasar un grato momento. Reanudamos el tranquilo paseo por detrás del pabellón Central, dejando a nuestra izquierda el escenario.

—Diego —me encaró muy seria—, antes me comentaste que habías encontrado un objeto de gran valor que perteneció a la doctora Acevedo. ¿Sería mucho preguntarte de qué objeto se trata? No hace falta que me contestes si te compromete.

Cómo no iba a contestarle, después de lo agradable y paciente que estaba siendo conmigo, además de la clase de historia de la tuberculosis que me había impartido.

—Se trata de un fonendoscopio de madera, al parecer muy antiguo, que compré en el mercadillo de la Alameda. Perteneció al doctor Sanz, aunque este detalle debe conocerlo usted mejor que yo.

Extraje la funda del estetoscopio de mi bolsa de deporte, que colgaba de mi hombro, y lo abrí, mostrando a la hermana el rudimentario instrumento desmontado. Esta no demostró ninguna sorpresa cuando lo vio.

—Cómo no lo voy a saber, Diego, si formaba parte de la personalidad de su trabajo. De hecho, lo que más me sorprendió cuando llegué al sanatorio y conocí al doctor era que utilizara un instrumento tan pasado de moda. No se parecía en nada a los fonendoscopios que usaban los otros médicos, muy parecidos a los que se usan ahora, pero con materiales menos ligeros. Por cierto, que sus propios compañeros se reían de él a sus espaldas alegando que sus métodos estaban muy anticuados. En realidad, está mal que yo lo diga y que el Señor me perdone, pero le tenían cierta envidia porque ningún médico estaba dotado del ojo clínico del que hacía gala don Eduardo, hasta los mismos pacientes se daban cuenta. Por eso todos los enfermos querían que los reconociera con esta maravilla que has traído de nuevo aquí, aunque con el tiempo pasó a utilizarlo solo con los enfermos graves. No sé, supongo que le tendría un cariño especial; quizás perteneció a algún antepasado médico.

Sin quererlo, la hermana María Teresa me estaba desvelando misterios que solo yo conocía. Era evidente que una parte del envidiable ojo clínico del doctor Sanz se debía a las propiedades mágicas de su fonendo, empleándolo en los enfermos más graves para predecir la muerte.

—¿Y dices que lo compraste en la Alameda?

—Lo robaron de la casa de la doctora Acevedo.

—Ahora comprendo el motivo de tu visita —continuó la hermana María Teresa —; en realidad lo que tú querías saber desde el principio es cómo llegó este fonendo a las manos de la doctora Acevedo, pero no te avergüences, te lo contaré —me dijo, observando cómo bajaba mi mirada al suelo, igual que un niño al que han cogido cometiendo una travesura—. La doctora Acevedo y yo asistimos juntas a la agonía del doctor aquí mismo, en una habitación de este hospital; el pobre no pudo ser más humilde. Lo trasladaron del Hospital Virgen del Rocío de Sevilla cuando ya estaba terminal y no podían hacer nada por él los especialistas que lo trataban. Fue su deseo: morir en el hospital que le permitió ejercer la profesión médica durante casi toda su vida. Y Ana lo acompañó en sus últimas horas, atendiendo a los caprichos del doctor, que deseaba que lo auscultara con su propio fonendo. Nunca olvidaré la cara de pánico de la doctora el día que aplicó el estetoscopio sobre el torso del doctor. Yo creo que vio el final de su maestro. Murió al día siguiente.

La escena que rememoró la hermana no pudo ser más cruda: la doctora contemplando con el cilindro las sombras premonitorias de la muerte de su amigo. El doctor Sanz era consciente de que se encontraba en las últimas, pero necesitaba la prueba definitiva de su próximo final: el dictamen del artilugio mágico en manos de su discípula más querida. Completamos la vuelta al pabellón Central, en silencio, y llegamos casi a nuestro punto de partida, a los jardines de la entrada. La hermana María Teresa, cansada, se sentó sobre un banco revestido con azulejos que mostraban escenas de El Quijote. Me senté a su lado, justo sobre la famosa escena donde don Quijote lucha contra un molino de viento mientras, a lo lejos, Sancho Panza, llevándose las manos a la cabeza, contempla estupefacto la osadía de su señor.

—Solo una cosa más, hermana, creo que ya le he robado demasiado tiempo. Ahora que estoy seguro de que este cilindro perteneció al doctor Sanz, me gustaría contactar con su mujer o con sus hijos, por si pudiera entregárselo.

—La esposa de don Eduardo murió a los pocos años de llegar a El Tomillar, de una pancreatitis, con apenas treinta años cumplidos —dijo la hermana, compungida—. El Señor no les dio ningún hijo. ¿Comprendes ahora por qué vivía entregado a este centro? Era toda su vida.

—¡Vaya, qué historia más triste! En fin, creo que hemos llegado a un callejón sin salida. La verdad, hermana, es que mi interés personal por este estetoscopio no se queda solo en devolvérselo a algún familiar, también por ser un objeto de gran valor histórico. Mi profesor de Historia de la Medicina me ha dicho que se trata de una pieza única, a lo mejor incluso es uno de los primeros fonendoscopios que se confeccionaron. Sería muy interesante saber cómo llegó a las manos del doctor Sanz.

—Don Eduardo y yo, a pesar de ser buenos amigos, hablábamos poco de nuestras cosas. Sé que estudió en Madrid, y poco más. Quizás... quizás... —La hermana María Teresa se ajustó sus gafas negras de pasta y se frotó pensativa la cruz de su pecho—. Tengo una idea. Supongo que cuando don Eduardo llegó a El Tomillar, en los años cuarenta, traería bajo su brazo algo parecido a un currículo que debe de estar

en los archivos de nuestro centro. Seguro que allí figura la trayectoria médica del doctor antes de tomar posesión de este puesto. Vamos a hablar con el director médico del centro, don Francisco Gil. Es muy amable, seguro que te tratará muy bien.

Nos dirigimos hacia un edificio situado a la derecha del pabellón Central. La hermana me explicó que era el segundo pabellón más antiguo, inaugurado en 1929. Tras subir unas escaleras con barandilla de blancas columnas, accedimos al despacho del director. Aunque la puerta estaba abierta, la hermana María Teresa golpeó con los nudillos un par de veces.

—Don Francisco, buenas tardes, ¿tiene usted un momento? —saludó la religiosa.

—Pase, pase, hermana, y por favor, le tengo dicho que no me llame de usted, pero siéntense, por favor —contestó el director desde el otro lado de su amplia mesa.

De aspecto macilento, el director aparentaba entre cuarenta y cincuenta años, el pelo lacio y oscuro, la raya a la derecha, amplias gafas cuadradas y labios bezudos; me recordó a un famoso político del gobierno.

—Le presento a Diego Galván —anunció la hermana—, un estudiante de sexto de Medicina, muy aplicado, que está haciendo un trabajo para su clase sobre un antiguo estetoscopio que perteneció al doctor don Eduardo Sanz.

—Encantado —dijo el director, estrechándome efusivo la mano—. Muy valioso debe de ser ese fonendoscopio para que un estudiante de Medicina muestre tanto interés. ¿Lo traes ahí? —dijo señalando la bolsa de deporte.

Le mostré el cilindro dentro de su ajado estuche. El director lo tomó entre sus manos y lo observó concentrado pero, tras una pausa, no hizo ningún comentario al respecto.

—¿Y qué puedo hacer por ti? —me preguntó entregándome el estuche.

—Hemos pensado —dijo la superiora— que en los archivos del hospital debe de constar el expediente de don Eduardo Sanz. Diego quiere remontarse al origen de este estetoscopio y necesita una pista sobre la formación y el bagaje del doctor antes de llegar a El Tomillar. ¿Sería usted tan amable de ayudarnos?

—Cómo no. Si me disculpan.

Salió de la sala apresurado. Me sorprendió la solicitud mostrada por el director ante un detalle en apariencia insignificante para él. La hermana María Teresa mató el tiempo explicándome la manera en la que el hospital El Tomillar había pasado a manos del nuevo Servicio Andaluz de Salud de la Junta de Andalucía. Todo el personal del centro estaba muy inquieto con la nueva gestión. Cuando ya empezaba a aburrirme con los pormenores del cambio, el director se sentó de nuevo en su sillón, portando en sus manos una carpeta que abrió sobre su mesa.

—El doctor don Eduardo Sanz —informó— hizo la carrera de Medicina y el doctorado en Madrid, de donde era natal. Ejerció varios años en el Servicio de Tisiología del Hospital Provincial de Madrid y después obtuvo plaza por oposición, en 1940, en nuestra ciudad, en el antiguo dispensario antituberculoso de la Ronda de Capuchinos. El edificio estaba situado frente al Hospital Victoria Eugenia de la Cruz

Roja, pero ya no existe, se transformó en lo que ahora es un dispensario de enfermedades del tórax. Es una pena, porque era una construcción de principios de siglo de las que cada vez quedan menos en Sevilla. —Mientras nos facilitaba los datos, el director apenas si levantaba su vista del expediente—. Allí trabajó el doctor Sanz desde, veamos... 1940 hasta 1947, el año en que fue nombrado director de este hospital. ¿Algo más? —preguntó, tornando su rostro serio.

Agradecí al director y a la hermana María Teresa (que insistía en que no dejara de visitarla otro día) la ayuda prestada y salí del Hospital El Tomillar reconociendo que aún me quedaba un largo camino que recorrer. *Quién tuviera el DeLorean de Marty McFly, de la película Regreso al futuro, para viajar al pasado*, pensé mientras tomaba asiento en mi Seat 124.

El dispensario antituberculoso de Capuchinos

La llamada telefónica del profesor Hidalgo a nuestro piso de estudiantes nos sacaba de la modorra postprandial que intentábamos capear viendo en la televisión la serie *Falcon Crest*.

—Buenas tardes, querido alumno. Soy el profesor Hidalgo —escuché al otro lado del auricular—. ¿Puede usted dedicarme unos minutos?

Tardé un instante en reaccionar; era la primera vez que un profesor de la facultad me telefoneaba. Ni siquiera me acordaba de que al matricularme en Medicina facilité mi número, por si alguna vez tenían que localizarme para algún asunto extraordinario. Giré el botón del volumen del televisor, situado a la izquierda del teléfono, y lo dejé casi insonoro, lo que disgustó a Rafa, a juzgar por la expresión desagradable de su rostro y el dedo corazón extendido, amenazante.

—¡Claro, cómo no! —contesté.

—Baldo, Salvador Baldo. Este es el nexo con el doctor Sanz en el dispensario de Capuchinos.

—¿Baldo? —pregunté desconcertado.

Tras mi visita al Hospital El Tomillar, hacía ya una semana, estuve unos días sin saber cómo seguir el hilo de la investigación, hasta que me encontré de nuevo con el profesor Hidalgo en el aula magna. Al finalizar la clase, el profesor nos anunció que aquellos alumnos que quisiéramos subir nota en la asignatura, podíamos realizar un trabajo de fin de curso relacionado con la Historia de la Medicina, momento que aprovechó para localizarme con la mirada y gesticular con la mano para que bajara al estrado.

—Podría usted realizar un excelente trabajo, me consta que así será, sobre el origen de ese magnífico estetoscopio que acaba usted de adquirir, yo diría que como caído del cielo —dijo mientras borraba la pizarra—. Por cierto, ¿ha averiguado algo más?

Le resumí los últimos acontecimientos: mi encuentro con la hermana María Teresa, la vida azarosa del doctor Sanz y su relación con la doctora Acevedo.

—Es decir, según su relato, cuando la hermana María Teresa, siendo apenas una jovencita, inició su labor espiritual en el hospital El Tomillar, el doctor Sanz ya trabajaba con el estetoscopio de madera. Y esto fue... veamos... en el año 1949 —dijo frotándose la barba—. Pues ya sabe usted más de lo que cree. Está llegando muy lejos, sí, señor. Debemos remontarnos en la investigación a los años previos. Puesto que el doctor Sanz trabajó durante un setenado en el antiguo dispensario antituberculoso de la Ronda de Capuchinos, esta es la pieza del puzle que debe

perquirir a continuación.

—Comprendo, pero como usted sabe, el dispensario antituberculoso fue derribado y ya no existe. Incluso es posible que hayan destruido la documentación relativa a los años en que trabajó allí el doctor Sanz.

El profesor advirtió la cara de preocupación en mi rostro y me echó una muleta.

—Es cierto, es una pena que demolieran el dispensario original, todo un ejemplo de la arquitectura regionalista que tan bien supo entender don José Espiau y Muñoz —me abrumaban los conocimientos del profesor, a veces me hablaba como si mi cultura estuviera a su nivel—, el arquitecto que construyó el hotel Alfonso XIII. —Hombre, otra vez el nombre del famoso rey que ya empezaba a caerme mal—. Bueno, joven, no se preocupe. Yo podría realizar algunas pesquisas por mi cuenta, siempre y cuando, por supuesto, que usted me dé su aprobación. Supongo que encontraré algún documento relacionado con el dispensario. Un centro de tanta raigambre en Sevilla no puede pasar al olvido de la noche a la mañana. —Chasquéo los dedos.

La verdad es que Martín Hidalgo no dejaba de sorprenderme. Me costaba asimilar que todo un profesor universitario (casi catedrático, se rumoreaba que se estaba preparando para ello) se bajara de su pedestal para condescender con un simple estudiante de Medicina. Los profesores, al menos en mi facultad, solían ser unos seres enigmáticos, engreídos y orgullosos; y por supuesto demasiado ocupados en sus menesteres como para entretenerse con algún alumno desorientado. Me consta, sin embargo, que algunos de mis compañeros de clase habían sido agasajados con los valiosísimos favores de algún que otro docente. Pero tampoco es menos cierto que una amplia mayoría de los padres de estos alumnos eran galenos de reconocido prestigio. Así que, en realidad, no era una ayuda al alumno desvalido la que prestaban, sino más bien una cortesía hacía el otro colega o un favor que algún día sería agradecido por la otra parte mediante intereses profesionales que se escapaban de la mente de un simple estudiante de Medicina como yo. Como tampoco era casualidad que las mejores calificaciones de los exámenes las obtuvieran los hijos de los médicos. No pongo en duda que no fueran buenos estudiantes, pero al menos se prestaba a que el resto de aspirantes a matasanos, cuyos padres eran obreros de la construcción, taxistas o guardias civiles, mostraran cierto recelo justificado cuando ellos mismos no sacaban un sobresaliente después de matarse a clavar codos. Así que yo, el hijo de un humilde agricultor de Guadalcanal, no podía sentirme menos que honrado de que un profesor universitario me concediera, lo que se me antojaba, un trato personal privilegiado. ¿Cómo no iba a dar permiso a una eminencia como Martín Hidalgo para que hiciera investigaciones por su cuenta? Y era patente que la semana había sido fructífera para el profesor, quien estaba a punto de transmitirme a través del teléfono los resultados de sus indagaciones.

—Hemos tenido suerte, querido alumno. Tras una búsqueda pormenorizada en el Índice Médico Español, encontré un trabajo sobre la historia del dispensario

antituberculoso de la Ronda de Capuchinos. Se publicó en 1977 en la revista *Asclepio* con motivo del sexagésimo aniversario de su inauguración. Y he contactado con su autor, el doctor don José Moreno, quien trabajó durante los años cuarenta en dicha institución.

—Vaya, ¿cómo es posible después de tantos años?

—En el trabajo original, que recuperé de la biblioteca, consta la dirección del autor. Por fortuna sigue viviendo en Sevilla. De modo que solo tuve que llamar al Colegio de Médicos y me facilitaron su número de teléfono.

—¿Cómo? ¿Le han dado el número de teléfono? Cuando yo llamé preguntando por el de la doctora Acevedo no quisieron dármelo, me dijeron que eran las normas del colegio.

—Ya, comprendo, pero usted no es profesor titular de la facultad de Medicina —dijo irónico.

El profesor tenía razón, cómo iba a facilitarle la secretaría del Colegio de Médicos el teléfono de un colegiado a un simple estudiante de Medicina. Seguro que las cosas cambiarían al año siguiente cuando empezara a pagar mi cuota.

—¿Y qué le ha contado el doctor Moreno?

—Ha sido providencial que siga vivo. Está mayor, pero aún se acuerda de aquellos años en el dispensario. Para que vea usted la importancia de mantener las neuronas en ejercicio constante. —Noté que el profesor se entusiasmaba con el asunto—. Me ha contado aspectos interesantísimos del dispensario. Se levantó en 1917, el quinto construido en España, gracias a la aportación económica de la condesa de Lebrija y a las donaciones públicas de la Fiesta de la Flor, ya sabe, la Fiesta de la Tuberculosis. Recibió la visita de ilustres personalidades, nada más y nada menos que la misma reina Victoria Eugenia en 1925. Al principio, no solo se atendía a los enfermos con los auxilios de la ciencia, sino que también se facilitaba a sus familiares alimentos para hacer frente a las necesidades de la vida. Ya sabe usted que la pobreza y el hacinamiento eran, en parte, responsables de contraer la tuberculosis. La labor del dispensario consistía en vacunar, diagnosticar, educar y tratar a los pacientes.

—Es decir, que la labor de los dispensarios era complementaria a la de los sanatorios —añadí.

—Pues yo diría que más importante, Diego. Incluso iban más allá: su labor también consistía en llevar a cabo una búsqueda activa de casos, de manera que una enfermera visitaba la casa del paciente, tomaba planos de ella, cubicaban las habitaciones, anotaban las personas que las habitaban, los servicios auxiliares de que disponían y la disposición de las camas. Después, invitaban a los familiares del enfermo a asistir al dispensario para ver si alguno estaba contagiado y así atacaban la enfermedad desde el principio. Además, investigaban en las colectividades de supuestos sanos, como colegios, sociedades y cuarteles para descubrir a los enfermos ignorados y evitar el contagio. ¿No es fantástico? Pues a pesar de esta ingente labor,

en 1935 estuvieron a punto de cerrar porque carecían de medios económicos, ya ves, no tenían ni tinta para escribir, pese a lo cual su actividad era frenética. ¿Sabes que en 1938, en el dispensario auxiliar con el que contaban en el barrio de Triana, llegaron a practicar más de mil novecientos neumotórax? —A decir verdad, no tenía ni idea de en qué consistía aquella práctica—. Pero, vamos al grano, que ya sé que me voy por las ramas. El doctor José Moreno conocía al doctor Sanz, puesto que fueron compañeros de trabajo desde el cuarenta hasta el cuarenta y siete. Me ha dicho que a pesar de la juventud de su colega, ya gozaba de una gran experiencia y conocimientos en tuberculosis, adquiridos en el Hospital Provincial de Madrid. Cuando le comenté que andábamos tras la pista de un estetoscopio de madera que parecía bastante antiguo, me lo describió al detalle: la forma, el tamaño, incluso el color de la madera.

—¿Es que llegó a verlo?

—¿Qué si llegó a verlo? Era la comidilla entre los médicos del dispensario. En los años cuarenta ya existían estetoscopios de lo más sofisticado, así que no era usual que un médico del prestigio de doctor Sanz trabajara con un estetoscopio de madera; llamaba la atención. Pero este detalle no es el más trascendente de mi investigación. —Hizo una pausa—. Según me ha contado el doctor Moreno, una excelente persona, por cierto, el estetoscopio de madera fue un regalo realizado al doctor Sanz por otro tisiólogo del centro antes de morir, un médico que llegó en los años treinta al dispensario antituberculoso de Triana, y que había trabajado hasta entonces en el Sanatorio de Santa Rosalía de Jerez, en la provincia de Cádiz. Al parecer, era todo un experto en la técnica del neumotórax; se rumoreaba que se formó en Italia, de la mano de un discípulo del mismo Forlanini, el inventor de la técnica. Cuando clausuraron el dispensario de Triana, a finales de los años treinta, lo trasladaron al de la Ronda de Capuchinos. Este experto se llamaba Salvador Baldo. Y ahora viene lo más escabroso del caso. Al parecer murió de tuberculosis y fue el doctor Sanz quien le pronosticó su desenlace. Pocas semanas después de que el futuro director del hospital El Tomillar comenzara a usar el famoso estetoscopio de madera, el doctor Baldo moría en el dispensario de una hemoptisis masiva, expulsando por la boca sangre a borbollones de sus maltrechos pulmones.

—¿Moría de una hemoptisis masiva? —dije trémulo.

—Sí, eso he dicho. ¿Por qué lo pregunta?

Miré hacia el sofá. Rafa se había quedado dormido con la falda de la camilla echada sobre las piernas. Apagué la televisión sin que se inmutara, justo en el momento en que la malvada Ángela Channing parecía tener una acalorada discusión con su sobrino Chase Gioberti.

—La semana pasada le conté que el doctor Sanz había muerto de sida y olvidé relatarle un detalle que no me pareció importante. En realidad, la complicación final que acabó con su vida fue la tuberculosis. Y fue en su lecho de muerte donde le entregó el estetoscopio a la doctora Acevedo, justo después de que esta lo auscultara con su propio cilindro de madera.

—¿Está usted sugiriéndome que, en ambos casos, el paciente grave, moribundo, se hacía auscultar con el estetoscopio de madera por otro médico?

—En el caso del doctor Sanz y la doctora Acevedo, eso fue lo que ocurrió. Y según le ha contado a usted el doctor Moreno, intuyo que el doctor Baldo solicitó al doctor Sanz que lo auscultara con su estetoscopio antes de morir.

—¿Por qué iba a querer un médico hacer algo así?

Dudé en contestar. No sabía cómo explicarlo.

—Diego, ¿sigue usted ahí? Conteste, por favor. ¿Le pasa algo?

Había llegado el momento de desvelar la verdad a otra persona, y quién mejor que el profesor Hidalgo.

—Profesor, tengo algo que confesarle sobre el cilindro de madera, algo extraño y misterioso.

—Pero ¿qué quiere usted decir? ¿A qué se refiere? —El profesor levantó su voz, que sonó angustiada.

—No es un simple estetoscopio de madera. Pero ahora no puedo seguir hablando. Si le parece bien, podemos encontrarnos en la entrada por urgencias del Hospital Virgen Macarena.

—¿Cuándo?

—¿Dentro de dos horas?

—De acuerdo, allí estaré, pero... ¿no puede adelantarme nada ahora?

—No puedo explicárselo por teléfono, es mejor que lo compruebe usted mismo en persona.

¿Alucinación colectiva?

Sobre las siete de la tarde me reuní con el profesor en las urgencias del hospital Macarena. Como ya era habitual, la entrada estaba atestada. Caras de preocupación a uno y otro lado, sin posibilidad de distinguir quién esperaba al familiar que habían traído por un esguince de tobillo de aquel otro cuyo padre o madre luchaba contra la muerte por un infarto de miocardio. La puerta de urgencias de los hospitales públicos era el imbornal por donde desaguaban todos los problemas que la sanidad andaluza no resolvía en las consultas de los ambulatorios o de los especialistas, buscando allí la solución desesperada.

—Cómo está esto, ¿no? Válgame Dios.

El profesor me estrechó la mano derecha, observé que en la izquierda sostenía entre sus dedos índice y anular un cigarrillo apagado, del revés, con la boquilla hacia el exterior. Nos apartamos a un lado para dar paso a una camilla que transportaba a un abuelito arropado con una manta de cuadros roja, calzado con las típicas babuchas a cuadros de andar por casa, respirando a través de una mascarilla facial.

—Diego, me tiene usted en ascuas. No entiendo por qué nos reunimos en la puerta de urgencias. ¿Habrán sitios mejores y más reservados para reunirse? ¿Me lo va a contar ahora?

—¿No lo enciende? —pregunté señalando al cigarrillo apagado.

—¿Cómo dice? Ah, el pitillo. —Miró de reojo su mano—. Estoy dejando de fumar, lo llevo en la mano para combatir el síndrome de abstinencia. Es mi método particular. A ver cuándo comercializan en España los chicles de nicotina que tan buenos resultados están dando en Estados Unidos y Rusia, ¿sabe? Pero cuente, cuente.

—Verá, no es fácil de explicar, pero... ahí va. De alguna manera, el estetoscopio de madera tiene la capacidad de predecir el desenlace de los enfermos. Es como una bola de cristal que adivina si vivirán o morirán.

Al profesor se le cayó el pitillo de la mano. Por fin lo pude vomitar y la verdad es que me sentí aliviado al comunicárselo a otra persona; el secreto ya no me pertenecía. Martín Hidalgo se quedó mirándome alelado, pensando que un estudiante de Medicina le gastaba la broma del año.

Bueno, Diego, aquí se acabó todo, ahora pensará que estás majara y saldrá corriendo. Esperé su pregunta o comentario, pero el profesor se había quedado mudo, no vibraba ni un solo pelo de su tupida barba.

—Creo que lo mejor será que lo compruebe usted mismo. Acompañeme, por favor, y sígame la corriente.

Mi plan debía continuar. Atravesamos el pasillo de entrada a urgencias, dejando atrás alaridos de dolor y sollozos de niños; entramos en el ascensor y, antes de aterrizar en el ala de Medicina Interna y ante las miradas perplejas del profesor y un celador que nos acompañaba, aún tuve tiempo de ponerme la bata blanca que guardaba en mi bolsa de deporte, emulando a Supermán en las cabinas de teléfonos.

Como la semana previa había realizado algunas prácticas, no tuve ningún problema para hojear la historia clínica de un paciente conocido.

—Se trata de un chico de veintidós años, diagnosticado durante este ingreso de un linfoma. En los próximos días comenzará la quimioterapia.

Extendí el bloc de anillas con los datos del enfermo al profesor. Este se mantenía mudo, pasando las hojas de la historia. Por un momento me sentí el docente y el profesor mi estudiante, quien me seguía sin condiciones adonde yo le guiara. Entramos en la habitación del enfermo e invité a los acompañantes a que salieran para no sentirme observado.

—Hola, Antonio, ¿cómo estás? —saludé.

El chico del linfoma, de aspecto macilento, estaba sentado en la cama, observando adormilado la ruidosa avenida a través de la ventana. Me miró por encima del hombro.

—¡Eh! ¿Qué haces por aquí? ¿Hoy no te toca estudiar? —me dijo bromeando.

Antonio era un trianero muy jovial, ajeno por completo a la gravedad de la enfermedad que padecía. En pocos días me había ganado su confianza, congeniamos bien, sobre todo porque éramos casi de la misma edad.

—Te voy a presentar al doctor Hidalgo. Le he hablado de tu caso y ha mostrado un gran interés en examinarte. ¿Te importaría? —pregunté.

—No, no, qué va. Ustedes mandan. Yo de esto no entiendo ni papa, y si me reconoce otro médico, mejor, ¿no? Más no se puede pedir —dijo ufano.

Le invité a que se sentara en el lado opuesto de la cama, de espaldas a la ventana, mirando hacia sus compañeros de habitación: un abuelo octogenario, apoltronado en un sillón, que a duras penas mantenía la postura, y otro paciente rubicundo de unos cuarenta años que, tras escuchar nuestra conversación, se revolvió en la cama, dándonos la espalda.

—¿Te importaría quitarte la parte de arriba del pijama? Tenga, doctor —dije entregándole el estetoscopio de madera ensamblado al profesor—, puede usted tomarse el tiempo que necesite. Le aconsejo que cierre los ojos para concentrarse mejor. Antonio, por favor, inspire y espire despacito.

El profesor tomó el cilindro con su mano derecha, se sentó en el borde de la cama y situó la parte cóncava en la espalda del paciente, aplicando su oído al extremo contrario. Al principio la expresión de su cara se mantuvo cérea, medio minuto después arrugó el ceño, enarcó las cejas y desencajó la mandíbula, dejándome ver la lengua dentro de la cueva de su barba. Por un momento, creí que soltaría el estetoscopio y saldría de la habitación pero, para mi sorpresa, aguantó el trago sin que

le temblara el brazo. Al poco, retiró el instrumento de la espalda de Antonio y me lo entregó presuroso, pareciera que hubiera recibido un calambrazo en el codo. Me miró inquieto, sin saber qué decir.

—¿Qué le parece, doctor?, ¿estoy bien? —preguntó el paciente, dirigiéndose al profesor por encima de su hombro.

—Esta mañana, su internista, el doctor Vázquez, le comentó que todo irá muy bien, responderá por completo a la quimioterapia, ¿no es así? —pregunté al doctor Hidalgo, moviendo mi cabeza arriba y abajo con sutileza, obligándolo a ratificar mi veredicto.

—Por supuesto, claro que sí —afirmó ufano, siguiéndome la corriente e intentando mantener la compostura—. Soy de la misma opinión. Todo irá bien, joven, confíe en nosotros.

Mientras se abotonaba la blusa del pijama, Antonio nos dio las gracias. Salimos de la habitación y cerramos la puerta, huyendo de las preguntas de los familiares. Para no ser molestados, nos colamos en un despacho médico, donde a esas horas no trabajaba nadie.

—¿Qué ha visto? Porque ha visto usted algo, ¿no? —pregunté.

—Es increíble. De pronto dejé de oír el murmullo del aire y ante mis ojos se interpuso algo parecido a una especie de nube verdosa, de un verde amarillento, casi fluorescente. Y al momento creí distinguir en el fondo de la nube la silueta de una persona, sí, era como una figura humana, aunque no puedo perfilar los detalles.

—¿Diría usted que era un hombre o una mujer?

—No sabría concretarle. Déjeme que lo recuerde, el perfil de la cabeza parecía dibujar una larga cabellera que descansaba sobre los hombros, por lo que deduzco que podría tratarse de una mujer, pero claro... quién sabe si... ¿Estoy diciendo tonterías, verdad?

El profesor me miró serio, esperando que le ratificara que había sido víctima de una pesada broma.

—Para nada. ¿Cómo se ha sentido?

—Al principio confuso, aunque para serle sincero, después me he sentido muy bien. Era como si la figura me transmitiera paz, lo que ha ocurrido es que al salir de esta especie de trance y encontrarme de nuevo con la cara del enfermo me he sentido desconcertado, por eso le he entregado el estetoscopio con ímpetu. Diego, ¿qué significa esta especie de alucinación? ¿Usted también sintió lo mismo? Contésteme —dijo agarrándome por los hombros, presa de su excitación.

—Tranquilícese, profesor, yo he pasado por la misma experiencia en mis prácticas. Por eso tenía tanto interés en que usted lo sintiera de primera mano. Yo tampoco estaba seguro de lo que me ocurría, incluso dudaba de si a usted le pasaría lo mismo, sin embargo, como acaba de comprobar, estas visiones o comoquiera que se llamen las experimenta cualquier persona que usa el cilindro. No sé por qué sucede algo semejante, pero lo que sí le puedo asegurar es que este chico se va a salvar, su

respuesta a la quimioterapia será extraordinaria. Ya lo he comprobado en otros pacientes de los que he tenido la ocasión de seguir su evolución.

—¿Quiere usted decirme que esa sensación de paz que he sentido y esa luz cegadora son el presagio de un buen pronóstico? Sería algo fantástico.

—Lo ha entendido usted a la perfección, y aún no hemos acabado, le quedan más enfermos que explorar. Debemos bajar a urgencias.

Esperando el ascensor, miré de reajo al profesor, en cuya expresión ya no figuraba el desconcierto, sino más bien cierta sensación de triunfo y de seguridad. La inquietud me dominaba y el ascensor tardaba en llegar, así que bajamos presurosos por las escaleras.

En el área de urgencias nos dirigimos a la sala de observación, donde eran atendidos los enfermos más críticos, aquellos que ingresarían en planta una vez fueran estabilizados, si es que antes no morían. Sin traspasar la puerta principal, me quedé observando el movimiento interno de la sala, esperando a que apareciera alguien conocido. Las enfermeras y auxiliares iban y venían sin tregua de un paciente a otro: a este le estaban cogiendo una vía venosa en el brazo, a aquel le hacían un electrocardiograma, más allá una tercera enfermera anotaba cifras en la hoja de constantes. Al fin divisé a Paco Galindo, médico residente de familia de tercer año, amigo común de Rafa, ya que también pertenecía a la tuna de Medicina, y con el que habíamos compartido más de una cerveza. Levanté una mano y la moví en alto para hacerme ver. Me miró extrañado y se vino hacia mí; noté la expresión de sorpresa en su rostro al verme acompañado del profesor Hidalgo.

—Hola, Diego, ¿qué haces aquí? —dijo descansando sus brazos sobre las olivas y la campana del estetoscopio que portaba sobre sus hombros.

—Ya ves, hoy no tenía ganas de estudiar —ironicé—. Profesor, este es mi amigo Paco Galindo, residente de familia. Algunas veces, cuando está de guardia, me vengo a acompañarlo para que me enseñe todo lo que sabe, que no es poco.

—Encantado, profesor, aún recuerdo sus clases de Historia —dijo Paco estrechándole la mano, sin entrar en detalles sobre su opinión sobre la asignatura—. No le haga caso, es muy entusiasta pero algo exagerado. Aún me queda demasiado por aprender.

—El profesor me está ayudando en un trabajo de fin de carrera; venimos de la biblioteca de la facultad y me he dicho, a ver si anda por aquí Paco y le saludo. ¿Cómo va la tarde?

Paco me miró en silencio, pensativo, rumiando mi coartada. La verdad es que a cualquiera le parecería extraño que un estudiante de Medicina se presentara en las urgencias acompañado de su profesor de Historia. Supuse que mi explicación no lo había convencido, pero no se me ocurrió otra más apropiada; ya encontraría el momento y el lugar adecuado para persuadirlo con un argumento más sólido.

—Pues ya veis, la guardia está «movidita». Tenemos varios pacientes graves: alguna angina inestable —señaló con el dedo—, allí hay un abuelito con insuficiencia

cardíaca grave... En fin, no quiero parecer pesimista, pero la cosa está mal, para variar. Oye, os dejo que se me acumula el trabajo.

Seguí a Paco con la mirada. Cuando ya se retiraba hacia el fondo de la sala, tomó algo parecido a una prenda entre sus manos, volvió sobre sus pasos, como si hubiera olvidado algo, y nos dijo:

—Profesor, si va a pasar a la sala de observación o desea explorar a algún enfermo, es mejor que se la ponga usted.

Le extendió una bata blanca, luego se alejó. Era obvio que nos había descubierto, intuía que no habíamos bajado hasta allí para saludarlo. El profesor y yo nos miramos, admirados de la perspicacia del residente de Medicina. Astuto y reservado. Así era también con las mujeres, según me contó mi compañero Rafa: «El tío se liga hasta su madre, pero no zuelta ni prenda».

Me adentré en la sala de observación y me acerqué al abuelo con insuficiencia cardíaca grave. Reconocí al enfermo que pocos minutos antes había visto entrar por la puerta de urgencias arropado con su manta de cuadros rojos. Estaba semiinconsciente, gemebundo, las orejas azuladas, casi negras, respirando muy rápido, parecía un corredor de fondo llegando a la meta. No vislumbré a ninguna enfermera ni auxiliar cerca. Hice una señal al profesor para que se aproximara y extraje el cilindro mágico. Corrí la cortina que separaba las camas, asegurándonos un mínimo de intimidad con el paciente. Lo ausculté aplicando el instrumento sobre su torso, en la zona precordial, por delante del corazón. Algún minuto después, tras experimentar la maléfica visión, asentía con mi cabeza y le pasaba el estetoscopio al profesor. Una vez más se repitió la escena que momentos antes había presenciado en la planta de Medicina Interna, solo que esta vez al profesor se le cayó el cilindro de las manos, sobre la cama, y en su cara pude comprobar el horror.

—¿Desean algo? —nos preguntó una joven enfermera con cara de mosqueo.

—No, gracias, es un conocido de la familia. El doctor Galindo nos ha dado permiso para explorarlo —mentí apresurado, guardando el estetoscopio en mi bolsa.

Huimos escopetados de la sala, yo iba algo adelantado, el profesor me seguía de cerca. Salimos por la puerta de urgencias, esquivando usuarios a uno y otro lado, jugadores de rugby hacia la zona de marca. No abrí la boca hasta que no llegamos a la zona de aparcamiento bajo la biblioteca de la facultad, junto al monumento a la evolución del hombre, lejos de miradas indiscretas. El profesor jadeaba a mi lado. Esperé con ansia a que me contara lo que había sentido.

—Jamás en la vida hubiera imaginado algo similar —dijo con el habla entrecortada—. He visto sombras oscuras, aterradoras, y he oído voces, gritos de dolor, de angustia. No entendía lo que decían, pero aseguraría que gritaban pidiendo ayuda. Incluso me ha parecido oír gemidos de niños despavoridos. Si existe el infierno, debe de ser algo parecido. ¿Y bien?

—Es un presagio de muerte. Ese abuelito no vivirá mucho.

—Ahora alcanzo a comprender por qué los médicos que poseían el cilindro se

hacían auscultar por otros colegas cuando presagiaban su muerte: anhelaban saber cuál sería su destino, querían ver el horror reflejado en el rostro de sus exploradores. La doctora Acevedo, al auscultar al doctor Sanz, pasó por la misma experiencia que nosotros.

—Y el doctor Sanz al auscultar al doctor Baldo.

—¿Por qué no me contó lo que usted sabía desde el principio, el día que vino a visitarme a mi despacho?

—¿Acaso iba a creerme? Me hubiera tomado por un loco, por un paranoico.

—Es cierto, Diego, quién iba a tomarle en serio. ¿Alguien más sabe del poder que encierra el cilindro?

—Solo usted.

—Me siento halagado, querido alumno, pero a la vez confuso. —Me miró con cariño—. Debe de existir una explicación lógica para todo este enigma. Quizás estemos sufriendo una alucinación colectiva. Nuestra masa cerebral es compleja y aún distamos demasiado de comprender a fondo su funcionamiento. Nuestras visiones del mundo no son más que traducciones del mismo, y con frecuencia traducimos mal. No podemos saber con certeza si la Virgen de Lourdes se apareció o no a cientos de fieles en aquel árbol milagroso. Hay quien piensa que solo fue una alucinación colectiva.

—¿Una alucinación que permite predecir la evolución de los pacientes? Este estetoscopio provoca en quien lo usa algo más que una alucinación. Su poder es ilimitado.

—Tiene usted razón, Diego, pero somos científicos, no podemos quedarnos cruzados de brazos. Debemos encontrar una explicación razonable. ¿Cómo es posible que un simple instrumento de madera tenga tal capacidad? ¿De dónde vienen esas voces? ¿Y quién mandó construir este artefacto diabólico?

—Usted es el profesor, el investigador, yo no tengo las respuestas. Pero es la única persona en quien puedo confiar. ¿Me ayudará?

—Por supuesto que lo ayudaré, pero para ello debemos remontarnos a los orígenes del cilindro. Hay que averiguar dónde y cómo fue labrado. Por lo pronto, continuaremos la investigación a partir del doctor Baldo. Debemos localizar a algún descendiente. Si le parece, usted buscará en la guía de teléfonos de Sevilla las familias con dicho apellido. Mientras tanto, yo contactaré con la dirección del Sanatorio de Santa Rosalía en Jerez e intentaré concertar una cita. Es probable que en sus archivos históricos existan informes sobre el doctor. Y algo más. ¿Le importaría dejarme el estetoscopio unos días? Necesito analizarlo a fondo. Quizás pueda avanzar algo estudiando el tipo de madera con el que se fabricó. Conozco a los expertos adecuados y me deben un favor.

La solicitud me cogió por sorpresa. Tan solo hacía unas semanas que el estetoscopio obraba en mi poder, y en ningún momento me había desprendido de él. Entonces caí en la cuenta de su valor y de la transcendencia de la petición del

profesor. Sin embargo, qué podía perder, Martín Hidalgo me inspiraba confianza. Tras una larga pausa durante la cual el profesor fue consciente de mis dudas, y ante su mirada paternalista, se lo entregué.

—Gracias, Diego, puede usted estar seguro de que se lo devolveré intacto. Confíe en mí. «¡Estamos ante algo grande, ante un gran hito de la Medicina!»

De comunista a capillita trianero

El apellido Baldo era poco frecuente en Sevilla. La operadora de Telefónica me informó que en su listado solo había encontrado dos clientes con este apellido. Uno de ellos, don Claudio Baldo, resultó ser hijo del doctor. Por teléfono, este se mostró amable conmigo, quizás al principio de la conversación algo receloso, pero cuando le dije que estaba preparando una tesina sobre la historia de los dispensarios antituberculosos sevillanos no mostró ningún reparo en concertar una cita en su propia casa de Triana. Supuse que le halagaría que un estudiante como yo rescatara del olvido la memoria de su padre, que con tanto ahínco trabajó en la lucha antituberculosa cuando entonces, la tuberculosis era casi una plaga. El señor Baldo me dijo que era director de una sucursal de un famoso banco, con horario de trabajo matinal, por lo que nos invitó a tomar café al profesor y a mí por la tarde.

Quedé con Martín Hidalgo en la puerta de la singular Capillita del Carmen, construida en ladrillo visto y cerámica trianera, compuesta en realidad por dos edificios unidos: la capilla en sí y el campanario, a su lado, más alto, que recordaba la forma de un mechero de yesca. Se halla al final del puente de hierro que, como un cordón umbilical, une Triana con Sevilla, es decir, la conexión de un barrio con el centro de su ciudad. Pero para los trianeros, Triana es mucha Triana, es la «república independiente», como solía decir mi amigo Manolo Pérez, criado en lo más genuino del barrio.

Saludé al profesor justo en el momento en que pagaba cincuenta pesetas a una vendedora del cupón de la ONCE, que había instalado su mesa plegable delante de la capilla. «Es la ilusión de todos los días...», canturreó el profesor, que hasta entonces me había parecido de lo más soso. Bajamos atravesando la plaza del Altozano, en dirección al meollo de Triana. En la acera contraria divisé la estatua de bronce del torero Juan Belmonte, con su torso calado, a través del cual se apreciaba, mirando desde su espalda, la plaza de toros de la Maestranza y la Giralda al otro lado del río Guadalquivir.

Torcimos a la derecha, por la calle San Jorge y, al fondo contemplé, junto a la fábrica de cerámicas de Santa Ana, la casa de don Claudio Baldo. Era un edificio con la fachada encalada en blanco de tres plantas, separadas por dos cenefas de azulejos policromos mostrando dibujos vegetales. Por encima de la puerta, sobresaliendo de la fachada, se superponía un balcón cerrado con cristalera, construido en hierro forjado, rematado en su parte superior por un techo, que me recordó el de los palios de las dolorosas sevillanas. En la planta alta, una terraza con barandilla de hierro y seis columnas rematadas por seis pináculos haría las delicias de los inquilinos, sin duda,

durante las tardes primaverales sevillanas.

—¿Sabrás usarla? —me preguntó el profesor, con aire socarrón, señalándome la aldaba en forma de cabeza de león sobre la puerta entreabierta.

Golpeé con ímpetu el bronce tres veces. Pocas semanas atrás, en Navidades, había repetido la escena en mi pueblo, donde las aldabas eran comunes aún en las casas. Escuchamos un sonido bronco, seco, que incluso hizo volver la vista atrás a un señor mayor con bigote a lo Franco que paseaba a su perrito. Al poco apareció un adolescente con el pelo rubio, lacio, que nos miró de soslayo.

—¿Sí? —preguntó escueto.

Miré al profesor, esperando que hiciera las veces de presentador.

—Buenas tardes, soy el profesor Hidalgo y este joven es Diego Galván. Hemos concertado una cita con don Claudio Baldo.

—¡Ah, sí! Pasen, mi padre los está esperando.

El hijo de don Claudio dejó la puerta abierta y se dirigió hacia el interior de su casa, esperando que lo siguiéramos. Atravesamos el zaguán, decorado con un vistoso zócalo de azulejos trianeros, una bastonera y dos tinajas sembradas con pilistra. Traspasamos una espléndida reja de hierro y me quedé embobado con el maravilloso vergel que formaban en el patio las macetas de geranios, gitanillas, colocasias, potos, costilla de Adán y helechos, aunque las únicas flores que vi fueron las amarillas del jazmín. La voz del chico me sacó de mi embeleso:

—Entren, ahí está mi padre —dijo señalando una estancia a la izquierda.

Entramos en un despacho cuyas paredes permanecían ocultas por estanterías repletas de libros hasta el mismo techo. Don Claudio Baldo, rubio como el chico que nos recibió pero ostensiblemente orondo, estaba sentado detrás de una mesa enfrente de una de las ventanas que daban a la fachada. Al vernos se levantó hacia nosotros, ofreciéndonos su derecha, esperando nuestro saludo. El profesor se me adelantó.

—Buenas tardes, soy el profesor Martín Hidalgo, y estoy a su disposición para lo que usted necesite en la facultad de Medicina —dijo estrechando la mano de don Claudio, provocando un desagradable bamboleo de la papada del anfitrión.

—Hombre, por favor, es un honor recibir su visita. Y este es...

—Diego Galván, estudiante de Medicina, hablamos por teléfono —dije recibiendo su mano—. Yo soy el culpable de que estemos aquí hoy.

—No se preocupen, no es ninguna molestia. Es un orgullo saber que ustedes honrarán la memoria de mi padre o, mejor dicho, del dispensario donde se dejaba el pellejo. Pero siéntense, por favor. ¿Les apetece un cafetito? Enseguida vuelvo.

Don Claudio salió de la estancia, supuse que en dirección a la cocina. El mobiliario del despacho parecía antiguo: la mesa de madera tallada, con las patas formando una espiral, los sillones de respaldo alto, tapizados en piel verde, a juego con la pantalla de la lámpara... En el único espacio libre de la pared que no ocultaban las estanterías colgaba una pintura de un sencillo arco del triunfo, cuya ubicación no supe reconocer.

—Bueno, ya estoy aquí —dijo don Claudio jadeante, sentándose detrás de su mesa—. Así que están ustedes preparando una tesina sobre los dispensarios antituberculosos.

—Verá —comencé—. Yo soy estudiante de sexto.

—Casi médico, ¿no?

—Casi médico, sí, en junio acabo, si lo apruebo todo, claro —bromeé—. Así que para mejorar mi expediente y facilitarme el ingreso en el mercado de trabajo, que ya sabe usted que hay médicos en paro por todas partes, he decidido escribir una tesina y el profesor Hidalgo me ha sugerido el tema. Perdona que le pregunte, pero no consigo identificar el arco —dije señalando la pintura—. ¿De qué parte de España es?

—Es el arco de Trajano, el emperador que dicen dio nombre a nuestro maravilloso barrio de Triana. Pero el arco no es español: está en Italia, en Benevento, al sur de Roma. Allí nació mi padre, aunque por cuestiones de trabajo de mi abuelo, siendo niño se trasladó a Turín, al norte, donde estudió medicina.

El profesor y yo nos miramos desconcertados, no habíamos imaginado que nuestra investigación pudiera franquear el mapa de la piel de toro. Antes de que iniciáramos un aluvión de preguntas, don Claudio continuó explicándonos el enigma.

—En realidad, el verdadero nombre de mi padre no era Salvador Baldo, sino Salvatore Baldi, aunque ustedes querrán conocer datos de los dispensarios, ¿no?

—Sí, claro, ese es el motivo de nuestra cita. —El profesor me miró por el rabillo del ojo.

—Mi padre se trasladó al dispensario de Capuchinos en los años cuarenta, sin embargo donde empezó a trabajar fue en Triana, en otro dispensario que se encontraba aquí cerca, en la calle Clara de Jesús Montero. Era tisiólogo, un experto en tuberculosis, aprendió de la mano de los mejores tisiólogos italianos.

—El doctor don José Moreno, un compañero de su padre que aún vive —continuó el profesor—, nos ha comentado que era una eminencia en la técnica del neumotórax.

—Aunque yo no soy médico, y maldita la gracia que le hacía a mi padre, que deseaba que siguiera sus pasos, sé algo sobre el tema por lo que me contó mi madre. Yo era un crío cuando mi padre murió en 1945. —Durante unos segundos, don Claudio permaneció callado, pensativo, mirándose las manos entrelazadas sobre la mesa—. Siempre andaba ocupado con sus pacientes: en el dispensario o aquí en este despacho donde instaló su consulta privada. Mi madre decía que por aquí venían enfermos graves con tuberculosis para que mi padre les practicara el único recurso que podía salvarlos: el neumo...

—El neumotórax, claro —lo interrumpió Martín Hidalgo—. Consistía, si me permite la explicación, en introducir aire en la pleura mediante una punción; de esta manera el pulmón se colapsaba, perdón, quiero decir, que se replegaba sobre sí mismo, de modo que las zonas con tuberculosis quedaban sin aire y el bacilo de Koch moría. Si la técnica iba bien, claro. —El profesor disfrutaba con su perorata—. No

era una técnica fácil porque había que introducir la aguja en la misma pleura. —Hizo un gesto con su dedo índice derecho, impulsándolo hacia delante como un torero entrando a matar—. Si te equivocabas, y la insertabas en el pulmón y después insuflabas aire o nitrógeno, las consecuencias podían ser nefastas.

—Pues mi padre, como decía, era un experto en el neumotórax y eso le abrió muchas puertas. Tengan en cuenta que cuando llegó a España la técnica, que empezaba aquí, ya estaba muy consolidada en Italia, y la había practicado cientos de veces en el Hospital San Luis Gonzaga de Turín.

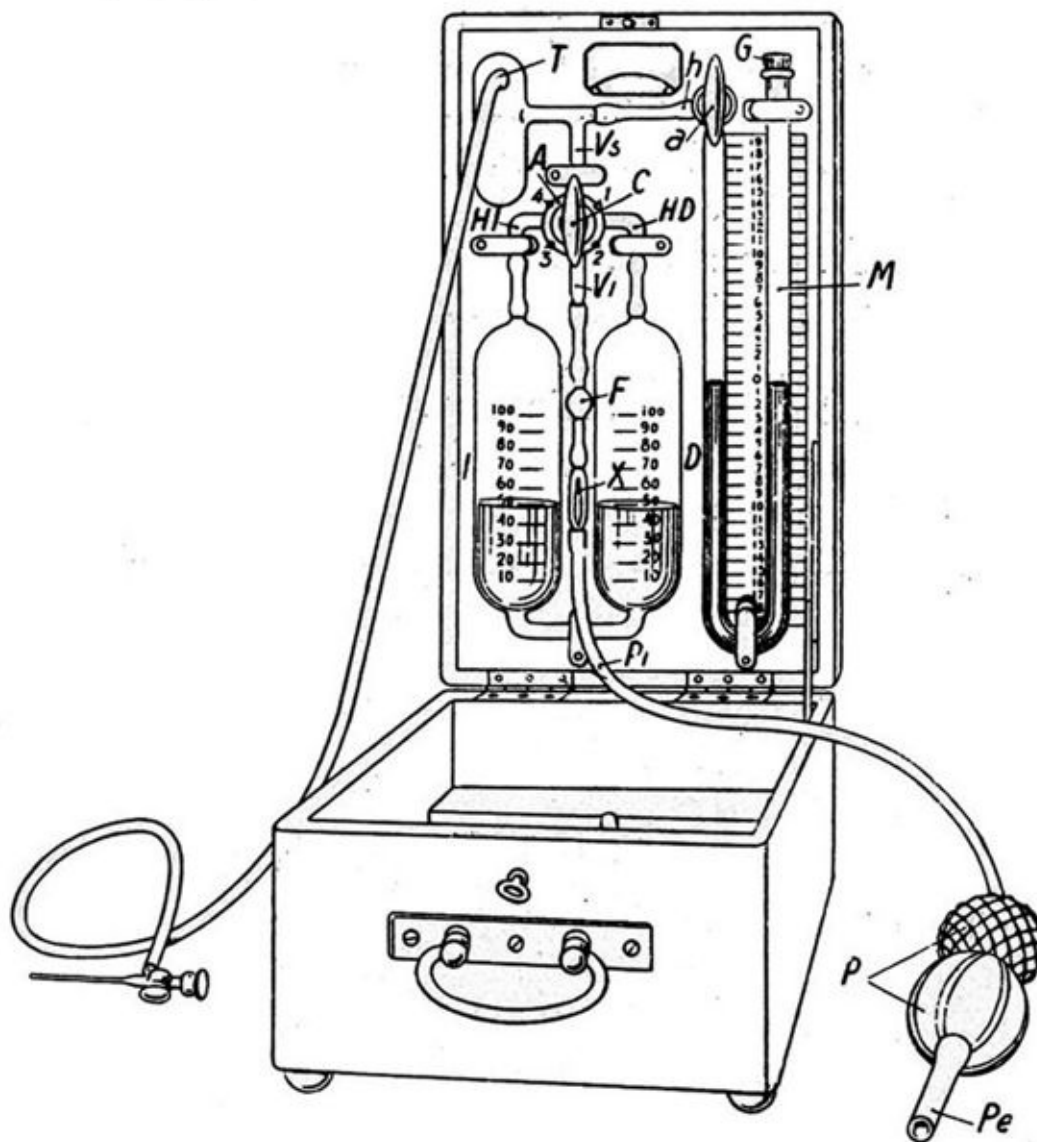
—Si no recuerdo mal, y perdone que le haga una aclaración, el primer neumotórax artificial practicado en España tuvo lugar en 1911 en el Hospital Clínico de Barcelona, de la mano de los doctores Jacinto Reventós y Luis Sayé.

—Qué arte tiene usted, profesor. Ya le digo que yo sé lo que me contaron. Siempre oí decir a mi madre que mi padre era muy admirado por ser un pionero en España. ¿Ha oído usted hablar de Forlanini, profesor?

—Por supuesto, fue el inventor de la técnica —respondió orgulloso Martín Hidalgo.

—Pues mi padre tuvo como maestro al profesor Montani que a su vez fue discípulo del mismo Forlanini. ¿Sabes con qué lo hacían? —me preguntó don Claudio. Yo me encogí de hombros—. Te lo voy a mostrar.

Don Claudio se levantó, rodeó la mesa y se dirigió hacia una vitrina con puertas blancas, que también tendría sus añitos. La abrió, se agachó, no sin cierto esfuerzo, ubicando su barriga entre las piernas, y de su interior extrajo una caja barnizada que, al pronto me pareció un estuche de botellas de vino. La tomó por un asidero en la parte superior, se levantó resoplando y la depositó muy despacio sobre la mesa del despacho. Después de girar la llave que cerraba la caja, levantó la tapadera y nos mostró su interior.



Incrustados sobre la cara interior de la tapadera se disponían dos recipientes de vidrio en forma de huso, que contenían un líquido de color miel, junto a una columna milimetrada similar a la de los esfigmomanómetros que se usaban para medir la presión arterial. Los depósitos de cristal se unían por su parte superior al manómetro y por la parte inferior a una descolorida perilla de color burdeos. Completaba el aparato una aguja para la punción pleural.

—¡Qué maravilla! —exclamó el profesor—. Este es el reservorio del gas, esta la perilla para insuflarlo y este el manómetro para registrar las presiones intrapleurales. ¿Saben ustedes que la mayoría de los tisiólogos no usaban anestesia? Un catedrático de Santiago de Compostela aconsejaba tener a mano una jeringuilla de inyecciones hipodérmicas, ampollas de cafeína, de cardiazol y de coramina, éter, y no se lo pierdan, una botella de vino generoso... por si todo lo anterior fallaba.

—¿He oído que hablaban ustedes de cafeína? —preguntó una voz femenina a nuestras espaldas.

En la entrada del despacho, apareció una señora cincuentona, que conservaba aún su atractivo, con una espléndida melena de pelo castaño sobre los hombros, los ojos

enormes, rasgados, bajo un par de líneas casi imperceptibles por cejas y los labios carnosos de color carmín; portaba una bandeja con cerámica de La Cartuja humeante. La estancia se embriagó de aroma a Saimaza.

—Es Reyes, mi mujer —anunció don Claudio.

—Encantada —dijo sonriendo—. Claudio, por favor, ¿puedes decirme dónde pongo la bandeja?

Su expresión cambió de súbito, contemplando enojada la mesa, en la que no quedaba ni un resquicio libre.

—Espera, cariño, ya retiro este trasto.

Claudio cerró la caja con el instrumento para la práctica del neumotórax y la depositó en el suelo, a su derecha. Su esposa situó la bandeja sobre la mesa.

—Les dejo, seguro que tendrán muchas cosas de las que hablar.

—Gracias, niña —contestó el marido sonriente, mientras observaba cómo se alejaba hacia el patio—. Es la cosa más bonita del mundo, ¡pero muy *rejoía*...! —exclamó; el profesor y yo no pudimos evitar una sonrisa.

—Qué lástima que no me haya traído mi cámara de fotos —prosiguió el profesor—. Había visto otros modelos, pero ninguno como este. Me habría venido muy bien para la nueva reedición de mi libro.

—Es posible que mi padre lo mandara construir. En cualquier caso, las puertas de mi casa están abiertas para cuando ustedes quieran volver. Por favor, sírvanse. ¿Y por qué se han decidido ustedes por los dispensarios antituberculosos y no por otro tema?

Miré al profesor, quien hizo un gesto de conformidad. Había llegado el momento de destapar el verdadero origen de la visita.

—Verá —comencé—, hace algunas semanas encontré, por casualidad, un antiguo estetoscopio de madera en el mercadillo de la Alameda. El profesor y yo estamos convencidos de que su valor es incalculable, ya que es un modelo que podría datar del siglo pasado. —Claudio se reclinó sobre la mesa, como preguntándose qué tenía que ver todo aquello con él—. Después de diversas investigaciones, sabemos que el estetoscopio perteneció a su padre.

—¿Cómo dise? —Don Claudio se irguió sobre el sillón.

—No hemos traído el estetoscopio porque en este momento están trabajando con él algunos expertos que nos dirán la fecha aproximada de su manufactura —continuó el profesor—, pero es una pieza tan inusual como inconfundible. El doctor Moreno asegura haber visto al doctor Baldo, perdón, quise decir Baldi, explorando a algunos de sus pacientes con este instrumento en el dispensario de Capuchinos, un centro médico que, por otro lado, arrastra una serie de acontecimientos interesantísimos para los estudiosos de la historia como yo.

—Es decir, que están siguiendo ustedes la pista del estetoscopio, ¿no es así?

Por un momento pensé que allí acabaría nuestra conversación. Me pareció que el tono de don Claudio delataba cierto malestar ante nuestras verdaderas intenciones.

—Esperamos no haber causado demasiadas molestias —dijo el profesor, dejando

la taza sobre la mesa e iniciando un amago de levantarse.

—Para serles sincero, cuando hablé contigo por teléfono —dijo señalándome—, me resultó chocante que un insigne profesor se dignara a acercarse a mi casa solo para recordar la historia de los dispensarios —se mantuvo en silencio varios segundos, paseando su mirada por nosotros, como si asistiera a un partido de tenis—; pero, por otro lado, ya estaba preparado para este momento. Sabía que tarde o temprano, alguien aparecería preguntando por mi padre, o mejor dicho, por la vida de mi padre.

—Entonces, ¿vio usted el estetoscopio en cuestión? —se animó el profesor, que ya se acomodaba de nuevo en el sillón.

—No, no lo recuerdo. No es algo que me llamara la atención siendo yo tan niño.

—¿Y sería mucho pedirle que nos explicara por qué el doctor Baldi vino de Italia a España siendo, como era, un fisiólogo de prestigio en su país? —insistió Martín Hidalgo.

—Sabía que llegaríamos a esta cuestión, por eso he recopilado algunos recuerdos de la vida de mi padre. ¿Podrían ustedes poner esta bandeja en ese hueco de la estantería?

Cogí la bandeja con cuidado y la llevé donde me indicó el empleado de banca. Claudio se inclinó hacia su izquierda y levantó del suelo una maleta que hasta entonces había quedado oculta por la mesa donde ahora la situaba. De algo menos de un metro de larga, estaba confeccionada en cuero de color marfil, parecido al pergamino, con refuerzos en las esquinas y dos cerraduras de latón. El interior estaba revestido con un colorido tejido rayado, contenía cuatro perchas de madera incorporadas a la estructura y la tapadera disponía de dos compartimentos.

—Esta es la maleta con la que viajó mi padre a España en 1930. En ella conservo parte de su historia.

—¿Estos son periódicos? —preguntó el profesor.

—Efectivamente —dijo don Claudio tomándolos entre en sus manos—. Este es un ejemplar de *Il Comunista* de Roma, este de *L'Ordine Nuovo* de Turín y este es una joya: el único número que se publicó de *La Città Futura*, el periódico de los jóvenes socialistas que redactó Gramsci en Turín en 1917.

—¿Gramsci, el fundador del partido comunista italiano? —preguntó el profesor Hidalgo.

—Sí, señor, el mismo que acabó con sus huesos en la catedral en 1927 por orden de Mussolini, condenado a veinte años solo por tener otras ideas diferentes a las del régimen. Y me temo que mi padre podría haber acabado igualito si no sale por patas de Italia.

—¿Nos está usted intentando decir que su padre era comunista? —pregunté.

—Eso es lo que se deduce de sus recuerdos, al menos mientras estuvo en Italia. Miren esta fotografía.

Cogí una instantánea en color sepia donde aparecían los rostros de una decena de

hombres sentados. El primer plano lo dominaba un treintañero de pelo alborotado y gafas redondas, con ademán de triunfo, que contrastaba con la expresión de circunspección de los compañeros de la fotografía.

—El personaje del centro es Antonio Gramsci. Por lo que he indagado, la fotografía se tomó en Lyon en enero de 1926 en un Congreso clandestino donde fue elegido como secretario del partido. Este joven a su derecha es mi padre cuando tenía veinticinco años. —Don Claudio lo señaló con su regordete índice y en su mirada advertí un halo de tristeza contenida.

Salvatore Baldi aparecía serio en la fotografía. Era un hombre de cara enjuta, el pelo claro, probablemente rubio, que se acariciaba el mentón, ajeno en aquel momento a las consecuencias que aquel encuentro le depararía en un futuro no muy lejano.

—De manera que a su padre no le quedó otra que exiliarse de Italia, si no quería renegar de sus ideas políticas. Lo que no alcanzo a comprender es por qué no huyó a otro país, a Francia quizás; en España ya sufríamos la dictadura de Primo de Rivera —razonó el profesor Hidalgo.

—Bueno, debe usted tener en cuenta que en el treinta, cuando mi padre desembarcó en España, Primo de Rivera acababa de presentar su dimisión al rey. Supongo que la caída de la dictadura en España fue un momento oportuno para que mi padre viajara hasta aquí. De todas maneras, lleva usted razón, la mayoría de los políticos italianos se exiliaron a Francia, así que desconozco si existen otros motivos por los que se decidiera por España.

—Don Claudio, ¿ha dicho usted «desembarcó» a conciencia o es su forma de hablar? —pregunté intentando dejar de lado las cuestiones históricas de las que reconozco que no tenía ni idea.

—¡Ah! Perdonen, se me olvidaba —dijo introduciendo de nuevo su mano en la añeja maleta—, este es el pasaje de turista del barco donde viajó.

Cogí el cetrino billete, temeroso de que se resquebrajara como una hoja de árbol reseca. Sobre la imagen de un barco estaban impresos los siguientes datos: «Billete de pasaje turista», «Compañía Lloyd Sabando» y barco «Comte Rosso». En la parte inferior, con letras más pequeñas, figuraban estampados el origen y la fecha de embarque: Génova, febrero de 1930.

—Mi madre me contó —continuó explicando—, que era uno de esos barcos de emigrantes que viajaban desde Génova hasta Argentina, haciendo escala en Cádiz, donde mi padre desembarcó para trabajar en el Sanatorio de Santa Rosalía de Jerez. Pero no me pregunten por qué llegó hasta allí, eso tampoco lo sé.

—Lo que sí parece cierto es que su padre no tenía intención de que descubrieran su origen italiano, supongo que para no levantar sospechas —dijo el profesor—. Quizás por eso suprimió una te de su nombre y cambió su apellido Baldi por Baldo.

—Qué arte tiene usted, profesor, lleva razón. Aunque en España se estaba operando una apertura política, parece ser que mi padre no quería que nadie

sospechara de su huida de Italia. Lo curioso es que, ya establecido aquí, sus ideas políticas giraron ciento ochenta grados.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Que mi padre pasó de ser un comunista acérrimo al «capillita» más famoso que se haya conocido en Triana. Claro, que yo soy de los que piensan que las inclinaciones políticas no deben estar reñidas con la fe. No sé qué bicho le picó, pero lo cierto y verdad es que, ya viviendo mi padre en Triana, se hizo hermano de la Hermandad de la O y era el primero en asistir a todo triduo, quinario o besamanos que se organizara. Y no es que en el barrio no hubiera movida política, no, que ya saben ustedes cómo se ensañaron los rojos en el treinta y seis con las iglesias y las imágenes de las hermandades. A la Virgen de la Estrella la tuvieron que refugiar en una casa aquí cerca, donde no la encontraron; pero al Jorobaíto, al Cristo de la hermandad de mi padre, medio lo destrozaron a hachazos y a la Virgen de la O le sacaron los ojos a bayonetazos. Y el pobre de mi padre tuvo que vivir todo aquello del lado de los creyentes, él que había participado en la creación del partido comunista italiano. Ver para creer.

El profesor y yo nos miramos otra vez algo desconcertados y creo que ambos nos preguntamos hasta qué punto guardaría relación aquel cambio de actitud del doctor Baldi con el estetoscopio de madera.

—¿Se acuerdan ustedes de ese incidente de la Hermandad de la O en la Semana Santa del cuarenta y tres? —preguntó don Claudio—. Sí, hombre, aquel Viernes Santo en el que un tranvía de la línea de Camas arrolló al palio de la O en esta misma calle.

Me quedé anonadado, no tanto porque don Claudio pensara que nosotros debíamos estar al tanto, como perfectos capillitas, de los detalles íntimos de la Semana Santa de Sevilla, sino por lo trágico del asunto; sabía de trenes que habían embestido a rebaños de cabras en medio del campo, pero se me antojaba del todo inverosímil que un palio pudiera ser embestido por un tranvía.

—Por fortuna no hubo muertos, aunque mi padre, que iba portando una insignia en el cortejo de la Virgen, salió corriendo para socorrer a algunos heridos. Y no contento con esto, al año siguiente ayudó a cubrir la mayoría de los gastos destinados a la restauración del paso. Curioso para un comunista, ¿no?

—Bueno, creo que ya le hemos robado demasiado tiempo. Hemos obtenido una información muy interesante —sentenció el profesor.

—No es molestia, hombre —dijo don Claudio levantándose de su asiento—. Por cierto, ¿les gusta a ustedes la Semana Santa?

—¿Quién puede ser ajeno a la celebración de la semana de Pasión en Sevilla? —respondí.

—Pues quedan ustedes invitados el Viernes Santo a ver pasar el Cachorro y La O desde mi casa. Y una cosa más... Si averiguan algún dato que yo desconozca sobre la vida de mi padre, no duden en telefonarme: estaré encantado de invitarles a otro

cafetito.

Nos levantamos; don Claudio nos acompañó hasta la puerta.

—Por cierto —añadió—, ese estetoscopio que dicen ustedes que perteneció a mi padre, ¿es muy valioso?

Se nos quedó mirando, entornando los ojos, como si estuviera calculando el valor de una transacción. Esperé a que el profesor respondiera.

—Quizás no para usted, tan solo el valor sentimental. Pero para la historia de la ciencia médica es un eslabón tan importante como los cromañones en la evolución de la especie humana.

El médico que cambió la bata blanca por el hábito negro

Cerca del mediodía, me encontraba parapetado bajo mi paraguas delante del sanatorio de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, más derecho que un rojo soldado haciendo guardia en el palacio de Buckingham; eso sí, inquieto, casi tembloroso, y no tanto por lo frío que se había levantado el día como porque había quedado allí citado con sor Lucía. Era un encuentro inevitable, pero me intimidaba. No era una cita para ir de tapas, sino por un asunto que podríamos llamar profesional; aún así, me sentía más nervioso que ante el inicio de un examen final. Los tiempos en los que los caballeros enamorados saltaban tapias para susurrar bellas palabras de amor a las novicias quedaban lejos.

Recordaba la impresión que me había provocado sor Lucía cuando la conocí: su belleza fuera de lo común para una seguidora de Cristo, y me ruborizaba rememorándolo. No obstante, fue mía la idea de que nos viéramos. Necesitaba que el prior de la Orden de San Juan de Dios en Sevilla me recibiera, y me pareció que sor Lucía era la tarjeta de visita perfecta. A fin de cuentas eran colegas: compartían el mismo «jefe». Así que la llamé, la puse al día en lo referente a lo que habíamos averiguado el profesor y yo acerca del origen del estetoscopio (por supuesto, sin hacer alusión al poder premonitorio del cilindro de madera), le dije lo que me proponía y, para mi sorpresa, aceptó.

En un primer momento me ofrecí a recogerla con mi Seat 124 en el psiquiátrico de Miraflores. Sor Lucía rehusó mi invitación; optó por venir en autobús hasta la Gran Plaza de Sevilla. Pero quizás voy demasiado rápido, aún no he explicado por qué era tan importante visitar el sanatorio de los hermanos de la Orden de San Juan de Dios.

Poco después de nuestra visita a don Claudio Baldo en Triana, el profesor Hidalgo efectuó algunas llamadas al sanatorio de Santa Rosalía en Jerez, que pertenece a la Orden de San Juan de Dios. Según me contó, habló con el prior de dicha institución con el objeto de que este le facilitara alguna información sobre la contratación del doctor Salvattore Baldi en 1930. Los resultados de las pesquisas no pudieron ser más fructíferos. Tras revisar los archivos de la institución, el prior del sanatorio rescató una carta de recomendación para que el doctor Baldi ejerciera su profesión de fisiólogo en España. La carta, en la que se halagaba la portentosa pericia médica del doctor italiano, estaba fechada en noviembre de 1929 en Turín y firmada por un religioso de la Orden de San Juan de Dios en Italia, llamado Herminio Felipe Pampuri. El mismo prior del sanatorio había quedado gratamente sorprendido con el descubrimiento de la misiva, hasta entonces desconocida por los gestores de dicha

institución, no tanto por el manuscrito de recomendación en sí, sino porque aquel religioso llamado Herminio Felipe no era otro que el hermano Ricardo Pampuri, quien había sido beatificado por su santidad Juan Pablo II hacía ahora cinco años escasos. Todos salimos ganando en esta investigación: por un lado nosotros, que llegábamos al nexo del doctor Baldi en Italia y por otro lado, la Orden de San Juan de Dios del Sanatorio de Santa Rosalía en Jerez que descubría, sin comerlo ni beberlo, que disponía en sus archivos de una carta escrita y firmada por un beato de su propia congregación.

El prior también relató al profesor que los hermanos de la Orden de San Juan de Dios retornaron a Jerez en 1927, casi un siglo después de que la orden, al igual que otras tantas, tuviera que marcharse de España tras el decreto de desamortización de Mendizábal, en el siglo XIX, que obligaba a dicha comunidad a abandonar el hospital de la Candelaria. El sanatorio se fundó gracias a la generosidad de una acaudalada dama llamada Micaela Paradas, viuda de Vega, quien donó la hacienda denominada «Bellavista» a la orden para brindar atención a los niños que padecían poliomielitis, tuberculosis y raquitismo. Así, la hermosa casa que hasta entonces había ocupado doña Micaela, se habilitó como un pequeño hospital con cabida para veinticinco camas. El sanatorio recibió el nombre de Santa Rosalía, por expreso deseo de la dama, en recuerdo de su madre, que así se llamaba. Fue inaugurado en 1927 y más tarde creció con la construcción de nuevos pabellones, gracias a donaciones populares.

El profesor y yo llegamos a la conclusión de que el doctor Baldi se estableció en España trabajando de tisiólogo gracias a la intercesión del, por entonces, hermano Ricardo Pampuri, con el que supusimos que tendría cierta amistad o quizás alguna relación médica. Si el doctor Baldi necesitaba salir de Italia por cuestiones políticas, no era mala idea reiniciar su trabajo médico en un sanatorio que echaba a rodar en España, máxime teniendo en cuenta que estaba regido por religiosos, los cuales estarían más preocupados por la salud de los niños que acogían que por las inclinaciones políticas del famoso tisiólogo que los ayudaría a salir adelante. Es probable que, más tarde, el doctor Baldi se trasladara a Sevilla por inquietudes médicas, ya que estaba más familiarizado en tratar la tuberculosis pulmonar que la tuberculosis ósea, siendo esta última la que más padecían los niños del Sanatorio de Santa Rosalía. Quedaban numerosos interrogantes por resolver, el más acuciante saber de qué se conocían el doctor Baldi y Ricardo Pampuri. Y quién mejor para referirnos datos de la vida del beato que un prior de la orden en Sevilla.

Mientras me entretenía contemplando, a través de la fina cortina de agua, la blanca fachada del sanatorio de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, sobre la que destacaba el amarillo albero de sus molduras, caí en la cuenta de que no podía haber escogido mejor día para esta visita: la Universidad de Sevilla al completo se encontraba en huelga, por lo que no perdí ni una clase. Y aunque yo debía estar encerrado en mi facultad, la jornada se vislumbraba más interesante en el barrio de

Nervión que en el de la Macarena.

«Hola», dijo una voz a mis espaldas. Volví la cabeza y allí estaba la hermana, bajo un paraguas negro. Enseguida me acordé de aquella canción infantil que decía «Tengo una muñeca vestida de azul...», porque azules eran la cofia, el abrigo, la rebeca, la falda y sus cautivadores ojos. Rompía la uniformidad la camisa blanca sobre la que pendía una cruz de madera que la identificaba como sierva de Dios.

—Hola, hermana. —Me limité a saludarla, no me atreví a darle un beso de bienvenida—. ¿Ha llegado bien? —Si estaba allí era porque había llegado bien, la pregunta delataba mi nerviosismo.

—El autobús ha tardado más de la cuenta en llegar a la parada, ya sabes que el transporte público en Sevilla no es muy puntual que digamos. No te importa que te tutee, ¿no? Tú también puedes hacerlo, si no te sientes incómodo. ¿Entramos? —dijo señalando hacia la puerta que daba acceso al patio que rodeaba el hospital.

Accedimos a un enorme jardín donde sobresalían los naranjos y las altas palmeras.

—Oye, Lucía, muchas gracias por venir. Ya sé que estás demasiado ocupada como para citarte con un casi desconocido que está haciendo una investigación de locos. —Otra vez me aturrullaba con los comentarios—. Perdona por lo de locos, quise decir...

—No hace falta que te disculpes —me interrumpió—. Para serte sincera, hasta yo misma estoy entusiasmada con lo que habéis descubierto. Lo que me contaste por teléfono es interesantísimo. —Lucía hizo un alto en el camino—. Ya te dije que sor María Teresa te iba a ser de gran ayuda.

—De verdad, Lucía, no sé cómo agradecerte tu favor. Sor María Teresa me reveló aspectos de la vida de Ana Acevedo y del doctor Sanz que yo no habría conocido de no ser por ti. —La hermana bajó la cabeza—. Y gracias a ella, el director de El Tomillar nos puso en la pista del dispensario de Capuchinos.

—El resto ya es vuestro trabajo. Por lo que me has contado, tu profesor de Historia parece una buena persona. —Lucía reanudó la marcha hacia las escalinatas del sanatorio.

—Es muy buena gente y me está ayudando más de lo que yo hubiera podido imaginar. La verdad es que me ha dejado sorprendido. Nunca antes, en los seis años de carrera, se había preocupado tanto un profesor por mí. Incluso creo que acabaré el curso con un estupendo trabajo para su asignatura. Y casi todo se lo debo a él. Bueno, y a ti, claro.

—Diego, de verdad, no es necesario que me lo agradezcas más. ¿De acuerdo? —Me sonrió—. Será mejor que entremos, parece que la lluvia aprieta.

Subimos las escaleras que daban acceso al sanatorio y entramos en el edificio a través de una puerta de medio punto custodiada por dos faroles de hierro forjado. Al poco nos encontramos con dos nuevas escalinatas a derecha e izquierda.

—El despacho del prior está en la primera planta —aseveró Lucía, quien tomó la

iniciativa y subió por la escalinata de la derecha, si bien ambas confluían en un descansillo central, en cuya pared colgaba un enorme cuadro que requirió mi atención. Me paré para observarlo con detalle.

Protagonizan la escena cuatro personajes que bajan unas escaleras; la figura central es un religioso, ataviado con hábito negro, de barba poco tupida, portando en sus brazos a un anciano casi en los huesos arropado con una sábana blanca. Se apoya en su brazo derecho un tercer personaje, luciendo una capa carmesí, el cual parece cojear, a juzgar por el vendaje del pie derecho. A la izquierda, algo más adelantado, un niño vestido con jubón rojo y una venda alrededor de la cabeza tira del hábito del religioso con su mano derecha, mientras que con la izquierda alzada parece indicar el camino de salida. Una viga de madera ardiendo está a punto de caer sobre sus cabezas. Toda la escena envuelta en un fondo neblinoso de humo que desorienta en su huida, escalones arriba, a una mujer.

—Representa al hermano Juan Ciudad ayudando a los enfermos a salir del Hospital Real de Granada en el incendio que lo destruyó en 1549 —explicó Lucía, por encima de mi hombro—. Con el tiempo, Juan Ciudad fue santificado con el nombre de san Juan de Dios.

—Todo un ejemplo de entrega al prójimo.

—Qué mejor ejemplo para un médico, ¿no? Usar tus conocimientos en beneficio de los demás. Dentro de poco tú también tendrás numerosas ocasiones para rescatar a tus enfermos del fuego —dijo complaciente.

La afirmación de la hermana me hizo recapacitar sobre la responsabilidad tan importante que significaba ser médico. Me acordé de mis últimos años de bachillerato, cuando decidí que quería estudiar Medicina. Entonces pensaba que podía ser una acertada carrera para un chico listo, que destacaba por sus notas en el instituto. Me haría ganar dinero y vivir con tranquilidad, o al menos esa era la imagen que yo tenía del médico. Pero Lucía parecía tener más claro que yo mi cometido en el mundo, plasmado en aquel cuadro a la perfección: vivir para los enfermos, vivir para los demás.

Seguí a Lucía escaleras arriba. En la primera planta preguntó a un religioso por el despacho del prior. Me impresionó su oscuro hábito, incluso más negro si cabe que la sotana sacerdotal, con un largo escapulario, capucha y cinturón de cuero. No recordaba haber visto en otros hábitos el adorno circular, similar a un aro negro, alrededor del cuello, sobre los hombros.

—¿Da usted su permiso, hermano? —dijo sor Lucía, ya situados delante del despacho del prior, cuya puerta estaba abierta.

El prior levantó la cabeza de las hojas de papel sobre las que hacía anotaciones, nos miró por encima de sus gafas metálicas, se las quitó y nos invitó a pasar.

—Adelante, adelante, hermana, pase.

Con cara de anciano venerable, algún que otro pelo aislado por cabellera, y las orejas despegadas y puntiagudas, el prior me recordó al personaje de Yoda, de *El*

Imperio contraataca. En la pared del fondo, en una foto enmarcada, Juan Pablo II asistía ufano al baile de los seises en su visita a Sevilla en 1982. A través de la ventana de la estancia se divisaba el jardín de entrada, por encima del cual podía vislumbrarse una esquina del estadio Sánchez Pizjuán.

—Hermano Duarte, soy la hermana Lucía, le telefoneé para concertar esta cita —dijo estrechándole la mano—. Le presento a Diego Galván, el estudiante de Medicina del que le hablé.

—Encantado, hermana. Ya sabe que es un placer para nosotros hacer cuanto esté en nuestras manos por cualquier servidor de nuestro Señor. Y por supuesto por los futuros médicos, a quienes debemos tanto y con los que trabajamos codo con codo, sin los cuales no tendría razón de ser nuestra orden —dijo dirigiéndose a mí—. Así que este joven anda recabando información sobre nuestro hermano fray Ricardo Pampuri. Y, ¿a qué se debe tal interés?

—Verá, yo... —Intenté explicarme, pero a pesar de su cara bonachona, su hábito negro me amedrentaba.

—Diego está haciendo una investigación sobre los antiguos dispensarios antituberculosos de Sevilla —terció Lucía, sacándome del embrollo—. Ha descubierto que uno de los tisiólogos que trabajó en el dispensario de Triana en los años treinta era italiano y llegó a España recomendado, nada más y nada menos, que por fray Ricardo Pampuri.

Lucía tuvo la lucidez necesaria para resumir en una sola frase el motivo de nuestra visita, evitando sospechas infundadas.

—¡No me diga!, así que un gran médico de nuestra orden recomendó a otro médico italiano para trabajar en España —dijo el prior—. Interesante, sí, muy interesante.

—¿Ha dicho usted un médico? —pregunté.

—Por supuesto. Herminio Pampuri, que ese era su nombre de bautizo, fue un joven médico italiano que se ordenó hermano de San Juan de Dios tras ejercer durante varios años la Medicina. ¿De verdad no lo sabía? —preguntó el prior ladeando la cabeza.

De pronto las piezas del puzzle volvieron a encajar en mi cabeza. Ya no me parecía tan extraño que un médico, como lo fue Herminio Pampuri, escribiera una carta recomendando a otro médico.

—Si no es demasiada molestia, debo pedirlos que me acompañéis al salón de actos —continuó el prior—. Estoy revisando las obras del techo: tenemos goteras. —Se frotó las manos—. Lo peor es que dentro de tres escasas semanas, el ocho de marzo, celebramos el día de nuestro fundador y tendremos la visita de nuestro arzobispo Carlos Amigo. Y poco después se celebrará el pregón de la Hermandad del Cristo de la Sed. Así que para entonces tiene que estar todo perfectamente preparado. —Comenzó a levantarse—. Por cierto, Diego, ¿sabías que el arzobispo quería ser médico, al igual que su padre, y que estudió dos años en la facultad de Valladolid y

luego lo dejó para ordenarse franciscano?

El prior rodeó su mesa, salió del despacho y encaró el pasillo en dirección al salón de actos. Sor Lucía y yo lo seguimos. Nunca antes me había imaginado que la vocación religiosa pudiera ser tan fuerte como para dejar de lado la noble profesión de médico; sin embargo, a pesar de mi agnosticismo, merecían todo mi respeto aquellos que tenían fe en un Dios que trascendía más allá de sus vidas. Adelanté el paso y me coloqué a la izquierda del prior. Lucía hizo lo propio por la derecha.

—Es la primera vez que escucho una historia tan singular —comenté al prior mientras caminaba—. Es difícil para mí, aunque lo respeto, comprender que Herminio Pampuri dejara su profesión de médico para ordenarse religioso.

—Bueno, lo que dices no es del todo correcto, porque fray Ricardo, después de ordenarse hermano de nuestra orden, siguió ejerciendo su labor de médico dentro de la misma. Ten en cuenta que la Orden de San Juan de Dios siempre se ha caracterizado por su atención a los enfermos, de ahí que dentro de la misma existan numerosos médicos, enfermeros, farmacéuticos y otras profesiones relacionadas con la sanidad. —Saludó a un adolescente sentado en una silla de ruedas—. El mismo Ricardo, siendo ya hermano de la orden, trabajó en Brescia asumiendo el cargo de jefe del gabinete dental.

—¿Brescia está cerca de Turín? —pregunté.

—Las dos ciudades están en el norte del país, pero no sabría decirte su proximidad. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque la carta de recomendación del hermano Ricardo está datada en Turín —aseveré.

—Fue la ciudad donde fray Ricardo pasó su infancia. Allí vivían sus tíos, que fueron quienes lo cuidaron a la muerte de sus padres. Su madre murió de tuberculosis cuando él tenía tres años y su padre de un accidente de tráfico cuando vivía en Milán —dijo el prior.

—No tuvo una infancia muy feliz, que digamos —ratificó sor Lucía.

—Sus tíos, además de ejercer como padres, lo educaron en la fe cristiana. Más tarde, cuando necesitó ampliar sus estudios, fue enviado a Pavía y volvió al final de su vida, ya muy enfermo, a Turín, a casa de sus tíos, quienes lo cuidaron en su último año de vida. Murió con tan solo treinta y tres años —dijo el prior.

—La edad de nuestro Señor Jesucristo —aseveró sor Lucía arrastrando las palabras.

—¿De qué murió? —pregunté.

—De tuberculosis —respondió el prior jadeante.

Otra vez la tuberculosis, la enfermedad que parecía acompañar a lo largo de su historia al cilindro de madera, la que había provocado la muerte de aquellos médicos que tuvieron la fortuna o la desgracia, ya no sabía qué pensar, de trabajar con el misterioso estetoscopio. No era por tanto descabellado establecer el razonamiento de que el mismo Ricardo Pampuri podría haber sido quien entregara el estetoscopio al

doctor Baldi, quizás incluso antes de morir. La escena se repetía.

Llegamos al salón de actos, en la planta baja, en una construcción anexa al edificio principal. La puerta se encontraba abierta. No era tan amplio como el de mi facultad, pero sí acogedor. Al fondo se situaba el estrado, presidido por una mesa central cubierta con un tapete de terciopelo rojo, detrás de la cual se situaban media docena de sillas de estilo castellano. El atril se localizaba a la derecha de nuestra posición. En su parte posterior, un albañil enfundado en un mono de trabajo azul, subido en una escalera, repasaba el techo de escayola.

—¿Qué tal va todo? —preguntó el prior.

—Buenas tardes, hermano —saludó el albañil, haciendo bailar el cigarrillo, pegado a su labio inferior, del que se desprendió una columna de ceniza sobre el enmoquetado del escenario—. Yo creo que esto ya está listo. Este es el último agujero que me quedaba por tapar. Ya ve usted que no se cuele ni una sola gota.

Comprobé que, a pesar de la tromba que caía en la calle, del techo no manaba ni una sola gotera, aunque se distinguían en un tono más oscuro algunas manchas de humedad.

—Digo yo, Manolo —continuó el prior—, que esas manchas habrá que pintarlas.

—Hombre, claro, hermano Duarte, pero eso lo hago yo en un periquete —dijo el albañil.

—Eso espero —dijo el prior con los brazos en jarra.

—¿Y fue en Turín donde murió fray Ricardo? —aproveché para preguntar.

—¿Cómo? —dijo el prior, algo despistado por la conversación con el albañil—. No, no, fray Ricardo pasó en casa de sus tíos un mes, veamos... el mes de noviembre de 1929, donde al parecer sufrió una hemorragia pulmonar muy grave. Él mismo, a pesar de su estado, solicitó volver a Brescia para seguir trabajando. Pero en abril de 1930 su estado se agravó y lo trasladaron a Milán, al Hospital de San Giuseppe. Allí murió pocos días después.

Noviembre de 1929, la fecha que figuraba en la carta de recomendación. Por un momento me imaginé al hermano Ricardo, grave en casa de sus tíos, solicitando consejo al doctor Baldi, famoso tisiólogo de Turín, quién probablemente hubo de auscultar al futuro beato con su propio estetoscopio para pronosticarle su pronta muerte. Y quizás después de este acto, el hermano Pampuri, sabedor de su destino, entregara el instrumento de madera a su colega turinés, aún aturdido por las imágenes apocalípticas que acababa de percibir a través de aquel extraño instrumento.

—¿Qué fecha figuraba en la carta de recomendación de Ricardo Pampuri, Diego? —preguntó Lucía, atenta a todos los detalles de la conversación.

—Precisamente noviembre de 1929.

—¿No es divino? Eso quiere decir que cabe la posibilidad de que Ricardo Pampuri fuera asistido por el doctor Baldi en casa de sus tíos durante su estancia en Turín en 1929. ¡Te das cuenta, Diego! —exclamó emocionada—. Este dato ratifica la autenticidad de la carta que se encuentra en el sanatorio de Santa Rosalía.

La hermana había llegado a las mismas conclusiones que yo, aun desconociendo el poder secreto del estetoscopio.

—Supongo que la tuberculosis la contrajo de niño, contagiado por su propia madre —afirmé.

—Serás un gran médico, Diego —dijo el prior—, porque ya piensas como los médicos, buscando el origen de la enfermedad. Sin embargo, los estudiosos del santo afirman que se contagió en el frente, en la guerra.

—¿En qué guerra? —pregunté.

—En qué guerra va a ser, en la Gran Guerra, en la Primera Guerra Mundial, por supuesto. ¡Ay, ay...! La historia no es tu fuerte, ¿eh? —El prior me dirigió una mirada de amonestación—. Siendo ya estudiante de Medicina, Herminio fue llamado a filas durante la Primera Guerra Mundial, en 1917, y prestó servicios sanitarios en el norte de Italia, en el frente austro-italiano, primero con el rango de sargento y después como oficial aspirante a médico. Incluso recibió una condecoración.

—Siga, hermano, lo que cuenta es muy interesante —dijo sor Lucía.

—Pues durante la caída de Caporetto en 1917 —continuó el hermano Duarte tomando asiento; la monja y yo lo imitamos—, los oficiales del cuerpo médico, habiendo recibido la orden de replegarse, abandonaron todo el material sanitario del pequeño hospital para huir con los soldados. Con el fin de evitar la pérdida de aquel precioso equipo, Herminio se tomó el tiempo de cargarlo todo en una carreta tirada por una vaca y, totalmente solo, desafiando el fuego de la artillería enemiga, marchó durante veinticuatro horas a través del barro; consiguió reunirse con sus compañeros, que ya lo creían desaparecido, en Latisana. Dicen que esta marcha bajo la lluvia fue la causa de que contrajera una pleuresía.

La historia me recordó la imagen de Juan Ciudad salvando a los enfermos de la llamas; sin duda alguna, Herminio estaba destinado a llevar una vida de entrega absoluta a los demás. Me sentí pequeño ante la hazaña del joven estudiante de Medicina. A ver, ¿qué había hecho yo de extraordinario a mis veintitrés años? Nada, nada que mereciera ser reflejado en ningún anecdotario. Intenté centrarme en la investigación. Quizás Pampuri contrajo la tuberculosis en el frente, pero no por haberse calado los huesos, sino más bien por haber socorrido a más de un soldado tísico. Aun así, ¿cómo llegó a sus manos el estetoscopio? ¿Fue durante la guerra o tras la misma? El prior seguía contando su relato:

—Herminio asistió a heridos de guerra en otros hospitales de la zona, incluso después de finalizada la misma, ya que estuvo enrolado hasta 1920, y un año después se graduó en Medicina. Fue nombrado médico rural en Morimondo, un pueblo a quince kilómetros de Turín, donde trabajó sin descanso hasta 1927, el año en el que abrazó la vida religiosa en nuestra querida orden; el año en que Herminio Pampuri pasó a ser fray Ricardo Pampuri.

—Es una historia conmovedora, ¿verdad, Diego? —Sor Lucía me dedicó su dulce mirada—. El Señor te llama a su lado cuando menos te lo esperas.

—En el caso del hermano Ricardo, su dedicación a la vida religiosa casi podría deducirse de su propia biografía —reafirmó el prior—. En la escuela se confesaba y recibía la comunión cada día. Durante el primer año en la facultad de Medicina se inscribió en el Círculo Universitario San Severino Boecio, cuya función era la formación moral y espiritual de los estudiantes. En el campo de batalla, Herminio siempre llevaba consigo el Evangelio, las *Cartas de san Pablo* y *La imitación de Cristo*, que meditaba en los momentos de reposo y silencio. Siendo médico en Morimondo, participó con ímpetu en las actividades de la parroquia; fue uno de los fundadores del Círculo de la Juventud de Acción Católica, actuó de secretario de la Comisión Misionera y organizaba sesiones de ejercicios espirituales. Y en su faceta de doctor, dicen sus pacientes que más que médico era toda una institución de caridad. —El prior hizo una pausa antes de continuar—. En realidad, el hermano Pampuri estuvo posponiendo durante casi toda su vida la llamada de Dios. En fin, es lo que puedo contaros.

—Me alegro de haber hablado con usted, hermano —dije levantándome del asiento, ofreciendo mi mano al prior—. Veo que es usted todo un experto en fray Ricardo Pampuri.

—El hermano Pampuri, además de ser el último miembro de nuestra orden beatificado por la Iglesia, es todo un ejemplo a seguir, como médico y como cristiano —dijo estrechándome la mano—. Si tiene interés en profundizar en su vida puedo recomendarle alguna de sus biografías.

—Gracias, de momento creo que he obtenido los datos que necesitaba.

—Estamos a su disposición. Quién sabe, a lo mejor Dios lo llama a usted a nuestras filas —dijo guiñando un ojo a sor Lucía.

Cuando salimos del sanatorio, el sol asaeteaba con sus rayos las nubes, el color gris desaparecía de la ciudad, Sevilla volvía a ser Sevilla, la de los patios radiantes, la de la luz diáfana. Por un momento, añoré la primavera, la eclosión del azahar en los naranjos.

—Ha sido una mañana fructífera, Diego, pero ahora tengo que irme —dijo Lucía mirando su reloj.

—Pero... cómo... ¿ya?

—Me espera una tarde movidita en el psiquiátrico.

—No te puedes ir así, con el estómago vacío. Te invito a tomar algo. —La tomé del brazo, queriendo retenerla, y al instante la solté, sonrojado.

—Le dije a mi superiora que apenas tardaría en volver. Me da remordimiento, ¿sabes? Con la de cosas que tengo que hacer.

—Ya pero... tendrás que comer, ¿no? Qué más te da que sea aquí o allí. Tómate algo y, en cuanto llegues, te pones a trabajar. La vida se ve mejor con el estómago lleno —insistí—. Te invito a un par de tapas, es lo menos que puedo hacer por ti para agradecerte la cita con el prior. Te lo pido por favor. —Puse cara de niño bueno.

No sé si fue el día, que tornó a radiante, o yo, que me puse muy pesado, lo cierto es que la convencí. Me sentí feliz, me apetecía compartir con ella un rato de ocio, deseaba conocerla, que me contara sus cosas, saber qué hacía en su tiempo libre, si es que su amor a Dios le dejaba tiempo libre. Aunque, por otro lado, entendía su reparo a compartir un rato con un chico, a saber qué pensaría la gente de ella al vernos juntos.

Caminamos en dirección a la Gran Plaza y entramos en un mesón donde divisé desde la puerta algunas mesas libres. El personal era de lo más variopinto. En la barra, cobijados bajo estalactitas de jamones, calabazas y ristras de ajo, oficinistas encorbatados, pintores de brocha gorda, alguna señora con carrito de la compra, un vendedor de lotería y otros currantes disfrutaban en común de un merecido paréntesis en sus dispares ocupaciones.

Nos sentamos uno frente al otro en torno a una mesa arrimada a una esquina, bajo un bodegón con frutas y perdices. La lista de tapas era interminable; Lucía se decidió por una de ensaladilla y un refresco, yo me pedí un montadito de melva y una cerveza Cruzcampo. La monja rompió el hielo:

—Lo que nos ha contado el prior sobre el beato Pampuri es maravilloso. Ya ves, las vidas de santos encierran historias increíbles. Tiene todo el mérito del mundo dejar una profesión tan vocacional como la Medicina para dedicar la vida a Dios.

—La vida religiosa es aún más vocacional que la Medicina.

—Sí, llevas razón. Visto desde ese punto de vista, tú y yo tenemos dedicaciones muy parecidas: en las dos es necesaria una disposición especial.

—Y a ti, ¿qué fue lo que te llevó a ordenarte religiosa? Perdona, a lo mejor me estoy metiendo donde no debo; si no quieres, no me contestes.

—Estoy acostumbrada a que me lo pregunten. —Lucía dio un sorbo a su refresco antes de continuar—. La llamada de Dios puede venir cuando menos te lo esperas: a través de personas, acontecimientos, visiones... de múltiples formas. Mi vocación la descubrí a través de los enfermos, sentía algo en mi interior, no sabía bien qué me ocurría, pero me sentía feliz y gozosa cuando estaba con ellos. Los planes de Dios no son nuestros planes, Diego. Dicen que Dios escribe con renglones torcidos.

—Ese es el título de una película.

—Y el de la novela de Torcuato Luca de Tena. Vaya, no sabía que existiera una película.

—La vi en el cineclub de mi facultad. Supongo que estará basada en el libro.

—Así que eres un experto en cine.

—No tanto, un gran aficionado, pero prefiero el cine a la literatura: es más explícito. Donde se ponga una imagen que se quiten mil palabras... Me estabas contando que tu vocación vino a través de los enfermos, aunque eso no explica por qué te hiciste religiosa, podías dedicarte a una rama sanitaria sin más.

—Bueno, así empezó todo. Comencé a estudiar enfermería en la Cruz Roja de Capuchinos —prosiguió la hermana—, y las prácticas las continué en el Hospital Provincial de San Lázaro. Terminados los días que me asignaron de prácticas, le pedí a la hermana superiora que me dejara seguir alguna semana más, pero me dijo que no podía ser, porque otras compañeras también se lo habían pedido. Así que le propuse ir los fines de semana y las fiestas; como comprenderás, no me puso reparos. Y así comencé mi andadura. Al principio solo iba los días acordados, sin embargo poco a poco permanecía allí más tiempo: de las clases al hospital, luego los días de fiesta, los fines de semana... Le dedicaba tanto tiempo que mi madre me llegó a decir que me iba a llevar mi cama al hospital, que solo me faltaba dormir allí. Me sentía muy a gusto. —Se quedó mirando por encima de mi hombro, con cara de satisfacción, recordando—. Un día entré en la capilla de las Hermanas y me fijé en la imagen de un santo. Pregunté quién era y me dijeron que san Vicente de Paúl, el fundador, junto con santa Luisa de Marillac, de las Hijas de la Caridad. A partir de aquel día empecé a visitar la capilla con frecuencia. Cuando estaba allí sentía algo que, aún hoy, no puedo expresar con palabras. La presencia del santísimo y la mirada penetrante de aquel santo me cautivaron el corazón. Pedí a las hermanas que me facilitaran las vidas de sus fundadores para leerlas, y mi vocación se acrecentó. Hasta que, por último, decidí pertenecer a la orden. A mi padre casi le da un pasmo. —Me sonrió.

—La verdad es que escuchándote me siento insignificante —continuó—. La vida de fray Ricardo Pampuri es digna de una buena película, pero la forma en la que tú

recibiste la llamada..., bueno, es muy emocionante.

—Creo que exageras, Diego. Seguro que a ti también te ocurrió algo especial antes de decidirte a estudiar Medicina.

—Lo decidí en mi último año de bachillerato. Siempre se me dieron mejor las ciencias que las letras. Mi primera intención fue hacer Biología, pero pensé que era una carrera sin salida, que iría de cabeza al paro cuando terminase. Unas compañeras de mi clase comenzaron a hablar de estudiar Medicina. Así que pensé ¿y por qué no? Es una profesión honrada y los médicos ganan buenos billetes. Así de simple. Lo de hacer algo por los demás, bueno, no fue lo más determinante a la hora de tomar la decisión.

En fin, lo dije, ya está. No pretendía ir de héroe por la vida. Necesitaba otra cerveza. Llamé al camarero, pedimos otras dos tapas y yo me refresqué con otra Cruzcampo. Si hubiera estado en mi piso, me habría bebido una litrona del tirón.

—¿En tu familia hay otros médicos, Diego?

—¿Otros médicos? No, qué va, yo soy el primero. Mi padre trabaja en el campo, en lo que le sale. Yo soy el primer universitario de mi humilde familia. —Bajé la mirada a la mesa.

—Lo dices como apenado, pero no tienes por qué avergonzarte. —Lucía alargó su mano derecha, pensé que iba a tocar mis dedos, solo tomó del servilletero una hoja de papel; juraría que su primera intención había sido acariciarme, o eso era lo que yo deseaba, todo era confuso en mi cabeza—. Creo que has hecho muy buena elección. Además, acabas de decir que la Medicina te permite hacer algo por los demás y eso significa que no simplemente miras por ti. A lo mejor fue Dios quien escogió tu camino.

Entrábamos en un terreno resbaladizo. Cómo explicarle a sor Lucía que mi relación con Dios se rompió tiempo atrás.

—Verás, no quiero incomodarte por lo que voy a decir, pero soy agnóstico.

—No me pillas por sorpresa, intuía algo así.

—¿Cómo, a qué te refieres?

—No sé, tu forma de actuar, las preguntas que has hecho al prior. No te lo tomes a mal, le has tratado con respeto, aunque me pareció que estabas demasiado centrado en los aspectos médicos de tu investigación.

—Te confesaré un secreto: aunque parezca mentira, yo fui catequista en mi parroquia. —Lucía arrugó el ceño, sin dar crédito a lo que oía—. Sí, como lo oyes. Fue cuando estudiaba segundo de BUP. En esa época iba a misa todos los sábados por la tarde, incluso asistí a varios cursillos espirituales, encerrado con otros entusiastas, aislados del mundo. Una vez, a la vuelta de uno de ellos, llegué a pensar que la vida religiosa podía absorber toda mi vida. Por fortuna o por desgracia, aún no sé si estoy condenado al infierno, la fiebre se me pasó rápido. —Lucía negó con la cabeza—. En el instituto hice algún amigo que militaba en las juventudes socialistas. Me dieron algunos libros, algunas lecturas de esas que estaban prohibidas para nuestros padres,

y llegué a la siguiente conclusión: no hay más cera que la que arde.

»No creo que exista nada espiritual ni por supuesto material más allá de este mundo que nos ha tocado vivir. Lo que tenga que arreglarse habrá de hacerse aquí y ahora. —Apuré media cerveza de un trago, satisfecho del mitin que acababa de soltar.

—Entonces, eres ateo —afirmó Lucía.

—No, yo no niego a Dios ni critico el hecho de creer; incluso me atrevería a decirte que me interesa el hecho religioso. Lo único que digo es que no estamos preparados para demostrar su existencia o inexistencia. El ateo es un creyente al revés, él niega, nosotros discutimos. Los agnósticos, ni creen ni dejan de creer, están convencidos de que no es posible conocer nada que esté fuera de nuestras posibilidades. La inteligencia humana no puede conocer lo trascendente, y por tanto debe abstenerse de intentarlo; solo podemos conocer lo finito, no lo que esté más allá. Como hubiera dicho Tierno Galván: «Yo no echo de menos a Dios». —Lucía me escuchaba atenta, con verdadero afán por entenderme—. En realidad, la religiosidad es una actividad sentimental, es un problema de fe, y de esa yo tengo poca, muy poca. La fe no argumenta: cree. Luego están las enfermedades, los pobres a los que les sobreviene un estúpido cáncer que se los lleva por delante, sin haber hecho nada para merecerlo. ¿Cómo es posible que ocurran estas desgracias si existe un Dios?

—Dios no es indiferente a las enfermedades, al contrario, está con nosotros en el dolor. La prueba de fuego la tienes en el sufrimiento de Jesucristo en la cruz. El sufrimiento es también una oportunidad para unirnos a Cristo —argumentó Lucía.

—No sé, mira, no quiero herirte con mis palabras, pero yo creo que no hemos nacido para sufrir, no hay dolor justificable. Ni siquiera como una forma de acercarse a Cristo. El dolor no nos redime de nada.

—Cristo nos enseñó con su muerte que el dolor es fuente de salvación, porque él venció a la muerte con su resurrección —dijo Lucía despacio, mirándome con sus penetrantes ojos garzos, a punto de convencerme y perderme en ellos.

—La verdad es que le tengo un gran respeto a la figura de Jesucristo. Creo que fue un hombre bueno, atrevido, consecuente con sus ideas, que no infligía daño a nadie. Predicó con el amor, que a fin de cuentas, es lo que nos falta a todos. Pero la salvación... El mundo es nuestra salvación, ya que es nuestro único hogar posible. ¿La resurrección de la carne?... Una de las cosas que más me impresionó cuando comencé la carrera de Medicina fueron las prácticas de anatomía. Nunca hubiera podido imaginarme que me encontraría cubos de basura llenos de desechos humanos: corazones, hígados, brazos, piernas..., esperando que un estudiante de Medicina, ávido de conocimientos, los rajara para desentrañar su estructura interna. —Lucía arrugó el ceño—. Al principio me causaba repugnancia, pero después, cuando trabajé con esa materia inerte en la mesa de disección, me di cuenta de que allí no había más que proteínas, grasas y agua. A fin de cuentas, a eso se reduce el organismo humano. Y sin embargo...

Pensé en las visiones del cilindro de madera, en la imagen en fondo verde,

semihumana, que transmitía paz, en la frase que oí la primera vez: «¡Libérate de tus dudas! Debes conocer... ¡Levántate y bebe!». Quería confesarle a Lucía el verdadero motivo de mis pesquisas, pero no me atreví.

—Hola, estoy aquí. —La monja me sacó de mi inopia, saludándome con la mano—. ¿Dónde estabas?

—Me preguntaba si alguna vez habías tenido una visión mística.

—¡Qué dices! Esas visiones solo le ocurren a unas pocas elegidas por Dios. Ya te he contado que cuando comencé a visitar la capilla de las Hermanas de la Caridad en el Hospital de San Lázaro y me encontraba con la figura de san Vicente de Paúl, sentía una sensación de paz que me atraía y me llevaba allí casi a diario, como sonámbula. Era un sentimiento muy agradable, pero de ahí a tener visiones o alucinaciones, si es a lo que te refieres... Eso es un privilegio de los santos.

—¿Pero tú crees en las visiones místicas?

—Por supuesto que creo, aunque hace falta poseer más fe de la que yo tengo. No me malinterpretes, mi fe es fuerte, pero yo solo soy una simple monja que cuida enfermos. Estoy muy lejos del camino de perfección de santa Teresa de Jesús. —La vi sonreír una vez más y me gustó, no vi a una monja, vi a una guapa niña sevillana y me produjo un cosquilleo en el estómago.

Lucía comenzó a levantarse. Pensé que había sido un bocazas lanzándole aquellas preguntas.

—Tengo que irme, Diego, es tarde.

—Lo siento, creo que me he pasado preguntándote por detalles tan íntimos. Lamento haberte molestado.

—No seas tonto, no tiene nada que ver con eso. Es que es muy tarde. ¿Me acompañas a la parada de autobús?

—Puedo llevarte en mi coche, así llegarás antes.

—No creo que sea una buena idea, gracias de todos modos.

Pagué las tapas y las bebidas. Mientras esperaba el cambio de la cuenta advertí cómo algunos comensales miraban de reojo a la hermana. Nunca me había pasado algo parecido, yo diría que eran celos. Me sentí estúpido.

Salimos del local y en cincuenta pasos llegamos a la parada de autobús. Lucía tuvo suerte porque, algo inusual en Sevilla, a los dos minutos llegó su bus naranja. Antes de que subiera le lancé mi última pregunta:

—¿Puedo llamarte? Me gustaría verte otra vez.

Lucía se sonrojó y, con un pie en el primer peldaño de la puerta de entrada, me contestó algo que nunca llegué a entender bien:

—Llámame cuando quieras, puedo ayudarte más de lo que piensas.

Un piso patas arriba

El fin de semana lo pasé en Guadalcanal, disfrutando de la celebración de los carnavales. Al menos, durante un par de días, me sirvió para desconectar de la movida semanal y para intentar olvidarme de aquella rubia de ojos peligrosos casada con Dios. Cuando Lucía dijo que podría ayudarme más de lo que yo pensaba, ¿qué quiso transmitirme?: ¿que iba a reformar mi inexistente vida cristiana?, ¿que me ayudaría en la investigación del cilindro de madera? ¿O es que también ella sintió cosquillas en la barriga en nuestra última cita? Por un momento, me sentí algo sucio al pensar así, con tal frivolidad. Me estaba montando una película en mi cabeza ajena al sentimiento de la hermana, que casi con toda probabilidad ni siquiera se había fijado en mí como hombre. No podía evitarlo; una legión de neuronas tumorales descontroladas en la parte afectiva de mi cerebro se habían rebelado contra aquellas otras más racionales del córtex que intentaban negar mis sentimientos.

A bordo de mi robusto, aunque ya pasado de moda, Seat 124, en mi azaroso recorrido por las sinuosas carreteras de la Sierra Norte de Sevilla, no dejaba de pensar en la dichosa frase de Lucía. Y para empeorar más el asunto no se me ocurrió nada mejor que insertar en el radiocasete la cinta de Serrat *En tránsito*, por lo que no pude evitar ponerme tierno al escuchar el tema *No hago otra cosa que pensar en ti*.

Mis congojas se fueron al garete el sábado, cuando las calles de mi pueblo se llenaron de chirigotas y comparsas que me hicieron reír con sus disfraces (lo que en Andalucía llamamos «el tipo») y sus incisivas letras. En las letrillas de los tangos y cuplés carnavalescos, la mayor parte de las críticas se las llevaron los políticos de turno, a la cabeza la relación sentimental del ministro de Economía y Hacienda, don Miguel Boyer, con la filipina Isabel Preysler, exmujer del cantante Julio Iglesias y del marqués de Griñón. Quién iba a pensar que un ministro socialista se pudiera enamorar de la ex de un título nobiliario. Tampoco se quedaron atrás las referencias al IVA, el nuevo Impuesto sobre el Valor Añadido, que nadie tenía muy claro para qué serviría, excepto para subir el precio de todos los productos:

*... po no que ya me iba,
ojú qué caraja,
sin pagar el IVA,
¿por qué no me lo rebajas?*

Y mientras oía la coplilla recordé la absurda canción que interpretó la actriz

Concha Velasco en la gala de Televisión Española de la pasada Nochevieja, cuyo estribillo decía «¡Que viva el IVA!». O la actriz estaba imbuida de las ideas socialistas o, mucho me temo que le habían endilgado bajo cuerda unas cuantas pesetas para que pasara un invierno bien calentito.

Por supuesto, tampoco se quedaron atrás las críticas al paro, que ya afectaba a un veintiuno por ciento de los españoles:

*El currelo está fatal,
y eso no hay quien lo discuta,
los que mueven la batuta,
son unos hijos...*

Sin embargo, el mayor espectáculo carnavalesco me lo encontré el domingo por la tarde, de regreso a mi piso de estudiantes. Cuando entré en el domicilio, lo primero con lo que me topé en el vestíbulo fueron los cajones y las puertas de la cómoda abiertas de par en par. *Rafa habrá estado buscando algo como un poseso, quizás el cepillo para lustrarse los zapatos antes de salir*, pensé. No he contado aún que mi compañero, aunque presumido, es un auténtico desastre con el cuidado de la casa, le da igual ocho que ochenta; y si no fuera porque yo me ponía pesado con la limpieza semanal, el catedrático de Microbiología habría descubierto bajo las camas, pululando por el parque, nuevas especies de bacterias a las que bautizar.

Un panorama similar me encontré en el salón: el mueble librería mostraba todas las puertas de sus vitrinas y cajones abiertos, si bien me desconcertó que no hubiera ningún objeto tirado por el suelo. Me acerqué, eché una ojeada al interior de cajones y vitrinas y observé que habían sido removidos, pero no parecía faltar nada. Allí estaban los cubiertos, el mantel de cuadros, las barajas de cartas de póquer y española, el Monopoly, el juego de dados, los vasos largos para los cubatas, la guía de teléfono y las cuatro o cinco novelas mediocres que adornaban las estanterías. Sobre la mesa del salón reposaban tres vasos altos y dos botellas vacías de Rives y Coca-Cola de dos litros. Apoyada en el respaldo del tresillo, la bandurria de Rafa con forma de pera, arropada por su negra capa. Mi primera hipótesis fue que Rafa se había corrido una soberana juerga el día anterior y, por algún motivo que no alcanzaba a comprender, había puesto el piso patas arriba.

Me dirigí al pasillo que conducía a las habitaciones y observé que la puerta de Rafa permanecía cerrada, lo que significaba que aún estaba dormido, nada extraño teniendo en cuenta que los sábados por la noche salía de ronda con la tuna de Medicina, se acostaba amaneciendo, cuando no de día, y no daba señales de vida hasta bien entrada la tarde, e incluso en alguna ocasión, cuando yo me metía en mi cama el domingo por la noche, como si me hiciera el relevo de guardia en el piso. No llamé a su puerta, no quería despertarlo, sobre todo porque no sabía si dormía solo o acompañado de algún ligue, lo cual tampoco hubiera sido nada extraño.

Seguí el pasillo hasta mi habitación y descubrí, incrédulo, que nada estaba cómo lo había dejado. Aunque yo también era desordenado en ocasiones, mi cuarto parecía que había sido avasallado por un tren. La cama no solo estaba deshecha, sino que el colchón se encontraba tirado en el suelo y por primera vez veía los muelles del somier con su malla cuadrangular. Las puertas del ropero estaban abiertas, algunas perchas con sus prendas correspondientes campaban por el suelo y los cajones mostraban una mínima parte de su contenido, porque la mayoría (pijamas, calzoncillos, calcetines, jerséis y algún par de guantes) figuraban esparcidos por el suelo, cuando no ocultos bajo el colchón. De pronto, me acordé de que en el cajón de la mesilla de noche guardaba mi libreta de la caja de ahorros San Fernando, que contenía el dinero que sacaba para el mes. Me convertí en un caballo de competición saltando por encima del somier y mirando en el interior del cajón, que no necesité abrir. Allí estaba mi libreta verde, inconfundible el símbolo de la Giralda en medio del rótulo, preservando en su interior las pelus que me quedaban para echar el mes fuera: tres billetes rojos de dos mil pesetas con la cara del poeta Juan Ramón Jiménez, cuya visión aceleró mi corazón más rápido que la lectura en el instituto de *Platero y yo*.

Llegué a la conclusión de que el desorden en el piso no era la consecuencia del desmadre habitual del fin de semana en los pisos de estudiantes: alguien había entrado a robar. Sin embargo, no llegaba a entender que no se hubieran llevado ningún objeto de valor. ¿Qué buscaban entonces?

Había llegado el momento de despertar a Rafa, se me antojaba increíble que no se hubiera despertado con el jaleo que se habría montado. Llamé a su puerta con los nudillos, con una energía en mí desconocida, pero al ver que no se levantaba entreabrí la puerta con cuidado, como si yo mismo fuera el ratero. La luz del pasillo penetró de golpe en la habitación y observé que mi amigo reposaba desplomado sobre la colcha de su cama, vestido con la camisa blanca, el pantalón bombacho y las medias negras; el jubón y la beca amarilla, que les había valido a los tunos de Medicina de Sevilla el sobrenombre de los Chinos, andaban divorciados por la habitación.

Vaya moña traía este tío anoche, como para enterarse de nada, pensé. Presioné el interruptor de la luz y penetré en la habitación. Casi me caigo mareado con el amargo olor zorruno que envolvía la estancia. Atravesé la habitación, me dirigí a la ventana, la abrí todo lo que pude y levanté la persiana, provocando un estrepitoso ruido que no causó mella en mi amigo. El aire renovado penetró en la habitación, devolviendo la vida al cuarto de Rafa, que seguía sin coscarse, y de no ser por los ronquidos de oso que emitía se podría haber pensado que estaba muerto. Tenía la cabeza apoyada sobre la colcha, medio incrustada bajo la almohada, y el brazo izquierdo le colgaba por fuera de la cama, rozando el suelo. Lo zarandeeé, emitió un gruñido y su aliento delató que se había puesto hasta el culo de ginebra la noche anterior. Poco a poco comenzaron a abrirse sus ojos.

—Rafa, por favor, levántate ya, ha ocurrido algo.

—Mmm, ¿qué paza, tío? ¿Ya toca *levantarse*? Es muy temprano todavía. Intentó darse la vuelta en la cama, pero mi enérgica sacudida se lo impidió.

—Levántate, por favor, han intentado robar en el piso —dije elevando el tono de voz.

—¡Eh! ¿Qué han robado a quién? —preguntó Rafa sentándose en la cama.

—En nuestro piso, ¡han intentado robar en nuestro piso!, ¡está todo desordenado! ¿Es que no te has enterado de nada? Claro, cómo te ibas a enterar con la mierda que traías encima.

—*Ofú*, colega, vaya torta que tengo en la chorla. ¿Qué horas son? —Rafa se rascaba la cabeza como un mono.

—Las ocho de la tarde —respondí enojado—. Buena hora para levantarse. Ven, quiero enseñarte algo.

—Tranqui, tío, a ver zi me puedo poner de pie zin que me entre fatiguita.

Rafa se enderezó muy despacio. Tras levantar el culo de la cama, se quedó sobre sus pies, tambaleándose a uno y otro lado, aguantando sin caerse: era un niño aprendiendo a caminar.

—Vaya *flete* que le hace falta al puto cuarto. A ver zi zoy capaz de encontrar mis babuchas —rezongó subiéndose los tirantes que sostenían el pantalón de tuno.

—¿Ahora te vas a preocupar por la ropa? Sígueme, anda.

—*Ofú*, tío, no zé qué mosca te ha *picao*. Estás como *reconcomío*. ¿Me dejas, por lo menos, que me encienda un pitillo?

Cogió el paquete de Ducados de su mesilla y extrajo un cigarrillo. Lo encendió con un mechero Bic, con parsimonia, no tenía nada más que hacer en el mundo. Salimos de su cuarto y nos dirigimos a mi habitación. Rafa me seguía, caminaba ampliando su base de sustentación para no caerse. Al llegar a la puerta de mi cuarto me paré, esperando que él entrara primero.

—¿Puedes explicarme esto? —dije señalando el desorden.

Rafa entró, se plantó en medio y miró con los ojos entornados a uno y otro lado.

—Hostia puta. ¿Qué le ha *pazao* a tu cuarto?

—Eso es lo que yo quería que me contaras. Te recuerdo que acabo de llegar de mi pueblo. Ayer hubo fiesta, ¿no?

—¿Como que hubo fiesta? Tío, ¿tú crees que yo iba a hacer algo *azín*? Te estás pasando, colega.

—No sería la primera vez que alguno de tus amigos, con la excusa de que el piso es tuyo, se corre una juerguecita en mi cuarto —aseveré.

—¿Juerguecita? ¡Pero zi está todo patas arriba, *chala*o!

Mi compañero levantó el colchón tirado en el suelo y miró debajo. Inició una sonrisa, pero al encontrarse con mi torva mirada se abstuvo.

—Mira, tío. Zi a alguno de mis colegas ze le antojara echar un casquete con una chavalita en tu cuarto, no tendría por qué tirarte todas las perchas ni vaciarte todos los

cajones. A no ser que quisiera buscar un condón. Aunque... me extraña que aquí encontrara alguno. ¿Zabes lo que es un condón o prefieres que le llame preservativo? —dijo aspirando una calada profunda al cigarrillo, entornando los ojos para evitar que le entrara humo.

—No te pases, Rafa. —Guardé silencio para contener mi rabia—. Comprende mi enfado. Solo busco una explicación razonable a lo que ha pasado. Por si no lo sabes, el comedor también está patas arriba. ¿Llegaste solo?

—No, zolo no. Convidé a dos colegas de la tuna a una última copa en el pizo. Estuvimos largando de las tías que conocimos en la ronda, unas estrechas. Después ze fueron, bueno, quiero decir después de fumarnos un petardo. ¡Qué buen costo, tío! Me acosté la mar de a gusto. No zé ni cómo aterricé en la cama, con la mierda que llevaba encima. No recuerdo nada más... hasta que me despertaste.

—Entonces, ¿no escuchaste ningún ruido después de acostarte?

—Qué va, tío, *na* de *na*. Si hubiera pazao un terremoto me habría *jundío* en el *bujero zin* despertarme.

—Ven a ver el comedor, Rafa.

Volvimos sobre nuestros pasos a través del pasillo hasta el salón, dejando a un lado la cómoda de la entrada, que Rafa miró arrugando el ceño. Cuando entramos en el salón, mi compañero de piso se dirigió hasta la mesa y apagó su cigarrillo en un cenicero triangular de Martini colmado de colillas. Miró el mueble librería y se frotó la barbilla.

—Te juro, tío, que esto no estaba *azín* cuando yo me acosté... las botellas zí, pero los cajones abiertos no. Lo único que ze me ocurre es que hayan *entrao* a robar, ¿qué palo, no?

—Yo también he pensado lo mismo —dije sentándome en el tresillo—, pero hay dos detalles que no me encajan. El primero es que la puerta de la calle no estaba forzada. Raro, ¿no?

—No, qué va. Yo tengo un colega que cuando ze le olvidan las llaves, y le ocurre bastante, abre la puerta con el carné de identidad. Lo mete por el quicio y zalta la cerradura. Hay que zaber hacerlo, claro. —Se sentó a mi lado y reposó los pies sobre una silla contigua.

—Vale, tu argumento me convence. Pero lo que no comprendo es que no se hayan llevado el dinero que tenía guardado en mi mesilla —dije mordiéndome el labio inferior.

—¡Porque no lo habrán *quincao*! —dijo Rafa llevando hacia abajo el párpado inferior con su dedo índice.

—Tienen que haberlo visto a la fuerza: el cajón estaba abierto, la cartilla de ahorros es lo primero que se ve y el borde de los billetes rojos de dos mil pesetas sobresale por los lados. O a lo mejor el que vino a robar tenía encima una tranca peor que la tuya.

—Me descojono, tío, con tus chistecitos. A lo mejor ze han equivocado de pizo y

venían buscando otra coza.

Aquella idea me desconcertó. Rafa, que se había levantado con una señora resaca, se mostraba más lúcido que yo. ¡Cómo no lo había pensado antes! Eso explicaba que me dejaran el cuarto patas arriba y que aprovecharan para robar mientras Rafa estaba dormido. Lo cual quería decir que no habían venido buscando dinero. ¿El cilindro de madera? Era una hipótesis razonable. Desde el punto de vista de su antigüedad, el objeto en cuestión tenía un gran valor; su fabricación podría datar de principios de siglo, o hasta esa fecha era hasta donde se remontaba nuestra investigación, lo que lo hacía muy apetitoso para un coleccionista. Por otro lado, el hecho de que vinieran a buscarlo a mi piso indicaba, además, que la persona que había perpetrado el incidente me conocía. Pero ¿de quién podría tratarse? ¿Quién sabía de la existencia del estetoscopio?

Repasé mentalmente las personas que había conocido en las semanas previas. La hermana Lucía me ayudó en la investigación desde el principio, sin ningún interés material por su parte. Si hubiera querido, podría haber pasado de mí en cuanto me conoció. Qué estupidez, cómo iba a desconfiar de Lucía. Me desprecié solo por pensar mal de ella. ¿La hermana María Teresa del sanatorio de El Tomillar? Por favor, otro caso similar, todo dulzura, ¿para qué iba a querer un estetoscopio antiguo?

De pronto, caí en la cuenta de que hubiera sido más fácil para el interesado en la pieza proponerme una sugerente oferta económica que intentar robarme el cilindro, puesto que lo más probable era que yo la hubiera aceptado, teniendo en cuenta que me habrían pagado más de lo que desembolsé en el mercadillo de la Alameda. Entonces, ¿por qué nadie contactó conmigo para comprármelo? A no ser que... quien hubiera perpetrado el intento de robo no solo viniera buscando un instrumento médico de madera, sino que conociera el poder premonitorio oculto del estetoscopio, lo cual lo convertía en un arma de un valor incalculable. Pero, hasta ahora, solo se le había confiado el secreto al profesor Hidalgo, quien, además de ayudarme con gentileza, disponía ahora del estetoscopio para su estudio; no necesitaba, por tanto, robarlo. ¿Quién entonces? Rafa se percató, con mi largo silencio, de que yo sabía más de lo que parecía.

—Te has *quedao múo*, Diego. Le estás pegando vueltas a algo en la perola, ¿verdad? ¿Me lo quieres contar?

—No, no pienso nada, es que yo también estoy cansado del fin de semana. He estado de carnavales, ¿sabes? Y me he pasado un poco con la bebida, para variar — dije sin mirarlo.

—Un mojón *pa* ti, Diego. Te estás tirando un pegote. Tú zables más de lo que parece. Además, en las últimas semanas estás de un raro que *pa* qué. Estás como ido, zé que has faltado a tela de clases, y no me cuentes el rollo de la huelga que yo también la estoy zufriendo. Que hasta estudias menos, ¿o crees que no me doy cuenta? —Rafa bajó los pies de la silla y me puso una mano en el hombro—. A ti te pasa algo, *illo*. *Azín* que ya me lo estás contando.

En aquel momento, las circunstancias me obligaban a ser muy cauto: ya había confiado en demasiada gente.

—Llevas razón, me está pasando algo, aunque no puedo contártelo todavía. Confía en mí. ¿Vale?

Rafa se levantó malhumorado, se dirigió a la puerta del salón y, antes de abandonarlo, aún tuvo tiempo de indicarme, girando su dedo índice sobre su sien derecha, que yo andaba mal de la cabeza. Y no iba mal encaminado.

La leyenda del Piave

Tras recoger desganado mi habitación, no sé cómo pude dormir aquella noche. No parecía probable que el ladrón retornara, como diría un criminólogo, a la escena del crimen; primero, porque allí no había encontrado lo que buscaba, supongo que el cilindro de madera, y segundo, porque no iba a ser tan temerario como para entrar estando Rafa y yo dentro. Lo que me consumía el cerebro y me impedía conciliar el sueño no era tanto el miedo a que el ladrón volviera a las andadas, sino lo absurdo de la situación. Apenas un mes atrás compraba al azar un curioso instrumento médico en un mercadillo sevillano y ahora me veía metido en un lío de dos pares de narices, con intento de robo incluido. Los acontecimientos eran extraordinarios, sin embargo mi vida de estudiante debía continuar.

Al final de la mañana del lunes visité al Profesor Bacterio, necesitaba ponerlo al día. De camino hacia su despacho, me topé de frente con mi compañero de clase Luis Pizarro, el delegado de la Universidad de Sevilla. Creí que me echaría un rapapolvo por no asistir a las movilizaciones estudiantiles pero, para mi sorpresa, me dedicó una generosa sonrisa. *Ni que hubiera metido un gol*, pensé, y lo cierto es que con la melena acaracolada, la cara escuálida y el cuerpo atlético, más bien parecía un futbolista que un líder estudiantil.

El profesor parecía estudiar sentado detrás de su enorme mesa repleta de papeles, con un cigarrillo apagado en la mano izquierda.

—Pase, Diego, pase. ¿Ya se ha enterado usted? —me preguntó antes de que me sentara.

—¿Enterarme de qué?

—Claro, qué pregunta, si aún no lo sabe casi nadie. Me acaba de telefonar el decano y me ha informado de la última reunión de los representantes de los estudiantes con el máximo responsable de los hospitales en la Comunidad, don Teodoro Montemayor. Al parecer se va a crear una comisión para elaborar un plan que les permita realizar prácticas en los hospitales de la Administración Pública. Por fin podrán ustedes hacer las prácticas médicas como les corresponde, y no solo aquí, en nuestro hospital universitario, sino en todos los hospitales de la Seguridad Social. ¿No es una buena noticia?

Entendí entonces el motivo de la alegría reflejada en el rostro de Luis Pizarro. *Ha metido un gol, pero por toda la escuadra*.

—Por supuesto, ya era hora, aunque no sé si los de sexto lo veremos a estas alturas del año —dije en tono serio—. Me temo que los que más se beneficiarán serán los compañeros de otros cursos.

—Creí que le complacería saberlo. Bueno, haré un segundo intento por alegrarle el día. Tengo buenas noticias sobre el cilindro de madera, nuevos descubrimientos. — El profesor se frotó las manos.

—Espero que sean mejores que las mías.

—Empiece usted, Diego, tengo la impresión de que algo no va bien y necesita desahogarse. Le escucho —dijo el profesor acariciándose la barba.

—Han intentado robar el estetoscopio, o eso creo. Entraron en mi piso, ayer domingo de madrugada, o por la mañana, no sé muy bien, y lo revolvieron casi todo. Ni a mi compañero ni a mí nos falta nada de valor. Pero lo dejaron todo patas arriba. He supuesto que vendrían buscando el cilindro, y no solo por su valor como antigualla médica, usted ya me entiende. Al final, creo que ha sido una gran suerte que lo tuviera usted —dudé antes de continuar—. Aunque no sé si hubiera sido mejor que lo encontrarán, así se habría acabado esta absurda aventura.

—Lo siento, Diego, siento que lo esté pasando tan mal, créame. Pero no se desanime, las piezas van encajando. Y creo que está usted en lo cierto. Cuando entraron en el piso, buscaban el estetoscopio. Es posible que quien o quienes lo hicieron conocieran su poder oculto, aunque no descarto que sean conscientes del valor histórico del instrumento, puesto que esta misma mañana me han comunicado del laboratorio de carbono 14 de Granada que su magnífico estetoscopio data de principios del siglo XIX. Esa es la fecha de la madera, con una fiabilidad del noventa y cinco por ciento.

—¿Del laboratorio de carbono 14 de Granada? ¿Quiere decir que mi estetoscopio está fuera de Sevilla?

—Perdóneme si he llegado más lejos de lo que pensaba o he tomado decisiones que, por lo que veo, no son de su agrado. —El profesor se levantó de su sillón, rodeó la mesa y se apoyó sobre ella, junto a mí—. Pronto tendremos de vuelta nuestro preciado cilindro, quieren realizar algunas comprobaciones. No se enoje conmigo, hombre, yo solo quiero ayudarlo. Pensaba que éramos amigos. —Su mirada me infundía confianza.

—Entonces, no entiendo por qué no me tutea —dije iniciando una media sonrisa.

El profesor Hidalgo lanzó una sonora carcajada que hizo vibrar la deshilachada punta de su barba.

—¡Qué le vamos a hacer, deformación profesional! Me acostumbré desde el principio a tratar a mis alumnos de usted, pero no como un mero formalismo, no. Pronto serán ustedes grandes médicos y merecen todo el respeto del mundo. De manera que cuando he intentado tutear a algún alumno que merecía mi simpatía no he sido capaz de hacerlo. Lo cual no menoscaba mi aprecio por usted. ¿Lo ve? Ya he vuelto a hacerlo —dijo llevándose las manos a las caderas.

—Lo siento, ha sido una chiquillada por mi parte recriminarle lo del estetoscopio. —Bajé la cabeza, arrepentido—. No me lo tome en cuenta, sé que está haciendo por mí más de lo que debiera. Entonces, ¿de principios del siglo XIX? ¿Cómo ha

conseguido la datación?

—La madera tiene más de ciento cincuenta años. ¿No es fantástico? El análisis se ha realizado gracias a que el hijo de un buen amigo está haciendo allí su tesis. Pero esto no es todo.

El profesor soltó el cigarrillo en un cenicero de cristal vacío, se dirigió a una estantería y tomó su añejo ejemplar de la tercera edición del *Tratado de la auscultación mediata*. Lo abrió por una página marcada con un bonobús usado, debía de ser de los pocos profesores que iban a la facultad en autobús.

—Las medidas que he realizado de las dimensiones de nuestro cilindro coinciden al cien por cien con las descritas por Laennec. Escuche lo que dejó escrito en su famoso tratado: «Yo me valgo actualmente de un cilindro de madera de dieciséis líneas de diámetro, de un pie de largo, perforado en su centro por un conducto de tres líneas de diámetro y partido por la mitad mediante una espiga recubierta de hilo, redondeada en su extremidad, y de una pulgada y media de longitud. Las dos piezas de que consta están ensanchadas en su extremo hasta una pulgada y media de profundidad, de tal manera que uno puede recibir exactamente la espiga y el otro un obturador de igual forma». —Cerró el libro y lo situó en la estantería—. Al principio no reparé en estos detalles —continuó—, puesto que las unidades de medida que describe el gran maestro no se emplean en la actualidad. Pero, fíjese bien, si convertimos las unidades de longitud línea, pie y pulgada en milímetros y centímetros, obtenemos las siguientes dimensiones: treinta y dos milímetros de diámetro, treinta centímetros de largo y unos seis milímetros de diámetro para el conducto interior, que coinciden a la perfección con las medidas que he tomado de nuestro estetoscopio mágico. Por tanto, puedo afirmar y afirmo, emulando a nuestro expresidente Adolfo Suárez, que el estetoscopio que ahora se encuentra en Granada fue fabricado por el mismo Laennec.

Menuda sorpresa. Si ya de por sí, los poderes adivinatorios del estetoscopio lo convertían en una pieza única, su fabricación por el propio Laennec, el inventor del primer estetoscopio, acrecentaba más el misterio. Cómo era posible que un simple mortal, erudito y sabio, pero mortal a fin de cuentas, hubiera fabricado un instrumento tan preciso a la par que diabólico.

—Profesor, si lleva usted razón, ¿cómo explicar que el mismo Laennec fuera capaz de construir algo tan perfecto? ¿Y por qué no se hace referencia al poder oculto en sus tratados?

—Piense un poco, Diego. Es evidente que nuestra pieza es única. Por algún motivo que no alcanzo a dilucidar, la fabricación de nuestro cilindro de madera se le escapó de las manos al gran médico francés. Es como si hubiera fabricado un engendro, algo así como el monstruo al que dio vida el doctor Frankenstein. Por supuesto, no podía describir en su tratado ningún atributo o poder fantástico. No olvide que era un hombre de ciencia.

—¿Cabe la posibilidad, profesor, de que la manufactura saliera de otras manos?

—No lo creo, de ser así no sería tan exacto en las medidas que describe Laennec —aseveró Martín Hidalgo—. Quién le iba a decir a usted, Diego, que acariciaría, que sentiría un ingenio mágico y pleno de poder, como el mismo Santo Grial —el profesor hizo la forma de un cuenco con sus manos—, inspirado por la portentosa inteligencia de Laennec. Un instrumento capaz de predecir la vida y la muerte, casi sanador, por tanto. Y al igual que ocurrió con el Santo Grial a lo largo de los siglos, buscado hasta la muerte por sus seguidores.

—Profesor, ¿no cree que está yendo demasiado lejos? Hasta ahora solo han intentado robarlo, eso es todo.

—Perdone, querido amigo, lleva usted razón. Me estoy dejando llevar por la emoción. ¡Olvide lo último que le he dicho! Me pierde mi afición al teatro. Mi intención no era otra que usted reconociera la magnitud de los acontecimientos. Por cierto, todavía no me ha referido nada sobre su visita a los hermanos de San Juan de Dios.

—El hermano Duarte, prior del Sanatorio de Jesús del Gran Poder, me refirió que el beato Herminio Ricardo Pampuri fue médico y murió de tuberculosis.

—¿Médico? ¿Un religioso?

—La Orden de los Hermanos de San Juan de Dios siempre ha estado muy implicada, desde sus orígenes, en el cuidado de los enfermos, de ahí que tenga hospitales distribuidos por todo el mundo. Y por esto mismo, entre sus filas figuran numerosos médicos y enfermeros. Fray Ricardo, después de la guerra, se licenció en Medicina y más tarde se hizo religioso.

—Supongo que se referirá usted a la Primera Guerra Mundial, claro.

—Por supuesto, qué otra si no podría ser —le espeté, dándomelas de erudito—. Según el prior Pampuri recibió una condecoración tras el desastre de Caporetto: se quedó rezagado cuando la tropa salió huyendo y salvó una ingente cantidad de material médico.

—Claro, Caporetto, la mayor derrota del ejército italiano en la Gran Guerra. Fue un duro golpe para el ejército del general Cardona.

—No deja usted de sorprenderme, profesor.

—La evolución de la Medicina no puede desligarse de los cambios históricos; con frecuencia, los avances en el diagnóstico o en el tratamiento de las enfermedades son una obvia consecuencia de la repercusión que para ellas tienen los grandes acontecimientos —dijo solemne, se figuraba impartiendo una conferencia en el salón de actos—. Bien, pues, como le decía, los italianos lucharon en el norte de Italia para impedir que el ejército austro-húngaro invadiera el país, pero este último, con la ayuda de los alemanes, dio un fuerte varapalo a los italianos en Caporetto en el diecisiete, causándoles numerosas bajas, por lo que el frente tuvo que replegarse cerca del río Piave, a pocos kilómetros de Venecia. Y creo que ya sé cuál es el siguiente eslabón de la cadena en la historia del cilindro... Los franceses.

—Me he perdido, profesor. ¿Qué franceses?

—Los aliados que acudieron a Italia después del desastre de Caporetto. ¿No ha visto la película *Adiós a las armas*?

—La vi cuando era un adolescente. Recuerdo que trataba de un soldado, me parece que el actor era Rock Hudson, que se enamoraba de una enfermera en una guerra, ya no me pida usted más detalles.

—Es lógico que no los recuerde, la trama central es una historia de amor, aunque a mí me gustó más la versión de Gary Cooper, anterior a la que usted comenta. «En la crónica de la Primera Guerra Mundial, constan para cada nación tantos desastres como victorias. Pero en la lista de la gloria destacan especialmente dos nombres: el Marne y el Piave», así comienza la película.

—Qué memoria la suya, profesor.

—Es que es una de mis preferidas, y también de mi mujer. No desaprovechamos ninguna ocasión para verla cuando la reponen. La cuestión, querido amigo, es que si nos fijamos con más detalle en el film, resulta que la acción transcurre en el norte de Italia; el soldado es un voluntario americano y la enfermera una guapa italiana. La película está basada en el libro del mismo título de Hemingway que, por cierto —dijo levantando su dedo índice acusatorio hacia el techo—, él mismo se fue de voluntario al frente italiano, cuando era casi un chaval, de conductor de una ambulancia. Entre otras aportaciones de la Primera Guerra Mundial a la Medicina —prosiguió el profesor, que no necesitaba que lo varearan para enrollarse—, debemos referir que la Cruz Roja efectuó las primeras labores de auxilio en los campos de batalla con ambulancias motorizadas en lugar de tiradas por caballos. Y esto no es todo. La Gran Guerra jugó un importante papel en la historia de la cirugía ortopédica; tenga usted en cuenta que dejó alrededor de unos cien mil amputados, de manera que los protesistas europeos tomaron la iniciativa en cuanto a la investigación y el desarrollo de nuevas técnicas en lo referido a equipamientos protésicos. Y no digamos de la cirugía plástica —movió su dedo índice haciendo círculos, como las aspas de un helicóptero—, que se desarrolló, tal y como la conocemos hoy en día, para dar solución a rostros desfigurados por granadas, minas y otros engendros matarifes ingeniados por el ser humano. Se investigó mejor la herida de guerra, se instauró la irrigación continua de la herida con el líquido de Dakin, la mortalidad por heridas de bala en el fémur se redujo del ochenta al veinte por cien con el uso de la férula de Thomas. ¡Ah! Y se realizaron las primeras transfusiones con sangre almacenada, porque hasta entonces no se conocía cómo mantenerla fuera del cuerpo humano sin coagular. Y esto sin tener en cuenta que...

—Ya, ya —le interrumpí, podría estar horas así—, pero ¿y los franceses? Me hablaba usted de los franceses.

—Pues eso, ¡qué cabeza la mía! Lo que quería explicarle es que, después del desastre de Caporetto, los italianos solicitaron ayuda a los franceses y a los ingleses, que enviaron tropas a la zona. Dónde lo he leído yo... a ver.

El profesor se dirigió de nuevo a una de las enormes estanterías que nacían en el

suelo y morían cerca del techo, acercó la vista a los tomos y respiró profundo cuando encontró lo que buscaba.

—Aquí está: *La Primera Guerra Mundial*, del general francés Valluy. —Le miré desconcertado, obligándole a darme otra explicación—. Es que mi piso se me ha quedado pequeño y no tengo otra salida que traerme los libros aquí, donde aún me queda espacio. Haga el favor de guardarme el secreto.

Se acercó de nuevo a la mesa; el libro abierto en canal, en manos del profesor, era un cadáver en la sala de disección.

—Escuche, Diego: «El día veintiocho de octubre de 1917, los convoyes franceses se pusieron en marcha para ayudar a Italia y el día treinta el general Duchêne, el Estado Mayor del X Ejército y las 46^a, 47^a, 64^a y 65^a divisiones de infantería francesas franquearon la frontera de los Alpes. Las tropas franco-británicas entraron en línea de combate el cuatro de diciembre, y los cazadores alpinos de la 47^a división francesa reconquistaron el monte Tomba en la tarde del treinta de diciembre. Al año siguiente, de junio a noviembre de 1918, el general italiano Díaz contaba en el bajo Piave con 57 divisiones de infantería; de ellas, tres británicas, dos francesas y una checoslovaca. El día veintisiete de octubre de 1918, los franceses atravesaron el río Piave, ayudados al día siguiente por los ejércitos del centro, y el día treinta alcanzaron la ciudad de Vittorio-Veneto, derrotando al Imperio austrohúngaro. Los italianos tuvieron 38 000 bajas, incluyendo 146 franceses y 274 británicos». Queda claro, sin lugar a dudas, que los franceses estuvieron allí.

—No parece muy descabellado pensar, entonces, que entre estos gabachos se encontrara algún médico que portara el estetoscopio desde Francia —razoné con cierta cautela.

—¿Algún médico dice usted? Si cada división de infantería estaba formada por unos veinte mil hombres y el ejército francés envió, como acabo de leer, cerca de ochenta mil, yo diría que entre ellos deberían encontrarse más de un centenar de médicos. De modo que uno de ellos, antes de morir en el frente, después de ser acribillado o incluso presa de la famosa gripe del 1918, quién puede saberlo, y a tenor de lo que hasta ahora hemos descubierto, tuvo contacto con el joven Pampuri en algún hospital militar de la zona —aseveró el profesor.

—Pero ¿quién pudo ser ese médico militar francés?

—En este punto sí que nos encontramos con un gran problema, es difícil continuar la investigación de forma retrógrada. En cualquier caso, puesto que estamos convencidos de que el estetoscopio perteneció a Laennec, la cuestión de cómo llegó desde sus manos hasta Italia ya no es tan relevante. Podríamos continuar la investigación de forma *anterógrada*. —El profesor se hizo eco de mi cara de desconcierto—. Cabe la posibilidad de que el médico militar francés que entregó el cilindro a Pampuri fuera un descendiente del mismo Laennec. Intentaré recabar información sobre la familia del gran médico francés. Por cierto, Diego, respecto a su conversación con el hermano Duarte, ¿le comentó algo acerca de nuestro

estetoscopio?

—No, no fue necesario. La hermana Lucía le explicó que yo estaba realizando una investigación sobre los dispensarios antituberculosos en Sevilla y habíamos sabido de la existencia de una carta de recomendación del hermano Pampuri extendida a un médico que trabajó en el dispensario de Triana. Esto fue suficiente para que nos contara toda la historia del beato. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque estaba pensando qué personas han visto u oído hablar del estetoscopio y puedan estar relacionadas con el intento de robo. Veamos, tenemos a la hermana María Teresa, al director del hospital El Tomillar, a Claudio Baldo...

—Ahora que recuerdo, también se lo enseñé a la subdirectora del psiquiátrico de Miraflores, antes de conocer a Lucía —confirmé.

—Y Lucía, que por cierto, no sé quién es.

—¿Cómo, aún no le he hablado de sor Lucía? Pensaba que estaba al tanto. Es una monja enfermera muy simpática que conocí en el psiquiátrico de Miraflores. Gracias a ella pude entrevistarme con la hermana María Teresa y con el prior de San Juan de Dios. Ella es la responsable de gran parte de nuestros descubrimientos. Pero no creerá usted que...

—Yo no creo nada, Diego, repasaba los sospechosos para intentar llegar al móvil del robo. Y se me ocurre que ningún miembro del clero vería con buenos ojos un artefacto con visiones futuristas que dejaría a cualquier profeta a la altura de una alpagata. —Me molestó aquel comentario que incriminaba a sor Lucía, me dolió como si hablara de alguien de mi sangre.

—No creo que ella tenga nada que ver —repliqué—. Sobre todo porque no conoce el poder oculto del cilindro.

—No me refiero solo a ella, también están la hermana María Teresa y el hermano Duarte.

—No veo ningún motivo de peso para que la hermana María Teresa esté interesada en el estetoscopio. Si así fuera, incluso podría habérselo arrebatado a la doctora Acevedo antes de su internamiento en el psiquiátrico. En cuanto al hermano Duarte, ni siquiera sabe de su existencia.

—Por ahora el estetoscopio está seguro en Granada, no podría hallarse en mejores manos —continuó el profesor—. Lo único que le digo es que tenga usted cuidado, no baje la guardia. Las redes de la Iglesia son tan tupidas como las que forman las dendritas de las neuronas cerebrales.

Abandoné el despacho del profesor Hidalgo cavilando lo último que me había referido. ¿Cómo reaccionaría la Iglesia sabiendo que un vulgar estetoscopio sería capaz de predecir la vida o la muerte? Cualquiera que tuviera el cilindro en sus manos, aplicándolo en su oído y en el torso de otra persona, podía jugar a ser un poco Dios, y digo un poco porque el estetoscopio no le capacitaría para cambiar el curso de los acontecimientos, no le permitiría evitar que el paciente que estaba predestinado a morir en un corto espacio de tiempo sobreviviera, pero era un instrumento demoledor para superar la incertidumbre ante el enfermo grave. ¿Cómo interpretar esta omnipotente facultad desde la óptica de la religión?

Quién no reconoce al sacerdote, ante el enfermo moribundo, pronunciando sentencias del tipo: «Está en manos de Dios» o «Solo Él conoce su destino» o bien «Sanará si Dios así lo quiere». El sacerdote, en estos casos, actúa de intermediario entre Dios y la familia, para que esta última aumente su fe en la salvación. El sacerdote puede perdonar nuestros pecados, puede advertirnos de que hemos escogido el camino equivocado, puede así «enderezar» nuestras vidas ante la mirada atenta de Dios; sin embargo, no tiene capacidad para asegurarnos, ante la enfermedad, si nuestra muerte será cierta o si, con fe en el Señor, podremos sobreponernos.

Por el contrario, el cilindro mágico era, como muy bien describió el profesor, una especie de Santo Grial, si bien no tan poderoso, por cuanto este último gozaba, según la leyenda, de auténtico poder sanador. ¿Cómo justificar el poder del estetoscopio de madera sin renunciar a una explicación divina? Por ello, la Iglesia podría estar interesada en ocultar cualquier prueba que pusiera en duda sus cimientos; de hecho, ya había ocurrido con el sudario de Turín, la llamada Sábana Santa, aquella de la que se decía que había envuelto el cuerpo muerto de Cristo. Venerada por los cristianos durante siglos, pero vedada por la Santa Sede para practicar en ella la prueba del carbono 14 por miedo a que se descubriera que pertenecía a otra época diferente a aquella en que vivió Jesucristo. ¿Cuándo permitirían que se analizara con esta técnica tan novedosa y esclarecedora?

No había hecho mal, por tanto, el profesor en advertirme que detrás del intento de robo perpetrado en mi piso podría encontrarse alguien contratado por el clero; no obstante, y a pesar de mi agnosticismo, me resistía a creer en la veracidad de esta hipótesis.

Cuando llegué a la plaza del doctor Barraquer, donde tenía aparcado mi coche, sentí que mis malos pensamientos habían desatado la ira de Dios: me habían rajado

las dos ruedas laterales de mi Seat 124. El morro del coche besaba la acera cercana. Los neumáticos asesinados mostraban dos orificios lineales, no mayores en su longitud al diámetro de una moneda de diez pesetas, por lo que deduje, gracias a las clases del profesor Frontela, que se habían realizado con una navaja u objeto similar. «Me cago en Dios», fue lo único que logró salir de mis labios (frase que aprendí o heredé de mi padre), los muy cabrones lo perpetraron a conciencia. Es evidente que su intención era inmovilizar mi vehículo: si hubieran rajado una única rueda la hubiera sustituido por la de repuesto.

Recordé que en la misma calle había un taller. Tuve la suerte de que me atendieran, aunque estaban a punto de cerrar. Un mecánico larguirucho me aseguró que me cambiaría los neumáticos en el mismo sitio donde estaba inmovilizado el coche después del almuerzo. Como no me apetecía quedarme a esperar, acordamos que lo recogería al día siguiente.

Regresé al barrio de los Remedios en el autobús público de Sevilla que atravesaba la calle Torneo hacia Triana. Durante el trayecto me acordé del profesor Hidalgo, quien iba y venía todos los días a la facultad en el mismo transporte, supongo que para evitar la contaminación de la ciudad con su vehículo. Una hora después, que fue el tiempo que tardé en llegar al piso, aplaudí su mentalidad ecológica, pero decidí que no era apta para culos inquietos como el mío.

Al entrar en el portal, casi tropiezo con un chico de mediana estatura, más o menos de mi edad, de pelo moreno, el cual hubiera pasado desapercibido de no ser por las manchas de vitíligo tan acusadas que exhibía alrededor de los ojos, a modo del negativo de un oso panda. Como de costumbre, miré en el buzón antes de subir en el ascensor. Junto a panfletos de propaganda de diversos hipermercados, encontré un sobre blanco con mi nombre escrito a máquina, sin sello ni remite, como si el autor de la misiva la hubiera dejado allí personalmente. Miré por instinto a la puerta de entrada del edificio buscando al portador justo cuando se disponía a salir la mujer de la limpieza del bloque, quien me miró con cara de cansada. Rasgué la carta con la llave del portal, que aún mantenía en mi mano derecha, y extraje un folio blanco escrito con la misma letra del sobre, sin fecha ni firma, donde leí lo siguiente:

Hasta ahora, la búsqueda ha sido infructuosa, pero todo tiene su fin y nuestra paciencia se agota. Te has apropiado de algo que nos pertenece por derecho desde hace décadas. Ya es hora de que vuelva a sus legítimos dueños. Nos entregarás el estetoscopio de madera el próximo viernes a las ocho de la mañana. Lo dejarás en el parque de María Luisa, en la glorieta de Bécquer, en un hueco detrás de la estatua de la dama que mira al cielo. Después te irás. Si te niegas a cumplir nuestras instrucciones, los pinchazos de las ruedas no van a ser nada comparados con los surcos que «dibujaremos» en la cara de Lucía.

El nombre de Lucía quedó resonando en mi cabeza y, de pronto, me la imaginé con la cara desfigurada, surcos de sangre sobre sus blancas mejillas, gritando de pánico. La carta cayó de mis manos, como si yo hubiera sufrido un accidente cerebral. La veía borrosa en el suelo, lejana. Esforzándome, me agaché y la recogí, aún tembloroso. La releí, esta vez más despacio, parándome en los puntos y comas, intentando vencer el miedo que se apoderaba de mi cuerpo. El profesor no se equivocó, en pos del cilindro se encontraban mentes perversas dispuestas a matar por conseguirlo. Y aunque en la carta no figuraba el terrible verbo, pensé en la muerte. ¿Quiénes eran aquellos perturbados que estaban dispuestos a marcar para siempre, con una huella perpetua e imborrable, a un ser tan adorable como Lucía por algo que les «pertenece por derecho»? Primero intentaron robarme, después me destrozaron las ruedas del coche y ahora esto. No, no se trataba de una broma.

Me senté en las escaleras que daban acceso al primer piso, junto a los buzones, los codos sobre las piernas, las manos sujetando mi cabeza, la maldita carta atrapada entre la frente y mi mano. No tenía fuerzas para moverme, ni apenas para pensar. Lo que sí quedaba claro era que Lucía no estaba implicada. Y casi me atrevería a jurar que tampoco lo estaba la hermana María Teresa, a no ser que bajo su apariencia de dulce monja se escondiera una depravada psicópata.

Varios minutos después, ya más calmado, al intentar ponerme en pie, la luz que se filtraba a través del cristal traslúcido de la puerta de entrada me permitió ver, de soslayo, una especie de marca de agua en el papel. Lo acerqué al cristal y miré la carta al trasluz. Como si de un billete se tratara, distinguí a la perfección una filigrana parecida a la estrella de David en el centro de la hoja, a la que no presté mayor importancia: supuse que sería el símbolo del fabricante, acordándome del famoso papel Galgo que alguna vez usaba cuando quería darle un toque de distinción a algún trabajo que tuviera que presentar en la facultad.

Cuando entré en el piso, llamé a Rafa en voz alta, más que para avisarle de mi presencia, para delatarme ante un posible caco, aunque no recibí respuesta alguna. Recorrí con sigilo el salón, la cocina, el pasillo y las habitaciones, sin detectar el rastro de ningún ladrón: todo estaba en perfecto orden. Volví al salón y me desplomé en el sofá sin saber qué hacer. Aún no había almorzado, pero no me habría entrado nada en el cuerpo ni con calzador.

Decidí telefonar al profesor, la única persona en quien podía confiar, rogando que estuviera en su casa. Descolgué el auricular del teléfono gris y golpeé con ímpetu las pestañas sobre las que se apoyaba, tal y como había visto hacer a Rafa en numerosas ocasiones, burlando el candado con el que su padre había clausurado la rueda giratoria del teléfono para evitar pagar enormes facturas, que al final acababa pagando inexorablemente. Dos golpes telegráficos para el dos, tres para el tres, utilizando el mismo procedimiento con los seis números.

—Profesor, buenas tardes, soy Diego Galván, perdone que le llame a su casa. No tenía otra persona a quien acudir. —Noté que la voz me temblaba.

—Tranquilícese, Diego, ¿qué ha ocurrido? Le noto nervioso. Cuénteme lo que quiera, ya sabe que puede confiar en mí.

—Tenía usted razón, los tipos que andan detrás del cilindro son capaces de cometer cualquier barbaridad. Después de salir de su despacho, me encontré rajadas dos ruedas de mi coche. Me resultó extraño, es un acto perverso típico de un ajuste de cuentas. Luego, al llegar a mi casa, recibí una carta amenazando con lastimar a Lucía, nada menos que haciéndole unos cortes en la cara, como en las ruedas, si no entrego el estetoscopio dentro de cuatro días. —Se me hizo un nudo en el pecho solo de pensar en un acto tan atroz.

—¡Dios mío, qué barbaridad! No se preocupe, Diego. Ya ve que no tienen contemplaciones. Por supuesto, entregaremos el cilindro, no vamos a poner en peligro a Lucía. En cualquier caso, debemos alertarla. Debe usted hablar con ella... y hacerla partícipe de este asunto.

—¿Quiere usted decir que debe conocer el poder mágico del cilindro?

—¿Acaso creería las amenazas si no le explicas lo que hay detrás? —afirmó contundente el profesor.

—Lleva usted razón, debo explicarle todo, aunque para eso será mejor que la vea, no es algo para contar por teléfono.

—Es lo más acertado. Si usted me lo permite, yo podría acompañarlo. Intente concertar una cita con ella mañana.

—¿Tiene usted coche, profesor?

—Se me olvidaba que no tiene usted el suyo. Claro que tengo coche, no se puede llegar en autobús a todas partes. Lo recogeré en su piso sobre las siete y media de la mañana. Si cuando hable con ella existe algún problema para nuestro encuentro, vuelva a llamarme. Si no, nos vemos mañana en el número ocho de la calle Virgen de la Cinta.

Me sorprendió que conociera mi dirección exacta; al momento caí en la cuenta de que en la facultad tenían todos nuestros datos.

—De acuerdo, así será. Voy a telefonarla ahora mismo. Gracias, profesor.

Aún con el auricular sobre el pabellón auditivo, realicé toda la parafernalia necesaria para llamar con el teléfono clausurado. Al poco, escuche la voz de una mujer de mediana edad, quien me intimidó. Olvidé que Lucía se alojaba en la residencia con otras hermanas. Le expliqué que era un amigo. Por su tono de voz, me pareció que le molestaba la llamada y que no estaban muy acostumbradas a recibir demasiadas. Para mi grata sorpresa, unos dos minutos después escuché la voz de Lucía.

—Hola, Diego. ¿Cómo estás? —preguntó ufana.

—Bien, bien. No sé si hago bien en contactar contigo de esta manera, me ha parecido por el tono de voz de la compañera, quiero decir de la hermana que ha descolgado el auricular, que no le ha sentado bien mi llamada.

—Bueno, sor Petra es una de nuestras hermanas más tradicionales. No tenemos

restricción de llamadas. En verdad, puede telefonarnos quien quiera, pero ella es de las que aún creen que solo debemos recibir llamadas de nuestros familiares. Ya ves, a estas alturas del siglo. Dime, ¿qué te cuentas?

—Mira, necesito verte. —Tragué saliva antes de continuar—. Creo que no he sido del todo sincero contigo cuando te hablé del estetoscopio de madera.

—¿Qué quieres decir?

—Indudablemente es una pieza de un gran valor por su antigüedad. Pero, además... goza de un poder difícil de imaginar que no te he desvelado. Es complicado contarlo por teléfono. Si no tienes inconveniente, me gustaría verte mañana a primera hora.

—¿Mañana? —Hizo una pausa, como repasando su agenda—. De acuerdo. ¿Te parece bien en la cafetería del psiquiátrico?

Recordé con desagrado la última escena vivida en dicha cafetería, con la doctora Acevedo gritando despavorida.

—¿Y no podría ser en otro sitio más tranquilo?

—Lo más tranquilo que hay por aquí para nosotras es la capilla. A las ocho ya se ha acabado la misa. Nos vemos allí, sobre esa hora. ¿Te parece bien?

—Muy bien, hasta mañana entonces —dije emocionado.

—Hasta mañana, si Dios quiere.

A pesar del regocijo que sentí sabiendo que me reencontraría con Lucía (qué paradoja, deseaba verla aunque fuera para comunicarle que podían agredirla), pasé la tarde angustiado.

A eso de las ocho apareció Rafa, acompañado de varios amigos cargados con litronas de cerveza y paquetes de patatas fritas, dispuestos para ver el partido amistoso de la selección española de fútbol contra Bélgica, preparatorio del Mundial de México. Me quité de en medio y me encerré en mi cuarto, con el pretexto de que al día siguiente tenía un examen. Por los gritos de Rafa y sus amigos, deduje que España llevaba la delantera, y más tarde me enteraría de que mi selección ganó por tres goles. Pero aquella noche simplemente salí de mi habitación para prepararme un bocata de queso, que consumí a dentelladas, sin ganas de tragar, como un reo en la reducida celda de su prisión.

Conversación en la capilla

Puntual como las campanadas de fin de año de la Puerta del Sol, el profesor Hidalgo esperaba frente a mi portal, apoyado sobre su Ford Scorpio. Me sonrió a través de la maraña de pelos de su barba y, cuando llegué a su altura, me abrazó palmeando mi espalda, sin reparar en las gotas de lluvia que comenzaban a caer; me sentí como si me abrazara mi padre. Mis lágrimas pasaron desapercibidas, confundidas con las del chaparrón que apremiaba.

Me senté en el asiento del acompañante y partimos en dirección al psiquiátrico de Miraflores. Para no pensar demasiado en el desagradable asunto principal del día, intenté concentrarme en la Sevilla que transcurría ante mis ojos. Cruzamos el puente del Generalísimo y pasamos por delante del Costurero de la Reina, ese pequeño castillo donde cuenta la leyenda que la infanta María de las Mercedes de Orleans bordaba el ajuar de su futuro y breve matrimonio con Alfonso XII, truncado por el tifus que la llevó a la temprana muerte. A la altura de la estatua del Cid («El Caballo» para los sevillanos), contemplé con sonrojo las masas de estudiantes que se dirigían diligentes, pero apremiados por el aguacero, bajo un festival de paraguas multicolor, hacia el edificio de la actual Universidad, la antigua Real Fábrica de Tabacos, donde se despejarían de sus últimos sueños escuchando su primera clase diaria de Filología, Derecho o Historia. Tardamos lo que se me antojó una eternidad en atravesar la rotonda de don Juan de Austria, donde desembocaban cientos de coches que, en su intento por continuar desde el Prado por la avenida de San Fernando en dirección al centro de la capital, quedaban atascados como trombos de colesterol en el torrente sanguíneo. Tras superar el escollo, dejamos a la izquierda el paseo de Catalina de Rivera, divisamos a través del nervioso movimiento de los limpiaparabrisas los Caños de Carmona (restos de un antiguo acueducto romano), y a la altura del Bazar España, giramos a la derecha y enfilamos la avenida Miraflores que nos llevaría, apenas sin tocar el volante, hasta el sanatorio.

Solo cuando el profesor aparcó en el centro sanitario y abrí la puerta para apearme, mi voz tornó a la vida y fui capaz de pronunciar un lacónico «gracias», al que el profesor respondió con una ligera negación de su cabeza. Martín recogió un paraguas del asiento trasero, cerró las puertas del coche y se acercó hasta mí para acompañarme después, con su mano derecha sobre mi hombro, protegiéndome del aguacero, hasta la misma entrada del psiquiátrico. Como ya lo había recorrido unas semanas atrás, no me costó trabajo recordar dónde se ubicaba la capilla. Atravesamos el edificio principal, salimos a los jardines centrales, evitando mojarnos bajo los soportales y, cuando tuvimos la capilla a unos escasos veinte metros, adelantamos el

paso hasta cobijarnos justo en su entrada. En la carrera, apenas percibí la fastuosa portada de entrada neorrománica, con sus tres arquivoltas y el símbolo del cordero de Dios sobre el tímpano. Sentada en la última fila de bancos, a la derecha del pasillo central, nos esperaba uniformada con su hábito blanco sor Lucía.

—Buenos días, por decir algo. ¡Qué tiempo tan malo, eh! —saludé a Lucía, que ya se levantaba de su asiento; en otras circunstancias y en otro lugar le habría estampado un beso.

—¡Hola! Alguien debe andar crispado por ahí arriba y nos empapa con sus lágrimas, esperemos que se le pase pronto —dijo señalando hacia el techo, sonriendo al profesor.

—Te presento al profesor Hidalgo, al que ya conoces de oídas. Me pareció oportuno que nos acompañara.

—Encantada —dijo Lucía estrechándole la mano—. Diego no sabe dónde ponerle, lo tiene usted encandilado.

—¿Ah, sí? Veremos a ver si piensa lo mismo a final de curso, cuando le entregue las calificaciones —dijo el profesor, dedicándome una mirada de complicidad.

—Pensará usted que es un sitio un poco extraño para reunirnos —aclaró Lucía—. Diego me propuso que nos viéramos en un lugar tranquilo. Aquí venimos las hermanas a hablar con ellos cuando tenemos algún problemilla —dijo mirando al altar, presidido por una talla de un clérigo de barba puntiaguda, vestido con alba, señalando con su índice izquierdo al cielo, y otra escultura de una monja de hábito negro que lleva de la mano derecha a una niña que la contempla admirada—. Son las imágenes de san Vicente de Paúl y santa Luisa de Marillac, los fundadores de la Orden de la Hermanas de la Caridad. No creo que exista en el psiquiátrico un lugar más tranquilo que esta bendita capilla. Sobre todo después de la misa de laudes: aún es muy temprano para que nadie más venga a rezar. ¿Nos sentamos?

La hermana tomó asiento en el mismo banco donde la encontramos y el profesor frente a ella, después guardó silencio, esperando que yo tomara la iniciativa.

—Lucía, el estetoscopio de madera de la doctora Acevedo es más antiguo de lo que pensamos en un primer momento. Lo han analizado en el laboratorio de datación por carbono 14 de Granada y parece ser que fue manufacturado a principios del siglo XIX. —Miré a Martín Hidalgo—. El profesor cree que pudo ser confeccionado o más bien encargado por el mismo Laennec. —Lucía me miró, sin saber de quién le hablaba—. Perdona, he dado por hecho que sabías quién era. Fue el célebre médico francés que inventó el fonendoscopio.

—¿Quieres decir que el estetoscopio de madera ha viajado a lo largo de más de un siglo y medio desde Francia hasta Sevilla?

—Exacto. Sabemos incluso que pasó por las manos del beato Pampuri, a quien se lo entregó un médico militar francés en la Primera Guerra Mundial. Pero eso no es todo, está dotado de un misterioso poder. El estetoscopio permite a quien lo usa adivinar o predecir el futuro a través de imágenes premonitorias. Aplicado sobre un

enfermo, nos advierte de si vivirá o morirá.

Lucía se quedó atónita, la boca abierta, estática como las tallas del altar. Un fuerte chaparrón encharcaba el psiquiátrico de puertas afuera. La de ojos zarcos miró al profesor, esperando una confirmación.

—Yo mismo lo he podido comprobar en el hospital universitario —dijo Martín Hidalgo con su cálida voz—. Diego tiene razón. No sabemos por qué mecanismo o mediante qué artificio el estetoscopio nos transporta a otro mundo, nos proyecta imágenes impensables e incluso escuchamos sonidos que no tienen nada que ver con los del cuerpo humano; escuché gritos de angustia, niños gimiendo, suplicando, en un paciente que iba a morir. Es inaudito; por supuesto, nunca oí hablar de nada parecido.

Lucía se levantó despacio, dubitativa, y se dirigió, medio levitando, hacia los primeros bancos de la capilla, frente a la imagen del crucificado que yacía tras el altar. Se arrodilló y se dispuso a rezar, cruzando sus finas manos ante su rostro. Miré al profesor, que se acariciaba su barba, desconcertado. Pensé que «la habíamos cagado», como diría Rafa, que lo habíamos estropeado todo, por bocazas. *Lucía se alzará del reclinatorio y nos mandará a paseo.* Me sentí mal por no haberle desvelado la verdad desde el primer momento. Minutos después, el profesor, que parecía haber intuido mis pensamientos, se dirigió a la entrada de la capilla, abrió su enorme paraguas negro y me miró por encima de su hombro, esperando que le siguiera. Entonces sor Lucía se irguió, se persignó y se dirigió hacia mí, con una sonrisa de Gioconda; el profesor retornó al asiento.

—Acabo de descubrir que Ana Acevedo no estaba loca, bueno, no tan loca como creíamos —dijo la de ojos azules.

—¿Cómo dices? —pregunté.

—Predecir la vida y la muerte, lo acabáis de referir. Por eso la tacharon de esquizofrénica. Decía que el mismo Dios le revelaba en sueños lo que iba a ocurrir con sus pacientes, quién viviría y quién moriría. Pensábamos que sufría delirios místicos. ¿No te acuerdas de lo que hablamos el primer día que nos vimos?

—Entonces —pregunté indeciso—, ¿nos crees?

—Cómo no voy a creerlo. Ana Acevedo no podría inventarse una historia así, concuerda con lo que me acabáis de contar. Si por lo menos ella me hubiera hablado alguna vez del estetoscopio de madera... Ahora comprendo por qué reaccionó con temor cuando se lo enseñaste. Ese misterioso tubo es el culpable de que ella se encuentre encerrada entre estas paredes. Pobre Ana. —Meneó su cabeza.

—Me alegro de que no estés molesta conmigo por no haberte revelado esto antes —continuó—. Como comprenderás, no es para ir contándolo por ahí a los cuatro vientos.

—Lo entiendo, Diego, y supongo que somos los únicos que estamos al tanto —dijo Lucía señalando al profesor.

Martín Hidalgo se acarició su barba e hizo un ademán hacia la monja, dándome a entender que había llegado el momento de hablarle de la carta. Tragué saliva antes de

continuar.

—Te equivocas. Hay más gente que conoce el poder del estetoscopio, forman un grupo, o algo así, que reclama el derecho a su propiedad y están dispuestos a recuperarlo, cueste lo que cueste. Hace dos días se adentraron en mi casa para robarlo, pero no lo encontraron porque el cilindro está en el laboratorio de datación por carbono 14 de Granada. Ayer me pincharon las ruedas del coche y poco después... dejaron en mi buzón una carta con amenazas. Si no lo entrego dentro de tres días...

—Entrégalo y ya está —dijo Lucía—. Asunto arreglado. ¿De verdad pensáis que vale la pena jugarse el tipo por algo así?

—Es lo que hemos pensado hacer —dije, mirando al profesor—, cuando tengamos el cilindro de nuevo con nosotros. El problema es que las amenazas no iban dirigidas contra mí.

Extraje la carta del bolsillo posterior de mi pantalón vaquero y se la entregué a Lucía. La abrió y la leyó. Sin retirar la vista del papel, se dejó caer en el banco, y la vi llorar, como lloran las dolorosas sevillanas: lágrimas lentas, labios trémulos, sin llanto.

—No se preocupe, hermana, no le pasará nada —dijo el profesor, extrayendo de su bolsillo un pañuelo blanco doblado con escuadra y cartabón—. Ya he telefoneado a Granada y en dos días lo tendremos aquí. Quédese tranquila, les entregaremos ese artefacto a esos desalmados.

—Perdonadme mi reacción —dijo Lucía, secándose las lágrimas con el pañuelo—. Desde hace unas semanas estoy muy sensible, me vengo abajo enseguida. Debe de ser el ambiente que se vive en este centro. ¿Y por qué yo?

—Alguien me ha seguido y nos ha visto juntos. Tú eres la más débil. Pero no vamos a permitir que te pase nada —dije tranquilizándola con mi mano sobre su hombro.

—Debo de estar viviendo la misma experiencia que la doctora Acevedo. Empiezo a pensar que ella también fue amenazada y que las manías persecutorias no eran tales manías, sino reales. —Lucía devolvió el pañuelo al profesor—. Ana no paraba de decir que la perseguían e incluso que los que iban tras ella querían arrebatarse su poder. Pero claro, quién iba a pensar que decía la verdad, son delirios habituales en los maníacos. Y sin embargo, seguro que se refería al poder del estetoscopio. De todas maneras, si para entonces no estaba desquiciada, ya no tiene solución, entre unos y otros hicimos de ella lo que es ahora: una loca encerrada en un absurdo manicomio.

—Deduzco entonces que estos sinvergüenzas de la carta llevan detrás del estetoscopio bastante tiempo —comenté—. Qué extraño. ¿Quiénes podrán ser?

—Es difícil saberlo, en la misiva dicen, textualmente, que el cilindro les pertenece desde hace décadas —razonó el profesor—; por lo que hemos averiguado hasta ahora, el estetoscopio ha pasado por las manos de diversos médicos que ya murieron.

De modo que la única explicación plausible que se me ocurre es que podrían ser descendientes directos del mismo Laennec.

—¿Y cómo saben que el estetoscopio está en Sevilla? —pregunté.

—*Je ne sais pas* —dijo el profesor, alardeando de sus conocimientos de francés—. Es una pregunta muy acertada, querido alumno, pero carezco de la respuesta.

—Qué lástima que no hayáis traído el estetoscopio —intervino Lucía—. Me hubiera gustado usarlo con algún paciente, debe de ser una experiencia inolvidable.

—No lo dude, querida amiga —dijo Martín Hidalgo—. En mi caso, sentí una paz infinita en el enfermo joven en quien yo lo apliqué, incluso vi una luz verde reconfortante que me mantuvo sereno, como hechizado.

—¿No sintió miedo? —preguntó Lucía.

—En absoluto. En ningún momento me atemoriqué, eso fue lo que más me sorprendió, al menos en el joven diagnosticado de linfoma. Yo diría que me sentí como fascinado, atraído por la luz verde, alguien que se pierde en la noche en medio del bosque y es guiado por la luz en la ventana de una casa. Aquella silueta... —El profesor me miró, dubitativo.

—Explíqueme a Lucía lo de la silueta, por favor —convine.

—Pues veré, no sé cómo hacerlo. En el fondo de la neblina verdosa me pareció ver la silueta de una persona, una figura humana. Ya le comenté a Diego que no podría definir el sexo; por la cabellera que llegaba hasta los hombros, yo diría que era una mujer. Todo el día tratando con locos y ahora le toca a usted escuchar a dos alucinados.

Lucía se echó a reír, no en plan desdeñoso, más bien cómplice, como si hubiera escuchado la gracia de un chiquillo. Su frágil rostro tardó en volver a la seriedad.

—No creo que estén ustedes locos. No, no me parece una alucinación, creo que sé bastante bien lo que es una alucinación, aunque no sea psiquiatra. No sé si lo que voy a decir se justifica porque soy monja, pero lo que han vivido ustedes más bien se parece a una visión mística.

El profesor y yo nos miramos como dos pasmarotes; en mi caso, no porque Lucía estuviera diciendo una barbaridad, sino más bien porque en una fracción de segundo caí en la cuenta de que podía ser una hipótesis verosímil; algo parecido a un milagro.

Martín Hidalgo sacó del bolsillo de su chaqueta un cigarrillo y lo sostuvo entre sus dedos; Lucía se le quedó mirando atónita, quizás pensando que una capilla no era el mejor lugar para encender un pitillo.

—No se altere, hermana, no lo voy a encender, solo voy a entretenerme con él —explicó Martín—. Es mi método personal para dejar de fumar. Ya llevo varias semanas sin encender un cigarrillo. Continúe, por favor, explíquese.

—Bueno, usted mismo ha dicho que vio algo parecido a una imagen, a una persona con cabellos largos, y que le inspiró una paz infinita. Numerosos santos y santas han descrito sus visiones de Dios y de la Virgen con palabras muy parecidas a las que usted ha pronunciado. Después de todo, el Señor se manifiesta de múltiples

formas. Santa Teresa de Jesús, por ejemplo, en sus visiones de Dios, sentía una paz eterna cada vez que entraba en éxtasis; ella misma reveló que dejó de temer a la muerte tras su encuentro con Dios. Y Bernadette, la niña que vio a la Señora en una cueva en Lourdes, también experimentaba en sus encuentros místicos una sensación de bienestar absoluto.

—Ya, pero... creo que estamos perdiendo la razón —dijo el profesor jugando con el cigarrillo apagado—; hablamos de un estetoscopio, de un instrumento médico de madera construido para escuchar los sonidos internos del cuerpo humano. Diego y yo no hemos entrado en ninguna cueva, ni hemos demandado la ayuda de Dios ni pertenecemos a ninguna orden religiosa. Todo ha acontecido en un hospital, en un centro público. Debe de existir una explicación más racional.

—Recuerdo haber leído algo sobre las visiones místicas de santa Hildegarda —prosiguió Lucía, ajena al comentario del profesor—, y se acercan bastante a lo que usted ha experimentado. «La luz que veo no pertenece a un lugar, es mucho más resplandeciente que la luz del sol, y no soy capaz de considerar en ella ni su altura ni su longitud ni su anchura.» No se impresionen, no son palabras mías, son de santa Hildegarda. Y también creo recordar que escribió algo así como «... en la visión se me apareció un hombre bellissimo y lleno de amor, y me dio tanto consuelo que su mirada inundó todas mis vísceras como un bálsamo, y me desbordé en un inmenso gozo...».

—Lucía —continuó el profesor—, no cabe duda de que entre lo que Diego y yo vimos o sentimos y lo que usted refiere acerca de las visiones de santos existe un parecido más que razonable. Pero, verá, yo soy un hombre de ciencia —enfaticó—, no puedo resignarme con esta explicación.

—¿Qué sabe usted acerca de las creencias religiosas del médico francés que inventó el estetoscopio? —preguntó Lucía.

—No entiendo adónde quiere llegar —dijo el profesor, entornando los ojos.

—Bueno, solo quería saber si podemos establecer alguna relación entre mi explicación «mística» de los poderes del estetoscopio —recalcó las sílabas— y las creencias religiosas de su inventor.

—A decir verdad, Laennec era un hombre de profundas creencias religiosas, a pesar de ser un excelente científico. Ya saben ustedes que siempre han existido y existirán médicos impíos: la inteligencia frente a las actividades no intelectuales del espíritu. Pero en el caso del médico francés, fue un binomio inseparable, y sin embargo, el nombre de Dios no aparece en ninguna de sus obras, porque supo mantener separados dos mundos diferentes y dos distintas actitudes del espíritu humano; a un lado, las lesiones anatómicas de los órganos y las manifestaciones clínicas que provocan en el enfermo, su «ciencia» de médicos; a otro, la fe y la vida piadosa. Vayamos a esta última. —El profesor volvía a hablarnos como si estuviera en su clase, a fin de cuentas era un erudito—. Puedo decirles, por ejemplo, que siendo estudiante de Medicina ingresó en la Sancta Maria Auxilium Christianorum, una

asociación piadosa de seculares fundada por jesuitas, de la que incluso llegó a ser vicepresidente. En las cartas escritas a su padre que se conservan, refiere que Dios era el único que podía darle la felicidad verdadera. Deben tener ustedes en cuenta que Laennec representaba a una minoría de intelectuales de los que necesitaban recurrir a Dios, puesto que en el siglo XIX la secularización del saber y la sed de autonomía del hombre europeo llevó en la mayoría de los casos al desarrollo de una ciencia natural ajena a la Divinidad. Nada lo explica mejor que la respuesta de Laplace a Napoleón cuando el emperador visitó el Observatorio de París y preguntó al sabio si su astronomía había prescindido de Dios. «Señor, no necesitamos esta hipótesis», respondió el astrónomo. Prosigamos con los ejemplos de religiosidad de Laennec: sus peregrinaciones a Luzarches, a escasos kilómetros de París, donde se encuentran las reliquias de los santos Cosme y Damián, que por cierto, habían estudiado Medicina. Es increíble, no sé cómo no había caído antes en este aspecto —murmuró el profesor, hablando para sí mismo—. Sabemos también que, siendo ya Laennec un famoso médico, hacía esperar a los familiares de los pacientes que atendía en su casa en un pequeño oratorio que por todo mobiliario disponía de un reclinatorio y un crucifijo. Incluso durante su estancia de enfermo en su nativa Bretaña, oía misa a diario y asistía con el rosario en la mano a las procesiones de la aldea.

—Curioso modo de proceder para un médico —confesé desde mi perspectiva de agnóstico.

—Pero, quizás, la anécdota más conocida —prosiguió el profesor— es la que protagonizó en París, cuando el papa Pío VII, que recibía un homenaje de los católicos franceses, exclamó al conocer la vida de Laennec: *Medicus pius res miranda*; para que nos entendamos, «Cosa de admirar, un médico piadoso». Es cierto, y no sé cómo no había pensado antes en ello: Laennec fue un cristiano ejemplar.

—Como los médicos que usaban el estetoscopio de madera —opiné—. El doctor Sanz también fue un médico piadoso, por lo que me comentó la hermana María Teresa. Y creo que ningún director de sanatorio que no fuera católico convencido y practicante habría emprendido muchas de las acciones que realizó el doctor Sanz en El Tomillar.

—Es cierto —aseguró el profesor—, parece existir un nexo común entre todos los médicos por los que ha pasado el cilindro de madera: profesaban una gran fe en Dios.

—O no la tenían y gracias al estetoscopio la adquirieron. Ocurrió con Salvatore Baldi que pasó de ser comunista al mayor capillita del barrio de Triana —maticé.

—Se olvidan ustedes del hermano Pampuri, quizás el caso más extremo, que profesó en la Orden de San Juan de Dios ya siendo médico —recordó Lucía.

—Podemos concluir —resumió el profesor— que los médicos protagonistas de nuestra historia, exceptuando el caso de la doctora Acevedo, eran muy fervorosos. De alguna manera, los médicos que ya eran creyentes reafirmaban su fe al disponer del estetoscopio y los que no lo eran, se convertían. Probablemente ellos comprendieron mejor que nosotros el alcance de las visiones que prodiga el fabuloso estetoscopio y

llegaron al convencimiento de que solo la mano de Dios podía suscitarlas. Sin embargo no olvidemos que no es más que un artilugio de madera. Seguimos sin saber por qué este y no otro cilindro tiene esta extraordinaria capacidad. Lo que trato de explicarles es que el poder místico del estetoscopio no depende de las personas que lo usan, sino de una fuerza inherente al aparato en sí.

—Cuando se lo enseñaste a la doctora Acevedo el día que nos conocimos —continuó hablándome Lucía—, me resultó extraño, porque el único estetoscopio que conozco es el típico de gomas negras, con dos auriculares. Nunca había visto uno de madera. Supongo que el cilindro que ahora está en Granada será igual a los que se hacían en la misma época.

—Es idéntico en cuanto a su forma y medidas al que describe Laennec en su tratado —afirmó el profesor.

—¿Y también en el adorno? —preguntó Lucía.

—No sé a qué te refieres —contesté sorprendido.

—Cuando pasé mis dedos por la superficie del cilindro de madera percibí una incrustación.

—Es cierto, no lo recordaba. Es usted muy observadora, hermana. —Lucía se sonrojó ante el halago del profesor—. Es una incrustación de marfil que hasta ahora no había observado en otros modelos realizados según las indicaciones de Laennec. Supongo que nuestro estetoscopio de madera lo mandó fabricar el científico después del primer modelo de 1816, adelantándose a Piorry, que fue el primero que puso de moda los estetoscopios de ébano y marfil.

—¿Y por qué sabe usted que la incrustación es de marfil? —preguntó Lucía, ladeando la cabeza.

—Bueno, en realidad no lo sé —respondió Martín Hidalgo esbozando una sonrisa —, pero por el color amarillento del adorno y por las imágenes de que dispongo de los modelos posteriores, ¿qué otro material podría ser?

—¿Sería usted capaz de diferenciar un fragmento de marfil de otro de hueso?

La pregunta de Lucía me inquietó, sin embargo admiré su capacidad deductiva; la había subestimado, quizás por ser monja, aunque lo cierto era que nos estaba poniendo en serias dificultades para responder. Lanzaba preguntas que a mí jamás se me hubieran ocurrido.

—¿Adónde quieres llegar, Lucía? —pregunté con estupor.

—No lo sé, probablemente estoy empezando a desvariar, tal vez a mí también me afecta trabajar rodeada de enfermos mentales, pero... qué ocurriría si la incrustación fuera de hueso. Sí, no me mires así —me recriminó—. Mi madre tiene un joyero de madera, del que estoy enamorada, adornado con incrustaciones de hueso de vaca.

—Es probable que el joyero de su madre esté fabricado con la técnica de la taracea —prosiguió el profesor—, que por cierto, estuvo muy extendida en Francia en el siglo XVIII. Las incrustaciones con marfil, nácar y piedras preciosas se utilizaron con profusión en la fabricación de muebles, y también las incrustaciones de hueso; no

solo para muebles, también para adornar instrumentos musicales: flautas, violines... Incluso existen piezas de ajedrez realizadas con hueso de camello —añadió el profesor—. Tiene su sentido, claro. ¿Por qué no hacerlo en un estetoscopio? Pero sigo sin comprender el alcance de su deducción.

—Yo voy más allá. —Lucía dudó un momento antes de rematar la frase—. ¿Y si fuera un hueso humano, un hueso de santo?

Si momentos antes pensaba que la hermana hacía honor a su nombre con su lucidez, ahora aquejaba diarrea mental. Oí el chasquido sordo del cigarrillo roto en la mano del profesor.

—Una reliquia, estoy hablando de una reliquia, no de un dulce. No me miren con esa cara, no soy ningún fantasma. Lo que trato de decir es que la incrustación podría tratarse de la reliquia de un santo. A fin de cuentas, las visiones fueron muy comunes entre los santos, ya os he narrado las que vivía santa Hildegarda.

Lucía se mostraba convencida de lo que afirmaba, aunque el profesor y yo no éramos capaces de articular palabra.

—¿Qué pasaría —continuó Lucía— si Laennec hubiera incrustado en su estetoscopio la reliquia de un santo? Sí, ya sé que se estarán preguntando ustedes que para qué iba a hacer tal disparate. No lo sé, no tengo una respuesta para eso, pero usted mismo ha dicho que era muy religioso, que rezaba el rosario, que participaba en las peregrinaciones a Luzarches. Es posible que dispusiera de alguna reliquia de santo y, por un motivo que desconozco, decidiera incrustarla en el cilindro. ¿Podría conjugarse la ciencia del instrumento con la mística del santo?

Monja tenía que ser para llegar a esa deducción, a nadie más podría habersele ocurrido tal explicación.

—Lo que dices parece inverosímil —le recriminé.

—Diego, no menos inverosímil que las visiones proféticas que usted ha percibido al usar el cilindro. —Lo que me quedaba por oír, el profesor le seguía la corriente—. Ciertamente, y a pesar de lo irracional de la situación, la explicación que usted ofrece es la más verosímil. Pero, por favor, que mis palabras no salgan de aquí. Me tomarían por loco si yo dijera algo parecido en la facultad. Se me ocurre que, aprovechando que el cilindro aún está en Granada, podemos contactar con el laboratorio para que hagan un estudio de identificación y datación con carbono 14 de la incrustación del estetoscopio. El problema es que este trabajo puede tardar un tiempo considerable y tenemos una amenaza de por medio si no lo entregamos en los próximos días. En cualquier caso, Lucía, ahora puede usted comprender por qué un grupo de desalmados podría llegar incluso a matar por disponer de este valioso instrumento. Predecir la vida o la muerte. ¿Hay algo más parecido a ser Dios?

—El profesor tiene razón —proseguí—. Lo mejor será hablar con el laboratorio de Granada. Es la única manera de saber si tu teoría es cierta. Y mientras tanto...

—Debería quitarme de en medio, ¿no es eso? —dijo compungida.

—Aunque suene duro oírlo, es lo mejor que usted puede hacer —dijo el profesor

—. Podríamos entregar el cilindro y evitarnos problemas. No obstante, la explicación que usted acaba de dar es de tal magnitud que no podré dormir tranquilo a partir de ahora sin saber si la incrustación es de hueso..., de hueso humano, me refiero. ¿Tiene usted dónde refugiarse?

—Una monja siempre tiene donde esconderse —respondió cortante—. Creo que me refugiare unos días en alguna casa de las Hermanas de la Caridad en otra provincia. De todas maneras, hacía tiempo que necesitaba cambiar de aires. Me vendrá muy bien. Ya contactaré con ustedes cuando pase un tiempo, será mejor así, por mi seguridad —dijo bajando la cabeza, mirando sus manos cruzadas sobre el talle.

—Bien, pues entonces, eso es todo... por ahora —dijo afligido.

Me levanté del banco y me aproximé hacia ella, que seguía perdida en sus pensamientos. Deseaba abrazarla, sentirla cerca, oler el perfume natural de su cuerpo. Esperé su respuesta; nada de aquello ocurrió. Extendí mi mano y hube de conformarme con sentir el latido de su corazón en la punta de sus dedos, transmitiéndome su miedo interior.

—Cuídate, Lucía.

—Que tengas suerte en tus investigaciones —dijo clavándome sus ojos zarcos.

Solté su mano, y me sentí como un barco levantando amarras, adentrándose en el mar bravío. No pude evitar girar la cabeza cuando ya estaba bajo los arcos de la entrada de la capilla. Lucía nos miraba desde su asiento, a punto de echarse a llorar. Intenté volver sobre mis pasos, no pude; el profesor ya me había abrazado y me guiaba, cobijado bajo su paraguas, hacia la salida del casi anegado psiquiátrico de Miraflores.

Después de abandonar el psiquiátrico, el profesor Hidalgo me acercó a la facultad de Medicina, donde asistí a las clases con la mente aturdida por el curso de los acontecimientos. Por una parte, me alegraba de que Lucía desapareciera de escena hasta que pasara la tormenta; por otra, me desalentaba saber que no sentiría su cálida presencia durante algunas semanas, eso suponiendo que no se encontrara más a gusto en su nuevo destino y no volviera a verla jamás; por mi culpa estaba metida en un lío considerable.

A ratos, ajeno a las explicaciones de los profesores en el aula magna, me arrepentía de haberla visitado la primera vez en el psiquiátrico, cuando fui para conocer a la doctora Acevedo. Y de repente, se apoderaba de mí una necesidad impulsiva de verla, de sentir la profunda paz de su mirada. Estuve a punto de levantarme de mi asiento y correr hacia el despacho del profesor Hidalgo para suplicarle que reclamara con urgencia el cilindro de madera; inesperadamente, en mis cavilaciones, descubría un lado oscuro de mi ser que pugnaba por salir, una especie de «ello», como diría Freud; lo que de verdad me hizo caer en la cuenta de que me estaba transformando en un horrible monstruo fue pensar que dentro de poco me convertiría en médico y, quién sabe qué logros clínicos podría conseguir con aquel fantástico estetoscopio. No era propio de mí pensar de forma tan abominable, pero fuera de la facultad campaba la realidad: miles de médicos parados trabajando en miles de oficios ajenos a la ciencia de la curación. Y luego estaba el famoso examen MIR, que me proporcionaría el acceso al aprendizaje de una especialidad médica, para el cual no me encontraba ni animado ni preparado. Pero ¿qué pasaría si, con un poco de suerte y alguna que otra llamada telefónica, comenzaba a trabajar en algún consultorio médico y el maravilloso «ojo clínico» del cilindro de madera me proporcionaba fama y me abría otras puertas? ¿Para qué necesitaría yo entonces una especialidad? Entonces, cuando me sobrevenían estos pensamientos, me despreciaba por mi egoísmo.

Me quedé a almorzar en la facultad. Aún con los garbanzos dando vueltas en mi estómago, intentando llegar al duodeno, me encerré en la biblioteca con la sana intención de que el ambiente de concentrado estudio que allí reinaba se apoderara de mí sin demasiado esfuerzo, por ósmosis, tan fácil como el contagio de una gripe. ¡Qué iluso! Buenas intenciones no me faltaban aunque, a cada momento, las miradas de desaprobación de las estudiantes sentadas a mi alrededor me recordaban que pasaba demasiado tiempo con la vista fuera de mis apuntes. Y no es que estuviera pendiente de si aquella tenía un escote pronunciado o esta unos labios carnosos: no

conseguía concentrarme en el estudio de las intoxicaciones por metales y plaguicidas, el tema que me había impuesto, dándole vueltas y más vueltas a mis paranoias particulares.

Era de noche cuando llegué al piso, después de recoger mi Seat 124 y pagar una buena roncha en el taller. Rafa, que vivía ajeno a todo mi ajetreo, se encontraba repanchingado en el sofá del comedor, la cabeza apoyada en un cojín. El olor concentrado a *pizza* de encargo me confirmó que, como de costumbre, mi compañero había rehusado torear en la plaza de toros que para él representaba la cocina. En la televisión ponían *MASH*, una serie americana de médicos militares en la guerra de Corea.

—Pedazo de capítulo, colega, te lo has perdido —dijo Rafa, emocionado—. No veas el lote de reír que ze pegan los cirujanos diciendo pamplinas mientras operan. Y la que le han liado a la Morritos Calientes, qué pedazo de tía. Le entran a uno ganas de hacerse médico.

—Es solo una serie de televisión, demasiado alejada de la realidad, la mitad de lo que cuentan es mentira. —Rafa arrugó el ceño, contrariado con mi opinión—. Aunque claro, es posible que en momentos de máxima tensión, como la guerra, la única manera de soportar tanto sufrimiento y dolor sea con humor. Seguro que si contaran los hechos tal y como ocurrieron, la serie no tendría el éxito que tiene —dije malhumorado, sentándome en un sillón pegado a la cabecera de Rafa.

—Tío, tampoco es *pa* ponerse *azín*. —Se incorporó en el sofá—. Ya zé que la risa es una forma de afrontar situaciones complicadas, que puede ser un mecanismo de defensa para afrontar conflictos, zi quieres que te hable con propiedad. Lo único que intentaba decirte es que cuando veo la serie me pego un *jartón* de reír y la risa también es una modalidad de terapia: relaja y desestresa. Te noto demasiado tenso, estoy seguro de que a ti te paza algo.

—Perdona, Rafa, no quería contestarte así. Es que llevo un día de perros.

Mi amigo se levantó del sofá, se aproximó al televisor y pulsó el botón de apagado. En la pantalla quedó una línea blanca luminosa, horizontal, que se transformó en un punto resplandeciente antes de desaparecer.

—*Illo*, Diego, ¿zabes algo más del intento de robo? El barrio está tranquilo; esta mañana le pregunté a los de la tienda de abajo y ninguna «María» les ha comentado nada.

—Si solo fuera el intento de robo. Me han enviado una carta con amenazas, bueno..., a mí no, a una amiga. Quiero decir, puf..., me estoy liando, la carta que estaba en el buzón era para mí, pero las amenazas físicas eran hacia una amiga mía.

—¿En nuestro buzón? ¿Una carta con amenazas? ¿Una amiga? —Rafa parecía una metralleta haciendo preguntas—. Ojú, *illo*, parece que no vivo aquí, no me entero de *na*. Digo yo que la carta la habrá mandado el mismo que intentó el robo, ¿no? —Rafa me miró muy serio, como cayendo en la cuenta de que le ocultaba algo—. Estás metido en un buen lío, y z abes más de lo que parece.

—Lo que estoy es *cagao*, tío. Siéntate y te lo cuento. —Rafa cogió de la mesa un paquete de Ducados y sacó un cigarrillo y su mechero Bic—. A ver por dónde empiezo... ¿Te acuerdas del estetoscopio de madera que compré en el mercadillo de la Alameda?

—Me acuerdo de que todavía me debes quinientas pelillas.

—Es verdad, además eso. Mil quinientas pesetas fue lo que me pidió el quinqui, ¿no es así? Pues el estetoscopio cochambroso que a ti no te gustó vale bastante más.

—¿Cuánto más? ¿Tres veces más? ¿Cinco veces más?

—A una pieza única en su género es imposible ponerle precio.

—¡Ostras, Pedrín! *Azín* que te vas a forrar. Ahora zé lo que buscaban los notas del robo. Vale que quieran trincarlo por lo que puedan sacarle vendiéndolo. —Rafa se mordía la uña del meñique de la mano derecha, a la par que sostenía el pitillo entre el índice y el corazón—. Pero lo que no zé es quién les ha *zoplao* que tú lo tienes y por qué hace un mes estaba *desarbolao* en una manta con más mierda que el palo de un gallinero en un mercadillo cutre, y ahora estén detrás de él como zi fuera el tesoro del Carambolo.

A ver cómo le explicaba yo a mi amigo Rafa que el cilindro de madera era un estetoscopio prodigioso sin que pensara que yo flipaba, que era lo que me iba a soltar en cuanto le contara lo de las visiones.

—Punto primero: no sé cómo saben que yo tengo el estetoscopio de madera y que vivo en este barrio. Punto segundo: en cuanto al valor del mismo, no es solo por ser una antigualla; hay algo más que no es tan fácil de explicar —dije mordiéndome el labio inferior—. Cuando llegue el momento te daré más detalles. Pero, por ahora, creo que es suficiente con que sepas que el fonendo vale más de lo que parece y que no puedo o, mejor dicho, no debo entregarlo. No todavía.

—Vale, tío, lo que tú digas. Estás de un misteriozo que *pa* qué. —Rafa dio una calada tan profunda al cigarrillo que temí que se quemara los dedos—. Por lo menos me dirás quién es tu amiguita, la amenazada. No la has traído por aquí, ¿no?

—Se llama Lucía y es una monja que conocí el mes pasado.

—Ostras, tío, ¿una monja? Joder, yo sabía que andabas de zecano, pero no tanto como para ligar con beatas. —Rafa apagó atropelladamente el cigarrillo en el colmado cenicero.

—¡Qué burro eres! Es una enfermera, una monja enfermera. La conocí en el psiquiátrico de Miraflores.

—Y encima en un manicomio, lo que yo te diga, colega, estás de remate. *Illo*, ¿y zi llevas la carta a la policía? A lo mejor pueden identificar a los culpables.

—¿Para qué? ¿Para que me tomen por loco cuando les cuente que he descubierto un estetoscopio que predice la vida o la muerte? —Se me escapó, no quería desvelarle nada a Rafa y ahora iba y lo soltaba. Mi amigo se quedó contemplándome serio unos segundos, en silencio, interpretando en su cabeza la barbaridad que acababa de escuchar. Me preparé para explicárselo todo, con pelos y señales.

—*Illo*, Diego, me estás azustando con las cosas que dices —dijo arrastrando las palabras—. No he entendido muy bien lo que has *largao*, pero digo yo que los médicos están para eso, ¿no? Para decirnos si lo que tenemos es grave o no lo es. Yo creo que lo que te hace falta es más cachondeo y menos darle a la mollera. ¿Hace unas cervezas en Los Feos?

Quizás hablé demasiado rápido, tanto como para que la mente de Rafa no procesara el alcance de lo que le había revelado acerca del estetoscopio; o tal vez me notó cara de cansado. Con Rafa no era necesario dar tantas explicaciones de por qué entraba o salía, por qué hacía esto o lo otro, no éramos nuestros padres, caramba. Era una de las facetas de la forma de ser de mi amigo que más me ataba a él: sabía no meterse demasiado en mi vida, dar marcha atrás cuando las circunstancias lo imponían, sin renunciar, por supuesto, a nuestra amistad.

Una voz en *off* preguntándote «¿Qué vas a beber, mi arma?» llegaba a tus oídos en cuanto traspasabas el umbral del bar Los Feos. Y cuando mirabas hacia el tramo del mostrador de donde procedía la pregunta, comprendías sin necesidad de explicaciones añadidas, el motivo del nada poético nombre del bar: allí estaba Curro, peleado con el peine, unicejo, cara afilada de caballa, capotes delante de un toro por orejas, los dientes mal alineados, esperando que pidieras una cerveza para que su hermano mellizo accionara el tirador que ya asía.

A pesar de ser un día laborable, el bar estaba de lo más concurrido. Casi al final de la barra, Rafa palmeó la espalda a dos compañeros de clase, asiduos del bar, que pertenecían a la benjamina tuna de Psicología: el E. T., bajito y cabezón, como el extraterrestre de la película de Spielberg, y el Cierrabares, alto y de ojos verdosos.

—Hombre, si está aquí el follador —me saludó el Cierrabares, palmeándome el hombro.

—Te encanta gastarme siempre la misma broma. Fuelladores, los de Guadalcanal somos fuelladores —repliqué.

—Pues peor para ti —contestó, desviando la mirada.

—*Illo*, ¿cómo andáis de rondas en la tuna de Psicología? —preguntó Rafa, tanque de cerveza en mano.

—Mal, tío, mal, no sé qué le pasa a las tías que no quieren ronda —dijo el E. T., negando con la cabeza—. Esto ya no es lo que era, las tías ahora solo quieren ir de discoteca, de movida.

—Entonces ¿no rondasteis el zábado?

—Sí, salimos para no perder la tradición, aunque al final acabamos cantando en el Buen Aire —dijo el Cierrabares, mirándome antes de especificarme—, en el Colegio Mayor.

—Llevábamos un pedazo de colocón... —continuó el E. T.—, y cuando saltamos la tapia de los jardines, el Lope fue a caer encima de un charco que era como una piscina; se enfangó hasta las orejas. —Soltó una carcajada—. No veas cómo se puso el traje, tío, menos mal que de noche las niñas no nos veían bien desde el balcón. ¿Y

vosotros?

—Tuvimos dos rondas —prosiguió Rafa, ufano—, la primera a las amigas de la novia de un novato y la otra a chavalitas de cuarto de Medicina. Estuvimos en zu pizo hasta las tantas y rematamos la juerga en mi caza. —Rafa sorbió un largo trago a su cerveza.

—¿Con ellas? —preguntó el Cierrabares.

—*Illo*, cuando no tengáis ronda me pegáis un toque y os venís con nozotros —respondió Rafa, esquivo.

—No sé, tío, no quiero mamoneos con algunos viejos de tu tuna, luego ponen mala cara —dijo el E. T.

—Te voy a dar lo que cayó en el Conquero, E. T., un mojón como un zombrero —dijo Rafa despacio, como recitando—. Vosotros venís conmigo y ya está, y los demás *callaitos*. Ahora, que también te digo que zi la coza ze pone chungu en vuestra tuna, siempre podéis pasaros a Medicina; entrando un tiempo como novatos, claro.

—A chuparla, chavalito —dijo el Cierrabares—. A la tuna de Psicología le queda cuerda para rato. —Pegamos todos un buen trago a las cervezas—. Por cierto, estuvimos en el Certamen de Tunas de León hace un mes.

—¿En León? Ostras, ¿cómo hicisteis para que os invitaran? —preguntó Rafa.

—No, a la tuna de Psicología no la invitaron —aclaró el Cierrabares—. Lo que pasa es que nosotros nos fuimos con mi Seiscientos de aventura hasta León, con dos huevos, y allí nos arrimamos a la tuna de Derecho, que sí estaba invitada. Saca las fotos, E. T.

El tuno de Psicología rebuscó en el bolsillo interior de su cazadora de ante marrón, extrajo un sobre con el logotipo rojo y amarillo de Kodak y comenzó a pasarnos un fajo de fotografías.

—Mira, este es el hotel donde nos metimos con los de Derecho, de cuatro estrellas, tío. Allí van por todo lo alto —dijo el E. T., pasándole las fotos a Rafa, este al Cierrabares y yo cerraba el cuarteto.

En una fotografía, cuatro tunos con el jubón medio desabrochado sesteaban sobre el césped de un parque, protegiéndose de la luz del día con sus negras gafas de sol; en otra aparecía una guapísima chica rubia (la madrina del Certamen, me explicó el Cierrabares), con cara de querer salir corriendo, agasajada por siete u ocho tunos; el Cierrabares, como buen pulpo, aprovechándose de su altura, conseguía endosarle su brazo por encima del hombro. De pronto, una de las fotos me llamó poderosamente la atención: tres tunos abrazados, mirando a la cámara, los ojos achinados, sonrisa bobalicona, signos de una señora borrachera. A derecha e izquierda, el E. T. y el Cierrabares, con sus becas de color malva. El tuno del centro vestía con beca roja, y por encima de la balanza y la espada del escudo bordado, mostraba adherida a la beca una insignia dorada parecida a la estrella de David. Su cara me resultaba familiar: padecía un llamativo vitíligo en los párpados y la periferia de los ojos. ¿Dónde había visto yo esa cara? Claro, era el chico con quien me topé al entrar en el portal el día

que encontré la amenazadora carta.

—¿Quién es este tuno de la beca roja? —pregunté nervioso al Cierrabares.

—Este *colgao* es Álvaro, el Mapamundi, ¿lo pillas?, por lo de las manchas en la cara. Es de la tuna de Derecho.

—¿Lo conoces bien? —pregunté.

—Dormí con él en el hotel de León. Y de alguna salida de ronda con su tuna cuando no hemos tenido ronda en Psicología. Se llama Álvaro, Álvaro Pareja.

—¿Pareja? ¿Tiene algo que ver con el abogado que sale todos los días en la tele?

—Sí, señor, su padre es don Álvaro Pareja Villalón, el abogado de los famosos, ese que defiende a la gente de pelas. Pedazo de moña se pilló el prenda de su hijo en León. Deben de estar limpiando todavía los restos de la pota que dejó en la alfombra de la habitación del hotel. —El Cierrabares hizo un gesto con dos dedos en su boca.

—¿Has visto esta foto, Rafa?

Le pasé la fotografía a mi amigo. La tomó, la miró con desgana y se la pasó al E. T.

—¿Qué tiene de particular? —preguntó cortante.

—Me crucé con el tuno de Derecho al entrar en el portal, justo el día que encontré la carta con amenazas en el buzón.

—¿Y?

—No sé, pero... me parecen demasiadas coincidencias. ¿Le conoces?

El E. T. y el Cierrabares se nos quedaron mirando con cara de no entender lo que pasaba. Rafa les dijo que pidieran dos cervezas más para nosotros, me tomó del brazo y me condujo, abriéndose paso entre la bulla, hasta la puerta del aseo de caballeros.

—No, no le conozco. —Su tono era solemne, parecía otra persona hablándome, más serio que de costumbre—. *Illo*, estás llevando esto demasiado lejos. Ves fantasmas donde no los hay. Deberías tranquilizarte, pazar de todo.

—¿Cómo quieres que pase de todo, Rafa? Primero roban en nuestro piso, después amenazan con desfigurarle la cara a Lucía. ¿Y quieres que esté tranquilo? —dije levantando la voz, que no desentonó con el murmullo de fondo.

—Te entiendo, colega, comprendo que lo estés pasando mal; estás estresado. Aún *azín*, tienes que mantener la calma. Mira, creo que deberías denunciar las amenazas a la policía, enseñarle la carta a la pasma, deja que ellos hagan zu trabajo.

—Mañana mismo iré a la comisaría —afirmé.

—Por fin entras en razón, cabeza dura. Anda, acércate a la barra y trinca la cerveza que te está esperando, antes de que esos dos ze piensen que zomos unos moñas. Y ahora, zi no te importa, voy a vaciar por el desagüe mi agüita amarilla.

Una reunión clandestina

El aburrimiento supremo se apoderaba de mí cuando, ¡aleluya!, Álvaro Pareja hijo apareció en el portal de su bloque: me salió bien la jugada. Teniendo en cuenta que era viernes por la tarde, los sábados salía de ronda con la tuna y en la primera cadena de televisión, de las dos con que contábamos, ponían el concurso *1,2,3... responde otra vez*, cuyo único aliciente para un tuno supuse que sería lo buenas que estaban las azafatas, en algún momento Álvaro debía abandonar su casa para salir de marcha. Esta vez no se me escaparía: contaba con la Vespa de Rafa.

El día anterior, después de desayunar y siguiendo la recomendación de Rafa, me había dirigido a la comisaría de policía más próxima, a mitad de la calle Betis, en Triana. Lo más probable era que Lucía ya se encontrara preparando su equipaje para salir de Sevilla, pero temía que le causaran daño; era prioritario descubrir a los maleantes que habían escrito la carta. No tenía nada que perder; lo único que debía denunciar era el intento de robo y las amenazas, sin nombrar en ningún momento el estetoscopio de madera. Por supuesto, la policía me haría preguntas; ante eso, me saldría por la tangente.

La mañana se había levantado clara, con algunas nubes tímidas que no deseaban aguarle el día a los sevillanos. Desde el piso, me había ido dando un paseo, la comisaría estaba a menos de un kilómetro. En la calle Juan Sebastián Elcano me envolvió el olor que emanaba de la fábrica de tabaco, trasladada a la margen derecha del río Guadalquivir a mediados del siglo xx. El edificio antiguo, cerca del prado de San Sebastián, donde don Próspero Merimé situó a su personaje Carmen, trianaera y cigarrera, se utilizó entonces para ubicar la Universidad de Sevilla, donde ahora estudiaba (hablando con propiedad, sería más correcto decir «donde estaba matriculado») mi amigo Rafa, al que dejé sobando en su dormitorio. Nunca fumé, pero el efluvio que emanaba de la fábrica me atraía, me incitaba a probar un pitillo, a sabiendas de que el sentido del olor no siempre iba parejo al sabor. Me explico: en mis primeros años de carrera me sentí en cierta ocasión atraído por el aroma dulzón del tabaco de pipa de un compañero de clase, hasta tal punto que me compré una, normalita, nada sofisticada, para probar, que olvidé a las pocas semanas cuando comprobé que el tabaco no sabía tan bien como olía.

Poco antes de llegar a la plaza de Cuba, a la altura del convento carmelita de los Remedios que da nombre al barrio, había divisado el río, donde algunos piragüistas remaban hacia Chapina y, recortada en el horizonte, más allá del puente de San Telmo, la Torre del Oro. Aguzando la vista, por encima de los edificios, se distinguía,

rematando la Giralda, el Giraldillo. Bordeé la plaza de Cuba y llegué a la calle Betis, solera de Triana, con sus edificios decimonónicos de fachadas variopintas: amarillo albero, azul maya, crema, borgoña... piedras preciosas reflejadas en el río. Paseando entre naranjos casi dispuestos a inundar la calle de fragancia de azahar, llegué a la comisaría.

La cola de resignados esperando su turno para renovar el carné de identidad alcanzaba casi hasta el embarcadero del río, aquel donde, a la luz de la luna, las parejas se refugiaban para declararse su amor. Un policía uniformado con chaqueta y pantalones marrones, los colores que le valieron el popular mote de «los monos», me indicó a qué mesa debía dirigirme para poner la denuncia. Entonces me pregunté si aquel poli estaría al tanto de que, justo a unos escasos diez metros, se situaban los camellos vendedores de hachís que, pasando olímpicamente de la comisaría, ofrecían chocolate a todo aquel que se acercaba por allí («¿Quieres, quieres?», te preguntaban con la tableta en la mano y los ojos desorbitados, esperando obtener un puñado de dinero suficiente para inyectarse un chute de heroína).

Al entrar me dirigí a una mesa que estaba atendida por un grueso señor de unos cincuenta y pocos, el bigote más poblado que la cabeza, la cara llena de pequeños cráteres, cicatrices de una probable viruela infantil. Supuse que sería un poli vestido de paisano. Me invitó a sentarme, me dijo que se llamaba Ramírez y me ofreció un cigarrillo que rechacé.

—Tú dirás —dijo, pitillo en alto, apoyando el codo en el reposabrazos del sillón.

—Es la primera vez que vengo a la comisaría a poner una denuncia, otras veces he venido a renovar el carné, pero nunca había puesto una denuncia, lo cierto es que mi amigo Rafa me convenció, y dije, por qué no vas y pones una denuncia...

—Escucha, muchacho —me interrumpió el agente—, ya sé que vas a poner una denuncia, pero ¿podrías ir al grano? Tengo otras tareas que hacer, gracias. Y dime también tu nombre, no sé con quién hablo.

—Perdone, estoy un poco nervioso. Me llamo Diego Galván. —Respiré profundo e intenté serenarme—. Han intentado robar en mi piso y he recibido en mi buzón una carta con amenazas.

—Bien, bien, ya vamos centrándonos. ¿Dónde y con quién vives?

Le resumí mi situación, le expliqué que era estudiante de Medicina y que vivía con Rafa.

—Hombre, así que de Guadalcanal, de donde la antena de televisión. Muy bien, ¿y cuándo fue el robo?

—El sábado pasado.

El agente retiró de un tirón su cigarrillo de la boca y se inclinó sobre la mesa.

—¿El sábado pasado? —Miró a su agenda de mesa—. ¿Sabes que hoy es jueves? ¿Por qué no has venido antes? Supongo que a estas alturas ya habréis recogido y ordenado el piso.

—La verdad es que al principio no pensamos poner ninguna denuncia, por eso no

vinimos. Y lleva usted razón, ya hemos puesto el piso en orden.

—¿Echaron ustedes algo en falta?

Aquí no sabía muy bien qué decir, me pilló por sorpresa. Me salí por la tangente, pensando que mi respuesta no acarrearía consecuencias.

—A mí me robaron dos mil pesetas y a mi compañero no le faltó nada, estaba durmiendo en ese momento en su habitación.

—Vaya sangre fría, robar con los inquilinos dentro. Sí, señor, un par de huevos o una desesperación del carajo. ¿Nada más? ¿Estás seguro de que no faltó nada más? Lo más probable es que el robo lo cometiera algún yonqui desesperado buscando dinero para alguna papelina, que es lo habitual. Aunque no suelen entrar a robar en pisos de estudiantes, que están bastante caninos. ¿Me entiendes? De todas maneras, tampoco es muy normal que no sustrajeran nada más, ni siquiera un triste equipo de música, porque tendrán ustedes al menos un casete, ¿no?

—¿Quiere que le enseñe la carta? —dije para desviar la atención, además era lo que de verdad me interesaba.

El agente la tomó, la situó debajo de una lámpara de mesa que parecía un platillo volante y la leyó. De vez en cuando levantaba la cabeza y me miraba con cara de malas pulgas. Por el tiempo que empleó, supuse que la leería al menos dos veces.

—Vamos a ver, muchacho, tengo la impresión de que me estás tomando el pelo. En esta carta, sin remite ni nada que indique su procedencia, dice a las claras que tú tienes algo que les pertenece y te dan unos días para que entregues... un ¿cilindro? Por cierto, la fecha de entrega es mañana. ¿A qué se refiere esta carta?

—No tengo la más mínima idea, señor. No sé qué es eso de un cilindro, creo que se han equivocado de persona. —Durante unos segundos nos miramos como vaqueros en un duelo de una película del Oeste.

—Entonces, tampoco sabrás quién es Lucía.

—Lucía es una amiga mía, una monja que es enfermera.

—¿Tú me ha visto cara de tonto? Veamos si soy capaz de ordenar la baraja. Vienes aquí porque temes que le hagan daño a Lucía, de la que creo que estás enamorado, o algo así. Lo digo por la cara de idiota que se te ha puesto cuando la has nombrado. Daño que puedes evitar si entregas lo que estos te piden, algo llamado cilindro, que no tengo ni puñetera idea de lo que es, aunque seguro que tú sí puedes facilitarme detalles.

La cagué, y bien cagada. En mi intención por ayudar a Lucía no caí en la cuenta de que me pedirían explicaciones que yo no estaba dispuesto a dar. Temía que me obligaran a enseñarles el estetoscopio: un objeto que había sido robado en casa de la doctora Acevedo, y que, por tanto, no me pertenecía. Por fortuna, no existía ninguna denuncia de dicho robo, solo yo estaba al tanto. A ver cómo salía del atolladero.

—Déjelo, agente, he cambiado de opinión, no quiero poner la denuncia —dije levantándome.

—Siéntate, caballerito. ¿Crees que puedes venir a hacerme perder el tiempo tan

alegremente, en vez de estar estudiando? ¡Vaya médicos que forman en la facultad! Te equivocas, señorito. No tengas prisa, has despertado mi curiosidad. No creo que estos aficionados vayan a hacer daño a nadie, pero me gustaría averiguar qué hay detrás de todo esto. Por lo pronto, me vas a dejar esta carta y mañana enviaremos un par de agentes al parque de María Luisa, a ver qué pollo se deja caer por allí. No te levantes todavía, debo redactar un informe. Déjame tu carné.

El policía aproximó hacia sí una máquina de escribir, introdujo dos folios que atrapaban un papel de calco en medio y, tecleando con sus dedos índices, redactó en pocos minutos un informe del que me entregó una copia.

—Te llamaremos por teléfono cuando tengamos noticias. ¿Algo más? —dijo devolviéndome el carné, mirándome de lado.

Me levanté sin decir palabra. ¿Qué podía hacer ahora? Hasta el día después, en el mejor de los casos, no recibiría información fresca, si es que los agentes lograban arrestar a alguien en el parque de María Luisa. Debía continuar la investigación por mi cuenta.

Se me ocurrió que no sería mala idea seguir la pista del tuno que aparecía en la foto con el Cierrabares, saber por dónde se movía. Encontrarme con él en el portal de mi piso justo el mismo día que echaron la carta era una extraña coincidencia. Busqué en una guía de teléfonos y me hice con la dirección del domicilio del famoso abogado, con la suerte añadida de que vivía a tres pasos de mi piso, en el mismo barrio de Los Remedios. A lo mejor precisamente por la cercanía, le encargaron que dejara la carta en mi buzón, si bien no se me ocurría por qué el hijo de un abogado, que también estudiaba para abogado, se interesaba por un estetoscopio antiguo. Intuí que a esas horas de la mañana, Álvaro se encontraría en la facultad, así que programé la vigilancia para la tarde; poco después del almuerzo puse en marcha mi idea.

Como el hijo del famoso abogado vivía en la calle Asunción, casi a la altura del cruce con Virgen de Luján, no me quedó otra alternativa que parapetarme en la confitería Nova Roma, emplazada en la acera de enfrente, en su «Salón de Thé», como anunciaba el rótulo, tapizado de madera y oro, desde donde podría vigilar el portal de mi presa. Después de dos horas de espera, a los camareros ya se les notaba algo mosqueados, supongo que pensando qué hacía un joven solo como yo en un local tan rococó, rodeado de vetustos señores y damas, leyendo un libro y mirando la mayor parte del tiempo a través del escaparate. Y eso que ya había pagado la cuenta: un café y una porción de tarta de chocolate, que me costó casi como una entrada de cine.

Cuando vi asomar la cara de Álvaro en el portal, salí corriendo de la confitería. Lo que vino después fue más absurdo que una película de Buñuel. Se montó en su Alfa Romeo Sprint, aparcado en la misma puerta, salió pitando y allí me quedé yo pasmado, en medio de la acera, sin saber cómo reaccionar. Dos horas esperando para nada. Entre yemas sevillanas, petisús rellenos de crema, tartas jugosas y níveos merengues pude ver, de reojo, mi cara de idiota reflejada en el escaparate de Nova

Roma.

Durante la noche, mientras conciliaba el sueño, había estado pensando cómo podría seguirlo sin que me despistara. Me acordé de la impresionante persecución en moto de Sean Connery como Agente 007 en la película *Nunca digas nunca jamás*, que había visto dos años atrás: necesitaba una moto. ¡Claro, la Vespa de Rafa! Era lo mejor para moverse por una ciudad con el tráfico de Sevilla y siempre encontraría un hueco para aparcarla. A primera hora de la mañana, para su desgracia, desperté a mi amigo y le conté la azarosa visita a la policía y el palmo de narices que me había pegado Álvaro. Después de reírse de mi parodia de detective, no tuvo inconveniente en dejarme su moto cuando se la pedí prestada; eso sí, la gasolina corría por mi cuenta, «Y zi encima me llenas el depósito, *mejón*», fueron sus palabras exactas.

A media mañana del viernes el policía de la comisaría me había telefonado para indicarme que no había descubierto nada: «... enviamos dos agentes a la glorieta de Bécquer, pero allí no apareció nadie, y eso que estuvieron desde bien temprano. Albergo la sospecha de que se olieron el pastel, sabían que no ibas a llevar el cilindro ese, ¿no es así? Ya llegará el momento de las explicaciones; por lo pronto, nos vamos a quedar con la carta, a ver si podemos encontrar huellas de algún delincuente que tengamos fichado, aunque esto tardará unos días. Toma nota de mi teléfono por si cambias de opinión y quieres contarme lo que aún no me has contado».

Por un lado, me alegré de que la policía mantuviera la investigación por su cuenta sin hacerme a mí demasiadas preguntas. Sin embargo, me dejó desconcertado el hecho de que nadie apareciera en el parque de María Luisa a buscar el cilindro. Se me ocurrían varias hipótesis: la primera, que de alguna manera se hubieran enterado de que Lucía se había quitado de en medio y que, al no correr peligro, yo no entregaría el cilindro. Esto suponía que la carta la había escrito alguien muy cercano a mí; la segunda hipótesis, que pensaran que yo le había echado valor al asunto y hubiera decidido no entregarlo, lo cual supondría que me consideraban más audaz de lo que soy. Y la tercera, que los delincuentes se hubieran percatado de la presencia de la policía y hubieran desistido de acercarse al grupo escultórico.

Pero volvamos al viernes por la tarde. Había anochecido y me encontraba en la misma puerta de Nova Roma cuando Álvaro salió de su bloque; el pelo engominado, repeinado hacia atrás, acompañado de su padre, el famoso abogado de anchos bigotes y gafas redondas, al que yo estaba acostumbrado a ver en televisión. Iban trajeados, como para una boda u otro acontecimiento social, si bien me resultó extraño que no fueran acompañados de la señora de Pareja. Mientras se dirigían al Alfa Romeo Sprint, aparcado en la misma acera, aún tuve tiempo de ponerme el casco que Rafa me había dejado y que casi nunca usaba, así me ayudaría a ocultar mi identidad. Álvaro enfiló la calle Asunción y en el cruce giró a la izquierda, tomando la avenida Virgen de Luján; pocos metros después, atravesaba el puente del Generalísimo. Al final del mismo se paró en el semáforo en rojo. Esquivando coches, me situé a su altura, casi pegado a su puerta, y pude distinguir a la perfección sus manchas de

vitiligo facial. Por un momento, pensé que me miraba y temí que me identificara, pero su vista se dirigía a las piernas de una motorista con pantalón vaquero ajustado que se había detenido a mi lado. Cuando el semáforo cambió a verde, torcimos a la derecha en la glorieta de los Marineros y seguimos por el paseo de las Delicias, dejando el parque de María Luisa a la izquierda, yo siempre siguiéndolo de cerca, a pesar de que circulaba a ochenta kilómetros por hora. Continuó por la avenida de las Palmeras, giró a la derecha en Isaac Peral y entró en la avenida Reina Mercedes, donde se encontraban la mayoría de las facultades de Ciencias de la Universidad de Sevilla. Aparcó el coche a mitad de la calle, junto al edificio sombrío de la facultad de Biología y yo hice lo propio unos metros más allá. La parroquia más cercana, la de San Antonio María Claret, distaba unos cuatrocientos metros desde nuestro aparcamiento, una distancia nada desdeñable para ir andando, suponiendo que fueran a una celebración religiosa.

Para mi sorpresa, Álvaro y su padre entraron en un edificio situado en una calle lateral a la avenida principal, obligándome de nuevo a montar guardia, esperando a que salieran. Esta vez tuve más suerte en la elección de la torre de vigilancia: en la misma calle encontré un bar, El Aljibe, frecuentado por gente de mi edad, estudiantes en su mayoría. Sonaba de fondo el tema *Querida Milagros*, del grupo El Último de la Fila. Durante mi espera también escuché canciones de Alaska y los Dinarama, Mecano, Objetivo Birmania y el temazo *Life is life*, de Opus.

Una hora y media más tarde, después de ojear el *ABC*, el *Correo de Andalucía* y el *Diario 16*, cuando ya dudaba entre seguir aturdiendo mi cerebro con Cruzcampo fresquita o partir en retirada con el rabo entre las piernas, Álvaro apareció en el portal, junto a otras once personas mayores que él vestidas de punta en blanco: ellos con traje y corbata, ellas con vestido largo. Algunas caras me resultaban conocidas de haberlas visto en televisión (quizás algún político famoso e incluso algún escritor). Departían con amabilidad, algunos se palmeaban la espalda, otros se estrechaban las manos, como despidiéndose.

De pronto, Álvaro se dirigió hacia el bar donde yo estaba, acompañado de su padre y otro individuo. Por fortuna, el local ya se había animado y no era difícil camuflarse entre el personal. Casi tiro el vaso al suelo cuando, una vez traspasaron la puerta de entrada, pude distinguir quién era el tercer hombre (sin ánimo de parodiar a Greene): solo lo había visto en una ocasión, sin embargo reconocí a don Francisco Gil, el director del hospital El Tomillar. Dejé sobre la barra dinero de sobra para pagar las cervezas, me coloqué el casco de la moto para no ser reconocido por mis «sospechosos» y hui, ante la mirada atónita de la peña, que se preguntaban cuántas cervezas era necesario beberse para salir de un bar con complejo de Hormiga Atómica.

Para qué están los amigos

Ni diez minutos tardé en deshacer el camino recorrido, girar en la glorieta de los Marineros Voluntarios y retornar a la avenida Reina Mercedes. Aunque mi primera reacción fue salir escopetado del bar para no ser visto por don Francisco Gil, mientras atravesaba Sevilla en la Vespa, camino de mi piso, caí en la cuenta de que la supuesta reunión celebrada en los altos de El Aljibe no tenía el aspecto de un simple encuentro de amigos, de los que acaban tomando copas en los bares. Por otro lado, la presencia de don Francisco Gil confirmaba que Álvaro había sido el aprendiz de cartero encargado de dejar la misiva en mi buzón, escrita por él mismo, por don Francisco Gil o por otro responsable del grupo. Pero se me escapaban otras cuestiones. Hasta cierto punto, podía entender que el director de El Tomillar, como médico, mostrara un interés inusitado por un estetoscopio antiguo, y que en vez de tentarme con una buena oferta económica, contratara los servicios de cualquier bala perdida para robarlo del piso. Lo que no me cuadraba era que un eminente abogado como don Álvaro Pareja se involucrara en este asunto con su hijo. ¿Qué pintaban el resto de los contertulios? Recordé que en la carta se hacía referencia a «un objeto que nos pertenece desde hace varias décadas». ¿Tendría algo que ver esa frase escrita en plural con el grupo que se acababa de reunir?

Aparqué la moto en la acera y me dirigí al portal de entrada del cual habían salido unos minutos antes Álvaro y sus acompañantes, cerciorándome primero, con un leve vistazo, de que en la entrada a El Aljibe nadie me dirigía indiscretas miradas. La puerta de hierro estaba cerrada, así que hube de ingeniármelas para sortear el portero electrónico. Pulsé el primer botón que se me puso a tiro. «Perdone, ¿me puede abrir? Traigo un pedido de comida china», respondí ante la primera interpelación que me preguntaba quién era. «¿Cómo? ¿Que trae un pedido de comida? ¿Estará de cachondeo, no?», escuché al otro lado. «Lo siento, que le abran en la casa adonde va», me contestó sin abrirme. Tras cuatro intentos fallidos, convencido de que mi argumento para entrar era infalible, alguien aburrido, con prisas o simplemente sin ganas de preguntar por el motivo de mi visita me abrió, echando por tierra la invulnerabilidad de los porteros automáticos como guardianes del calabozo.

La entrada al portal era similar a la de otros pisos de barrio: un largo corredor, con una fotografía en blanco y negro de la Plaza de España, que finalizaba en las escaleras de subida, dejando a un lado las descoloridas puertas verdes del ascensor. Miré los letreros de los buzones, alineados sobre la pared ocre y, salvo los nombres y apellidos de dos médicos y el de un abogado, no encontré reseña alguna a ningún colegio profesional, asociación, organización, partido político ni nada semejante que

justificara la reunión de una docena de personas. En principio, parecía un bloque de vecinos cualquiera; todo resultaba muy extraño.

Salí del portal, arranqué la moto de Rafa y regresé a mi piso. Encontré a mi amigo en el pasillo de entrada a punto de salir de marcha.

—Bueno, Carvalho, ¿qué tal te ha ido? —me preguntó.

—La verdad es que gracias a ti y a tu pedazo de Vespa, la tarde se me ha dado muy bien. —Había llegado el momento de las confidencias—. Oye, Rafa, creo que debo contarte todo lo que me callé el otro día. ¿Llevas mucha prisa?

Rafa tenía las llaves del piso en su mano, vestía su cazadora azul marino, el pelo ensortijado, lustroso, olía a Paco Rabanne. Debió de leer en mi cara que algo no andaba bien.

—He quedado para salir, pero... qué cojones, puedo llegar más tarde, que vayan bebiendo sin mí. ¿Me lo cuentas mientras nos jalamos una cervecita?

En la cocina olía a churros, que no eran otra cosa que las croquetas fritas que mi amigo se había zampado. Abrió el frigorífico, necesitado de una visita al hipermercado Continente, y sacó dos botellines de Cruzcampo. Emitiendo un ruido metálico, las chapas salieron rodando por la cocina, impulsadas por un abridor con la Virgen del Rocío adornando el mango. Rafa me pasó mi botellín, se sentó en un taburete y sacó un cigarrillo de su paquete de Ducados.

—El estetoscopio de madera puede predecir el futuro —espeté sin preámbulos—. Conozco esa cara de incredulidad, ya la he visto antes. No sabemos qué provoca ese poder, pero cuando se lo aplicas a un paciente en el tórax, puedes ver si se curará o si morirá. Lo he descubierto en mis prácticas. Y me he explicado con propiedad, con el estetoscopio ves, a la par que escuchas. Es extraordinario.

Rafa dio un largo trago a su cerveza; oí como bajaba el líquido por su garganta. Se quedó mirando la botella medio vacía.

—Ezo mismo fue lo que me pareció oírte decir el otro día. Penzé «Este tío está zumbao», aunque me doy cuenta de que no escuché mal. En ese momento no quise hurgar... O zea, que es verdad.

—Es real, no lo dudes —aseveré—. Puedes preguntarle a otras personas que han comprobado lo que digo: mi profesor de Historia de la Medicina y Lucía, la monja de la que te hablé. Desde que tú y yo estuvimos en el mercadillo de la Alameda no he hecho nada más que averiguar de dónde procede este estetoscopio. —Bebí un trago de cerveza—. Perteneció a una doctora que trabajaba en el hospital El Tomillar y que ahora vive internada en el psiquiátrico de Miraflores. A su vez, a ella se lo regaló el antiguo director de El Tomillar, que a su vez lo recibió... Bueno, es una larga historia, no quiero aburrirte. —Sonreí sin ganas—. La cuestión es que el estetoscopio ha ido pasando de mano en mano, de médico en médico, seguramente del siglo pasado al actual, hasta mis manos. Hoy he deducido que Álvaro fue quien dejó la carta en el buzón.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —dijo Rafa, cortante.

—Está compinchado con el director del hospital El Tomillar, le enseñé el estetoscopio cuando estuve allí investigando. Los he visto juntos en Reina Mercedes, saliendo de una extraña reunión. ¿No te parece que son demasiadas coincidencias? No sé qué se esconde detrás de todo esto, y no sé si voy a decir una burrada: forman parte de algo parecido a una secta.

—¿Una zecta? —Rafa abrió los ojos con expresión de hipertiroideo—. *Illo*, que aquí el que chupa tele zoy yo.

—A ver, Rafa, piénsalo bien. No es muy normal que se pongan de acuerdo el director de un hospital, un famoso abogado y un estudiante de Derecho, que por cierto es su hijo, para apoderarse de un estetoscopio antiguo que goza de poderes sobrenaturales. Eso sin contar con el resto del grupo con el que se han reunido. No puedo darte nombres porque los desconozco, aunque acabo de ver allí a gente de lo más variopinta: he reconocido a un político y a un escritor, de esos que salen en la tele. En total eran doce personas, como los doce apóstoles.

—A lo mejor zon de algún partido político nuevo, las elecciones están a la vuelta de la esquina —comentó Rafa.

—No me cuadra, ¿con doce miembros? Y luego está lo de la carta. No te la puedo enseñar ahora, la tiene la policía: en ella hablan de algo que les pertenece desde hace décadas. ¿A quiénes? ¿Y para qué lo quieren? ¿Sabes qué creo? —Di un trago a mi cerveza; Rafa me imitó—. Que toda esta pandilla forma parte de una organización, una organización secreta.

—*Illo*, no puedo más, yo también tengo algo que confesarte. —Rafa se levantó, dejó el botellín vacío encima del fregadero, miró por la pequeña ventana de la cocina, después se volvió y me encaró—. Llevas razón, Álvaro está metido hasta el culo.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo lo sabes?

—Porque Álvaro ze quedó a dormir aquí la noche del robo, él fue quien puzo las habitaciones patas arriba. —Rafa se acercó al frigorífico y extrajo la última cerveza que quedaba.

Por un momento, mientras abría el botellín, tuve la intención de salir de allí.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —pregunté irritado.

—Porque no lo sabía, tío, de verdad. El sábado del robo yo traía una moña impresionante, me acuerdo que llegué a caza con otros dos tunos, nos fumamos unos petardos, me metí cazi a rastras en mi habitación y los dejé rajando en el comedor. Al día siguiente no me acordaba de nada. Después en Los Feos, cuando me enseñaste la fotografía de Álvaro con el Cierrabares, me acordé de pronto que él fue uno de los tunos que durmió en casa eza noche. Cuando dijiste que lo habías visto entrando en nuestro portal y que él podía haber echado la carta, caí en la cuenta de que también podía haberse quedado en el pizo la noche de la borrachera rebuscando lo que quisiera. ¿Me entiendes? Yo me acosté y los dejé en el comedor, no zé qué hicieron después.

—Eres un mentiroso, Rafa. Me aseguraste que no lo conocías, confié en ti.

—No podía decírtelo, tío, no me atrevía. Es el hijo de don Álvaro Pareja Villalón, eze tío tiene mucho poder mediático, ¿qué querías que hiciera? No podía delatarlo, me hubiera metido en un buen lío.

—¿Y yo qué, eh? ¿No me he metido en un buen lío? Ahora comprendo por qué me enviaste a la policía.

—Lo ziento, Diego, quería ayudarte, pero no me atreví a delatar a Álvaro. Creí que, llevando la carta a la policía, ellos lo aclararían todo.

Nos mantuvimos en silencio un minuto eterno, Rafa intentando despegar la etiqueta de papel del botellín de cerveza, yo mirando a la mesa sin saber cómo actuar. Fue mi amigo quien rompió el frío silencio.

—Perdóname, Diego, zoy un capullo. He actuado mal, lo reconozco y me ziento ahora mismo fatal. No quiero que estemos *azín*. Me ziento obligado a ayudarte en lo que zea. —Me tendió su mano, vacilé un instante, después la estreché fuerte; nunca he servido para enfadarme con nadie—. ¿De verdad crees que pertenecen a una zecta? Deberías buscar pistas en el pizo donde se reunieron.

—¡Ya lo hice! Entré en el portal y no encontré nada anormal, ninguna referencia a ningún grupo organizado. Quizás investigando a Álvaro, conociendo más detalles de su vida privada... A lo mejor, en su casa tiene algún documento que nos dé alguna pista.

—¿Qué estás pensando? —me preguntó al ver mi cara de póquer.

—Me la debes —dije silabeando.

—A ver zi te entiendo, que me parece que ya zé lo que tienes en la chorla. ¿Me estás proponiendo que me esconda en la caza de Álvaro y haga algo parecido a lo que hizo él?

—Me la debes —repetí.

—Ezo es una majadería, *illo*, no podría ni intentarlo. Seguro que zi me acerco a él ze huele el percal y no me deja entrar en zu caza ni a mear. Pero zé quién podría hacerlo sin levantar zospechas: el Cierrabares.

—¿Haría eso por ti?

—¿Para qué están los amigos? Tú déjame a mí, hablaré con él. Le diré que zalga de ronda este fin de semana con la tuna de Derecho, que ze pegue bien al culo de Álvaro y que, con la excusa que le zalga del carajo, ze quede a dormir en zu caza.

—Tienes que decirle que busque por donde pueda, Rafa, en su habitación, en el despacho de su padre, que mire documentos, cartas, panfletos, propaganda, yo qué sé, cualquier cosa que huela a organización.

—Déjalo de mi mano, amigo. —Me dirigió una amable sonrisa—. Y gracias por perdonarme. Porque zé que no fumas, zi no, íbamos a zellar este acuerdo como los indios, con un pedazo de pipa de la paz; tengo una yerba zuperior.

Rafa se fue de marcha, yo me preparé un bocata de tortilla francesa y me acosté sin demora tras degustarlo. El sábado me levanté de madrugada con la intención de estudiar para presentarme, al menos, al parcial de Medicina Legal y Forense que el

profesor Frontela había convocado, tras suspenderse la huelga, para la última semana de febrero. Para no perder tiempo, me llevé el café y las magdalenas a la mesa de estudio. A media mañana recibí una grata llamada telefónica:

—Hola, Diego, soy Lucía —escuché sobresaltado a través del auricular.

—Lucía, ¡cuánto me alegro de oírte! ¿Dónde estás? Se te oye regular.

Tardó unos segundos en contestar, supuse que mascullando la respuesta, quizás por miedo.

—Estoy en una casa de retiro espiritual en la provincia de Huelva, ya sabes que no puedo darte más detalles; espero que me comprendas.

—¿Cómo no voy a comprenderte, Lucía? ¿Estás bien? ¿Te falta algo? —pregunté como un padre ante el hijo que se ha ido de casa.

—Me tratan muy bien. Aquí se respira paz aunque aún no he tenido tiempo de conocer bien a mis compañeras, que me han acogido entre sus brazos. Llegué el viernes, después de un pesado viaje. He llamado a mis padres y he pensado en hablar un ratito contigo. ¿Cómo va nuestro asunto?

No sé cómo esperaba Lucía que interpretara lo que me acababa de decir, pero me sentí pletórico al saber que estaba entre los primeros en su listín telefónico. Entendí que «el asunto» se refería al estetoscopio.

—Mejor de lo que esperábamos. Al final decidí denunciar las amenazas en la comisaría aunque, de momento, la policía no ha aclarado nada. Cuando tú estabas llegando a Huelva, descubrí que el director del Hospital El Tomillar está detrás del estetoscopio. Y parece que no es el único.

—No te entiendo.

—Hay otras personas detrás de todo este lío, que forman algo así como una organización secreta, aunque de momento no tengo más detalles. ¿Cuánto tiempo más permanecerás allí?

—Las hermanas me han rogado que me quede al menos dos semanas, dedicándome a la oración y a plantearme la fuerza de mi fe. Creo que la oración también podría ayudarte a ti.

—Hace demasiado tiempo que no rezo.

—Lo sé, aun así, te ayudará a acercarte a Dios. La oración es una necesidad tan elemental como la de construir, la de trabajar o como la de amar. Por medio de ella, el hombre va hasta Dios, y Dios entra en él.

—¿Sabes, Lucía?, los acontecimientos de estos días me han hecho recapacitar sobre mis creencias. Yo soy un hombre de ciencia, me debo a la razón. Sin embargo, el poder del estetoscopio no es explicable mediante ninguna fórmula matemática o reacción química. Parece un hecho milagroso. —Me sentí bien al decirlo—. Sí, suena extraño que yo hable así, pero no puedo negar la evidencia: he visto curarse a personas que la Medicina daba por desahuciadas. ¿Comprendes lo que digo?

—Cómo no voy a comprenderte, Diego, no olvides que además de monja soy enfermera. Pero para mí, ciencia y religión no están en desacuerdo. Hay algo más

allá, algo que nos trasciende y que se escapa a nuestro entendimiento. La fe no tiene fórmulas. Por eso debes rezar, Diego, pronto sentirás los efectos de la oración y verás que no es una ilusión.

—Pero ¿cómo debo rezar?

—Como si le hablaras a un amigo, al amigo que nunca falla. Déjate llevar por los sentimientos, no por el intelecto, abre tu corazón. Se reza como se ama, con todo nuestro ser; basta que abras tu alma. Rezaré por ti, Diego.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Intentaré quedarme aquí hasta que esté segura en Sevilla.

—Creo que será lo más acertado. ¿Puedo telefonearte?

—Aquí no me está permitido recibir llamadas, pero puedo hacerlas yo. Oye, tengo que dejarte, tenemos el rezo del ángelus. Un abrazo.

Sin apenas darme tiempo a despedirme, me quedé de pie un largo rato, con la imagen de los azules ojos de Lucía en mi mente. Solo había hablado con ella en contadas ocasiones y sin embargo, sentí una ingrata sensación de soledad, como si me faltara algo propio. Me sacó de mi aturdimiento la voz de Rafa.

—Buenos días, colega —me dijo desde la puerta del salón, rascándose con una mano la cabeza y con la otra la entrepierna.

—A buenas horas, mangas verdes. ¿Te acostaste muy tarde?

—Todo lo que pude y más. Cuando llegué al pizo todavía no habían puesto las calles. ¿Hace un cafetito? —Se metió en la cocina y se dispuso a preparar la cafetera de aluminio con forma de diábolo—. Tengo buenas noticias para ti.

—Dispara.

—Me encontré al Cierrabares y el plan está en marcha. Esta noche tirará para el bar Las Columnas, frente a la Giralda, donde se reúne la tuna de Derecho para ir con ellos de ronda, con la excusa de que en Psicología no tienen. Bueno, de excusa nada, no tienen nunca. Voy al grano: se pegará como una lapa a Álvaro y dormirá en su caza. Mañana tendremos los detalles. Nos veremos en Los Feos por la noche.

—Qué tempranito, ¿no?

Rafa sonrió.

Me tomé un café solo que me supo a aguachirri y, cuando Rafa se metió en el baño, con su técnica de llamada en metralleta, telefoneé a mis padres a Guadalcanal. Después de hablar con Lucía me entró la morriña. Mi padre me contó que había participado con otros compañeros en las protestas contra la política agraria del Gobierno, metiendo su tractor en la carretera para reclamar una subvención directa al gasóleo y que su precio en la gasolinera no sobrepasara las cuarenta pesetas («Imagínate, Diego, más de veinticinco mil tractores en toda España», me dijo). Mi madre se preocupó por si comía bien o no («De vez en cuando, hazte un buen potaje», me recomendó) y le respondí, en broma, que yo no era el cocinero de Casa Robles, pero me defendía. Me preguntó cuándo iría otra vez por el pueblo y se me hizo la boca agua mientras me hablaba de «unas fiambreras» que me iba a preparar

cuando fuera; las que me traje en el viaje anterior a mi pueblo me las había zampado. Así que para almorzar, emulando a los cocineros de la alta *cuisine*, preparé la comida más internacional entre los universitarios emancipados: *macaroni au thon à la sauce tomate*, en castellano, que saben mejor, «macarrones con atún y tomate».

Sobre las ocho de la tarde del domingo, Rafa y yo bajamos a Los Feos, donde habíamos quedado con el Cierrabares. El bar estaba muy animado, aunque no tanto como las noches de los sábados. Algunos parroquianos discutían entre sí, derramando con el braceo espumosos tragos de cerveza de sus largos vasos.

—Parece que está el patio revuelto, ¿no, Curro? —preguntó Rafa al mayor de Los Feos, echando mano de la cerveza que este le ofrecía.

—¿No te has enterado? Ha perdido el Sevilla, mi arma. El Buitre le ha *encajao* dos goles. Er niño está que se sale. A ver si en los mundiales juega igual, el hijoputa.

—Pues creo que el Betis también ha perdido —continuó Rafa.

—¡Qué dise, *chavá!* Que yo de los pueblerinos der *Beti* no quiero saber *na* —se quejó Curro, sacudiéndose el hombro.

Cuando habíamos consumido la mitad de las cervezas, apareció el Cierrabares sin afeitar, la cara verdosa; parecía un paciente renal. Se aproximó a nosotros y le hizo un gesto a Curro con el puño cerrado, flexionando la muñeca, como si él mismo asiera el tirador de cerveza. De un tirón apuró el vaso entero, ante la mirada de aprobación de Curro, como diciendo «así debería beber *to* er mundo». Cuando abrió su boca, indicando con el pulgar al feo que le tirara otra cerveza, más que hablar, pareció lanzar una serie de eructos enlazados.

—¿Qué pasa, Rafa? Hola, follador.

—*Illo*, colega, no veas cómo vienes —dijo Rafa—. Te has *rajao* la voz. Me recuerdas a un tío de Huerva que va por las calles pregonando mojarras.

—Qué noche, tío, qué noche —rebuznó—. Gloriosa. Lo que pasa es que no he dormido casi nada y vengo molido. Teníamos el bautizo de un primo, mi madre me ha despertado temprano, así que habré dormido como mucho dos o tres horas. Te tenías que haber venido a la ronda, Rafa.

Apenas escuchamos la última palabra, que se perdió poco a poco en la cueva de su boca. Por un momento, pensé que se quedaría afónico y no me enteraría del transcurrir de la noche.

—Qué va, qué dices. Nosotros tuvimos un pedazo de ronda en Medicina —continuó Rafa—. Lo que paza es que yo también había quedado hoy con una amiga para comer y me recogí temprano, no tanto como tú. ¿Es verdad o no, Diego?

—Verdad, Rafa, verdad —lo apoyé.

—¿Y dónde está ahora tu amiga invisible? —le retó el Cierrabares.

—Es que tenía que estudiar, está liada con los exámenes de febrero, tío. No es como nosotros, que nos importa todo un *güevo*; comió y ze fue.

—Sí, Rafa, sí, lo que tú digas. No tienes rollo ni *na*. Exámenes de febrero... Que te ha dejado tirado, vamos. —Me dirigió una sonrisa socarrona.

—Bueno, al tema. ¿Te metiste en caza de Álvaro o no? —preguntó Rafa sacando su paquete de cigarrillos.

—¡Qué pedazos de tías, colega! Hacía tiempo que no daba una ronda así. El balcón estaba lleno de chochitos, casi se cae. Y con las faldas hasta aquí, tío. —El Cierrabares se puso la palma de su mano a la mitad del muslo—. Con el frío que hacía, colega. Allí ligaron hasta los novatos, que ya es decir. Es que estaban rabiosas.

—¿Pero te quedaste en caza de Álvaro o no? —insistía Rafa.

—Me ligué a una rubia casi más alta que yo, una americana que está aquí aprendiendo español. Fíjate, yo que no hablo ni un pijo de inglés. Menos mal que ella me comprendía bien. Pues con todo el inglés que hablaba, me hizo un francés. —El Cierrabares lanzó una carcajada que resonó como el aullido de una hiena.

—¡Antonio! —vociferó Rafa, que se enfadaba por momentos.

—Vale, tío, vale. ¿Qué te pasa? Siempre te ha gustado escuchar la parte escabrosa de las rondas —dijo el Cierrabares, bebiendo su cerveza—. Sí, pesado, dormí en casa de Álvaro. ¿Estás más tranquilo?

—Otro día me contarás tus ligues, ahora zigue —dijo mi amigo.

—Pues eso, tío, que me ligué a una yanqui que estaba buenísima. Y el cabronazo de Álvaro también ligó. Cuando ya estaba harto de cantar tantos boleros y la yanqui me tenía a cien, le pregunté a Álvaro si podíamos irnos a su casa, que yo necesitaba una cama para echar un polvo. Con los de mi tuna es más fácil, tío, porque me voy a casa de los pueblerinos que están en alquiler y... —El Cierrabares se amedrentó cuando vio la cara de Rambo que se le estaba poniendo a Rafa—. Sigo, sigo, no te enfades —dijo levantando las palmas—. ¡Qué suerte, tío! Resulta que los padres de Álvaro se habían ido a pasar el fin de semana a la playa de Matalascañas, así que, en cuanto vimos que en la ronda ya no había nada que hacer, nos fuimos los cuatro a su casa. ¡Qué piso, tío, qué lujazo! Cómo se nota donde entran los billetes a espuestas. Álvaro sacó una botella de Chivas y nos metimos dos lingotazos cada uno, la yanqui y la gaditana morena que iba con Álvaro también, no sabes cómo le daban al *drinky*. Total, que Álvaro se fue a su habitación y me dijo que podía meterme en la de su hermano, que también se había ido a la playa, pero que tuviera cuidado de dejarlo todo como estaba y que, en cuanto follara, me fuera a mi casa. ¿Me das un cigarrillo? Esto es lo mejor que hay para la ronquera.

Rafa sacó su paquete de Ducados, le ofreció un pitillo y lo encendió con su mechero Bic. Le dejó darle un trago a su cerveza y no le metió más prisas, temía que el Cierrabares perdiera la voz. Dos parejas se levantaron de una mesa contigua, momento que aprovechamos para sentarnos.

—¡Cómo chingan las yanquis, Rafa! Son una máquina, echamos dos polvos, pero ya te lo contaré otro día. ¡Ah! Y nada de romanticismos ni pollas, cuando acabamos le dije que me iba a quedar un ratito en casa de Álvaro y va y me dice que no importa,

que ya coge ella un taxi en la esquina. «*Be happy*», me dijo con un beso. Ya ves, igual de reprimidas que algunas españolas. —Me dio un codazo—. Después de irse esperé un rato, hice la cama —bajó aún más la poca voz que le quedaba—, me guardé los condones usados para tirarlos, salí de la habitación y me acerqué a la de Álvaro. Puse la oreja en la puerta. ¿Sí? ¿Qué pasa? No me miréis así, que no soy un guarro, era para ver si estaba en plena faena. Y como no escuché nada, me dije: «Estos dos se han quedado dormidos y no se levantan hasta el mediodía». Yo creo que serían las cinco de la mañana. Así que me fui de excursión por el piso, Rafa, como me dijiste.

—Vale, *illo*, ya nos has contado tu rollo erótico, y además sabemos que eres un tío tela de limpio. Ahora, ¿puedes ir al grano? —le apremió Rafa.

—Entré en varias habitaciones, hasta que di con una llenita de libros, que olía a moqueta vieja, con una mesa de madera de las buenas y un sillón negro de piel y pensé «Este debe de ser el despacho del padre». Total, que entro, cierro la puerta y lo primero que me deja descolocado es un trozo de tela, como una especie de beca de tuna, de seda o raso amarilla —hizo un gesto con sus manos, moviéndolas por el torso de arriba abajo—; pero no como la vuestra de Medicina, Rafa, más clara. Estaba allí, apoyada sobre el respaldo de un sillón. Me acerco y resulta que no tiene forma de uve, sino de pentágono, con un vértice largo hacia abajo y dos letras mayúsculas bordadas: una *ese* en el lado derecho y una *i* en el lado izquierdo. ¿Qué te parece?

—Déjame que piense —continuó Rafa—. En Sevilla hace años estaba la tuna del Distrito, que representaba a todas las facultades. A lo mejor la *ese* significa Sevilla, pero la *i* no sé qué carajo significa. Aunque yo creo que eza beca no era amarilla, sino verde. ¿A ti te ha contado Álvaro algo de que el padre estuviera en alguna tuna?

—Que yo recuerde no. Pero espera, Rafa, que no he acabado —continuó el Cierrabares—. Lo más curioso era que en el vértice tenía colgando una chapa redonda dorada, como una insignia, con una estrella de seis puntas dentro. Podría ser un collar de esos que se ponen algunos magistrados en los actos oficiales...

Al oírlo, me puse tan nervioso que mi vaso de cerveza retumbó sobre la mesa con ímpetu, recayendo sobre mí, como en una película de terror, las miradas asustadas de los cinco amigos que tapeaban en la mesa contigua. Junté las palmas de mis manos delante de mi boca, pidiendo perdón.

—¿Has dicho una estrella? ¿Cómo era? —dije.

—Como esta.

El Cierrabares sacó de su bolsillo un pañuelo de raso que extendió sobre la mesa. Allí estaba plasmada, sobre un fondo blanco, la estrella que yo había visto al trasluz en la carta de Álvaro.



Para ser exactos, más que una estrella, la figura consistía en dos triángulos equiláteros, uno blanco y otro negro, entrelazados sobre un fondo rojo, formando lo que a simple vista parecía una estrella de seis puntas, idéntica por tanto a la estrella de David. Rodeaba a los dos triángulos un hexágono dibujado en línea discontinua, y todo el conjunto, a su vez, estaba envuelto por un círculo negro. Los últimos elementos, que pasaban casi desapercibidos, eran dos finas líneas perpendiculares que recorrían el interior del círculo, trazadas por encima de los triángulos y que se cruzaban en medio.

—*Illo*, Antonio, ¿tú eres tonto o comes bolitas? ¡Cómo ze te ocurre robar esto! —dijo Rafa susurrando, señalando el pañuelo.

—No lo he robado, Rafa, bueno, quiero decir, que allí había veinte o treinta en una caja. Total, por uno que coja...

—¿Y qué coño es? —preguntó Rafa, malhumorado.

—Esta estrella es la misma que vi en la carta que dejó Álvaro en nuestro buzón —aclaré.

—¿Estás zeguro? —preguntó Rafa.

—Tan seguro como para ir con el pañuelo a la policía y acusar a Álvaro.

—¿Policía? ¿Qué policía? —Al Cierrabares se le pasó en un momento la torrija que llevaba encima—. ¿De qué va esto, Rafa?

—No te lo puedo explicar todavía, tío. Pero descuida, que yo cumplo mis promesas; confía en mí. Me pregunto qué carajo significará este zímolo —dijo Rafa, frotándose la barbilla.

—No tengo ni idea —continuó el Cierrabares—, pero el dibujito está por todo el despacho.

—Explícate —dije.

—Una pared estaba llena de cuadros con fotografías en blanco y negro de una gente con unas caras de carcas que *pa* qué. Parecían los viejos de una tuna. —Se carcajeó—. No, en serio, vestían según la moda de hace cien años. Incluso había uno que se parecía a las fotos de Freud de los apuntes de Psicología Dinámica que nos daba la Carmen Loza. Y en el centro de todas las fotografías, la más misteriosa. A ver si me acuerdo de todos los detalles. Se la habían hecho a un señor con aspecto antiguo, vestido con traje y pajarita, con barba y unos bigotes así —hizo girar sus dedos—, engominados hacia arriba, como los del Dalí. ¿Habéis visto esas películas del cine mudo donde cuando se pelean y alguien se agacha, siempre se lleva el puñetazo un tío con barba que está detrás? Pues esa pinta tenía el tío. Estaba sentado junto a una mesa con un tapete en el que, te lo juro, parecía que iba a echar las cartas. A los lados se veían dos estatuas altas con cabezas egipcias y detrás unas cortinas con unas letras rarísimas con este mismo dibujito —dijo señalando con el índice al pañuelo.

—¿Y quién era el pavo eze? —preguntó Rafa.

—No sé si tendrá algo que ver con un apodo que se repetía en un montón de libros colocados en una estantería junto a las fotografías que, por cierto, estaban escritos la mayoría en francés. El nombre de Papus estaba en casi todos ellos.

Nos quedamos los tres mirándonos, sin hablar. Aquel nombre a mí no me sonaba de nada, nunca lo había oído.

—¿Como la revista de cachondeo? Zí, hombre, el Papus, eza que ze mete con los políticos y trae fotos de tías *güenorras* —dijo Rafa—. Perdona, Antonio, era una broma. Zigue.

—Pues eso, que la estantería estaba repleta de libros, todos antiguos. Cogí uno de ellos y casi me quedo con la portada en las manos, se desmoronaba, tío. No me acuerdo de los títulos exactos, pero iban sobre el tarot, la cábala y las ciencias ocultas. Y otra cosa; por encima de la estantería, en la pared, encontré una revista de color sepia enmarcada sobre un fondo de terciopelo rojo. —El Cierrabares extrajo del bolsillo de su camisa un trozo de papel con algunas anotaciones hechas a bolígrafo—. La revista se llamaba *Le voile d'Isis*, que quiere decir algo así como «el velo de Isis». Menos mal que yo di francés en el instituto.

—¿Quién era Isis? —pregunté.

—Diosa madre de los egipcios, también conocida como la Gran Maga —afirmó rotundo Rafa.

—No me puedo creer que conozcas el dato. ¿Y tú cómo lo sabes? —pregunté

sorprendido.

—Por los crucigramas. A ver, *illo*, qué quieres, es que no me puedo llevar la tele al váter.

—La revista estaba fechada —continuó leyendo el Cierrabares—, en 1890, debajo del título ponía, en francés, claro, Órgano del Grupo Independiente de Estudios Esotéricos de París, con este mismo emblema —señaló el pañuelo—, y el director era el Papus. Resumiendo: parapsicología barata, Rafa.

—Joder, Antonio, no veas cómo te lo has currado, *illo*. A ver *zi zoy* capaz de plantear una hipótesis razonable con todo esto. El menda de la fotografía de los bigotes engominados debe de *zer* el líder de un grupo esotérico que practica magia blanca, por *ezo*, como tú bien dices, en la fotografía parece que va a echar las cartas, seguramente el tarot. La revista *zerá zu* órgano de difusión. Y el zímbo lo del pañuelo, que coincide con el de la revista, con la insignia del simulacro de beca y con la cartita de marras, el emblema del grupo.

—Lo que yo te decía —exclamé—. La familia Pareja y el director de El Tomillar están metidos en algo más gordo de lo que yo creía; fíjate hasta dónde hemos llegado: ciencias ocultas. No me equivoqué pensando que pertenecían a una secta.

—¿Una secta? —preguntó el Cierrabares, indignado—. Me voy a cagar en tu padre, Rafa, vaya lío en el que me has metido. Yo creía que se trataba de conocer las «aficiones» del padre de Álvaro. Incluso me tragué lo que me contaste de que a lo mejor era maricón perdido. Bueno, ya te lo he contado todo. Yo he cumplido con mi parte, ahora te toca a ti. Y las cervezas también las pagas tú. Me piro.

El Cierrabares se levantó y se fue sin mirar atrás, algo tambaleante, olvidando sobre la mesa el pañuelo con el emblema. Siempre había pensado mal de los tunos, me parecían unos aprovechados, gente sin escrúpulos, vividores sin idea de futuro, vampiros de sus padres. Pero después de haberse ido el Cierrabares (Antonio, en su casa), me alegré de estar rodeado de personas tan cabales.

—Oye, Rafa, tengo que darte las gracias. Hemos conseguido más de lo que yo podía imaginar. Mañana o pasado iré a la policía y le llevaré esta prueba. Por cierto, me tienes intrigado, ¿qué es lo que le has prometido al Cierrabares?

—Prezentarme por él a los parciales de Psicología del Aprendizaje, que tiene pendiente de cuarto, y hacerle el trabajo de Terapia de Conducta, como *zi* yo no tuviera bastante con el mío.

—Yo por esa oferta también me habría dejado sobornar.

—Y una cama en nuestro pizo cuando nechezite echar un polvo. ¿Qué, pedimos otra caña?

¿Vuela el alma al cielo?

Don Francisco Gil nos recibió en el hospital El Tomillar a la hora del ángelus, rezo que algunos españoles oírían de fondo en Radio Popular mientras se afanaban en sus tareas y que Lucía estaría rezando, a buen seguro, dondequiera que estuviese recluida.

A primera hora de la mañana había telefoneado a la comisaría y me habían pasado con el agente Ramírez. Por el tono de su voz, menos ácido que la última vez que hablamos, me dio a entender que esperaba mi llamada. Le expliqué la conversación que mantuve con el Cierrabares el día anterior y mis fundadas sospechas de que don Francisco Gil y el hijo del célebre abogado eran los autores de la amenazadora carta. Ramírez me tranquilizó al decirme que interrogaría a don Francisco, pero antes me obligó a pasarme por la comisaría con el fular: quería asegurarse de que el símbolo del pañuelo coincidía con el de la carta.

Mientras conducía hacia la calle Betis, donde me costó la misma vida aparcar, me entretuve en pensar cómo iba a cotejar la policía el pañuelo con la carta, si esta la estaban analizando en busca de huellas. «Aquí las cosas no son tan rápidas, muchacho, esto no es el FBI», me dijo el agente al verme la cara de pasmado que se me quedó cuando extraía la carta, tal y como se la había entregado la semana pasada, de un cajón de su mesa. ¿Y esta es la policía que debía desvelar el misterio? Por primera vez, después de largo tiempo, recé para que la investigación policial diera sus frutos.

«Así que tu amigo ha tomado prestado este pañuelo de la casa del abogado que defiende al empresario más rico de España. A ver cómo reacciona cuando se entere», dijo el agente metiéndome el miedo en el cuerpo. Tomó el pañuelo, lo extendió encima de su mesa, lo examinó haciendo un mohín con la cara, miró la carta al trasluz y luego de nuevo al pañuelo. «Coño, son dos gotas de agua», dijo moviendo el bigote.

La prueba le pareció tan evidente como para telefonar de inmediato al hospital El Tomillar y concertar una cita con su director. Le prometí que le explicaría todos los detalles del asunto. Y allí estábamos ahora, esperando «que el director cante», según me había comentado el agente Ramírez camino del hospital en el Talbot Horizon de la policía, donde le expliqué los pormenores de la trama del cilindro mágico.

—Siéntense, señores —dijo el director tras las presentaciones—. Ya ven que este despacho no es muy grande, pero estamos acometiendo reformas que no tardarán demasiado en ver la luz. ¿Puedo ofrecerles un cigarrillo?

Me excusé diciendo que no fumaba. El policía tomó un pitillo de la cajetilla de

cartón del director, quien le ofreció fuego con su mechero dorado.

—Usted dirá, agente —dijo don Francisco, después de la primera calada.

—No quiero ser desconsiderado, creo que usted ya intuye el motivo de mi visita... nuestra visita, quiero decir —dijo el madero mirándome de reojo.

—Le rogaría que fuera usted más explícito.

—Bien, iré al grano —dijo Ramírez, reclinándose hacia delante en su sillón—. Diego Galván, que usted ya conoce por haber estado aquí enseñándole el *funendoscopio* antiguo, o como se llame, ha puesto una denuncia en relación a una carta con amenazas que ha recibido en su casa. Y parece ser que usted es el autor material de dicha carta. ¿Me explico?

—Efectivamente, Diego estuvo aquí hace un mes —me dirigió una fugaz mirada —, recabando información acerca del doctor don Eduardo Sanz, mi antecesor en el cargo, al que, al parecer, había pertenecido el estetoscopio del que usted habla. Pero esto es lo único que puedo referirle. No sé nada acerca de ninguna carta.

—Entonces tampoco sabrá explicarnos qué significa este símbolo, ¿verdad?

El agente Ramírez extrajo del bolsillo de su chaqueta de cuadros el pañuelo con el extraño dibujo y se lo entregó al director, este lo abrió y lo situó sobre su mesa. Me pareció que contraía, durante una fracción de segundo, el músculo orbicular de los labios y que sus pupilas se dilataban, pero fue un gesto sutil, sabía controlar muy bien sus emociones. Se inclinó sobre la mesa antes de hablar:

—Yo diría que es la estrella de David, se parece bastante a la que aparece en la bandera de Israel. Quizá debería usted visitar la sinagoga de la calle Peral —dijo socarrón el director, sin levantar los ojos del pañuelo.

—Es posible que siga su consejo —continuó Ramírez—. Y de paso llevaré también la carta con amenazas, que muestra al trasluz el mismo dibujito. ¿Qué coincidencia, verdad? —Apagó su cigarrillo en el cenicero de la mesa del director—. Aunque eso será después de que usted me explique por qué están estampadas sus huellas dactilares en la carta.

Aquel giro en la entrevista no me lo esperaba. El agente Ramírez se había marcado un farol que solo yo conocía. La carta aún no había sido analizada por la policía, pero Ramírez, a pesar de su tosquedad, me demostró que confiaba plenamente en mi versión de los hechos.

—¿De dónde han sacado este pañuelo? —preguntó el director, clavándonos su mirada; su frente comenzó a brillar. Ramírez me hizo una seña con las cejas, esperando mi explicación.

—De la casa de don Álvaro Pareja —dije recreándome en las palabras.

—¿De la casa de don Álvaro? ¿Cómo es posible?

—Un amigo en común con su hijo se quedó a dormir en ella —repliqué—. Y también les he visto a ustedes tres salir de una reunión en Reina Mercedes.

El director se quedó mirándome en silencio, impasible, apenas sin respirar; creí que de un momento a otro iba a tener que saltar por encima de la mesa para hacerle

un masaje cardiaco. Observé por encima del hombro al agente Ramírez, quien me guiñó un ojo en señal de aprobación. El cigarrillo del director se consumía lento en el cenicero. El sonido de una ambulancia que se acercaba al hospital pareció sacarlo de su crisis de ausencia.

—Es un auténtico memo, no sé quién me mandaría confiar en un niño de papá como Álvaro. —Se quitó las gafas y se frotó la raíz nasal—. La imagen que ven ustedes en el pañuelo es el pentáculo martinista. No tiene nada que ver con la estrella de David. —Se incrustó las gafas y señaló sobre el pañuelo—. Los triángulos representan la evolución y la involución, el hexágono los seis periodos de la creación, el círculo representa a Dios como símbolo de la eternidad y las líneas que lo cruzan, lo activo y lo pasivo.

—¿De qué carajo nos está usted hablando? —preguntó el policía.

—Les estoy hablando del símbolo de la Orden Martinista.

—Lo que me faltaba, hombre, meterme ahora en líos con una secta —dijo Ramírez.

—Se equivoca, nuestra orden no tiene nada que ver con una secta —dijo el director alzando la voz—. Es todo un sistema de filosofía espiritual que nos aproxima a Dios, a la fuerza general que maneja toda la naturaleza.

—O sea, una secta religiosa —insistió el agente.

—Le repito que el martinismo no es ninguna secta. Tampoco somos un movimiento religioso, aceptamos a miembros de todas las religiones e ideologías; estamos por encima de las creencias religiosas. En la vida existen miles de preguntas sin resolver, para las que ni la religión ni la ciencia tienen respuesta —dijo, transcendental—. El mismo Papus, nuestro gran maestro en Francia en el pasado siglo, fue un médico de prestigio que en ningún momento descuidó su labor como facultativo. Curaba a los enfermos irradiando su magnetismo personal. Incluso llegó a ocupar la jefatura de un departamento dedicado a la hipnosis del Hospital de la Caridad de París. Pero, como gran estudioso, buscaba sin descanso explicaciones a los fenómenos para los cuales la ciencia oficial no tenía respuestas. Su propósito fue muy loable: elevar las disciplinas esotéricas a la categoría de Ciencia.

—¿Ciencias el tarot, la cábala y el ocultismo? Yo pensaba que la ciencia la representaban la física, la química y otras disciplinas —aseveré. El director me miró como si le hubiera ofendido.

—Hablo de la Ciencia, no de las ciencias, y la Ciencia ha estado siempre oculta, en lo oculto y ocultando, ciencia oculta, *occultati occultans*. Tolomeo y Estrabón eran sabios, no magos. Los estudiantes creéis que lo sabéis todo, pensáis que la Medicina oficial es la única válida. Todo lo que se salga de las materias de la facultad no tiene validez, ¿verdad? Los catedráticos harían muy bien en obligaros a leer la filosofía de Papus.

»Hoy en día, cualquiera relaciona el tarot con la hechicería, con una forma barata de buscarse la vida, no hay más que abrir el periódico. El populacho cree que la

cábala no es más que superchería, cuando en realidad la cábala, que en hebreo significa “recibir”, nos enseña, valga la redundancia, a recibir de forma altruista, nos abre la posibilidad de llegar a la eternidad, de encontrarnos con Dios. Cualquiera que se pregunte para qué vive, debe estudiar la cábala. Papus supo transformar estas disciplinas en ciencia, fundó revistas sobre el tema, creó la Facultad de Ciencias Herméticas...

—¡Herméticas, como las fiambreras! —exclamó Ramírez.

—Se burla de nuestra ciencia, agente, aunque no creo que pueda usted llegar a entendernos. No, aquellos franceses que buscaban la verdad no eran unos alucinados, constituían todo un movimiento. —Se quedó mirando a un lugar indeterminado—. Por desgracia, la muerte de Papus significó un duro golpe para todos sus proyectos. El ocultismo fue cayendo a lo largo de este siglo en un descrédito cada vez mayor, hasta el punto de que se nos llegó a considerar charlatanes, filibusteros, pseudociencia. Sin embargo, nuestra convicción es cada vez más firme. Se pretenderá inventar nuevos términos, o negar los hechos psíquicos más evidentes, pero, en última instancia, siempre se acudirá a las teorías del ocultismo y a sus métodos para poder explicar de una forma clara y racional los fenómenos de la telepatía o visión profética, frente a los fenómenos físicos provocados a distancia o exteriorizaciones, todo lo cual llegará a ser cada vez más frecuente y palpable. Y ahora, un grupo de estudiosos nos habíamos propuesto retornar al origen, crear nuestra propia logia en Sevilla.

—¿En Reina Mercedes? —pregunté.

—Necesitábamos un local para nuestras reuniones y, gracias a su altruismo, un profesor de la facultad de Física, miembro del grupo, nos ofreció su propia casa.

—¿Puedo preguntarle qué significan las letras ese e i de la banda parecida a una beca de tuno que tiene don Álvaro en su casa? —pregunté.

—No es una beca de tuno, por Dios, no hagas comparaciones absurdas. —El director sonrió con desprecio—. Es un echarpe ritual, lo usamos durante nuestros encuentros. Las letras significan «Superior Incógnito», es el grado superior de la Orden, que en este caso ostenta don Álvaro.

—Bien, todo eso está muy bien para rellenar el tiempo libre, el que lo tenga, por supuesto —dijo el agente Ramírez—. Yo prefiero hacerlo bebiendo unas cervezas con mis amigos o viendo una película acompañado de alguna gachís con buen musulmen, sobre todo si después hay cameo. Pero en fin, cada uno es libre de pasar su tiempo como quiera. Lo que no acabo de entender es ese interés por el aparato médico que aún no he tenido el placer de ver; tanto lío por un trozo de madera.

—No sé lo que le habrá contado Diego sobre el estetoscopio, pero es una pieza única, perteneció al mismo Papus.

—¿El cilindro perteneció a Papus? —pregunté sorprendido.

—Antes de caer en sus manos, el maestro ya había oído hablar en París de las maravillas de un ingenioso estetoscopio que era diferente al resto. Se rumoreaba que

tenía poderes, como los calificaría yo... sobrenaturales. Poseemos cartas antiguas del mismo Papus donde escribe sobre el gran poder adivinatorio del estetoscopio: «... he visto desaparecer el mal de Pott y enderezar huesos como las tibias». Predecir la vida y la muerte es un hito mayor de lo que él podía hacer con las cartas del tarot. Papus tuvo la suerte de recibir el cilindro de madera de manos de un descendiente directo de Laennec: un nieto de un primo del mismo Laennec que mandó fabricar el instrumento. Este descendiente perteneció a una logia martinista en Francia y quiso entregarlo a su muerte al maestro, quien dedicó una parte de su vida a estudiar el poder del estetoscopio. Al morir el maestro, se perdió la pista de tan maravilloso instrumento. Sin embargo, cuando pusimos en marcha nuestra logia en Sevilla, un iniciado que trabajaba como médico en este hospital nos reveló que había visto un estetoscopio antiguo similar en manos de la doctora Acevedo, incluso nos refirió ciertos comentarios extraños que se oían entre los pacientes.

—Y después vino usted a dirigir este centro... Curioso, curioso —comentó el policía.

—Teníamos que recuperar el estetoscopio como fuera, formaba parte de la historia del martinismo. Tuve que echar mano de algunas influencias políticas... Y cuando por fin conseguí el puesto, la doctora Acevedo ya no trabajaba aquí. Buscamos el cilindro en su domicilio, aunque alguien se nos adelantó. Y mire usted por dónde, lo que son las jugarretas de la vida, de pronto aparece un simple estudiante de Medicina en El Tomillar preguntando por la doctora. —Me miraba con rabia contenida.

—Papus murió de tuberculosis, ¿no es cierto? —pregunté de sopetón.

—Veo que has investigado en profundidad en este último mes, Diego. Con esa actitud podrías llegar a ser un gran martinista, aunque no creo que yo llegue a convencerte. Durante la Primera Guerra Mundial, Papus fue destinado como médico mayor de ambulancias a primera línea de guerra. Fue allí donde contrajo la tuberculosis que luego lo debilitó hasta matarlo. La muerte le sobrevino mientras visitaba en París, en el hospital de la Caridad, a su amigo el profesor Sergent. Cayó sobre las escaleras, sin fuerzas para seguir luchando. Por supuesto, Dios quiso acompañarlo incluso el mismo día de su entierro.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Pues que justo en el momento en que el féretro del gran maestro salía de la iglesia de Notre-Dame de Lorette en París, un fragmento de la mano de un ángel se despegó de una de las esculturas de la fachada y cayó en el centro de una corona depositada sobre el ataúd.

—Mire, mire, se me pone la carne de gallina —bromeó el agente Ramírez, mostrando el dorso de su mano—. A mi hermana, cuando se casó, además del arroz que le tiraron en la puerta de la iglesia, se le cagó encima la cigüeña del campanario. No le voy a decir las palabras que salieron de la boca de mi cuñado para no escandalizarlo. En definitiva, resumiendo —dijo mirando su reloj—, que tengo otros

asuntos que resolver. Usted fue quien escribió la carta y el memo de Álvaro quien la entregó.

—Yo le dije a Álvaro lo que tenía que escribir y él lo pasó a máquina. Después me lo enseñó y leí el contenido, pero no me percaté del papel que había cogido del despacho de su padre —dijo el director.

—O sea, que don Álvaro Pareja no tiene nada que ver en este asunto —afirmó el madero.

—Está al margen de nuestros movimientos. Solo su hijo y yo somos responsables.

—¿Y el lamentable estado en el que quedaron las ruedas de mi coche? —pregunté.

—Le pagamos a un drogadicto para que lo hiciera. Nos salió muy barato —expuso el director.

—Y como se olieron que la policía acudiría a la glorieta de Bécquer, no aparecieron por allí a recoger el estetoscopio que Diego no pensaba llevar.

—Se equivoca, agente. Sí acudimos, pero digamos que sus compañeros de la policía no son menos ineptos que Álvaro. Como dicen los jóvenes, «dieron el cante» con sus uniformes marrones, se les veía desde lejos, lo suficiente como para que Álvaro no se acercara.

—¿Por qué en la glorieta de Bécquer? —pregunté.

—Para nosotros, los martinistas sevillanos, Bécquer fue como un hermano de la orden. Pocos saben que el poeta era un apasionado ocultista. Lo plasmó en sus obras, sobre todo en sus *Rimas y leyendas*, que les invito a leer. Estudió la cábala en Madrid, gracias a las obras que le hizo llegar su profesor Juan de la Puerta. Además, don Luis González Bravo, el ministro que le ayudó en la capital de España, era rosacruz, una orden relacionada con el martinismo. Pero lea, lea sus obras.

El director recitó de memoria:

*¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
podredumbre y cieno?
¡No sé; pero hay algo
que explicar no puedo,
que al par nos infunde
repugnancia y duelo,
al dejar tan tristes,
tan solos, los muertos!*

—Me gusta más la de las golondrinas —machacó el agente.

—Hemos celebrado diversas reuniones en la glorieta de Bécquer, de madrugada, cuando el parque está libre de miradas indiscretas. Por cierto, ¿sabían que media hora

después de la muerte de Bécquer se produjo en Sevilla un eclipse total de sol?

—Bien, por hoy creo que es suficiente —dijo el policía levantándose—. Los fantasmas no existen, ya debería saberlo. Recibirá notificación nuestra antes del juicio. Como mínimo, le caerán seis meses de cárcel y, por supuesto, tendrá que indemnizar a Diego por los daños causados. Es una pena, en otras circunstancias podría beneficiarse de la profesionalidad del mejor abogado sevillano. Pero dudo que don Álvaro quiera ayudarlo. En todo caso, estará ocupado defendiendo a su hijo.

Salí del hospital sin saber si don Francisco Gil en realidad había luchado por recuperar el cilindro de madera para el bien de la Orden Martinista o para su propio beneficio como médico. Ramírez me devolvió a la calle Betis y detuvo su vehículo donde yo había dejado mi Seat 124.

—Gracias por todo, agente. Sabe, al final me alegro de haber recurrido a la policía. Le confieso que al principio sentí cierto recelo.

—Cumplimos con nuestro deber a diario, a pesar de que las apariencias indiquen otra cosa. Una carta con amenazas es un delito que debe pagarse... Y comprar un objeto robado también.

—Yo no sabía que era robado.

—Pero ahora sí lo sabemos. Por cierto, vaya historia, ¿no? Esa de los poderes del cilindro; todo un comecoco. Estos zumbados de la secta me parece a mí que también le pegan a las drogas. —Hizo una uve con los dedos índice y corazón igual que si se llevara un cigarrillo a la boca—. En fin, no quiero saber nada de este tema. Aunque, para que no tengas problemas, sería mejor para ti que me trajeras ese cacharro de madera a la comisaría para devolvérselo a su dueña. Me dijiste que lo estaban estudiando en Granada, ¿no?

—Están averiguando su antigüedad, tardarán unos días; no se preocupe, en cuanto lo tenga me pasaré por la comisaría. Agente, ¿y qué ocurrirá con mi amigo, el que tomó prestado el pañuelo de la casa de don Álvaro?

—Dependerá de si el famoso abogado formula alguna denuncia cuando se entere de todo este lío. De todas maneras, intentaremos disuadirlo, quizás quiera evitar que su vida privada salga a la luz pública —dijo al ver mi cara de preocupación—. Y digo yo que... alguna consultilla gratis me pasarás cuando seas médico, ¿o no?

El mismo día que el dictador filipino Ferdinand Marcos abandonaba el país, camino del exilio, yo me dirigía a la facultad de Medicina para presentarme al examen parcial de Medicina Legal, que entregaría casi en blanco apenas veinte minutos después de iniciada la prueba. ¿Qué se podía esperar de mí?

Años atrás, durante parte de las Navidades y el mes de enero sobrellevé una carrera de frenético estudio que me permitió presentarme a los exámenes de febrero holgado, seguro de que los notables y sobresalientes no escasearían en mi expediente. Nada que ver con la experiencia de este año en el que las circunstancias me habían convertido en una especie de médico arqueólogo, y debo confesar que disfrutaba con la novedosa experiencia, hasta tal punto que no me remordía en exceso jugarme casi todas las asignaturas en los finales de junio. Estaba deseando poner al día al profesor Hidalgo, a quién no veía desde la semana anterior. Lo encontré ojeando un libro sobre la mesa de su despacho.

—Hola, profesor —saludé efusivo; me miró por encima de sus gafas de présbita.

—Hombre, pase, pase, ya le echaba yo de menos. Pensé que le habría pasado algo. Mire lo que me acaban de traer, joven —dijo entusiasmado, haciéndome señas con la mano para que pasara. Cerró el libro con la intención de que yo apreciara su aspecto externo—. Es el álbum de asistentes al primer Congreso Nacional de Sanidad de España que se celebró en Madrid en el treinta y cuatro, dos años antes de la guerra. Fíjese qué confección: las pastas en piel, el escudo de sanidad y los cantos en dorado; ya no hacen libros de congreso así. —Abrió las primeras páginas; en una de ellas aparecía sentado en un sillón de terciopelo rojo un señor vestido de etiqueta, con los cabellos y el bigote plateados, sosteniendo entre sus manos unos guantes blancos—. Aquí tenemos una fotografía en color del presidente de la República Española, don Niceto Alcalá Zamora, y en la página posterior, como ves, las caricaturas del comité organizador, ¿grotescos, no? Este es el presidente del Comité de Honor, don Alejandro Lerroux —pasaba las páginas nervioso mientras explicaba a quién pertenecían aquellos rostros en blanco y negro—, el resto de vicepresidentes, incluyendo, por supuesto, a don Santiago Ramón y Cajal, y ¡mire, mire! la única mujer vocal del Comité de Honor, doña Clara Campoamor, directora general de beneficencia, la mujer que consiguió el voto femenino. ¡Qué mujer tan interesante y tan injustamente olvidada!

Aunque aquel libro para mí no tenía ningún interés especial, disfruté observando el temblor de sus dedos, emocionado con la antigualla entre las manos, un niño con su juguete de Reyes Magos. Pasaba las páginas despacio, temiendo estropearlas,

recreándose en las imágenes.

—Después siguen los ponentes oficiales —continuó, estos aparecían en color sepia—, las mesas presidenciales, con la *crème de la crème* de España y, por último, todos los congresistas.

Como en las orlas de los licenciados, cada página estaba repleta de rostros ataviados con pajarita, gafas redondas al estilo Harold Lloyd, cabellos engominados, algún oficial con sombrero militar y mujeres, estas últimas por supuesto en menor proporción, el cabello corto peinado en redondo, pegado a la cabeza, rostros que me recordaron a algunas actrices de las películas antiguas. Tras pasar varias páginas, el profesor situó su índice sobre una imagen.

—No va usted a dar crédito al personaje que tenemos aquí fotografiado —dijo retirando la yema—. Me ha costado encontrarlo, pero aquí está.

Mirando a la cámara desafiante, con aire molesto, obligado a posar sin ganas, vestido con chaqueta, camisa de rayas y corbata de nudo fino, aparecía un señor de rostro limpio, ojos algo asimétricos, sin duda claros, apreciables incluso en una fotografía de color sepia, y pelo brillante repeinado hacia atrás. Bajo el retrato figuraba el nombre y apellido: Salvador Baldo. Su frente había aumentado respecto a la fotografía en la que aparecía junto a Gramsci. No pude evitar repetir, sorprendido y alegre por el hallazgo, el nombre en voz alta.

—¿No es maravilloso, Diego? Salvador Baldo asistió al primer Congreso de Sanidad en España. Aunque ya nos lo refirió su hijo; no me cabe la menor duda de que debió de ser un brillante médico. Pero, perdóneme, Diego, le estoy entreteniendo, con la de novedades que tendrá usted que contarme. Siéntese, por favor.

Martín Hidalgo se quitó las gafas, cerró el libro, tomó su habitual cigarrillo que mantendría apagado entre los dedos y me dedicó toda su atención. En los minutos siguientes le relaté cómo había descubierto que el grupo que seguía el rastro del cilindro de madera era una Orden Martinista y hube de explicarle los pormenores de dicha organización (por cierto, me sorprendió que no conociera a Papus). Al final, le describí nuestro encuentro con el director del hospital El Tomillar.

—Pero todo esto es fantástico, Diego, me deja sin palabras. Ha resuelto usted solo el eslabón que nos faltaba —dijo con voz trémula—. De modo que ahora, no solo podemos intuir que Papus entregó el cilindro a un soldado médico en la Primera Guerra Mundial, quien lo llevó consigo hasta Italia, sino que se corrobora nuestra hipótesis de que el estetoscopio procede directamente de Renato Teófilo Jacinto Laennec. Es fabuloso.

El profesor se levantó, dio la vuelta a la mesa y, antes de que pudiera reaccionar, me zarandeaba con energía. Me sentí algo azarado.

—Y lo mejor de todo, querido amigo, es que Lucía ya podrá regresar a Sevilla. Por cierto, ¿cómo está?

—Se encuentra bien, en una casa de retiro espiritual en algún lugar de la provincia de Huelva. Aún no sabe nada de los últimos acontecimientos, no quiso

facilitarme su teléfono, así que no he podido informarla.

—Me alegro de que no sufriera daño alguno.

—Profesor, la policía me ha solicitado que devuelva el estetoscopio para entregárselo a la doctora Acevedo, su legítima dueña.

—Vaya, así que al final nos quedaremos sin el valioso instrumento. Es una lástima, no obstante el mérito de averiguar la magnífica historia que se esconde detrás del mismo nos pertenece, nadie podrá afirmar lo contrario. Y ahora que usted me lo recuerda, voy a telefonar a Granada para ver si ya tienen los resultados del análisis de la incrustación.

Descolgó el auricular de su teléfono gris y marcó los números en la rueda giratoria. Mientras esperaba la contestación al otro lado del hilo, me sonreía ufano, gozoso, juvenil.

—Hola, Gonzalo, buenas tardes. Soy el profesor Martín Hidalgo... Bien, bien, está muy bien, ¿y tu señora?... Me alegro, hombre, dale un beso de mi parte. ¿Tenemos ya los resultados?... ¡Excelente, te escucho!

El profesor agachó la cabeza, cerró los ojos y se concentró en las noticias que le transmitían desde el laboratorio de datación. Durante unos minutos percibí el monótono golpeteo de la boquilla de su pitillo virgen sobre una pila de revistas médicas. De pronto paralizó la muñeca, saltó del sillón, pareciera que hubiera entrado en su despacho un espectro, se quedó tieso, lívido, dejando caer el cigarrillo al suelo.

—¿Qué margen de error has dicho? —dijo el profesor—. Ya, ya, comprendo. ¿Cómo? No, no sabemos por qué, cómo vamos a saberlo. Sí, claro, te mantendremos informado cuando averigüemos por qué está ese hueso ahí. Oye, Gonzalo, no hace falta que te recuerde que este asunto queda entre nosotros... Bueno, ya sé que tienes colaboradores pero, por favor, que no salga de ahí. Si publicamos algún artículo cuenta con vuestra autoría. Oye, un millón de gracias. Un abrazo... Adiós, adiós.

—Profesor, ¿qué pasa?

—La incrustación del estetoscopio no es de marfil, es un fragmento de hueso humano, del siglo xvii, ¿me ha escuchado? Del siglo xvii —repitió remarcando las sílabas; tomó asiento y guardó silencio unos segundos antes de continuar—. Me han preguntado qué pinta ese hueso ahí. Ya ha oído mi respuesta.

—Un fragmento de hueso humano —repetí asombrado—. Lucía tenía razón. ¿Cree usted que también estará en lo cierto con su idea de que podría tratarse de la reliquia de un santo?

—Sea la reliquia de un santo o un fragmento de cualquier otro mortal, saber a quién perteneció será como buscar una peseta en la arena de la playa —respondió el profesor—. ¡Qué locura, incrustar un fragmento de hueso humano en un estetoscopio! En qué estaría pensando Laennec para perpetrar algo tan atrevido.

—O sea, que usted cree que Laennec incrustó el fragmento de hueso con algún propósito. Si tenemos en cuenta que el hueso puede corresponder a un santo y que Laennec era un ferviente religioso, podríamos llegar a la conclusión, nada

descabellada, de que el médico francés iba buscando el milagro.

—Los milagros no pueden fabricarse —aseguró mi profesor—, ocurren sin más, sin la intención humana; suponiendo que existan.

—Estoy de acuerdo con usted, pero ¿de qué otra manera podemos denominar al fenómeno que obra en quien usa el estetoscopio? ¿Acaso no es milagroso poder saber con absoluta certeza quién morirá y quién vivirá en el transcurso de unos pocos días?

—Efectivamente, la capacidad que confiere el antiguo estetoscopio de predecir el futuro no es explicable mediante las leyes naturales, y si atribuimos al fenómeno una intervención de origen divino, no podemos denominar al hecho de otra manera salvo «milagro». —El profesor se acariciaba su barba—. Sin embargo, es tan difícil para una mente científica creer en los milagros, que me cuesta aceptarlo. Ahora comprendo cómo debió sentirse el doctor Alexis Carrel. La historia del doctor Carrel es una de las más intrigantes y subyugantes que ha dado la ciencia. Si usted me permite que se la relate. —Cómo decirle que no cuando ya notaba que se estremecía pensando en ella—. Siendo todavía un joven médico, el doctor Carrel acompañó en tren a una mujer de veinticuatro años enferma de tuberculosis peritoneal, para la cual la Medicina no tenía curación, que se dirigía a Lourdes buscando el último recurso para su salvación. Era normal que los enfermos, una vez llegaban al santo lugar, se bañaran en las prodigiosas aguas donde recibirían el beneficio del milagro. Nuestra damisela se encontraba en tan deplorable estado, moribunda, terminal, que en lugar de recibir un baño, vertieron una jarra del agua del manantial de Lourdes directamente sobre su abdomen. Con el primer contacto del agua, la muchacha sintió un fuerte dolor. A la tercera aplicación, el vientre, que se encontraba abultado como si padeciera un tumor, comenzó a deshincharse y a los treinta minutos se había aplanado por completo. Para conformidad de los creyentes y escepticismo de la comunidad médica, la enferma sanó. Alexis Carrel asistió a este hecho cuaderno en mano, tomando nota de todo cuanto oía y veía: la temperatura, la frecuencia cardiaca, la respiración de la joven... Más tarde, otros médicos tuvieron la ocasión de comprobar que la chica tísica se había curado. Toda su experiencia de Lourdes se encuentra recogida en un libro publicado tras su muerte, titulado *Viaje a Lourdes: seguido de fragmentos del diario y meditaciones*. Pero cuando el doctor Carrel comunicó a la comunidad científica los hechos tal y como acontecieron, los sabios profesores médicos lo tomaron por un visionario y no dieron crédito a lo que ellos consideraron patrañas. Todos sus compañeros le auguraron un gris futuro y le animaban a que no diera rienda suelta a su imaginación y olvidara el asunto. El doctor Carrel huyó de su patria, molesto con las opiniones de sus colegas, y acabó trabajando en el Instituto de Fisiología Stewart de Chicago. Fue allí donde se dedicó a estudiar el problema de las suturas de los vasos sanguíneos. En 1912 recibiría el premio Nobel de Medicina en reconocimiento a su trabajo acerca de las suturas vasculares y los trasplantes de vasos sanguíneos y órganos.

—¿Me está usted diciendo que un premio Nobel de Medicina fue testigo de una

curación milagrosa en Lourdes?

—Le estoy intentando explicar que la ciencia y la fe siguen caminos muy distintos. La experiencia de Lourdes marcó para siempre la vida de Carrel, pues a pesar de ser un reconocido científico, siempre trató de buscar una explicación que contentara a la comunidad científica sin herir a los creyentes. En numerosas ocasiones viajó de nuevo a Lourdes para estudiar otros milagros, persiguiendo una explicación científica para el problema. Al final de su vida regresó a su país; mantenía relaciones amistosas con un monje trapense que consiguió convertirlo. Carrel creía que una gran parte de los milagros podía explicarse por el poder psicológico de la oración, lo que le llevó a escribir en 1944 un curioso libro titulado *La oración, su poder y efectos curativos vistos por un fisiólogo*. En él nos da instrucciones sobre la forma de orar, dónde, cuándo hacerlo y cuáles son sus efectos psicofisiológicos y curativos.

El profesor Hidalgo era la segunda persona que me hablaba en la última semana de la oración; recordé los consejos de Lucía.

—Ya sabe, profesor, que yo soy agnóstico. Sin embargo, debo reconocer que el poder del estetoscopio hace tambalear los cimientos de mis creencias. Y le confieso que me alegro al saber que médicos de gran prestigio se han encontrado ante el mismo dilema. Por cierto, ¿sabe qué ocurrió con la enferma a la que asistió el doctor Carrel en Lourdes?

—Se ordenó Hermana de la Caridad para dedicar su vida al cuidado de enfermos. Murió treinta y cinco años después de su curación. Su caso, denominado *Dossier 54*, fue uno de los tantos expedientes de la Oficina de Constataciones Médicas, que junto con el Comité Médico Internacional tienen la responsabilidad de declarar los casos milagrosos. Y ya llevan reconocidos sesenta y cinco casos de curación sin explicación médica.

—Entonces, profesor, ¿cuál es su opinión respecto a las intenciones de Laennec con nuestro cilindro de madera?

—Mi opinión, querido amigo, es que a pesar de que Laennec fuera un médico piadoso, y asumiendo que el fragmento de hueso corresponde a un santo, en ningún momento se planteó que pudiera obrar algún milagro al incrustarlo en el estetoscopio. Más bien creo que su intención no era otra que sentirse, por decirlo de alguna manera, arropado por Dios en su trabajo, sin esperar los efectos proféticos que le iba a conferir, a los que probablemente asistió boquiabierto como nosotros. Hay quien lleva una cruz en el pecho, quien clava un Corazón de Jesús en la puerta de entrada de su casa, y quien pega en su automóvil un imán con la imagen de san Cristóbal para que le proteja en sus viajes. Y a Laennec se le ocurrió incrustar un hueso de santo en su herramienta de trabajo más preciada. —No pude evitar sonreír ante la ocurrencia del profesor—. Por cierto, desde que usted me visitó hace un mes, me propuse revisar toda la bibliografía documentada en mis archivos sobre la vida de Laennec. He repasado los libros de la biblioteca y he solicitado varios artículos recientes

publicados en revistas médicas y, ¿sabe?, en ningún párrafo he visto nada reflejado sobre la confección de un estetoscopio de madera con incrustaciones. De modo que, aun sin saber por qué lo hizo, con los datos de que disponemos ya podríamos incluso redactar un artículo científico y publicarlo en la revista médica que nos plazca.

—¿Quiere decir que vamos a publicar nuestros descubrimientos en una revista médica?

—En el *Boletín de Historia de la Medicina* de Estados Unidos, si le parece bien. Y usted firmando de segundo autor, aunque para ser justos, debería ser el primer firmante. ¿Tiene algo publicado, Diego?

Me dejó sin palabras. Por un momento pensé que estaba de coña. ¿Cómo iba a tener algo publicado siendo estudiante? Ya veía mi nombre escrito en la revista y mis padres enseñándosela a sus amigos.

—No sé si debo avergonzarme, pero no he publicado nada aún. Aunque tampoco tengo ningún compañero de clase que haya escrito nada. Le recuerdo que sigo siendo estudiante.

—Lleva usted razón; en España llevamos un atraso monumental en el tema de las publicaciones médicas. No se sienta en inferioridad: la mayoría de los médicos de nuestro país morirán sin haber publicado ni siquiera una carta al director en el periódico de su pueblo en toda su carrera profesional. En cambio los americanos, ¡qué diferencia! Ahí tiene usted a Best que, siendo estudiante de primero de Medicina, ayudó a Banting en 1921 a descubrir la insulina. Y les valió el Nobel. —El profesor levantó su índice—. La cuestión es que nosotros sí publicaremos nuestros hallazgos, no lo dude. Yo escribiré el artículo y lo firmaré como primer autor. No me considere un vanidoso; los editores de las revistas médicas son crueles, de manera que si el primer firmante no ha publicado nada, no le aceptan el artículo. Es la pescadilla que se muerde la cola. De todas formas, deberíamos seguir profundizando y llegar hasta el final de este embrollo. Necesitamos un documento que avale nuestra hipótesis de que Laennec incrustó o mandó incrustar el fragmento de hueso humano en su estetoscopio.

—¿Y cómo vamos a conseguirlo?

—No veo otra manera que recurriendo a las fuentes originales —dijo solemne el profesor.

—¿Fuentes originales?

—Me refiero a Francia.

—¿Está usted hablando de viajar a Francia? —pregunté.

—Me consta que algunos médicos franceses han trabajado recopilando datos sobre la vida de Laennec, incluso creo que se han realizado estudios acerca de los contenidos de la correspondencia que el gran médico mantuvo con sus familiares y amigos. Es posible que se les haya pasado desapercibido algún dato que pueda orientarnos. Lo primero, por tanto, será contactar por teléfono con estos autores. Más tarde, quizás, debemos trasladarnos para ver los documentos originales, ya que dudo

que quieran enviarnos ninguna copia. Por cierto, ¿y esos exámenes, cómo van?

—Mal, solo me he presentado a Medicina Legal y he dejado la mayoría de las preguntas en blanco.

—Bueno, joven, mi impresión es que le ha dedicado usted demasiado tiempo al cilindro de madera. Sin embargo, no ha sido un tiempo baladí. A partir de ahora, creo que el peso de la investigación recaerá sobre todo en mí, así que dedíquese a estudiar. Yo me encargo del resto; ya le avisaré cuando tenga más datos —dijo levantándose de su asiento.

—Gracias, profesor, muchas gracias. No sé cómo voy a agradecerle su ayuda.

—Apruebe el curso, obtenga la licenciatura y luego..., ya veremos. Es posible que pueda serme más útil en mi departamento de lo que usted cree —me dijo, mientras me acompañaba a la puerta de su despacho con su brazo sobre mi hombro.

La única parte de mi mobiliario que mi mujer no podrá vender

Nunca había visitado una biblioteca tan deslumbrante ni había visto el tranvía ni había escuchado un francés tan sonoro porque, a mis veintitrés años de edad, jamás había salido de España. Y ahora yo era un palurdo en Nantes, en una de las principales ciudades de Francia.

Los tenaces esfuerzos del profesor Martín Hidalgo habían dado sus frutos. Durante las primeras semanas de marzo, contactó con el profesor Kernéis, quien, además de haber sido presidente de la Sociedad de Historia de la Medicina Francesa, había dirigido numerosas tesis sobre la familia Laennec en la Facultad de Medicina de Nantes. Cuando me propuso el viaje, el profesor Hidalgo me explicó que, aunque René Teófilo Jacinto Laennec desarrolló su trabajo en París, la mayor parte de sus archivos se custodiaban en Nantes, donde su tío Guillermo y sus primos habían ejercido como brillantes médicos. Por dicho motivo, en 1909, un sucesor de la familia Laennec depositó sus documentos y pertenencias en la Escuela de Medicina, dando lugar a la llamada Colección Laennec, la misma que permitía a la Biblioteca Universitaria facilitar una fuente casi inagotable para que sus médicos pudieran redactar tesis sobre la ilustre familia. Jean Pierre Kernéis facilitó a mi querido profesor de historia los títulos de diversas tesis realizadas pocos años atrás, a partir de la correspondencia personal de Laennec (tesis en cuyas páginas esperábamos descubrir algún dato sobre nuestro cilindro de madera), además del teléfono de algunos de los autores, por si deseábamos hablar con ellos con el fin de aclarar dudas.

Cuando el profesor se reunió conmigo para entregarme el cilindro de madera devuelto de Granada, lo encontré contemplándolo ensimismado, como quien ve por primera vez una puesta de sol. Y me comunicó que yo viajaría con él; no me lo podía creer. Según parece, no fue nada fácil conseguir el visto bueno del decano, además del dinero necesario, que era lo primordial. Pero el profesor Hidalgo le prometió al profesor Ortega que, antes de un año, tendría sobre su mesa un ejemplar de una de las mejores tesis escritas en la facultad de Medicina sevillana. «Y tú serás el doctorando», agregó. Entonces comprendí lo que me había querido decir el profesor de forma velada en mi última visita a su despacho.

Volamos hacia Nantes, vía Madrid, el domingo previo al de Ramos, cuando Sevilla ya olía a Semana Santa (los pregones deleitaban a los cofrades en las iglesias, medio sofocados por el incienso) y el aeropuerto de San Pablo a alquitrán, ajetreado con las obras de ampliación de cara a la futura Exposición Universal, la Expo 92.

Desde el aeropuerto Chateau-Bougon de Nantes, situado a las afueras de la

ciudad, nos desplazamos en taxi hasta el hotel Mercure, donde teníamos reservadas dos habitaciones individuales para tres noches, justo el tiempo que nos había asignado el decano para nuestra investigación. De camino hacia el centro de la ciudad, me sorprendí ante las anchas carreteras de tres carriles, las numerosas rotondas, los edificios de mediana altura abuhardillados con sus techos de pizarra de dos aguas y las anchas avenidas arboladas, que allí llaman *boulevards*. Y aunque parezca extraño, por un momento me pareció estar de nuevo en Sevilla, sobre todo al cruzar el Loira por el puente de Haudaudine, que me recordó al sevillano del Generalísimo.

El día después, tras un desayuno con tostadas y *croissants* de verdad, nos dirigimos a la Biblioteca Universitaria, donde solicitamos la tesis de Sophie Kerleau, cuyo tema era la correspondencia de Laennec de 1803 a 1808, y pocos minutos después conocimos a Serge Caboret, regordete, con cara de bonachón y medio calvo, que traía su tesis bajo el brazo. Esta versaba sobre la correspondencia de Laennec de 1808 a 1815. Cuando le explicamos, después de presentarnos, que estábamos recabando información acerca de la manufactura por parte de Laennec de un estetoscopio adornado con incrustaciones se sonrió porque, como nos explicó y nosotros ya sabíamos, el médico francés comenzó a fraguar su idea en 1816. No obstante, insistimos en que nos dejara la tesis para hojearla, con la promesa de devolvérsela al final del día, a lo cual no puso reparos.

El profesor se dispuso a leer entre líneas la tesis de la doctora y yo la del doctor, sirviéndonos, por única ayuda lingüística para las palabras difíciles, del magnífico diccionario francés-español Larousse que Martín Hidalgo ya extraía de su maletín.

Nos tiramos toda la mañana revisando las tesis, leyendo todo lo aprisa que nuestros más que aceptables conocimientos de francés nos permitían, las algo más de doscientas páginas de cada tomo, aunque el profesor Hidalgo pasaba las hojas más rápido que yo. A eso de las doce y media de la mañana notamos que la mayoría de los estudiantes se levantaban de sus asientos y la amplia sala donde nos encontrábamos empezaba a quedarse vacía. Entonces caímos en la cuenta de que seguíamos en Francia, y que allí se almorzaba más temprano que en España. Así que, tras preguntar dónde podíamos comer, nos indicaron la localización próxima del comedor universitario y nos zampamos, a toda prisa como los pollos, dos *baguettes*, para sumergirnos de nuevo en nuestra búsqueda.

Ocurrió a media tarde: en una carta fechada en 1811, escrita por Laennec y dirigida a su primo Christophe, encontré la palabra francesa *relique*, similar a la española «reliquia». Temblé de emoción hasta el punto de que no pude seguir leyendo y le pasé el libro al profesor, señalando con el dedo la enigmática palabra. Este acercó sus ojos al libro y la leyó en voz alta, provocando la mirada desairada de los estudiantes de la mesa. «Por fin la dichosa reliquia», me susurró al oído, mientras me apretaba con fuerza el brazo, desfogando en él su emoción. «Salgamos fuera», continuó, e intuí que deseaba seguir leyendo en voz alta el resto del documento. Nos

fuimos a un patio interior, dentro del mismo edificio, donde hacía un frío que encogía el alma. El profesor tomó la iniciativa. En las primeras líneas, Laennec le contaba a su primo que vivía entre la muerte y los moribundos, en alusión a las frecuentes necropsias que practicaba en dicha época. «Es el mejor mundo para un médico, pero cuando se practica durante demasiado tiempo, acaba siendo abrumador», narraba. Ya en las siguientes líneas, informaba de cómo fue requerido en el seminario de San Sulpicio en París, justo después de la muerte del abad Emery, el superior general de los Sulpicianos, con el fin de que le extrajera el corazón para conservarlo en el mismo seminario. Y que, en recompensa por su trabajo, además de sus honorarios, Laennec fue obsequiado con un pequeño relicario que contenía una reliquia: una falange distal de un dedo, nada más y nada menos, que de san Vicente de Paúl. Laennec expresaba en la carta a su primo las dudas que le acuciaron, vacilando entre aceptar o rechazar tan excepcional obsequio. Sin embargo, el abad Eugène de Mazenod, que acompañó durante su muerte al abad Emery, insistió para que la aceptara, consciente de la profunda fe religiosa de Laennec, quien no se atrevió a preguntar cómo podían disponer los Sulpicianos de aquella reliquia.

—No estoy muy puesto —comentó el profesor, a punto de castañearle los dientes por el frío—, pero creo que san Vicente de Paúl nació en el siglo XVI, lo que significa que una parte de su falange está incrustada en nuestro estetoscopio mágico.

Retornamos a la sala, tomamos nota literal de la carta y continuamos la lectura de las tesis sin dejar de pensar en nuestro hallazgo y sin encontrar ningún nuevo dato que arrojara luz sobre el reciente descubrimiento. Al final de la tarde devolvimos las tesis. Cuando le hablamos al doctor Caboret de la carta que nos había llamado la atención, este nos explicó que a principios del siglo XIX era habitual extraer los órganos de personalidades de la Iglesia para conservarlos, así que a él, cuando redactó su tesis, el episodio no le sorprendió.

Regresamos al hotel ufanos, conscientes de nuestro triunfo, convencidos de que nuestra hipótesis estaba demostrada, aunque nuestra visita a Nantes aún nos depararía nuevas sorpresas. Fue el profesor Hidalgo quien decidió que nos merecíamos un buen homenaje antes de irnos a dormir, «Por supuesto, pagándolo de mi bolsillo», aclaró. Cenamos en el restaurante La Cigale, donde quedé impresionado, más que por la comida en sí, por la decoración modernista de finales del siglo pasado, salida de la mano del arquitecto ceramista Émile Libaudière, según me explicó el profesor. Paredes decoradas en madera, azulejos vistosos con motivos florales y amplios ventanales con cristales de colores; sobre el dintel de una puerta, una escultura donde un caballero engolado parece declararle de rodillas su amor a una dama, entre remisa y sorprendida. Y del centenario restaurante al hotel, nada de vivir *la nuit*.

En la Biblioteca Universitaria conocimos al día siguiente a Caroline Rosello, de mediana estatura, nariz respingona, gafas de pasta de montura transparente y pelo corto que cubría con una boina rosa de lana. Había trabajado con la correspondencia de la familia Laennec de 1821 a 1826. Y para concluir la revisión bibliográfica,

solicitamos a la biblioteca la tesis de Pascal Barrès sobre la correspondencia del extraordinario médico de 1815 a 1821. Repetimos el esquema del día anterior: el profesor tomó un volumen y yo, el otro. En la tesis del doctor Barrès sorprendía el ritmo frenético de trabajo de Laennec, según refería en 1817 a su amigo Courbon-Pérusel. Comenzaba su jornada entre las siete y media y las ocho de la mañana. Un coche de alquiler lo llevaba al hospital Necker, donde ensayó desde 1816 sin interrupción el nuevo método de auscultación; visitaba a sus pacientes y daba lecciones a los alumnos que le seguían atropellados. A las diez y media o las once, regresaba a su casa para almorzar. A continuación, hacía las visitas domiciliarias hasta las cinco y media de la tarde, volvía a casa para cenar y salía de nuevo a ver enfermos hasta las diez. Y a esa hora, en la soledad de la noche, lectura, correspondencia, ordenación de las observaciones recogidas durante el día y redacción de los trabajos propios. Un día y otro repite el mismo esquema. En otra carta, fechada en 1819, escribe a un amigo: «Volviendo el año pasado a París para acabar mi libro, sabía que con ello arriesgaba mi vida; pero la obra que voy a publicar será, espero, bastante útil tarde o temprano para valer más que la vida de un hombre, y, en consecuencia, mi deber era acabarla, sucediéndose lo que me sucediera. Ya estoy libre de ella, gracias a Dios...». El profesor y yo entendimos que Laennec se refería en la última frase a la enfermedad que había contraído. Sin embargo, en ninguna carta de la tesis del doctor Barrès encontramos referencia alguna ni a la reliquia ni al poder adivinatorio de su estetoscopio.

En la tesis de la doctora Rosello, sin embargo, descubrimos el eslabón definitivo: una carta de Laennec dirigida a su primo Meriadec en 1826 desde su casa de Kelouarnec, en Bretaña, al que le agradece su asistencia en la enfermedad y su certero diagnóstico de la tuberculosis. La carta estaba redactada en estos términos:

Querido primo:

No puedo dejar de expresarte mi agradecimiento por haber acudido en mi ayuda cuando peor me encontraba. Efectivamente, como tú pudiste comprobar al auscultarme con mi propio estetoscopio, sufro de tuberculosis y me restan pocos meses de vida. No te adelanto nada que no sepas, pues tú mismo lo percibiste con tus sentidos a través del cilindro y, aún sobresaltado por lo que no te atrevías a aceptar, me lo anunciaste. Es curioso como esta misma enfermedad a la que tantos esfuerzos he dedicado y tanta fama me proporcionó, ahora me condena. El final está cerca, querido primo. Creo que la mejor herencia que puedo dejarte es mi estetoscopio, el mayor legado de mi vida, esperando que hagas un buen uso de su enorme poder.

Allí estaba de nuevo la referencia al poder del estetoscopio en las palabras del propio Laennec. En realidad, el famoso médico no mencionaba las visiones que proporcionaba el cilindro de madera, pero tampoco era necesario; el profesor y yo

sabíamos a qué se refería. Al igual que también podríamos jurar que su primo Meriadec, cuando le auscultó con el cilindro de madera, vio a través de él la muerte de René, quedando desconcertado, como nos ocurrió a nosotros, ante tan magnífico don. «De manera que a Laennec, si quería mantener su secreto a salvo, no le quedaba otra que dejar el cilindro en herencia a su primo», añadió el profesor Hidalgo. El círculo se cerraba.

Al final del día entregamos a la doctora Rosello su tesis y, tras comentarle nuestra sorpresa con la lectura de la carta de Laennec a su primo Meriadec, fue ella misma quien nos aconsejó visitar la exposición de la Colección Laennec, en una sala dedicada en exclusiva al genial médico en la Biblioteca Universitaria. «Podréis ver el estetoscopio original y el testamento», comentó. El estetoscopio original, ¡era imposible! Nosotros disponíamos del estetoscopio original. Entonces, ¿a qué se refería la doctora? El profesor y yo nos miramos y adivinamos nuestros idénticos pensamientos. Le agradecemos su atención, por supuesto sin proporcionarle ningún detalle sobre el motivo verdadero de nuestra visita a Nantes, y nos dirigimos de nuevo al hotel para descansar en nuestra última noche en la ciudad francesa.

El miércoles por la mañana, tras dejar las maletas en la consigna del hotel, hicimos nuestra última pesquisa. En la sección de Sanidad de la Biblioteca Universitaria, visitamos la Colección Laennec y quedamos sobrecogidos ante lo que vimos. Porque lo que más nos desconcertó y lo primero que divisamos, fue una vitrina que contenía, según rezaba en el cartel, el estetoscopio original de Laennec de 1816. Era idéntico en tamaño y forma al nuestro, el mismo color marrón de la madera, el mismo aspecto *ancien*, la misma división en tres partes. Dos gotas gemelas, de no ser porque el estetoscopio de la vitrina no tenía ninguna incrustación. Sin pudor, y aprovechando que no había nadie más en la sala a tan temprana hora, el profesor tomó varias fotografías del cilindro desde distintos ángulos con su cámara Yashica. «Para mi colección particular», aclaró, aunque él y yo sabíamos que su intención no era otra que cotejarlas con nuestro propio cilindro. Más tarde, en el avión de regreso a Sevilla, el profesor me explicaría que, casi con toda probabilidad, ambos estetoscopios fueron tallados por el mismo carpintero; porque siendo un instrumento tan indispensable en la práctica diaria del médico francés, a buen seguro dispondría de más de un estetoscopio, aunque ninguno como el heredado por Meriadec. Es probable que, con el discurrir del tiempo, algún descendiente de René Teófilo Laennec haría entrega del estetoscopio de la vitrina, ya que no se entendería que se donaran todos los documentos de la familia excepto el estetoscopio, sin incurrir en ninguna falsedad. «Incluso tú mismo, en tu ejercicio profesional, dispondrás en el futuro de varios fonendoscopios», me comentó el profesor con un argumento irrefutable.

El testamento, situado en la misma vitrina a la derecha del estetoscopio, no fue menos llamativo, sobre todo porque nos permitió ver, de primera mano, la caligrafía original de Laennec: las letras inclinadas a la derecha, en una escritura casi perfecta, la última letra de cada palabra rematada en un fino trazo curvado que ascendía por

encima de la misma como las antenas de una langosta. Goterones de tinta, escapados de la pluma, remataban la hoja. Mostraba la página relativa a la herencia de su primo, que el profesor leyó en voz alta:

... je donne e lègue a Meriadec tous mes livres et papiers relatifs a la Médecine. C'est la seule partie de mon mobilier que ma femme ne pourra vendre. Je lui donne ma montre (...); je lui donne surtout mon stéthoscope, la meilleure partie de ma succession.

(«... doy y lego a Meriadec todos mis libros y papeles relativos a la Medicina. Es la única parte de mi mobiliario que mi mujer no podrá vender. Le doy mi reloj de bolsillo (...); le doy sobre todo mi estetoscopio, la mejor parte de mi sucesión.»)

No pudimos evitar emocionarnos con la última frase del texto. El prestigioso galeno, jefe del Colegio de Médicos de Francia, miembro numerario de la Academia de Medicina, profesor en el hospital de la Caridad y Caballero de la Legión de Honor, no tenía reparos en reconocer que lo más valioso de su legado era su estetoscopio. El profesor y yo sabíamos muy bien lo que se escondía detrás de aquella sentencia. Por otro lado, posiblemente ni el mismo Laennec, al escribir su testamento todavía con mano firme, era consciente del legado que ofrecía a la Medicina, de que, con el devenir de los años, el estetoscopio no solo se convertiría en el símbolo de los médicos, sino en su más apreciada herramienta. Qué sería de los médicos sin el estetoscopio.

En la sala se podían contemplar otras pertenencias del médico francés, pero lo que vimos aquel día en la vitrina fue suficiente tanto para corroborar la importancia de nuestro descubrimiento como para comprender la grandeza del insigne médico.

Aterrizamos en Sevilla el miércoles por la noche, satisfechos del éxito de nuestro viaje, mi primera excursión al extranjero y no precisamente para hacer turismo, sino «para hacer historia de la historia», como dijo el profesor. Y por primera vez sentí que la Historia de la Medicina iba a significar para mí más que una manera de ampliar mi «culturilla» médica: se iba a convertir en el motor de mi vida.

Olía a primavera, a incienso y azahar, a miel de torrijas... y los sevillanos miraban al cielo de soslayo, rezando para que el anticiclón de las Azores se quedara bien quietecito sobre España, permitiendo que las ilustres cofradías pasearan sus barrocos pasos de Cristo y sus tintineantes palios de vírgenes dolorosas, arropados por miles de devotos y curiosos. Los actores principales de la escenificación de la Pasión de Cristo por las calles hispalenses ya lo tenían todo preparado. Los aspirantes a nazarenos pagaban su papeleta de sitio para la procesión, hacían cola en medio de la calle Alcaicería para comprar el capirote de cartón que llevarían sobre su cabeza como altas torres y planchaban la túnica, derritiendo los últimos restos de cera del año anterior adheridos a la tela. Los costaleros que portarían los pasos ya exhibían el cuello encallecido, como el morrillo de los toros, curtido en los laboriosos ensayos de los meses previos; la faja recién planchada, el costal amoldado a la forma de la trabajadera. Los músicos que ya tocaban las partituras de memoria, y que elevarían sus notas al cielo: la marcha *Amarguras* tras un paso de palio, *Perdona a tu pueblo* en un paso de Cristo o una pieza de capilla musical del siglo XVII en la madrugada para el Señor del Silencio, tan magistralmente interpretada por el oboe, el clarinete y el fagot que hasta un sordo se estremecería. Las madres y abuelas preparaban con afán de alquimista las dulces torrijas de leche o vino que repararían los cuerpos cansados. Los más pequeños rescataban del cajón la bola de cera multicolor que, como escarabajos peloteros, habían magnificado año tras año. Sevilla en Semana Santa era una experiencia inolvidable en la que participaban los cinco sentidos, días de sosiego y contemplación, incluso para un agnóstico como yo.

Agnóstico, sí, pero no tanto; algo en mí había cambiado. Mis razonamientos eran sólidos unas semanas atrás y habría sido capaz de defender mi agnosticismo ante el mejor contrincante católico. Y sin embargo, ahora no me reconocía, era incapaz de saber cuál era mi postura ante Dios. Si para un agnóstico la existencia de Dios no se podía probar, también era indemostrable la existencia del milagro. Entonces, ¿cómo denominar a la experiencia que acontecía a todo aquel que usaba el cilindro de madera? Era un suceso extraño que excedía los límites regulares de la naturaleza, en una palabra, un prodigio. Y todo porque a un médico francés se le ocurrió «adornar» su estetoscopio con la reliquia de un santo. El milagro existía y yo mismo lo había comprobado con mis propios sentidos.

Como le había prometido al comisario que le entregaría el estetoscopio cuando lo tuviera de nuevo conmigo, le telefoneé a la comisaría y él mismo convino en que nos

encontrásemos en la entrada del psiquiátrico de Miraflores para visitar a su última dueña: la doctora Acevedo. Reconozco que no me pareció una buena idea, recordando la reacción que presentó la doctora cuando le mostré el estetoscopio en mi anterior visita. Sin embargo, el agente Ramírez insistió por teléfono en que, loca o no, la ley era la ley y esta obligaba a devolver el objeto robado a su dueño. Así que me monté en mi Seat 124 y me dirigí al famoso manicomio.

—Agente, antes de entrar me gustaría contarle lo que me sucedió la última vez que estuve aquí —le comenté tras bajarse del coche en Miraflores.

—Ya sé que está loca, así que puedes ahorrarte los detalles —dijo cerrando la puerta del Talbot Horizon.

—No quiero ser pesado, pero es importante. Creo que debo advertirle.

—A ver muchacho, dispara.

—La cuestión es que cuando le enseñé a la doctora el estetoscopio el día que la conocí casi se tira de la silla de ruedas. —El policía me miró incrédulo—. No me dio tiempo a explicarle nada, comenzó a gritar y el celador se la llevó rápidamente a su habitación. No sé qué puede ocurrir hoy, suponiendo que esté para recibir visitas.

—Bien, no nos queda otra, Diego. Mi deber es entregarle el objeto robado a su dueño, a no ser que no pueda localizarlo o que esté muerto. Y la doctora no cumple ni una ni otra premisa. Por cierto, creo que va siendo hora de que me enseñes el motivo de todo este lío —dijo extendiendo su mano.

Extraje el estuche de mi bolsa de deporte, lo abrí y le entregué el estetoscopio. Lo cogió con la misma delicadeza con la que tomaría entre sus manos una tripa de chorizo, lo miró de un extremo a otro, lo agarró con su mano derecha, se lo pasó a la izquierda al tiempo que giraba su muñeca; parecía Emilio Sánchez Vicario con una raqueta en las manos. Después me enfocó inexpresivo, antes de lanzar su veredicto:

—Lo que hace el aburrimiento. Todo lo que se ha liado por un simple canuto de madera. Anda, guárdalo en tu bolsa antes de que se me descomponga en las manos.

Atravesamos los largos corredores que llevan desde la entrada al edificio principal, y que ya me resultaban familiares. Al pasar por un lateral de la capilla no pude evitar acordarme de Lucía, y decidí, sobre la marcha, que visitaría a mi amiga en cuanto pudiera. La noche anterior, Rafa me había comentado que no recibió ninguna llamada de ella mientras estuve en Nantes, así que supuse que debía permanecer aún recluida en la provincia de Huelva. Me sacó de mis pensamientos una interna demente que paseaba un cochecito con una muñeca de Famosa.

—Prefiero mil veces meterme en un barrio problemático, con sus drogadictos y maleantes, que ver estas cosas. ¡Qué sonados están algunos!, ¡qué pena, Dios mío! —dijo Ramírez, al que yo tenía por un insensible.

En el edificio donde residían los internos, nos dirigimos al mostrador de admisión. El agente sacó la cartera de la Policía Nacional del bolsillo interior de su chaqueta de cuadros y la exhibió ante la joven administrativa, que se mostró algo perpleja cuando vio la chapa.

—Buenos días, señorita, soy el agente Ramírez —dijo con tono circunspecto—. Necesitamos ver a la doctora Acevedo, Ana Acevedo. Está aquí ingresada.

La joven administrativa miró la aburrida cara de su compañera, la misma expresión que exhibían otros tantos funcionarios de la sanidad pública.

—No se asuste señorita, no pasa nada. Solo necesito que identifique un objeto robado de su propia casa que hemos recuperado —dijo sonriendo, mostrando su hilera de incisivos amarillos.

—Le comprendo, pero debo comunicárselo a su psiquiatra —replicó la administrativa—. Espere un momentito, por favor, a ver si puedo contactar con él.

Descolgó su teléfono e hizo una llamada. Habló con un tal doctor Barragán y le transmitió el mensaje del policía. «Gracias, se lo diré», aseguró antes de colgar el auricular.

—Puede usted subir, el doctor dice que no hay problema, pero no se entretenga mucho con ella. Tercera planta, habitación 306, saliendo del ascensor a la derecha.

Seguí al agente Ramírez en dirección al ascensor, del cual salía un celador empujando un carrito de ruedas, con un vejete tocando las palmas y cantando algo ininteligible.

—Acabaremos todos así, como una chota —dijo Ramírez.

En la tercera planta, siguiendo las indicaciones de la administrativa, llegamos en pocos segundos a la habitación de la doctora Acevedo. Sentada en una silla de ruedas, de espaldas a la entrada, miraba a través de la ventana hacia la ciudad de Sevilla o quién sabe dónde. El policía me encaró, esperando que le confirmara que no nos habíamos equivocado de persona, antes de atravesar la habitación. Cuando estuvo situado a su altura, esperó a que yo hablara.

—Hola, Ana, buenos días. ¿Se acuerda de mí? —dije dubitativo, pensando que al verme, lanzaría un grito desgarrador.

Giró su cabeza despacio, una puerta que se abre con la brisa del viento, y me miró con ojos apesadumbrados, opacos, escrutándome. A los pocos segundos dibujó una sonrisa en su cara, tierna, maternal.

—Claro que me acuerdo de ti, tú eres Diego, el estudiante de Medicina.

Miré al agente Ramírez, supongo que con cara de imbécil, esperando que este me explicara por qué una señora que padecía esquizofrenia, a la que solo había visto en una ocasión y a la que había provocado sin desearlo una crisis de pánico, me sonreía como si acabara de ver a su hijo. Antes de que pudiera abrir la boca, ella misma me lo aclaró.

—Tengo mis días, ¿sabes? Ahora estoy pasando una buena racha, con unas nuevas pastillas que me ha mandado mi loquero. Además, Lucía está siempre hablándome de ti, ¿cómo no te voy a recordar? A usted sí que no lo conozco —dijo señalando al policía, levantando su dedo despacio; me acordé de *E. T., el extraterrestre*.

El agente Ramírez frunció el ceño y dio un paso atrás, temiendo que la doctora se

le abalanzara.

—Me alegro de verla tan repuesta, Ana. —Me arriesgué a besarla, para mi sorpresa no retiró su mejilla, que olía a colonia infantil; por un momento pensé en disculparme por haberla trastornado el día que la conocí, pero una voz en mi interior me advirtió que lo mejor era dejar las cosas como estaban—. Este señor es el agente Ramírez, un policía amigo mío que quiere hacerle algunas preguntas.

Ramírez me miró asombrado, entendí que no esperaba que lo presentara como un amigo.

—Hola, Ana —dijo extendiéndole la mano—. ¿Le importa que me sienta en la cama? Me ha dicho Diego que lleva usted interna aquí algunos años. Supongo que ya ni se acordará de su casa.

Ana soltó su mano y su semblante se tornó serio; tardó algunos segundos en responder:

—Yo tengo una casa en el barrio de Nervión, una casa muy bonita que me dejaron mis padres. Algún día, cuando salga de aquí, lo voy a invitar a tomar café, y a ti también, Diego.

—Ya, ya, comprendo —dijo Ramírez, que intuía que Ana no tenía noticias del lamentable estado de su vivienda—. Bueno... verá, la cuestión es que necesitamos que identifique un objeto que traemos aquí, para que nos diga si es suyo o no.

Ramírez chasqueó los dedos en dirección a mi bolsa de deporte, abrí la cremallera y extraje el estuche del estetoscopio sin abrirlo; no me atrevía, receloso de la reacción de la doctora. Lo situé delante de su torso. Ana me miró y de nuevo sonrió.

—Sé muy bien lo que hay aquí. Es lo mejor que me han regalado en toda mi vida. Me lo obsequió el doctor Sanz. Cuánto tiempo hacía que no lo veía. —Entendí que había olvidado, o simulaba, el incidente anterior—. Pero no quiero abrirlo, no —dijo apartándolo con su mano—. Es mejor no recordar, no, por favor.

Pensé que Ramírez insistiría en el cumplimiento de su deber, abriría la caja de los truenos y provocaríamos en la doctora un nuevo ataque. Sin embargo, el astuto policía comprendió que se imponía hacer la vista gorda y dio por identificado el objeto que contenía el estuche.

—Bien, de todas maneras mi deber es devolverle este material —dijo Ramírez, manteniendo aún la desgastada caja en el aire.

—¿Y para qué lo quiero? Ya ven ustedes en qué estado me encuentro. No, no lo necesito. Quédatelo —dijo Ana, dirigiéndose a mí—. A ti te hace más falta. Serás un gran médico, te ayudará en tu trabajo.

—No puedo aceptar un objeto tan valioso, Ana. Además, no sé si puedo —dije esperando la respuesta del agente.

Ramírez se llevó la mano al mentón, sopesando la decisión, sin apartar la vista del estuche, quizás atraído por alguna fuerza extraña que le soplaba la respuesta.

—Bien, en principio no hay problema, si es ese su deseo, doctora.

—Es lo que quiero, claro que sí, faltaría más. No tengo familia, no tengo a nadie,

solo a Lucía, y ahora ni eso. —Dirigió sus ojos cansados a la ventana, buscando a Lucía, después me reencontré con ellos y ahora me parecían más resplandecientes—. Tú eres su amigo, te aprecia mucho. Quédatelo, es lo mejor que puedo darte de mí.

—En ese caso, es tuyo, muchacho, por mí no hay inconveniente —dijo Ramírez entregándomelo.

Entonces, al tomarlo de nuevo, sentí como si lo tuviera entre mis manos por primera vez; tal era la alegría que me infundió el enorme gesto de la doctora que le estampé otro beso en su pálida mejilla. Durante unos segundos ella cogió mi cara entre sus manos, aterciopeladas, ardientes como su vida; me sentí querido. Ramírez me puso su mano en el hombro y me avisó de que se hacía tarde. Guardé el estetoscopio en mi bolsa, recordando las palabras del testamento de Laennec, «la mejor parte de mi sucesión».

—Gracias, Ana, muchas gracias. Y a usted, agente. Lo que están haciendo no tiene precio.

—Anda, tonto, no es nada. Me has hecho sentirme viva. Solo quiero pedirte un favor... ¿Volverás a verme?

—Todas las semanas —respondí con firmeza.

Salí del psiquiátrico reconfortado, algo aturdido por el devenir de los acontecimientos, no sin antes realizar una última visita fundamental para mi próximo plan.

Llegar me supuso un gran esfuerzo, pero allí estaba yo, percutiendo tembloroso el oxidado aldabón del portón de la casa de ejercicios espirituales. Fue la hermana Petra, la superiora del psiquiátrico de Miraflores, quien me desveló, no sin ciertos recelos, la dirección donde se encontraba retirada sor Lucía. Cuando me presenté en el edificio de las Hermanas de San Vicente en el psiquiátrico, tras despedirme del agente Ramírez, sor Petra, menudita pero con temple de acero, de rostro arrugado, me comentó que esperaba mi visita. Le referí que sor Lucía me había telefonado desde Huelva, desde un pueblo cuyo nombre se me había olvidado. «Yo solo quería saber si seguía bien», le dije. Y al contestarme, me confesó el emplazamiento: «Todas esperamos con fervor su regreso desde Sanlúcar». No sé si se le escapó o lo hizo a propósito, intuyendo que yo no iba a hacer la burrada de viajar hasta dicho pueblo para verla; claro, que no me conocía bien. Fue Rafa quien me situó el pueblo, amonestándome cuando le dije que yo solo conocía un Sanlúcar en la provincia de Cádiz:

—Qué burro eres, colega. Sanlúcar de Guadiana está en la provincia de Huelva, ni al norte ni al sur, y como zu propio nombre indica, pegadito al río Guadiana, que por zi no lo zabes desemboca por Ayamonte. Ahora, que vete preparando zi quieres ir para allá, porque la carretera desde Huelva capital está que da asco.

Asco no, peor, diría yo, con badenes que cada vez que los subía y bajaba me agriaban la boca de contenido estomacal, biliar y hasta pancreático.

Solo necesité una noche para decidir que no podía iniciar las vacaciones de Semana Santa sin saber de Lucía, sin ver la luz de sus ojos, el oro de sus tímidos cabellos, su sonrisa sincera. Mis padres me esperaban en mi pueblo el mismo Viernes de Dolores, pero les solté el rollo de que tenía un examen a primera hora de la tarde y, por lo tanto, llegaría de noche a Guadalcanal. Me esperaba un circuito completo de algo más de quinientos kilómetros en un día, a bordo de mi Seat 124; una aventura de final incierto.

Salí a primera hora de la mañana y tardé dos horas y media en llegar desde Sevilla a Sanlúcar de Guadiana sin parar ni una sola vez ni siquiera a desahogar la vejiga. Justo antes de llegar, en un alto de la carretera, a la altura de las ruinas del castillo de San Marcos presidiendo un cabezo, divisé y confundí Alcautim, el pueblo portugués al otro lado del río, con Sanlúcar. Porque lo cierto es que, si no fuera por el río, se diría que son una misma población.

Tras la bajada, entré en el municipio, que me recordó a mi propio pueblo, resplandeciente bajo el magnífico día primaveral, con sus casas encaladas de blanco y

sus techos de teja, si bien me pareció unas diez veces más pequeño: calculé que allí no vivirían más de cuatrocientas personas.

En la calle General Franco, donde desemboca la carretera principal que viene de Huelva capital, un sanluqueño con gorra campera y macizo bastón me indicó que la casa de ejercicios espirituales de las Hermanas de San Vicente estaba arriba, junto a la iglesia, pero que era mejor dejar el coche allí aparcado. Una anciana enlutada, sentada a la puerta de su casa en una silla de anea, me sonrió cuando bajé del coche. Subí caminando por una calle empinada que olía a pan de leña, y en la puerta de una tiendecilla reclamaron mi atención unos cestos de caña colgados en la pared.

«Aquí nació sor Isabel, quien entregó su vida a los enfermos», leí en un azulejo sobre la fachada de la casa que debía de ser la morada elegida por Lucía para su recogimiento espiritual. Me abrió una monja con gafas de miopía magna, quien tardó un rato en decidir si me daba con el portón en las narices o se internaba de nuevo en la casa en busca de Lucía. «Sor Lucía, querrá usted decir», me corrigió. Al minuto se disiparon mis dudas.

—¿Qué haces aquí? —me dijo Lucía, seca, la puerta medio entornada, como si hablara con un desconocido.

—Hola, Lucía, ¿qué tal estás? Tienes buen aspecto —dije en tono apaciguador, sin dejar de mirarla a sus bellos ojos; no le mentía, su aspecto seguía siendo cautivante, a pesar de que intuía, por la palidez acusada de su piel, que apenas se había movido de aquel habitáculo.

—¿Cómo has sabido dónde me encontraba? —susurró.

—Se le escapó a sor Petra en el psiquiátrico, no es culpa suya. Quizás la presioné demasiado.

—No puedes estar aquí, esta es una casa de retiro espiritual exclusiva para hermanas —dijo cortante, mirando por encima de su hombro al interior de la casa, como temiendo que la oyeran.

—Ya, pero... necesitaba verte. Tengo novedades —dije entusiasmado—. Hemos aclarado todo el asunto después de viajar nada menos que a Francia, es fantástico. Y tu orden está implicada.

—¿Cómo? ¿A Francia? ¿Mi orden? —Enmudeció unos segundos decidiendo qué hacer—. Espera un momento, enseguida salgo.

Cerró la puerta y me quedé esperando en la calle; tuve que hacerme a un lado para que pasara una legión de cabras camino del monte, que dejó los adoquines sembrados de bolitas negras.

—Bueno, ya estoy aquí —dijo Lucía al salir, sobre su hábito se había echado una rebeca azul—. Como estoy convencida de que es la primera vez que vienes a este pueblo, daremos un paseo hasta los molinos. ¡Qué buen día hace! —exclamó mirando al cielo—. Perdona mi comportamiento de antes, Diego, es que no me atrevía a hablar en la puerta. Las hermanas se han sorprendido al saber que me buscabas. Espero que lo entiendas.

—Cómo no voy a comprenderte Lucía, pero ¿qué otra cosa podía hacer? No me diste ningún teléfono para que te llamara; estamos a las puertas de la Semana Santa y no podía esperar hasta después de las vacaciones para contártelo todo.

Pasamos por delante de la iglesia y, al mirar hacia arriba, me asombré ante el contraste de la espadaña de piedra, seguramente la parte más antigua del edificio, con las paredes blancas de cal. En un lateral, una cruz recordaba «a los caídos por Dios y por la Patria», levantada durante el régimen franquista en honor a los vencedores de la guerra civil española.

—Cuéntamelo todo —me animó Lucía.

—Viajamos hasta Nantes, que es la ciudad donde residió Laennec con su tío, otro médico muy reconocido en la localidad. Y sus hijos, es decir, los primos de Laennec, también ejercieron la Medicina. No extraña entonces que en la biblioteca de la Universidad de Nantes se encuentre el mayor legado que puedas encontrar sobre Laennec. —Torcimos a la derecha, dejando atrás la iglesia, y bajamos en dirección al río—. Y saben explotar bien su patrimonio: cada año se realiza alguna tesis a partir de los documentos originales que poseen de la familia Laennec. Bueno, esto no lo averigüé yo, sino el profesor Hidalgo, claro. Contactó con algunos doctores que habían realizado sus tesis sobre la correspondencia original de Laennec.

—Así que viajasteis hasta Nantes para revisar esas tesis.

—Eso es. Y descubrimos que tú llevabas razón. Al parecer, cuando murió el abad Jacques Emery, el prior de la Orden de los Sulpicianos parisienses, Laennec fue llamado para extirparle el corazón con el objetivo de conservarlo. Y como pago por los servicios prestados le entregaron una reliquia, la falangeta de un santo.

—¿Estás seguro?

—Como lo oyes: no solo le pagaron en metálico, sino que además le regalaron, por decirlo de alguna manera, la parte distal del dedo de un santo.

—Entonces yo estaba en lo cierto, el hueso del estetoscopio es una santa reliquia —aseveró Lucía, ufana—. Supongo que habréis encontrado algún documento que corrobore este hecho.

—Nada que haga referencia directa a la incrustación por parte de Laennec en su cilindro, pero sí tenemos referencias indirectas.

Llegamos a la ribera del Guadiana, con sus aguas tranquilas de color verde-marrón. Una pequeña barca con motor fuera borda transportaba a cuatro personas en un corto paseo hasta Alcautim.

—¿Y se sabe a qué santo perteneció la reliquia? —preguntó Lucía.

—Pues esta es la parte que más te va a sorprender: a san Vicente de Paúl.

Lucía se me quedó mirando atónita, muda, sin reaccionar. Antes de contestar se sentó en un banco de ladrillo adosado a la pared de una casa ribereña.

—No puedo creer que perteneciera al mismo san Vicente que veneramos en nuestra orden.

—Así lo refiere Laennec en una carta a su primo.

—Una reliquia de san Vicente... Claro que, bien pensado, no es tan extraño. Quiero decir que los restos maltrechos del fundador de nuestra orden dieron tantas vueltas antes de reposar en la iglesia de París que lleva su nombre, que lo más normal del mundo sería que algunas partes de su anatomía se quedaran por el camino, o mejor dicho, se las quedaran. Después de todo, el tráfico de reliquias siempre ha existido.

—Parece muy interesante, cuéntame más detalles —la animé.

—Te los contaré mientras paseamos hasta los molinos. —Lucía se levantó y enfilamos un camino entre cañaverales que subía desde la margen izquierda del río en dirección a una colina—. Tras su muerte en 1660, el cuerpo de san Vicente fue enterrado en París, bajo el coro de la capilla de San Lázaro. Por cierto, que antes del sepelio le extrajeron el hígado, los intestinos y el corazón; era una costumbre de la época. Tú mismo has contado cómo a Laennec también lo reclamaron para extraerle el corazón a un abad...

—Cómo han cambiado las cosas —la interrumpí—, antes te sacaban el corazón para exponerlo en un frasco y ahora te lo quitan para continuar latiendo y dando vida en un trasplante.

La hermana sonrió, por fin la veía contenta.

—Como te decía, en 1712 y con vistas a su beatificación, el cuerpo de san Vicente fue exhumado y autenticado —continuó Lucía—. Cuando abrieron la tumba, comprobaron que el cadáver se encontraba tal y como se enterró, con un mínimo deterioro en ojos y nariz, y que su sotana estaba entera. Oficialmente, algunas reliquias fueron enviadas al Papa y otras a diversas autoridades. Así que aquí comenzó el azaroso viaje de las reliquias del santo. Tras este suceso, su cuerpo fue vestido y situado en un relicario de plata sobre un altar lateral de la capilla mayor de San Lázaro... hasta que estalló la Revolución Francesa.

—Cuando se cometieron veinte mil tropelías contra los religiosos.

—Fue una época muy dura para la Iglesia, que pasó a depender del Estado, lo que trajo como consecuencia que se expropiaran sus bienes. En el verano de 1792, la capilla de San Lázaro fue saqueada y el relicario confiscado por el Estado para fundirlo y apoderarse así de la plata con la que se había manufacturado. El destino de la máscara dorada que cubría su cara es desconocido. Los restos de san Vicente fueron metidos en una caja y devueltos a Edward Ferris, el superior en funciones de la Orden de los Vicentinos, quien firmó un simple recibo por la entrega de un esqueleto.

—Lo que cuentas me recuerda los tristes hechos que ocurrieron en España durante la guerra civil, cuando las imágenes de las dolorosas sevillanas fueron escondidas en cajones de madera para evitar que fueran quemadas. Claro, que estamos hablando de los restos de un cuerpo humano, no de una talla de madera.

—Las guerras repiten a lo largo de la historia las mismas atrocidades, Diego. Lo que sabemos es que el superior de los Vicentinos confió el cajón al padre Jean

François Daudet, el procurador general, quien los mantuvo en casa de su sobrino Jaubert durante algún tiempo. Y tras recuperarlos, durante una enfermedad grave, Daudet confió los restos a Louis André Claret, el notario de la congregación. Las fechas de estos hechos no están muy claras, pero transcurrieron durante la época del Terror; entonces, numerosas hijas de la Caridad fueron guillotizadas, encarceladas o exiliadas. En 1797, al mejorar las condiciones, Daudet recuperó los restos y los mantuvo escondidos en el muro de una pared de su casa. Cuando las Hermanas de San Vicente, por fin, pudieron tener su propia residencia en los primeros años del XIX, se hicieron responsables de dichos restos y los mantuvieron en la capilla principal, bajo un altar dedicado al santo, hasta su traslado definitivo en 1830. Pero unos días antes del mismo, las reliquias salieron de la *rue du Bac*, donde vivían las hermanas, y llegaron al arzobispado, en Notre Dame de París, donde era necesario realizar las formalidades oficiales para autentificarlas. El esqueleto fue preparado, limpiado, vestido, se le puso una máscara de cera para la cabeza y se le cubrieron las dos manos. Por fin, el 25 de abril de 1830, los huesos fueron trasladados con honores a la nueva iglesia de San Vicente de Paúl, donde reposan en una urna de plata financiada mediante suscripción pública.

—Total, que los huesos viajaron más que el baúl de la Piquer. Como para no perderse una falangeta.

—Diego, por favor —me recriminó.

—Perdona, era una broma. —Deseaba mostrarme simpático con Lucía.

A través de un sendero de esforzada pendiente llegamos a un altozano, coronado por las ruinas de dos molinos de viento de cilíndrica pared. Las vistas eran impresionantes: el pueblo blanco, ordenado, limpio, con sus gentes pequeñas, como en un nacimiento, el discurrir tranquilo de las aguas del Guadiana, las lomas rodeando al pueblo pobladas de encinas y almendros, el olor a jara y romero, el reconfortante calor del sol penetrando hasta el último glóbulo rojo de la sangre, aletargándonos, invitándonos a la parsimonia, a quedarnos allí olvidados del mundo y del tiempo.

Examinando los restos de lo que antes habían sido molinos, me sentí un poco Quijote, aunque el gigante al que debía enfrentarme era mi corazón y no me acompañaba Sancho para ayudarme en mi caída.

—Lucía, ahora que todo ha terminado, me gustaría darte las gracias por tu ayuda. El profesor y yo no habríamos realizado este impresionante descubrimiento sin ti.

—No es para tanto, hombre, me vas a ruborizar —dijo rehuendo mis ojos, mirando hacia Alcautim.

—No te quites mérito, sin tu ayuda no habría conocido a la doctora Acevedo, que por cierto, está deseando volver a verte.

—¿La has visitado? ¿Cómo está?

—Muy bien, no pensé que pudiera encontrarla tan repuesta. Nos echa de menos.

—Me aventuré a tomarle la mano; apenas sintió mi calor, me la retiró y se cruzó de

brazos.

—Mira, Diego —continuó mirando hacia el río—, me alegro de haberte sido útil, de verdad, lo he hecho con todo el cariño del mundo, pero esto es lo único que puedo hacer por ti. Espero que lo comprendas. Las cosas son así y así van a seguir.

—Perdona, Lucía, no era mi intención violentarte, solo quería que supieras que...

—Salgo la próxima semana para Etiopía —me interrumpió—. Es un viaje que llevo retrasando demasiado tiempo, y llegó el momento adecuado. Me esperan allí mis hermanas de la orden. En estas últimas semanas en Sanlúcar he tenido tiempo para pensar en mi vida, en mis proyectos frustrados... en lo mejor para los dos.

—Querrás decir en lo mejor para ti —repliqué.

—No, Diego, no te equivoques. Yo también tengo mis sentimientos, como toda mujer. Pero mi amor por Dios es superior, me trasciende. Créeme, lo que hago, lo hago en beneficio de los dos. Tardarás un tiempo en entenderlo, sin embargo, al final comprenderás que la mejor prueba de mi amor hacia ti es evitar causarte más daño. Por eso debo marcharme.

Entonces me miró y en su expresión leí que algo en ella había cambiado, que yo había removido sus entrañas; pero al mismo tiempo sus ojos me suplicaban que no intentara poner en duda su fe, interponerme entre ella y Dios. Y por un momento odié a Dios, en un sentimiento irracional, ilógico: cómo odiar a un ente que ni siquiera podía demostrar que existiera aunque me estuviera arrebatando a mi ángel amado.

—¿Cuánto tiempo estarás en Etiopía? —pregunté entregado.

—La situación allí está fatal, el nivel de pobreza es impresionante, la hambruna ni te digo, niños huérfanos desatendidos, las condiciones sanitarias deplorables. Será una larga tarea.

—Que tú vas a desempeñar muy bien. Te querrán en cuanto te conozcan. —Lucía bajó su mirada al suelo.

—Antes de que nos despedamos, Lucía, quiero entregarte algo. —Metí mi mano en el bolsillo del pantalón y saqué una cajita de joyería que imitaba el carey.

—Pero, cómo... Diego, no puedo aceptarlo —dijo sorprendida, esperando encontrar una sortija o una pulsera.

—No es lo que piensas. Lo siento, no encontré otro sitio mejor donde guardarla. Ábrela, por favor.

Lucía retiró la tapadera, miró el interior y tardó unos segundos en identificar el contenido. Su rostro se iluminó.

—¿Esto es lo que creo?

—Es la incrustación del estetoscopio de madera: el fragmento de hueso de san Vicente de Paúl. Tendrás que buscarle un relicario en condiciones.

—¿Por qué lo has hecho?

—Yo también he pensado en todos, en ti, en mí, en la absurda idea que se le pasaría a Laennec por la cabeza cuando intentó mejorar su irremplazable invento. Yo no sé si Dios existe, aunque me gustaría creerlo. Lo que sí sé es que no quiero jugar a

ser Dios. Cuando sea médico, quiero ser por completo responsable de mis actos, de mis decisiones, no es que desee equivocarme, pero aprenderé de mis errores. Quiero ser yo mismo, no quiero que nada ni nadie dirija mis actos. ¿Me entiendes?

—¿Y qué pasará con el cilindro de madera?

—Bueno, yo solo quería tener un instrumental médico antiguo para mi consultorio. Bastante valor posee ya sin la reliquia.

—Y el profesor Hidalgo, ¿conoce tu decisión?

—No lo sabe aún, y creo que, como yo, tardará algún tiempo en asimilar los hechos, aunque confío en que me dé la razón.

El repique del campanario me invitó a iniciar la partida. Lucía dijo que deseaba quedarse allá arriba contemplando el paisaje. Bajé la cuesta como galgo apedreado, sin mirar atrás. De vuelta a mi pueblo, en el coche, me acompañó Serrat, como siempre que me descubría triste, y entonces comprendí la verdad que encerraba la letra de su canción *Lucía*:

*... la más bella historia de amor
que tuve y tendré.
Es una carta de amor
que se lleva el viento
pintado en mi voz
a ninguna parte
a ningún buzón.*

*No hay nada más bello
que lo que nunca he tenido,
nada más amado
que lo que perdí.*

Epílogo

Como cada mañana, el profesor Hidalgo llega más tarde que yo al departamento de Historia de la Medicina. Lo he malacostumbrado: cuando se quita su abrigo azul y se dispone a colgarlo en la percha, ya le he preparado el café que nos ayudará a sobrellevar el día de trabajo.

Hoy entra tosiendo y al ver las ojeras bajo sus ojos enrojecidos deduzco que no ha pasado una buena noche.

—¿Qué tal, profesor?

—Buenos días, doctor Galván. Mal, hijo, no me encuentro en condiciones, ¿sabes? —Interrumpe su saludo por un acceso de tos—. Ya ves, mejor dicho, ya oyes cómo vengo. Me he pasado toda la noche tiritando de frío y con una tos de perro que tampoco ha dejado dormir a mi mujer. Antes de venir me he tomado una aspirina. Por cierto, ¿leíste ayer el periódico *ABC*? Hablan de la destitución del director de El Tomillar, traigo aquí un ejemplar.

Martín Hidalgo abre su cartera de piel, extrae el periódico y me lo pasa, abierto por la citada página. Nervioso, leo la noticia en voz alta:

El director gerente del Hospital El Tomillar, Francisco Gil, ha sido cesado de su cargo por el director general de Asistencia Hospitalaria y Especialidades Médicas de la Consejería de Salud de la Junta de Andalucía, Teodoro Montemayor. En un primer momento, fuentes oficiales trataron de enmascarar esta destitución, como si se hubiera tratado de un cese «a petición propia». La destitución real de Francisco Gil estaba ya decidida desde hace algunos meses y solo quedaba el momento adecuado para llevarla a efecto. El cese se debe a «razones muy complejas que vienen desde hace tiempo», ha declarado Teodoro Montemayor, añadiendo a continuación que «el hospital necesita de un nuevo impulso y dinamización».

—¿Qué te parece, Diego? Al final creo que Lucía y tú tomasteis la decisión más adecuada, retirando la denuncia por amenazas. Os honra y os dignifica como personas. —Sigue tosiendo, con un ronquido que parece que le va a romper el pecho.

—Para hacer honor a la verdad, debo decir que fue Lucía quien me convenció desde el cuerno de África. Bueno, Lucía y el sargento Ramírez, quien nos aseguró que tocaría algunas teclas en las altas esferas para que la actitud de Francisco Gil no quedara impune, a condición de que retiráramos la denuncia, aunque yo hubiera preferido verlo unos meses entre rejas. Aún así, la decisión de la Junta de Andalucía me parece muy acertada; Francisco Gil no se merece ese puesto ni cargo parecido alguno. En el fondo, a nadie le interesaba que el asunto se aireara en los medios, ni

siquiera al célebre abogado don Álvaro Pareja, sobre todo ahora que está defendiendo a la tonadillera que no declaró sus ingresos a Hacienda; el letrado optó por hacer la vista gorda con el Cierrabares. —La tos del profesor comienza a preocuparme—. Martín, a lo mejor debería haberse quedado en casa, podía haberme telefoneado.

—No creas que no lo pensé, ya, pero la clase de hoy es demasiado espesa y tú aún no dominas el tema lo suficiente como para impartirla; aunque todo se andará. —Nuevo acceso de tos que le impide tomar la taza que le ofrezco.

—Profesor, ¿me permite que le explore? A ver si va usted a tener una neumonía y se nos va a pasar por delante de las narices sin diagnosticarla.

—Bueno, de acuerdo, si te empeñas...

—¿Le importa? —le preguntó señalando el estetoscopio de madera situado en la vitrina junto a un oftalmoscopio de 1870.

—Si no hay más remedio —me contesta, mirándome con cierta desconfianza.

El profesor Martín Hidalgo se desviste despacio, se quita el jersey de pico, la corbata, la camisa blanca, la camiseta Ocean. Se sienta sobre una silla al revés y apoya los brazos sobre el respaldo. Me acerco despacio, por detrás, me agacho con el estetoscopio en mi mano derecha y sitúo un extremo del mismo sobre su espalda y el otro sobre mi pabellón auditivo. El profesor comienza a respirar profunda pero pausadamente. Oigo cómo entra y sale el aire de sus pulmones, limpio, sin interferencias, sin ningún sonido extraño. Voy cambiando el cilindro de sitio en la espalda, de izquierda a derecha y de arriba abajo. En ningún momento oigo silbidos, crepitar de líquidos ni disminuciones del murmullo del aire que sugiera la posibilidad de líquido en la pleura. Ni tampoco oigo gritos de niños ni voces extrañas que me hablan. Solo el aire que se pasea por el interior del profesor como por la calle Sierpes. Cierro los ojos para concentrarme en la exploración, pero la única imagen que percibo es el color rojo oscuro, casi negro, de mis párpados cerrados. Por fin, retiro el cilindro de mi oreja.

—¿Y bien? —me pregunta Martín Hidalgo, expectante.

Le sonrío, y el profesor ya adivina lo que le voy a decir:

—No es más que un simple catarro.